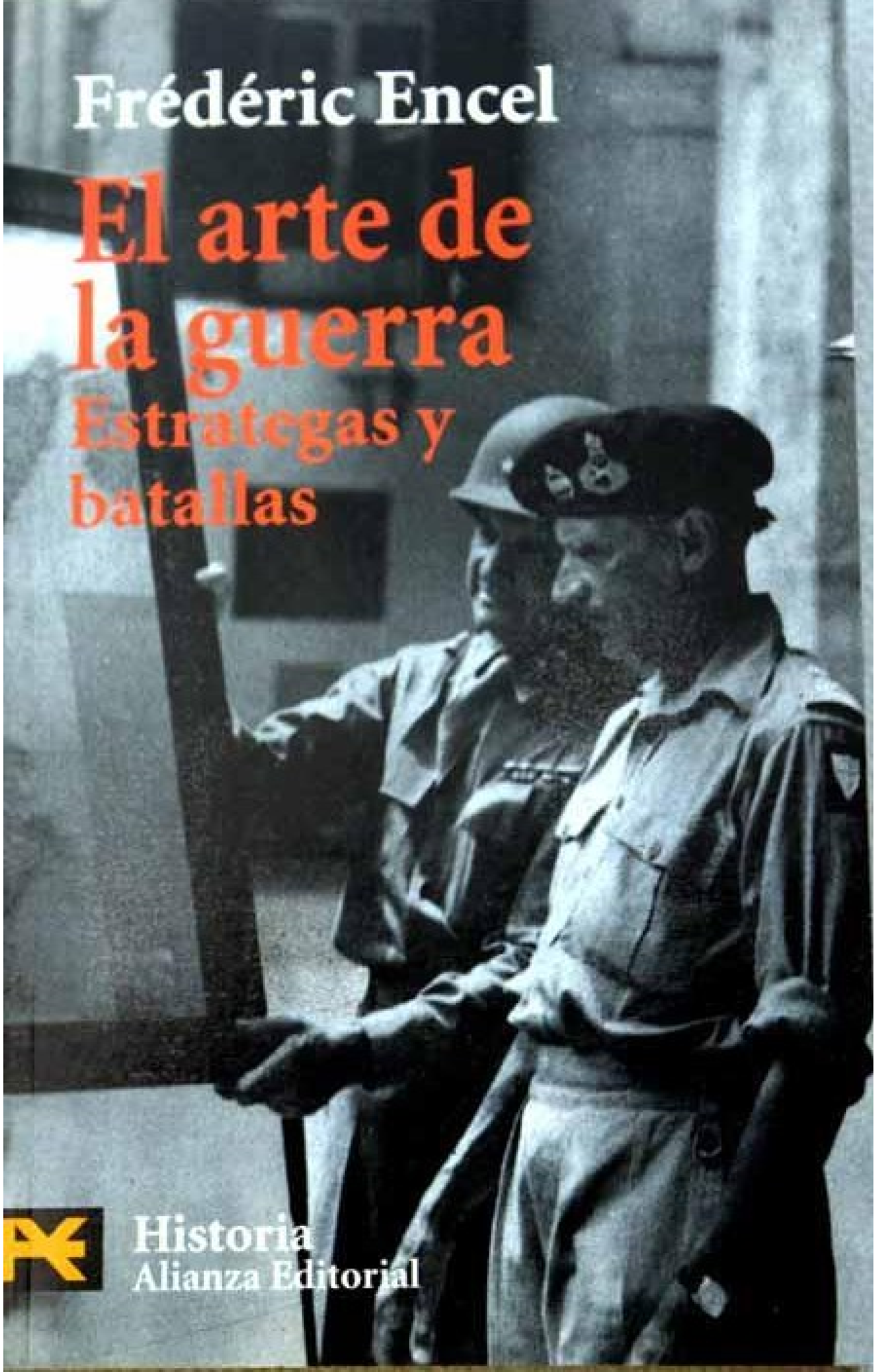


Frédéric Encel

El arte de la guerra

Estrategas y batallas

Historia

Alianza Editorial

El arte de la guerra

Estrategas y batallas

Frédéric Encel

Título Original: *L'art de la guerre par l'exemple. Stratèges et batailles*
Traductora: María Teresa García Hernández

Primera edición: 2002
Tercera reimpresión: 2004

Diseño de cubierta: Alianza
Editorial Fotografía: ©
Popperfoto/Cover

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Flammarion, París, 2000
© de la traducción: María Teresa García Hernández, 2002
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002, 2003, 2004 Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es ISBN: 84-206-7303-X

Depósito legal: M. 3.088-2004
Compuesto e impreso en Fernández Ciudad, S.
L. Catalina Suárez, 19.28007 Madrid
Printed in Spain

Quiero dar las gracias fervientemente a mi hermano Stéphane, joven investigador de talento y con un futuro prometedor, por su

valiosa colaboración.

A mi hijo
Benjamín, niña
de mis ojos.
Para que sólo
sepa de la
guerra lo que
cuentan los libros de historia...

La muerte no es nada, pero
vivir vencido y sin gloria
es morir
todos los
días. NAPOLEÓN
BONAPARTE

No olvidéis jamás que
vuestro propósito, al hacer
la guerra, debe ser el de
llevar la paz al Estado y no el
de sumirlo en la desolación.
SUN TSÉ

Introducción

Esta obra es producto de una ambición muy modesta: proponer un resumen del pensamiento estratégico y de su aplicación en los campos de batalla desde los primeros enfrentamientos importantes conocidos en la Antigüedad hasta los de nuestra era, a través del relato de cuarenta y seis acontecimientos militares y sus estrategas. Nuestra intención es que resulte claro y conciso pero detallado. El objetivo último de esta obra es que pueda ser utilizada como una herramienta de consulta, y a ello responden el orden a la vez temático y cronológico de las entradas, las llamadas, el índice exhaustivo, una serie de citas representativas de un pensamiento o de una realidad, los mapas y croquis o la bibliografía de referencia para cada voz.

En cualquier caso, la aspiración de este trabajo jamás ha sido ceñirse a algo tan impensable cuando se habla de estrategia militar como la exhaustividad. Y de hecho, cuando grandes analistas contemporáneos en materia militar y estratégica, historiadores de altos vuelos como John Keegan o analistas intuitivos y curtidos en los campos de lucha como Gérard Chaliand consiguen acercarse a la exhaustividad y emitir juicios de amplio calado, se ven obligados a afrontar el sempiterno problema de definir la estrategia, con sus múltiples acepciones, con sus complejos vínculos con la política por un lado y con la táctica por el otro. Porque, ¿qué es la estrategia? Incluso considerando este concepto solamente en su acepción militar (y no política o económica), cualquier respuesta resulta insuficiente, sesgada o incompleta. La estrategia, que tal vez sea un arte pero que desde luego no es una ciencia, según Clausewitz* (1),

ni tampoco —o al menos no sólo— una disciplina, hasta hoy no conoce una definición precisa y aceptada unánimemente. O, mejor dicho, existen varias en función de los criterios que se quiera sostener. Esto es, por otra parte, lo que mantiene el propio Hervé Coutau-Bégarie, sin duda alguna el mejor analista e historiador actual de la estrategia, en su imprescindible y completísimo *Tratado de estrategia*.

(1) Los asteriscos remiten a los hombres y a las batallas que son objeto de una entrada en esta obra.

Pues para delimitar y captar en esencia lo que significa la estrategia seguramente habría que haber sido a la vez historiador y soldado, capitán y jefe de Estado Mayor, y haber vivido diferentes épocas militares y numerosos combates bajo distintas banderas. Y en cualquier caso, y una vez establecida objetivamente —como hizo con notable acierto y con un rigor y una clarividencia hasta ahora no superados el gran Clausewitz—, la estrategia siempre estará sujeta a interpretaciones subjetivas, es decir, siempre podrá ser objeto de argumentaciones de tipo geopolítico. Así, sin llegar a plantearnos siquiera la cuestión sobre los «tiempos largos» tan apreciados por Fernand Braudel, las características que hoy se consideran estratégicas en Occidente ¿son las mismas que imperan en el mundo árabe, en Rusia, o en China? Y en cuanto a la racionalidad de la estrategia, o más exactamente a la necesidad para los auténticos teóricos de la estrategia —de Sun Tsé* a Clausewitz— de desprenderse de toda envoltura ideológica y/o religiosa, ¿seguirá vigente en este siglo XXI que acaba de nacer? ¿Acaso no estamos asistiendo a un flujo de ideas y de iniciativas estratégicas de envergadura, inspiradas en consideraciones más místicas y religiosas que políticas y «racionales», por parte de una serie de corrientes islámicas, ortodoxas e incluso hinduistas? La locura ideológica asesina de un Hitler*, que a partir de 1942 exigía dar prioridad a los convoyes de deportados judíos hacia Auschwitz en detrimento de los que transportaban soldados alemanes al frente —urgentísimos desde el punto de vista militar—, supuso un giro en la historia de la estrategia, y no desde una perspectiva moral (la estrategia no tiene por qué serlo), sino porque a partir de ese momento las consideraciones ideológicas empezaron a primar claramente sobre las necesidades racionales y evidentes de la guerra.

Finalmente, la reducción drástica del tiempo y del espacio en materia de comunicación y de transporte gracias a los fulgurantes progresos tecnológicos realizados a lo largo del siglo recién finalizado plantea sin duda una nueva percepción y una nueva definición de la estrategia. En plena era atómica, cuando algunas potencias tienen la capacidad de aniquilar en un instante todo rastro de vida en millones de kilómetros cuadrados de territorio

enemigo, ¿es lógico siquiera hablar de estrategia? Un jefe de Estado sentado ante el «botón rojo», rodeado de un Estado Mayor sin soldados y que se desenvuelve en un lugar subterráneo secreto alejado del campo de batalla (no en un caso virtual), ¿dispone verdaderamente de un amplio abanico de decisiones y alternativas reales? Para la mayoría de los teóricos y analistas contemporáneos en materia nuclear, la respuesta es claramente afirmativa. Nuestra opinión, sin embargo, es que está sometida a debate y a posibles interpretaciones. Llegados a semejantes extremos de capacidad destructiva, de concentración de los poderes de decisión y de reducción de los contextos tradicionales (geográficos) y aleatorios de la guerra (las «fricciones» de Clausewitz), ¿se puede aún hablar de estrategia?

En esta obra no se ofrecen respuestas a preguntas tan apasionantes y tan abiertas. En realidad, el modesto objetivo de este análisis de cuarenta y seis estrategas y batallas en distintos momentos de la historia y en diferentes escenarios geográficos es el de arrojar luz para comprender y aprehender una serie de fenómenos: constantes históricas o transformaciones brutales en la manera de combatir, variantes en los planteamientos de determinados estrategas o tácticos, predominio de un arma respecto a otras (por ejemplo, de la infantería más que de la caballería) o el eterno protagonismo de la geografía en la medida en que «sirve en primer lugar para hacer la guerra», según la famosa frase acuñada por el teórico de la geopolítica moderna Yves Lacoste.

Entre las constantes de las culturas y las civilizaciones, hemos otorgado un espacio a la rivalidad medieval entre Francia e Inglaterra con el análisis de la batalla

de Azincourt*. Resulta realmente sorprendente constatar cómo a lo largo de la Guerra de los Cien Años, en los siglos XIV y XV, la forma de conducir la guerra a ambos lados del Canal de la Mancha habla bien a las claras de las diferencias entre los dos países: mientras que generalmente los militares ingleses hacían gala de pragmatismo y no renunciaban ni a los métodos de guerra de desgaste ni a la utilización táctica de los proyectiles —arcos excelentes para las bombardas, precursoras de los cañones—, los militares franceses se ceñían (y lo seguirían haciendo mucho tiempo después de la Guerra de los Cien Años) estrictamente a las reglas del honor y del heroísmo caballerescos, imponiendo el «choque» e ignorando el «fuego», tratando de rivalizar en gloria allí donde las realidades tácticas y estratégicas propias del adversario o del terreno les auguraban un desastre seguro. Sólo Du Guesclin* escapará a este dogma, con el consiguiente beneficio para Francia. En cierta medida, la *célebre furia francese, ese* legendario ardor en la lucha cuerpo a cuerpo reconocido a los combatientes franceses (¡y admitido de buen grado *pro domo!),* se recuperará —y será el causante de numerosas bajas— en 1870 y en 1914. Ahora bien, la preferencia sistemática por el «choque» en detrimento del «fuego» de la que hicieron gala numerosos generales franceses les incapacitó para desarrollar auténticas estrategias que hubieran resultado necesarias para librarse de una doctrina tan anquilosada.

Otra gran constante que se revela a lo largo de la obra se refiere a la utilización preferente de un arma por parte de algunos pueblos. Así por ejemplo, los pueblos nómadas —los hunos de Atila, los mamelucos de Baybars, los mongoles de Gengis Khan*, los beduinos con Lawrence de Arabia*— eligieron generalmente la caballería por razones evidentes de movilidad, y este fenómeno cultural y sociológico implica unas estrategias particulares a las que debieron adaptarse los adversarios, acostumbrados a la infantería. Sin embargo, algunos estrategas procedentes de sociedades sedentarias también supieron utilizar con éxito la caballería: por supuesto Alejandro Magno*, que ideó sutiles combinaciones tácticas en las que la caballería desempeñó un papel de considerable importancia; pero sobre todo Napoleón I*, que puso

al servicio de su estrategia revolucionaria (potencia de choque, movilidad, concentración de fuerzas, capacidad de aniquilamiento...) una caballería absolutamente temible y que resultó determinante en el éxito de casi todas sus campañas.

Por otra parte —lo cual resulta tranquilizador— encontramos la persistencia de ciertas maniobras tácticas y planteamientos estratégicos a lo largo de los siglos. Tácticamente fue Napoleón quien, en Waterloo*, dio orden a la infantería de atacar a Wellington*, parapetado en el monte Saint-Jean, en la formación de batalla llamada
«a la macedónica», inspirándose directamente en la maniobra favorita del rey de la antigua Tebas, Epaminondas. Desde el punto de vista estratégico, fue el gran Sun Tsé* quien, en el siglo vi o v a.C., distinguió claramente la táctica defensiva de la ofensiva y sobre todo, veintitrés siglos antes que Clausewitz, consideró la guerra un instrumento de la política.

En cuanto al entorno, esa sempiterna geografía «activa» en tiempos de guerra y parcialmente —sólo parcialmente— abolida por los misiles, jamás es desdeñada por un buen táctico y siempre es utilizada por los mejores de ellos. La geografía es la ciudadela natural de Masada*, la meseta de Pratzen en Austerlitz*, los treinta grados bajo cero de la retirada de Rusia, el presuntamente infranqueable bosque de las Ardenas, el cegador amanecer sobre el Sinaí en el comienzo de la Guerra de los Seis Días*. La geografía, baza para la victoria o factor decisivo en la derrota y con frecuencia madre de lo aleatorio, nunca puede ser desdeñada ni por el encargado de dirigir tropas sobre el terreno ni tampoco por el estratega, salvo a riesgo de sufrir una catástrofe.

En otro orden de cosas, nos ha parecido interesante describir un cierto número de batallas no tanto por las innovaciones tácticas y estratégicas que supusieron o por su carácter decisivo como por su dimensión mítica y/o simbólica. La batalla de Maratón* tuvo lugar, por supuesto, pero su importancia radica más en su utilización como instrumento psicológico eficaz en manos de Atenas para sus guerras futuras que en sus innovaciones tácticas o técnicas o en sus consecuencias militares.

Por otra parte, nuestra intención al dedicar una entrada a Alesia* ha sido analizar el magnífico ejemplo que ofrece César* de instrumentalización del valor del adversario, naturalmente persiguiendo fines políticos. El estratega romano, en su inteligente (y valiosa) *Guerra de las Galias,* exageró excesivamente el número, el valor y el ardor de sus adversarios galos con el fin de convencer al Senado de que apoyara y reforzara —en detrimento del popular Pompeyo— su propia valía.

Por lo que respecta a Roncesvalles*, que para generaciones enteras de escolares franceses fue el escenario de una lucha desigual y encarnizada entre el piadoso Roldán, supuesto sobrino de Carlomagno, y un sinnúmero de «sarracenos» que afluían en tropel por las paredes del desfiladero, se trata de una leyenda de delimitaciones históricas imprecisas. Es muy posible que sí se desarrollase una batalla en Roncesvalles (o en un desfiladero pirenaico vecino), pero seguramente en términos bien distintos de los establecidos por la *Chanson de Roland*.

Más tangibles y cercanas a nosotros, se exponen en este trabajo intervenciones militares que ni son legendarias ni han sido exageradas por los cronistas contemporáneos o los historiadores, pero cuya trascendencia psicológica ha sobrepasado ampliamente la militar. Ejemplo de ello es Lepanto*, la gran batalla naval que enfrentó a la flota cristiana contra la otomana. Pese a ser considerada una clamorosa victoria, apenas supuso un giro militar o estratégico de importancia, y su valor fue solamente psicológico. De hecho los otomanos se resarcieron rápidamente de su derrota, e incluso continuaron ganando terreno en el continente europeo.

En el caso del cuarto conflicto árabe-israelí de 1973, y debido a la intensa carga psicológica de la contienda, asistimos a una

transformación de las realidades militares. La llamada Guerra del Yom Kippur* evoca en las memorias, y *sobre todo* en el caso de Israel, una lucha encarnizada con resultados poco concretos y más bien modestos. Ahora bien, desde el punto de vista estrictamente militar, esta guerra fue un gran éxito para el Tsahal (el ejército israelí), a pesar de los graves errores estratégicos de Moshé Dayán* que condujeron a la indecisión de los primeros días. Sin embargo, el derrumbamiento del mito (muy reciente) de la invencibilidad, y el sentimiento del orgullo recuperado tras la humillación de 1967 explican que sean los árabes los que conmemoren el aniversario del conflicto desfilando orgullosos y que los israelíes, claramente vencedores, recuerden con pesar esa fecha.

En definitiva, para la selección de las entradas relativas a las batallas se han seguido tres criterios concretos y relativamente diferentes: su carácter decisivo respecto a un conflicto o a una época, su dimensión innovadora (empleo de tácticas o de técnicas nuevas, un resultado sin precedentes...) y, por último, un marcado valor simbólico o mítico que permitió su instrumentalización con fines políticos.

La elección de los protagonistas —teóricos, estrategas, comandantes en jefe— ha resultado más delicada. No es que algunos de los que aquí se han recogido no «merezcan» al menos uno de los calificativos que se reseñan (varios, como Bonaparte, pueden incluso ostentar los tres títulos), pero ¿por qué elegir a unos y no a otros?

La cuestión no atañe desde luego a los llamados «grandes»: en una obra que analiza siglos de estrategia era natural que Sun Tsé*, Federico II*, Napoleón* e incluso Clausewitz* tuviesen un sitio. Con respecto a otros nombres, se han elegido,

en líneas generales, aquellos que se distinguieron por determinadas iniciativas o fueron autores de escritos especialmente originales y/o innovadores. Siguiendo semejante lógica, podría extrañarnos por ejemplo la ausencia de Maquiavelo. Nos guste o no, Maquiavelo fue un pensador político y no un ideólogo de la estrategia, y en cuanto a los textos que escribió sobre esta materia, se limitan a retomar (aunque eso sí, con gran inteligencia) un número considerable de conceptos establecidos ya en la Antigüedad, fundamentalmente por Frontino y Tucídides.

Es natural que, tanto para las batallas como para los personajes, hayamos elegido un calificativo dejándonos guiar por las tendencias imperantes. ¿Napoleón Bonaparte demostró más su genio como estratega, como táctico o como comandante sobre el terreno? ¿A Lawrence de Arabia se le reconoce su talento como... estratega? En cualquier caso, hemos optado por uno de los calificativos, aunque en algunos casos el debate permanece abierto y promete ser interesante.

De todas formas, ni el dogmatismo ni el moralismo han influido en esta selección. Prueba de ello es que inicialmente habíamos incluido a Philippe Pétain, de lejos el mejor estratega de la Gran Guerra en el frente occidental. Ahora bien, el hecho de que durante las décadas de 1920 y 1930 fuera perdiendo sus cualidades como innovador y pasase a encarnar el dogma calamitoso de la defensa estática a ultranza —tan criticado por De Gaulle*, con una gran visión de futuro en ese aspecto—, lo que conducirá directamente al desastre de mayo-junio de 1940, explican que finalmente no figure en esta obra.

Por último, por lo que respecta a la orientación ideológica de este trabajo, la claridad se impone: creemos en conciencia que los combates entre soldaditos de plomo son preferibles —ya que no causan ni sufrimiento ni desolación— a los combates reales. No obstante, ¿todas las guerras son necesariamente injustas? Sun Tsé diferencia con todo rigor aquellas que, impuestas por el exterior y no nacidas del orgullo, del egoísmo, de la susceptibilidad o del deseo de venganza, resultan absolutamente inevitables para la defensa de los bienes públicos. Por lo demás, y siguiendo la tendencia del «maestro» chino, casi todos los estrategas más

reputados hacen gala de una gran moderación, que nace de su profunda convicción del sufrimiento que provoca cualquier guerra. Para los principales teóricos, un buen general o un buen estratega puede ser incluso aquel que logra el éxito sin combatir, o combatiendo lo menos posible. A fin de cuentas, como reconoce sin ninguna ambigüedad el a pesar de todo valiente soldado y excepcional estratega Clausewitz*:

«En un principio, la estrategia es sólo un medio encaminado a la victoria —al éxito táctico—; en último término, su fin es establecer los objetivos que deben conducir directamente a la paz». Es difícil mostrarse menos belicoso.

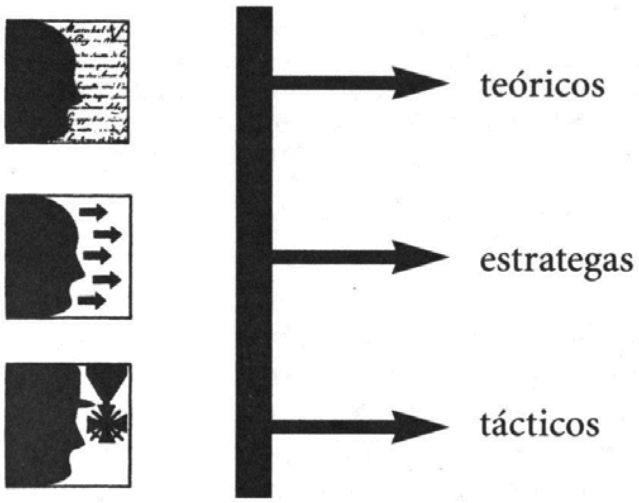
Por otra parte podemos preguntarnos si la guerra no es en realidad un fenómeno natural, recurrente, inherente a la especie humana y, por tanto, ineludible tarde o temprano. También en este caso hemos optado por mantenernos (por el momento) alejados de un debate que, si bien nos parece fundamental desde el punto de vista ciudadano, no tiene cabida dentro del marco concreto de este trabajo.

¿Observar una realidad implica preconizarla? Ciertamente no, y más si dejamos sentado que el objeto de esta obra no es la guerra en sí sino el «arte» de dirigirla.

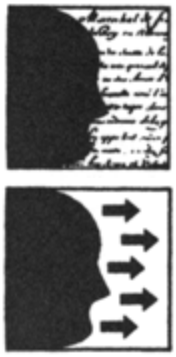
Y como cada uno es libre, según su conciencia, de esperar o no que la estrategia militar acabe siendo definida de una vez por todas como un arte estereotipado, sería deseable que en un futuro más o menos lejano fuera incluido entre la honorable categoría de las artes primitivas...

F.E.

LOS HOMBRES



Sun Tsé
(siglo VI o V a.C.)



> Nada hay en el mundo más flexible y débil que el agua. Sin embargo, para atacar lo que es duro y fuerte, nada la supera y nadie podría igualarla. Que lo débil supera a la fuerza, que lo flexible supera a lo duro, todos lo sabemos. Pero nadie pone en práctica este conocimiento.
>
> LAO TSÉ, *El libro del principio y de la virtud*.

El tratado redactado por Sun Tsé (o Sun Tsi, Sun Tsu, Sun Tzu, Sun Zi e incluso Sunzi) tal vez no sea el primero en la historia, pero desde luego es, hasta el día de hoy, el más antiguo de los que se han recuperado. Las trece lecciones —o artículos— de *El arte de la guerra* fueron escritas en un momento de transición y de fuertes conmociones en China. Era la época de los Reinos Guerreros, que provocaron, a lo largo de los siglos V y III a.C., enfrentamientos extremadamente cruentos y despiadados, poniendo punto final a un período caracterizado por entender la guerra de forma caballeresca.

En primer lugar, Sun Tsé se inscribe en un contexto de guerra limitada, tanto por lo que respecta a los objetivos como por lo referente a las tropas implicadas. La guerra limitada, cuyas características prevalecerán en Occidente hasta el siglo XVIII, no responde a motivaciones ideológicas, supone la intervención de efectivos relativamente reducidos (miles o decenas de miles de soldados) y la persecución de objetivos restringidos (corregir fronteras, someter a un vasallo, buscar prestigio personal,

etcétera). Sun Tsé no conoció las masas de centenares de miles de reclutas dirigidos por Napoleón Bonaparte* ni los motivos de las guerras ideológicas y religiosas que concurrían para acabar desencadenando guerras de aniquilamiento; en el fondo, esta diferencia fundamental de época y de percepción resulta esencial, pues marca la enorme distancia que separa sus conceptos de los de aquel otro gran teórico de la estrategia que fue Cari von Clausewitz*.

En segundo lugar —y en este aspecto los dos «maestros» coinciden a pesar de los siglos que los separan—, Sun Tsé inscribe completamente la guerra en la lógica (la «continuación», que dirá Clausewitz) de la política en general. La guerra, intrínsecamente nefasta, no es un fenómeno aislado de aquello que provoca y produce ni de aquello que la desencadena. Sun Tsé, al considerarla un fenómeno inevitable, sólo alude a la manera de conducirla bien desde un punto de vista moral en la medida en que, una vez que un soberano justo ha decidido emprenderla, su obligación es ganarla. Este aspecto del pensamiento de Sun Tsé es primordial: «Por regla general, hacer la guerra no es lo mejor. Sólo la necesidad debe obligar a emprenderla. Independientemente de su resultado y su naturaleza, los combates resultan funestos incluso para los propios vencedores. Únicamente hay que librarlos si la guerra no se puede conducir de otra forma. Si al soberano le mueven la cólera o la venganza, no debe declarar la guerra ni movilizar tropas».

No se puede ser más claro, y estos propósitos, contenidos en el artículo XII de *El arte de la guerra*, revelan el altísimo nivel de conciencia cívica y política de su autor. Además, para Sun Tsé, un buen general debe cuidar de la vida de sus soldados pero también de los recursos de su país: el avituallamiento del ejército en campaña se debe organizar seria y racionalmente, lo que supone por una parte su transporte desde los puntos de partida —con lo cual se dificulta considerablemente la capacidad de movimiento y de movilidad de las tropas— y, por otra, una inversión de tiempo y esfuerzo para conseguirlo. Dicho de otra forma, para evitar el empobrecimiento del país, es mejor aprovisionarse en campaña dentro del país enemigo. Esta afirmación demuestra que se ha sido injusto con Sun Tsé al considerar al conde de Guibert —por lo demás buen teórico de la estrategia moderna e inspirador de Napoleón*— el inventor de este método de avituallamiento altamente práctico y económico para el invasor.

Un tercer estado de ánimo, que puede resumirse en estas palabras: flexibilidad y adaptación, caracteriza el tratado de Sun Tsé. A diferencia de numerosos estrategas — por otra parte teóricos de altura— cuyo pensamiento estará impregnado de dogmatismo o de rigidez, él no estableció leyes universales e intangibles que garantizasen la victoria de manera sistemática. En su artículo VIII, Sun Tsé afirma que «un buen general no debe jamás decir: "ocurra lo que ocurra, haré tal cosa, iré a aquel lugar, atacaré mañana, sitiaré tal plaza". Únicamente las circunstancias deberán influir en sus decisiones. No debe atenerse a un sistema rígido ni aplicar un único método de dirigir la guerra. Cada día, cada circunstancia, demanda una aplicación concreta de los mismos principios. Los principios son buenos en sí mismos, pero la aplicación que se hace de ellos los convierte con frecuencia en malos».

Sin duda se considera que todas las recomendaciones de Sun Tsé van a proporcionar las condiciones idóneas —climáticas, geográficas, psicológicas, etcétera— para la victoria, pero el general en campaña debe sobre todo demostrar su inteligencia adaptando su estrategia a la del adversario, aprovechándose en la medida de lo posible de las debilidades y errores de éste. La estrategia del adversario es precisamente la mejor baza del buen general según

Sun Tsé, más aún que su ejército o sus bases de retaguardia. Dentro de esta lógica, hay que desarrollar un extraordinario sistema de espionaje que facilite conocer sus intenciones de antemano y una operación de desestabilización que adquiera el carácter de una verdadera guerra psicológica. Fundamentalmente se trata de inducirle al error, de convencerle de su propia debilidad si se desea incitarle a atacar (como Napoleón* en Austerlitz*) o por el contrario de disuadirle de librar batalla fingiendo un poder superior al que realmente se posee. En este aspecto, Sun Tsé se revela partidario y precursor en el arte de la astucia, arte que poseerán para su mayor gloria grandes tácticos, como César* o Alejandro*.

Sin embargo, para engañar y burlar al adversario y poder actuar en consecuencia, es necesario conocer perfectamente sus fuerzas y sus debilidades. Sun Tsé insiste más que ningún otro estratega en la absoluta necesidad de disponer de un conocimiento riguroso de la relación de fuerzas antes de toda intervención; dicho de otra forma, de conocer al Otro, pero sin descuidar el conocimiento de las propias características; y afirma: «El que conoce a su enemigo y se conoce a sí mismo dirigirá cien combates sin riesgos». Una vez conocida la relación de fuerzas, un buen general dispondrá de alternativas absolutamente claras: atacar masivamente si le son muy favorables, replegarse o parapetarse en caso contrario u optar por una de ambas maniobras pero de forma ponderada y minuciosa y siempre teniendo en cuenta la relación de fuerzas. Si su debilidad numérica le impide toda acción frontal, deberá

entonces librar una guerra de hostigamiento en la que la movilidad, la elección de terrenos adecuados y la disciplina serán las mejores armas para vencer a un adversario que es manifiestamente superior en número. Para Sun Tsé, «si sois menos fuerte que el enemigo, no bajéis la guardia, evitad la menor falta. Esforzaos por protegeros, evitad el combate en la medida de lo posible: la prudencia y la firmeza de una fuerza poco numerosa pueden llegar a extenuar e incluso a dominar a un ejército numeroso». Sobre este punto, Sun Tsé fue el primero que esbozó como concepto — como recoge el artículo III de su tratado— ese tipo tan particular de guerra del débil frente al fuerte que se llamará, muchos siglos después, «guerrilla». El revolucionario chino Mao* sabrá extraer enseñanzas prácticas y recursos morales de estas recomendaciones.

A lo largo de la historia del pensamiento estratégico pocos serán también los textos que dediquen tanta importancia a la geografía como variable esencial a la hora de tomar una decisión táctica. Conocer «[...] con exactitud y al detalle todo lo que os rodea, los refugios (selvas o bosques), los obstáculos (ríos, corrientes de agua, arroyos, pantanos), las alturas (montañas, colinas, cerros), los espacios abiertos (llanuras, valles de pendiente suave), esto es, todo lo que puede beneficiar o perjudicar a vuestras tropas» (artículo VII). Sun Tsé no sólo cataloga nueve tipos de terreno, sino que relaciona los factores estrictamente geográficos con las maniobras emprendidas por el adversario con el fin de dilucidar y recomendar las tácticas más idóneas para cada situación. Por lo demás, la importancia del mando, que se erige en uno de los principales *leitmotivs* del tratado, guarda una relación bastante estrecha con la elección del terreno establecida en todas las circunstancias por el general; elección del terreno para el enfrentamiento, pero también para el traslado de las tropas.

Por otra parte, cinco escollos funestos acechan a un general: la temeridad aun a riesgo de muerte, el exceso de precauciones para conservar la vida, la falta de dominio de sí m ismo, un pundonor mal entendido y una exagerada sensibilidad hacia el soldado. Como el buen soberano (que por otra parte se subordina al general en una campaña militar), el buen general debe siempre tener presente que su papel consiste en trabajar de la mejor forma por el

bien de su país y, dentro de la contienda, en conseguir la victoria con el menor coste posible. Con respecto a la relación que ha de entablar con sus hombres, el jefe deberá mostrarse duro, incluso despiadado, en caso de desobediencia, pero tan justo en la recompensa como en el castigo. Ante todo, como garante de la moral de sus hombres, debe tomar sus decisiones con firmeza, sin tergiversaciones ni dudas. A posteriori, Federico el Grande* se ajustará con bastante fidelidad al modelo de jefe trazado por Sun Tsé. La formulación del «maestro» que figura en su artículo VI, y que combina sutilmente el entorno geográfico y el arte de mando, merece figurar aquí: «Con las tropas ocurre como con el agua que fluye: si el manantial está en un alto, el río corre con rapidez; si está en una depresión, el agua se estanca; si aparece una cavidad, el agua la colma en cuanto tiene acceso a ella; si hay un exceso, el agua sobrante rebosa inmediatamente. Así, al recorrer el frente, llenáis los huecos y eliminái s los excedentes; rebajáis lo que está demasiado alto y eleváis lo que está demasiado bajo; el arroyo sigue la pendiente del terreno sobre el que fluye: el ejército debe adaptarse al terreno sobre el que opera. Sin pendiente, el agua no puede correr; mal dirigidas, las tropas no pueden vencer: es el general quien decide todo».

El arte de la guerra también expone, en este caso en el tema de las maniobras, otro eje cardinal: la imprescindible concentración de las fuerzas en detrimento de su dispersión (siempre perjudicial), su gran movilidad, su capacidad de atacar al adversario por sorpresa y, preferentemente, con superioridad numérica. Pues si en

términos de estrategia global Sun Tsé pondera la defensiva, posición que juzga tan honrosa como la ofensiva, tácticamente se decanta por el ataque. Éste debe ser fulminante y realizarse de frente, mediante cerco o por los flancos, según los márgenes (establecidos con la mayor exactitud) de superioridad del asaltante en cuestión, de manera que se obtenga la victoria impidiendo que la guerra se prolongue y por tanto que se debiliten moral y físicamente ambos contendientes. Pero esta concentración de fuerzas debe estar al servicio del movimiento y no de la inmovilidad; por ello Sun Tsé desaconseja enérgicamente la guerra de sitio. El desgaste de los asaltantes, las bajas que sufren frente a unos muros que no se sabe ni lo que contienen ni si finalmente serán derribados y las difíciles tareas del avituallamiento son otros tantos factores negativos.

De Bonaparte* a Dayán*, pasando por Clausewitz*, Von Moltke y Rommel, la piedra filosofal de las estrategias empleadas a lo largo de los siglos XIX y XX —que se podría resumir en la tríada «concentración, potencia, movimiento»— está aquí esbozada, al menos en sus rasgos fundamentales.

Entre las otras recomendaciones de Sun Tsé —ricas en sabiduría pero quizá menos originales y contundentes que las ya mencionadas—, se podría destacar la que hace referencia a la magnanimidad hacia los prisioneros, en modo alguno en virtud de consideraciones morales sino encaminada a ganarlos para la causa, o la de sembrar la discordia en el adversario recurriendo tanto a la diplomacia activa como a la infiltración entre sus filas de hombres de confianza.

En definitiva, el método empleado por Sun Tsé en su tratado resulta extremadamente riguroso y racional y es fruto de una clasificación bastante estricta.

Aunque se dice que nadie es profeta en su tierra, hay constancia de la enorme influencia que Sun Tsé tuvo en China, en Corea e incluso en Japón, la cual se mantuvo muchos siglos después de su muerte. Numerosos comentaristas chinos han rendido homenaje a la profundidad de su pensamiento estratégico interpretando al autor con más o menos realismo y fidelidad. En Occidente, Sun Tsé no fue descubierto hasta mucho más tarde, a

finales del siglo XVII, gracias a la labor y a la curiosidad de los jesuitas. Traducido por el padre Amiot en 1772 y después leído, comentado y estudiado profusamente en los círculos militares, cayó en un relativo olvido en el siglo XIX y durante la primera mitad del XX.

Sin ninguna duda las nuevas condiciones de la guerra —las masas armadas—, sus nuevas características —opiniones, religiones, ideologías— y sobre todo sus nuevos objetivos —aniquilamiento del enemigo, incluida a veces la población civil— explican en buena medida ese repentino desinterés por la figura de Sun Tsé. Ahora bien, a partir del inesperado triunfo de los comunistas en China —y hay constancia de que Mao se inspiró profundamente en Sun Tsé— y después en una amplia zona del Sudeste Asiático, Occidente volvió a sumergirse de nuevo en los principios fundamentales del pensador chino.

Después de la del jesuita Amiot se hicieron numerosas traducciones de *El arte de la guerra*. Pero con independencia de ello —y eso que de unas a otras hay notables diferencias en algunos conceptos—, sigue siendo indiscutible que el genio estratégico de Sun Tsé no ha sido aventajado ni en el rigor de su análisis, ni en su pragmatismo, ni en su recurso constante a la inteligencia, ni en su consideración de los factores humanos, ni en su concepción claramente filosófica de la guerra y del bien público. Otros estrategas y teóricos ofrecerán una interpretación interesante e innovadora de los principios de Sun Tsé o los adaptarán a sus medios, a su época y a su propio espacio, e incluso renovarán —los más creativos— un cierto número de elementos (tácticos sobre todo), pero hasta hoy nadie ha podido superar al teórico chino.

Naturalmente se podrá objetar con toda justicia que el propio Clausewitz, al no ceñirse a las grandes líneas de la estrategia y «descender» incluso al nivel de la táctica, necesariamente se expuso más, por una parte a la crítica y por otra al riesgo de quedarse en cierto modo obsoleto teniendo en cuenta los progresos de la tecnología militar. Quizá las decenas de siglos que separan a ambos «maestros» confieren un mérito particular al más antiguo de los dos. Ésa parece ser la opinión del gran historiador militar Basil Liddell Hart, quien rindió homenaje a Sun Tsé —en la presentación de una traducción glosada por Gérard Chaliand— con estos términos elogiosos: «Los ensayos de Sun Tsé sobre el arte de la guerra constituyen el más antiguo tratado conocido sobre este tema y jamás han sido superados en alcance y profundidad de juicio. Podrían, con toda justicia, ser designados como la quintaesencia de la sabiduría sobre el arte de la guerra. Entre todos los teóricos militares del pasado, Clausewitz es el único con el que se le puede comparar. Y eso que ha envejecido peor y además se ha quedado un tanto obsoleto a pesar de escribir más de dos mil años después de él. Sun Tsé posee una visión más clara, mayor penetración y una frescura eterna».

Bibliografía

CHALIAND, G. y BLIN, A., *Dictionnaire de la stratégie militaire*, Perrin, París, 1998. JOXE, A., *Voyage aux sources de la guerre*, PUF, París, 1991.
NIQUET, V., *Les Fondements de la stratégie chinoise*, Economica, Paris, 1997. SUN TZU, *El arte de la guerra*, Edaf, Madrid, 2001.

Jenofonte
(c. 430-c. 355 a.C.)

> Ésta es mi opinión. Si es necesario sufrir un combate, hay que prepararse para atacar con fuerza; pero si únicamente queremos aprovechar la manera más fácil de pasar la montaña, sólo debo pensar, me parece, en hacer matar y en herir al menor número posible de griegos. La parte de estos montes que vemos se extiende más de sesenta estadios, y sólo hay tropas enemigas que nos observen en este camino; sería mejor intentar ocultarnos del enemigo en nuestra marcha, y anticiparnos yendo a la parte donde no vigila, que atacar un puesto fortificado por la naturaleza y a hombres preparados para defenderse bien. Se asciende más fácilmente un monte escarpado, cuando no se tiene ningún enemigo que combatir, que se camina, cuando se está rodeado, en la planicie más llana; se ve mejor dónde se pone el pie por la noche, cuando no se tiene nada que temer, que de día combatiendo, y uno se cansa menos pisando un terreno pedregoso, cuando está sin preocupación, que andando sobre plumas cuando teme permanentemente por su cabeza.
>
> JENOFONTE, *Anábasis o la retirada de los Diez Mil*

Ciudadano ateniense que recogió durante varios años las enseñanzas de Sócrates, Jenofonte eligió desde muy joven el oficio de las armas para no abandonarlo jamás. Sirvió concretamente en el cuerpo de caballería, y esta experiencia le fue muy provechosa para la elaboración posterior de su interesante tratado titulado *Hipparchikos o El comandante de caballería*. Después de la victoria de Esparta contra Atenas en el 404 a.C., en el transcurso de la Guerra del Peloponeso, se exilió y partió a Persia para servir como mercenario, junto a otros combatientes griegos, a las órdenes de Ciro el joven, quien ansiaba el trono ocupado por su hermano mayor Artajerjes II.

Pero Ciro murió, y los jefes de su tropa cayeron en el transcurso de una emboscada. Probablemente por su experiencia, su sentido táctico y su valor en el combate, Jenofonte fue nombrado entonces jefe de una expedición desmoralizada, privada de su razón de ser y de sus oficiales, y que debía batirse en retirada a lo largo de más de 2.500 kilómetros, desde Babilonia hasta

Grecia, cruzando bajo la presión permanente del ejército enemigo una extensa región cuya geografía y cuyos hombres les eran profundamente hostiles.

Sin embargo, recurriendo a estratagemas y haciendo acopio de moral, disciplina y resistencia, Jenofonte consiguió poner a salvo la expedición y devolver a la mayor parte de sus hombres a Grecia después de ocho meses de peregrinaciones a través de Mesopotamia y Anatolia. Narró las peripecias de esta hazaña militar, ocurrida en el 401, en la *Anábasis o la retirada de los Diez Mil*

Enriquecido con esta nueva experiencia, se alistó en el ejército del rey de Esparta, Agesilao. A su servicio, participó en varias campañas militares en Asia Menor, y en el 394 se enfrentó a sus conciudadanos atenienses en la batalla de

Coronea. Desterrado de Atenas, se instaló en territorio lacedemonio, en Escilonte, no lejos de Olimpia, pero logró finalmente volver a su ciudad natal. Todavía redactó, a la edad de sesenta años, además del *Hipparchikos*, varias biografías, como *Agesilao*, a mayor gloria del rey espartano que lo empleó, y la *Ciropedia,* dedicada a la organización política y militar del Imperio persa y a su difunto aspirante al trono, Ciro.

Por encima de cualquier otra cualidad militar, Jenofonte fue un líder. Aunque se conocen pocos detalles sobre sus otras campañas, es evidente que la que culminó con su retirada de Asia necesitó de unas dotes de mando, de valor y de persuasión excepcionales.

En varias ocasiones, en el transcurso de esta larga retirada en buen orden, los hombres de Jenofonte se encontraron en situaciones especialmente difíciles frente a un adversario más numeroso y decidido. Preocupado por conservar la vida de sus hombres, prefería la alternativa de una evasión por terreno montañoso, que exigía unos esfuerzos extremos, a una batalla campal. Y así relató en la *Anábasis* un episodio significativo que prueba el ejemplo de valor y de resistencia que daba a sus hombres: «Los enemigos que estaban en una altura, en cuanto se dieron cuenta de que queríamos alcanzar la cumbre de la montaña, corrieron con todas sus fuerzas para anticiparse a los griegos. Entonces se elevó un enorme griterío, tanto por parte del ejército griego que exhortaba a sus tropas como del de Tisafemo, que intentaba animar a los bárbaros. Jenofonte, corriendo a caballo por el flanco de su destacamento, excitaba a los soldados con sus discursos: “Es ahora, amigos, debéis creerlo, es ahora cuando combatís para volver a ver Grecia, a vuestros hijos y a vuestras mujeres; aguantad unos momentos el cansancio; durante el resto del camino ya no tendréis combates que librar”. Sotéridas de Sición le dice: “Habláis más de la cuenta, Jenofonte, nuestra situación no es parecida: un caballo os lleva, y yo llevo un escudo, y estoy muy cansado”. Al oír esto, Jenofonte se bajó de su caballo, empujó a aquel hombre fuera de la fila y después de arrancarle el escudo comenzó a subir lo más rápidamente que le fue posible. Llevaba además su coraza de jinete, de manera que el peso de sus armas lo

aplastaba al andar. Sin embargo, continuaba animando a la cabeza de las tropas a avanzar, y a la retaguardia, que les seguía con dificultad, a agruparse. Los soldados golpearon a Sotéridas, le tiraron piedras, lo insultaron, hasta que lo obligaron a recuperar su escudo y su sitio. Jenofonte volvió a subir a su caballo, y lo utilizó mientras el camino fue practicable; pero cuando dejó de serlo, este general se apeó de su montura y corrió a pie con las tropas, y los griegos se encontraron en la cumbre de la montaña antes que los enemigos».

A través de sus escritos, Jenofonte se mostró también como un gran táctico: estudió (y puso en práctica) diferentes tipos de marchas y maniobras, apeló al necesario reconocimiento del terreno y de los dispositivos y efectivos del adversario, propuso escaramuzas en diferentes situaciones e insistió en la colaboración entre las distintas armas en el seno de una tropa, en el entrenamiento de los hombres y monturas y también en una acertada evaluación de la relación de fuerzas.

Jenofonte destacó igualmente en astucia y en paciencia, jugando con la psicología del adversario. Frontino narró lo siguiente en sus *Stratagema:* «Jenofonte, al ver que los armenios ocupaban la otra orilla de un río, ordenó buscar dos puntos de paso; y como había tenido que retirarse del de más abajo, ocupó el de arriba; al ser expulsado también de este punto por la llegada del enemigo, volvió al vado inferior, ordenando de todas formas a una parte de sus hombres que se quedara atrás y cruzara por el vado más alto en cuanto vieran que los armenios acudían a proteger el vado bajo. Los armenios, creyendo que la totalidad de los soldados de Jenofonte volverían al vado inferior, se dejaron engañar y no tuvieron en cuenta a los rezagados;

estos últimos cruzaron el vado sin encontrar la menor oposición y acudieron inmediatamente a proteger el paso de sus compañeros».

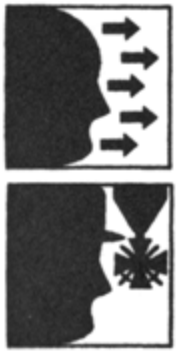
En definitiva, es el arte del mando, en especial en una situación particularmente difícil —como es una retirada en inferioridad numérica—, lo que destaca en la obra de Jenofonte. También conviene reseñar que, entre sus virtudes, sobresale la buena información geopolítica que tenía del mundo helénico, y no sólo de Atenas; el jefe de los Diez Mil, después de haber combatido en inmensos territorios y bajo varias banderas, y al contrario de lo que pensaban gran parte de sus contemporáneos estrategas, no concebía la ciudad como una entidad aislada, vulnerable, presa de todas las traiciones y coaliciones posibles.

Jenofonte, a la vez militar de carrera y escritor, es uno de los pocos estrategas a lo largo de la historia que han destacado en ambos campos. Nos ha legado un testimonio muy valioso de las costumbres guerreras y de la enseñanza militar en la Persia y la Grecia antiguas. Aparece citado en repetidas ocasiones en *Principios de la guerra*, obra del generalísimo aliado Ferdinand Foch*, vencedor de la Primera Guerra Mundial.

Bibliografía

JENOFONTE, *Anábasis,* Cátedra, Madrid, 1999.
------, *Obra completa*, 2 vols., Pentalfa Ediciones. Oviedo, 1989.
ORRIEUX, C. y SCHMITT-PANTEL, P., *Le Commandant de cavalerie,* PUF, París, 1995.

Alejandro Magno
(356-323 a.C.)



> Alejandro, durante las maniobras de invierno, estaba sentado delante de una hoguera y empezaba a mirar cómo desfilaban sus tropas cuando vio a un soldado casi muerto de frío; le ordenó que se sentara en su lugar y le dijo:
>
> «Si hubieras nacido entre los persas, habría sido un crimen capital sentarte en el asiento de tu rey; pero un hombre nacido en Macedonia puede permitírselo».
>
> FRONTINO, *Stratagema.*

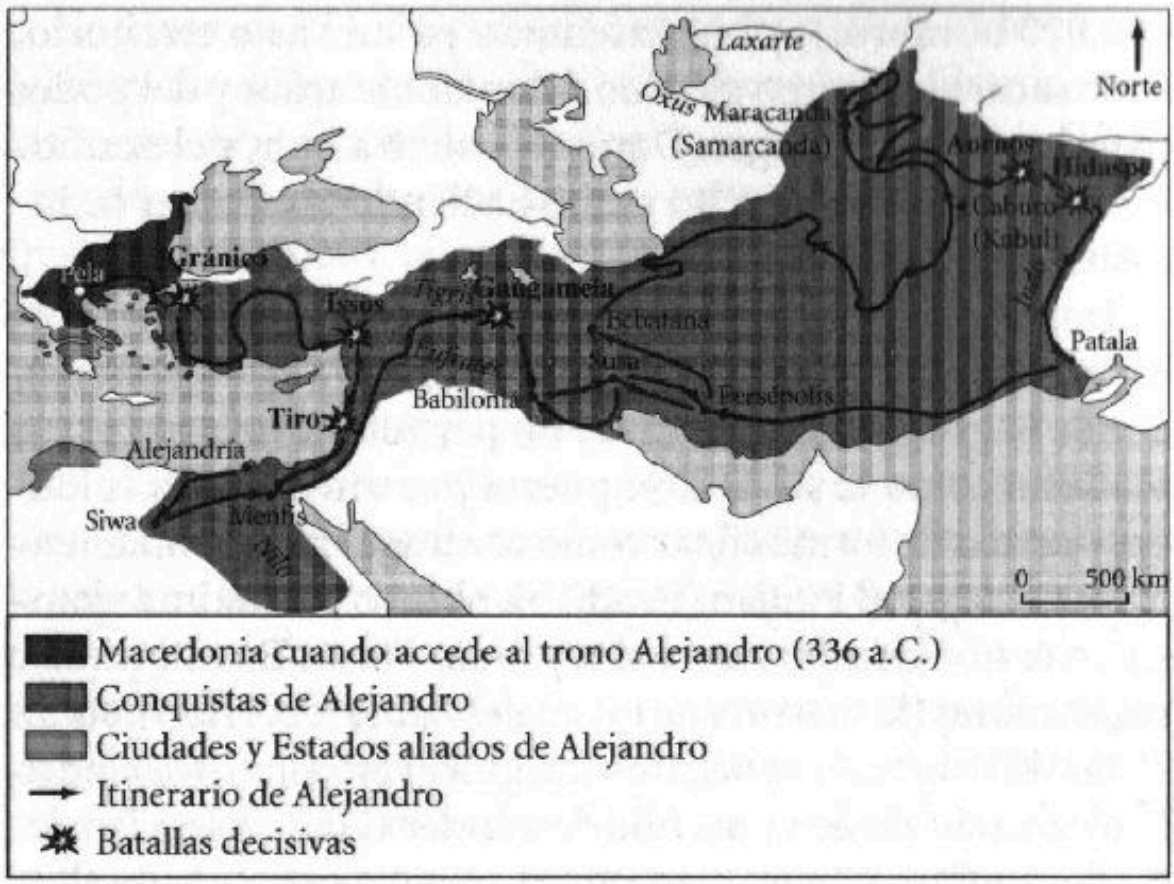
El destino político y militar absolutamente excepcional de Alejandro de Macedonia estuvo primero marcado por las enseñanzas de Aristóteles. Más tarde, ya adolescente y admirador de un héroe de la Guerra del Peloponeso, Epaminondas, rey de Tebas, Alejandro siguió de cerca los intereses de su propio padre, el rey Filipo de Macedonia. Cuando éste fue asesinado en 336, accedió al poder y decidió llevar a cabo las ambiciones asiáticas que Filipo siempre había alimentado, aprovechando que su padre le legó un excelente ejército de enorme profesionalidad. Sin embargo, antes de acometer la conquista de Asia, Alejandro debía asegurarse el favor y la lealtad de los generales Parmenión y Antípatro con el fin de mantener firmemente bajo su control las ciudades griegas. Éstas se sometieron al joven heredero de veinte años, que optó por evitar el enfrentamiento con una de ellas, la siempre peligrosa Esparta. En adelante tenía las manos libres para atacar al Imperio aqueménida.

En junio de 334, después de haber cruzado el Helesponto (el estrecho de los Dardanelos), se enfrentó en el Gránico con las tropas persas comandadas por generales de Darío III, el «rey de reyes». Demostró allí por primera vez su audacia al frente de sus tropas, que provenían de casi toda Grecia, y derrotó al enemigo.

Después de cruzar el Taurus, los macedonios penetraron en el corazón del Imperio persa, en Issos, en noviembre del año 333, y allí se enfrentaron con las tropas aqueménidas, dirigidas esta vez por el «rey de reyes» en persona. Pese a que la relación numérica de sus tropas le era excesivamente desfavorable —quizá de uno contra cincuenta—, Alejandro dio muestras de un ingenio fuera de lo común; consiguió imponer el campo de batalla no en la llanura, como deseaba Darío, sino en las cercanías de un estrecho desfiladero que dificultaba el despliegue de las fuerzas persas. Además, tras situar a sus generales Parmenión y Nicanor en las alas, se colocó él mismo al frente de su caballería, a la que ordenó cargar contra el flanco izquierdo del adversario antes de que entrara en acción la elite de la antigua infantería: las falanges macedonias. Este ataque oblicuo —antaño ideado por Epaminondas y puesto en práctica con éxito por Filipo— sembró el desorden en las filas persas, de modo que el centro corría serio peligro de hundirse. Al verse directamente amenazado, Darío huyó y su ejército se dispersó. Entre el importante botín que dejó atrás el «rey de reyes» figuraban su madre y sus hermanas, a quienes Alejandro trató con respeto.

El jefe macedonio se consagró entonces al control de la costa mediterránea y acabó conquistando Sidón, Biblos, Beirut, Gaza y sobre todo la ciudadela de Tiro, considerada inexpugnable. Su avance continuó cada vez más al este, y en la alta Mesopotamia Alejandro obtuvo la victoria, por segunda vez consecutiva, frente a Darío III en la batalla decisiva de Gaugamela*. Frente a un adversario más numeroso que nunca (compuesto probablemente por entre 200.000 y 400.000 hombres), y bien asentado en un vasto territorio, supo sacar el máximo partido del infalible ardor y del poder ofensivo de sus falanges. Darío III volvió a huir, y el desmoronamiento de su ejército acabó haciendo tambalear su inmenso imperio.

Tras Gaugamela, Alejandro prosiguió su avance con relativa tranquilidad, salvo en el nordeste iraní y en Afganistán, donde la geografía montañosa no permitió a una tropa tan modesta como la suya —compuesta por unos 40.000 soldados— actuar de forma eficaz como contraguerrilla. Finalmente, y tras llegar al Punjab (Pendjab), obtuvo una última victoria en el río Hidaspo frente al rey indio Poros. En este punto, sus hombres (la mayoría de los cuales había recorrido más de 25.000 kilómetros) se negaron a seguir avanzando. Alejandro se plegó a sus deseos y decidió descender el Indo hasta Patala, desde donde el ejército macedonio —mucho más nutrido ahora al haberse incorporado nuevas tropas tras las últimas conquistas— regresó lentamente a Babilonia.



La epopeya de Alejandro Magno

Fue en esta ilustre ciudad, que convirtió en su capital, donde Alejandro de Macedonia murió a la edad de treinta y tres años. No dejó heredero, así que fueron

sus generales y sus gobernadores los que se repartieron el inmenso territorio que acababa de conquistar. En pocos años constituyó un imperio al que sólo el de Gengis Khan*, dieciséis siglos después, aventajará en superficie. Por lo demás, a este imperio, rápidamente dividido entre sus sucesores, sobrevivirá una brillante civilización.

De este conquistador, el historiador y estratega Frontino destaca especialmente sus estratagemas: «Como el rey indio Poros le impedía cruzar el Hidaspo con su ejército, Alejandro de Macedonia ordenó a sus tropas que corrieran sin parar hacia el río; y cuando, al repetir este tipo de maniobra, logró atraer las sospechas de Poros sobre ese punto de la orilla opuesta, de repente hizo cruzar a su ejército por la parte más alta del río. [...]

»El propio Alejandro, al impedirle el enemigo cruzar el Indo, decidió lanzar a sus jinetes hacia diferentes lugares del río, amenazando con forzar el paso; y mientras distraía a los bárbaros con esta maniobra, tomó una isla un poco más alejada del curso del río y la ocupó, primero con una guarnición poco numerosa y después con una guarnición más importante a la que ordenó cruzar, desde allí, a la otra orilla. Como la totalidad de los enemigos se había lanzado hacia este lado para aplastar a sus tropas, pasó él mismo por el vado ya libre y reunió a todo su ejército».

En definitiva, Alejandro fue sin duda un buen estratega, un excelente táctico y un comandante sobre el terreno excepcional, y supo asumir todo tipo de riesgos colocándose al frente de sus hombres para conducirlos a la victoria.

Bibliografía

BENOIST-MÉCHIN, J., *Alejandro Magno,* Planeta-De Agostini, Barcelona, 1995. DROYSEN, J. G., *Alejandro Magno,* Fondo de Cultura Económica de España, Madrid,

20

01.

FRONTINO, *Stratagema,* Harvard University Press, Londres, 1969.

GUZMÁN, A.; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Alejandro Magno: de la historia al mito*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
HAMMOND, N. G., *Alejandro Magno. Rey, general y estadista,* Alianza Editorial, Madrid, 1992.
QUINTO CURCIO, *Historia de Alejandro Magno*, Gredos, Madrid, 1986.

Aníbal
(247-183 a.C.)

> Los cartagineses tuvieron elefantes de combate. Pero el elefante, exactamente igual que el camello, sólo se puede utilizar en un terreno determinado, y se asusta con facilidad. Su presencia en el ejército que Aníbal trajo a Europa se tradujo en un fracaso, a pesar del legendario paso de los Alpes.
>
> A. CORVISIER,
> *La guerra.*

Del personaje de Aníbal generalmente sólo se recuerda su épica travesía de los Alpes al frente de sus elefantes de combate y su victoria en Cannas (Cannae, 216 a.C.) contra las tropas romanas comandadas por los cónsules Paulo Emilio y Cayo Terencio Varrón.

Travesía y victoria son reales —aunque casi todos los elefantes murieron por el frío y el agotamiento mucho tiempo antes del combate cuya fama ha llegado hasta nosotros—, pero se ha tendido a minimizar la figura de Aníbal. En realidad, su talento militar dejó una gran impronta que se mantuvo intacta durante varios siglos en una extensa zona del Mediterráneo. Como consecuencia de las humillantes y sucesivas derrotas que infligió a sus encarnizados enemigos, los romanos no solamente acabaron adaptándose a la táctica de Aníbal —a quien finalmente vencieron utilizando sus propios métodos—, sino que también, y sobre todo, emprendieron una total transformación de sus tácticas de guerra, y lo hicieron de forma tan radical y eficaz que dominaron el mundo conocido durante cuatro siglos más.

Aníbal, perteneciente a una importante familia cartaginesa, era hijo de Amílcar Barca, el general en jefe de los cartagineses durante la Primera Guerra Púnica (264-241). De tan prestigioso padre heredó a la vez un odio infinito a Roma y un ejército bien organizado para poner en práctica su proyecto de venganza contra el enemigo ancestral. Al contrario de lo que suele creerse, fue él

quien inició las hostilidades que marcan el desencadenamiento de la Segunda Guerra Púnica (218-201).

En 219, a la muerte de su hermano mayor, se puso al frente del ejército cartaginés de España y decidió asestar un golpe de efecto: en lugar de intentar debilitar a la flota adversaria mediante largas e inciertas campañas marítimas o efectuar incursiones contra las costas romanas, acometió la empresa de cruzar primero los Pirineos y luego los Alpes, e irrumpir en Italia. Consideró —con toda razón— que el impacto psicológico de una victoria militar en la propia península Itálica resultaría determinante, y que muchas ciudades italianas aliadas de Roma se verían entonces tentadas a cambiar de bando.

El proyecto, aunque bien pensado, resultaba tremendamente arriesgado. El paso de los Pirineos, con tropas númidas y africanas muy poco acostumbradas al clima de montaña, se efectuó en condiciones difíciles. Lo mismo ocurrió durante la travesía de los Alpes (agosto del 218), en el transcurso de la cual Aníbal, acosado por

tribus galas hostiles, perdió un número considerable de hombres y de caballos y la casi totalidad de sus elefantes. Cuando por fin alcanzó las llanuras de Italia, contaba probablemente con menos de soldados, pese a lo cual consiguió, gracias a una maniobra realmente osada, hacer retroceder a Fabio Máximo, que hasta entonces mantenía sus bases en Galia, hasta el interior de la península.

A pesar de su inferioridad numérica, obtuvo un primer éxito en el Tesino, y después una clara victoria frente a los dos ejércitos romanos que concurrieron a su encuentro a orillas del Trebia, cerca de Piacenza. Fulgurantes ataques de la caballería lanzados contra los flancos del enemigo, sorprendido y con menos movilidad, unidos al hostigamiento de sus líneas de retaguardia, destrozaron las fuerzas romanas. Los generales romanos se vieron obligados a retirarse, pero sus fuerzas se mantuvieron operativas. La trascendencia de esta modesta victoria radica más en su dimensión política que en la estratégica: muchas tribus galas y ligures ofrecieron refuerzos a Aníbal. Gracias a esta aportación de combatientes, continuó su marcha hacia el sur cuando finalizaba el invierno. En la primavera de 217, el cónsul Cayo Flaminio, furioso por las ostensibles devastaciones que Aníbal provocaba cerca de sus líneas, se lanzó en su persecución sin esperar a otros cuerpos de tropa romanos. El cartaginés optó por esperar a su adversario en la salida de un pequeño valle encajonado, y dispuso su ejército en unas alturas que dominaban el lago Trasimeno. Flaminio cayó en la trampa: murió en el combate y su ejército fue aplastado.

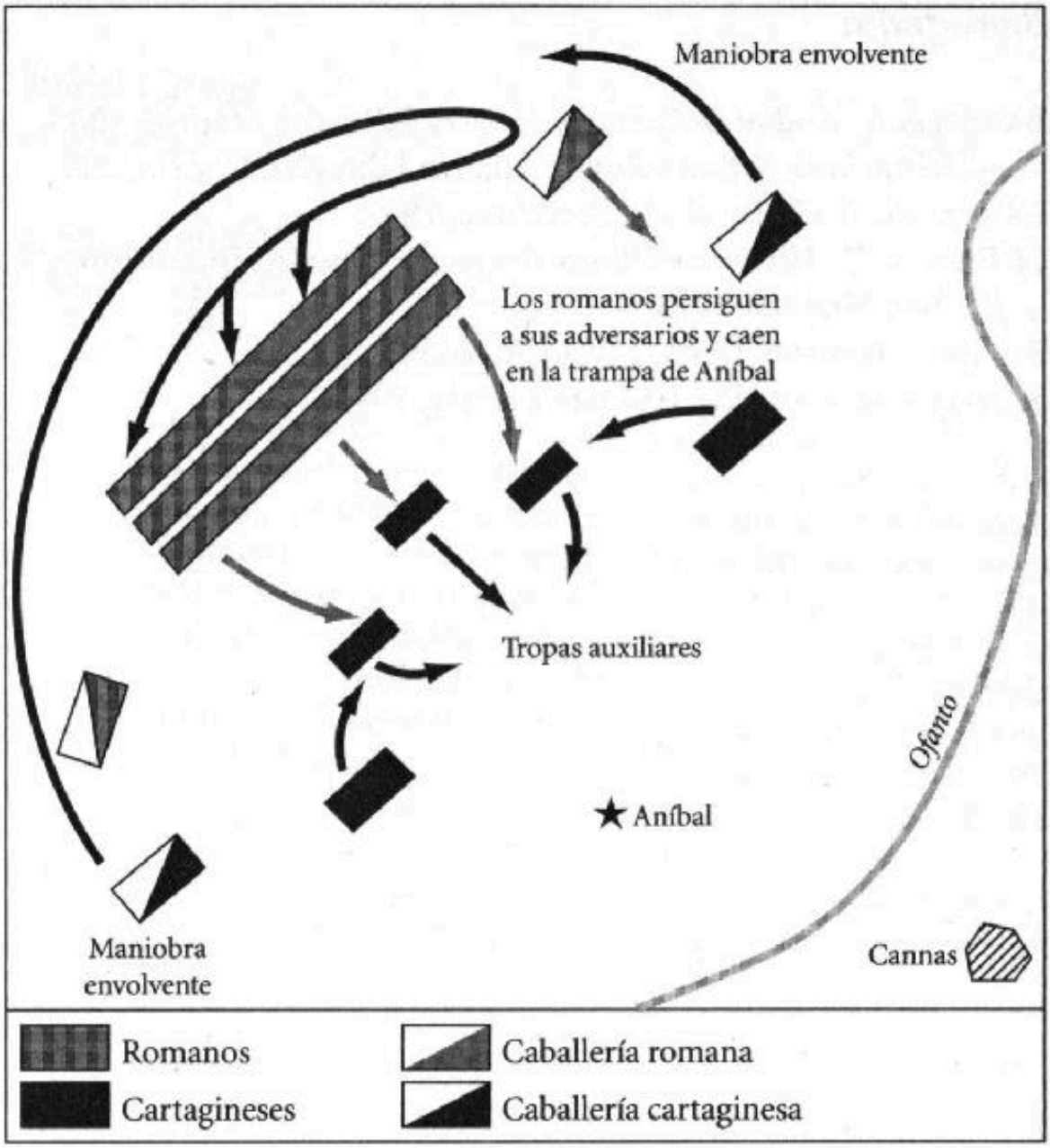
Contra todo pronóstico, Aníbal continuó su avance hacia el sur y dejó a Roma de lado. Los dos cónsules entonces en el poder, Paulo Emilio y Cayo Terencio Varrón, decidieron sacar provecho de tal situación para poner término a la política de acoso y de evitar el combate directo que preconizaba el magistrado Fabio Máximo. Resultado de todo ello fue la formación de un imponente ejército, compuesto por 80.000 hombres, que fue conducido al encuentro de las tropas púnicas, casi dos veces inferiores en número. De forma manifiesta, los cónsules romanos optaron por no atraer a Aníbal —cuya mejor baza era la caballería— a terrenos montañosos o pantanosos, y por tanto desfavorables para sus intereses. Cabe

por otra parte preguntarse si, como excelente táctico que era, habría aceptado el reto. Siempre nos quedará la duda.

Lo cierto es que el 2 de agosto de 216, en Cannas, a orillas del río Ofanto (Aufidus), Aníbal pulverizó con hábiles maniobras envolventes al ejército enemigo. Esta vez los romanos perdieron más de 65.000 hombres, entre muertos (de ellos un cónsul y unos cien senadores), heridos o prisioneros, frente a menos de 5.000 bajas por parte cartaginesa. En ese momento, la gran potencia mediterránea estaba profundamente quebrantada, y no cabía la posibilidad de organizar ningún ejército de socorro. Sin embargo, una vez más, frente a la opinión insistente de sus oficiales, Aníbal prefirió no sitiar Roma, pese a estar a merced de sus tropas. Para todos los historiadores éste fue el gran error de su vida, pero cabe preguntarse si, con un contingente de sólo algunas decenas de miles de combatientes y sin máquinas de asedio, hubiese conseguido no sólo conquistar la ciudad —entonces sólidamente fortificada—, sino también, lo que es más importante, acabar con Roma como potencia. La península Itálica ofrecía la posibilidad de organizar poco a poco y en numerosos enclaves nuevas tropas, mientras que Aníbal sólo podía recibir escasos refuerzos procedentes de Cartago o de sus colonias.

Tras el desastre de Cannas, el magistrado Fabio Máximo logró por fin imponer su política de acoso y de guerra de desgaste, y de resultas de ello forzó a Aníbal a adoptar un planteamiento más defensivo que ofensivo. Durante varios años combatió —a veces con éxito— contra tropas romanas, primero modestas pero de gran movilidad y cada vez más numerosas, poniendo todo su empeño en debilitar a Roma

desde el interior y en establecer alianzas con otras ciudades de la península. Este último objetivo en realidad no se alcanzó nunca: los apoyos fueron muchas veces simbólicos, y él mismo se vio incapaz de impedir que Capua cayese en manos de Roma en 211, mientras que Siracusa y Tarento lo habían hecho en 212.



Maniobra de Aníbal en Cannas

Después de la muerte en combate, en 207, de su hermano Asdrúbal, que había acudido desde España con refuerzos, Aníbal hizo frente aún otros cuatro años a los romanos, ya por entonces reorganizados y dirigidos por el sagaz Escipión (llamado «el Africano»), y después volvió a embarcar rumbo a Cartago. La iniciativa había cambiado de bando, y ahora eran las tropas romanas las que acampaban en las

proximidades de la ciudad africana. En el año 202 Aníbal rompió la tregua firmada poco antes y entabló combate contra Escipión. Este último, enriquecido por lo aprendido en años de lucha contra el jefe cartaginés, decidió tomar la iniciativa y — con el apoyo de la caballería númida, hasta poco antes punta de lanza de Aníbal— aplastó a su ejército en Zama. Escipión, haciendo gala de magnanimidad, autorizó al ilustre vencido a permanecer en Cartago para devolver a la ciudad su prosperidad. Sin embargo, Aníbal cayó pronto en la tentación de conspirar contra Roma y se vio obligado a exiliarse en la corte de su cómplice, el rey de Siria Antíoco III. Dando muestras de su carácter infatigable, intentó reunir un poderoso ejército para llevar a cabo una importante expedición militar contra Roma. Finalmente puso fin a su vida ingiriendo veneno por temor a ser extraditado al país de sus enemigos ancestrales, encarcelado o tal vez ejecutado.

Aunque Aníbal apenas consiguió cumplir sus ambiciones — tanto las personales como las referentes a Cartago—, indiscutiblemente fue un gran estratega y un excelente táctico. Como estratega se mostró brillante al sorprender sistemáticamente a sus adversarios con la elección de objetivos y los itinerarios que trazaba para alcanzarlos, o cuando buscaba una posición de fuerza para negociar con pueblos y convertirlos en aliados contra su enemigo principal. También destacaron sus maniobras sumamente rápidas, que provocaban el efecto sorpresa, por la elección escrupulosa del terreno y por la utilización de la guerra psicológica contra unos adversarios casi siempre más numerosos pero cuyos objetivos consiguió adivinar.

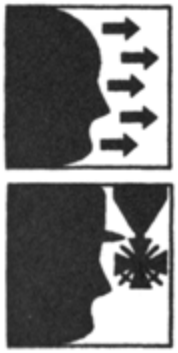
Como táctico, Aníbal destaca por una maniobra muy específica que desconcertó durante mucho tiempo a los romanos: el ataque por las alas, esencialmente mediante la utilización de una caballería ligera y rápida, seguido de la acometida a la retaguardia del enemigo. Este amplio movimiento envolvente fue a la vez la clave del triunfo de Cannas y la causa de su derrota en Zama.

Bibliografía

BARCELÓ, P., *Aníbal de Cartago,* Alianza Editorial, Madrid, 2000.

-----, *Historia de Grecia y Roma,* Alianza Editorial, Madrid, 2001. LANCEL, S., *Aníbal,* Crítica, Barcelona, 1997.
LE BOHEC, Y., *Histoire militaire des guerres puniques*, Éditions Du Rocher, Monaco, 1996.
POLIBIO, *Historias,* Gredos, Madrid, 2000. SILIO ITÁLICO, *Púnica,* Teubner, Leipzig, 1987.

Julio César
(101-44 a.C.)



> César, al entrar en las Galias, tuvo que cruzar los Alpes. Se le informó de que las tropas de los bárbaros montañeses vigilaban los pasos. Estudió la naturaleza y el clima, y observó que desde lo alto de las montañas bajaban hacia la parte inferior muchos ríos que formaban lagos de gran profundidad, de los que, al despuntar el día, se elevaba una niebla muy espesa. César aprovechó este momento para ordenar a la mitad de sus tropas que rodeara las montañas. La niebla los ocultó a la vista de los bárbaros, que no hicieron ningún movimiento. Pero cuando César se encontró frente a los enemigos, sus tropas dieron grandes voces. La otra mitad de su ejército, que estaba abajo, respondió a estas voces con otras, y todas las montañas de los alrededores retumbaron. Los bárbaros, aterrorizados, emprendieron la huida. Así fue cómo César cruzó los Alpes sin combatir.
>
> POLIENO,
>
> *Estratagemas.*

Perteneciente a una familia patricia, Cayo Julio César sirvió en las legiones romanas desplegadas en Asia. Cegado por el poder, ambicioso y desprovisto de escrúpulos, entró en Roma cuando la muerte de Sila se lo permitió, y optó en seguida por emprender la carrera política.

Tras conseguir valiosos apoyos, ascendió los principales escalones de la jerarquía política: fue sucesivamente pretor (62), propretor en Hispania (61), cónsul
(59) formando parte del triunvirato constituido además por Pompeyo y por Craso (el futuro vencido en Carres) y, por último, procónsul de la Galia Cisalpina y de la Narbonense. Después, sin duda movido por una ambición mucho más política que militar,

convenció al Senado para que le permitiera iniciar la conquista de las Galias, debilitadas entonces por disensiones internas y amenazadas por una invasión de germanos. A los cuarenta y tres años, una edad tardía para lo acostumbrado en la época, Julio César entró en campaña como general en jefe.

En el transcurso de la guerra de las Galias, que se prolongó desde el año 58 hasta el 52, se reveló como un buen estratega, aunque realmente jamás hubiera estudiado en profundidad ni vivido una gran campaña militar, y puso al servicio de su acción armada su agudo sentido de la maniobra política.

En primer lugar, se dedicó a reforzar las alianzas ya establecidas entre Roma y ciertas tribus galas, especialmente con los eduos. Éstos, amenazados entre el Loira y el Saona por un éxodo masivo de helvecios, desplazados a su vez hacia el este por grupos germanos, proporcionaron a César el pretexto para intervenir a la vez en las tres Galias: la Aquitana, la Céltica y la Belga. En el transcurso de la primera fase de la campaña sus legiones hicieron retroceder al jefe de los suevos (germanos), Ariovisto, más allá del Rin. Después se enfrentó con éxito a los nervios, los vénetos (cuya poderosa flota fue aniquilada en el 56), los eburones y finalmente a los arvernos de Vercingetórix y sus aliados, sufriendo tan sólo un único revés en el asedio a Gergovia. Tras su extenuante aunque rotunda victoria en Alesia*, César consideró que la

conquista había terminado: de hecho, la captura de Vercingetórix puso prácticamente fin a un período de revueltas endémicas contra la hegemonía de Roma.

A lo largo de esta campaña, César redactó *La Guerra de las Galias*, obra casi etnológica sobre los galos y la táctica empleada para acabar militarmente con ellos, sin dejar de alabar al máximo sus propias cualidades como estratega y de exagerar los efectivos y la belicosidad del adversario. Así trataba de obtener del Senado créditos para continuar la guerra y, sobre todo, realzar su propio prestigio y forjarse el carisma necesario para la conquista de Roma.

Precisamente, en el año 50 cruzó el Rubicón —según la expresión que se haría célebre—, asumiendo la responsabilidad de desencadenar una guerra civil contra Pompeyo. Frente a este brillante general, César dispuso de dos bazas: el prestigio militar (aunque adquirido en época tardía) de la conquista de las Galias y, sobre todo, el apoyo incondicional de sus legiones, cuya confianza se ganó por completo.

La lucha contra su rival estuvo jalonada, una vez más, de éxitos clamorosos. Tras expulsar de la península Itálica a las legiones que se mantenían leales a Pompeyo, combatió con ellas y las venció primero en Hispania y nuevamente en Tesalia (en la Grecia actual), en la batalla de Farsalia (agosto del 48). Cuando finalmente Pompeyo fue asesinado, César condujo victoriosamente la campaña contra Farnaces II en Zela, en Anatolia.

Principales intervenciones de César

Por fin regresó a Roma, donde consiguió que se le otorgase un poder personal exclusivo sobre los territorios del imperio (la dictadura); tuvo que partir inmediatamente hacia Túnez para someter a tropas rebeldes (46) y aplacó en Munda, en España, una última rebelión contra su autoridad.

Sin duda César fue un estratega. Lo demostró con su visión sumamente amplia de los teatros de operaciones, con su facilidad para dividir al adversario y conocer su psicología, para aterrorizarlo (inclusive con matanzas de civiles) y para sorprenderlo también con la elección de sus itinerarios. Pero por encima de todo, porque jamás cometió un error que es muy común en numerosos estrategas: nunca subordinó los intereses y objetivos políticos a su pasión personal por la guerra, por la gloria y por la conquista. Precisamente la expresión ya acuñada «laureles del César» alude a su gusto por el fasto y —aunque el término resulta aquí anacrónico — el culto a su personalidad, pero no hay que olvidar que jamás sacrificó a sus legiones en vano.

Pero el autor de *La guerra civil* fue también un táctico. Por lo menos adquirió estas cualidades durante las largas y difíciles campañas en Galia. César dominaba notablemente el arte del asedio (el ejemplo de Alesia lo ilustra perfectamente), exigía y obtenía de sus tropas una rapidez de marcha y de maniobra muy considerable para la época, sabía conservar la sangre fría en situaciones a menudo delicadas (como ocurrió con la ofensiva sorpresa de los nervios en el 58) y era capaz de recurrir con eficacia a estratagemas y a subterfugios.

Por último, César, general tan exigente con los mandos como con los simples legionarios, fue un jefe de guerra magnánimo con los enemigos ganados para su causa o que se mostraban arrepentidos (especialmente en el transcurso de la guerra civil contra Pompeyo, quien consideraba, por el contrario, la neutralidad como un comportamiento hostil) y un comandante sobre el terreno cercano a sus hombres, incluso cuando sufrían un fracaso militar (Dirraquio).

Por el contrario, y por lo que respecta a la configuración de los cuerpos de tropa, la logística e incluso los equipamientos, César se limitó a mantener las cosas tal y como estaban antes de que llegase

al poder. La infantería pesada, esqueleto esencial, exclusivo incluso, de toda legión romana, permaneció invariable. César tan sólo le agregó, en determinadas circunstancias, un cuerpo de infantería ligera. Ni la caballería ni el armamento fueron modificados, como tampoco las técnicas de combate. Afortunadamente para él, ningún otro ejército aparte del de los partos —ni siquiera el constituido por los temibles jinetes númidas — adoptó en vida de César el modo de combate que permitió a Sureña aplastar a Craso en Carres. Precisamente César se disponía a iniciar una amplia campaña militar contra los partos cuando fue asesinado en el año 44, en los idus de marzo.

Napoleón*, gran admirador del vencedor de Vercingetórix y Pompeyo, anotará en sus *Comentarios* que «los principios de César fueron los mismos que los de Aníbal: mantener a sus fuerzas reunidas, no ofrecer ningún punto vulnerable, acudir con rapidez a los enclaves importantes y confiar en la fuerza moral, en la fama de sus armas, en el terror que inspiraba y también en los medios políticos para garantizar la lealtad de sus aliados y la obediencia de los pueblos conquistados».

Bibliografía

ÉTIENNE, R., *Jules César*; Fayard, París, 1997.
FLAVIO VEGECIO, *Instituciones militares,* Ministerio de Defensa, Subdirección General de Publicaciones, Madrid, 1988.

JULIO CÉSAR, *Comentarios a la Guerra Civil*, Alianza Editorial, Madrid, 1995. LE BOHEC, Y., *César,* PUF-Que sais-je?, París, 1994.
SUETONIO, *Vida de los doce Césares*, Gredos, Madrid, 1999.

Gengis Khan
(c. 1165-1227)

> Hay que arrasar todas las ciudades para que el mundo entero vuelva a ser una inmensa estepa donde las madres mongolas amamanten a unos hijos libres y felices.
>
> GENGIS KHAN, en A. MAALOUF, Las cruzadas vistas por los árabes.

El hombre que construyó el más extenso imperio que el universo ha conocido jamás, quizá también el más temido por el mayor número de hombres, se quedó muy joven huérfano de padre, un jefe de clan que fue asesinado, y conoció una infancia sumamente dura que le obligó a realizar trabajos penosos e incluso a practicar la mendicidad con sus hermanos, sus hermanas y su madre.

Disponemos de muy pocos datos sobre la juventud de Gengis Khan. Claramente dotado de una voluntad de hierro, y tras beneficiarse de una sólida alianza matrimonial y poner en práctica un agudo sentido político, logró, en época tardía (en 1206), hacerse nombrar *kagan* oceánico —dicho en otras palabras, «rey universal»— en el transcurso de una gran asamblea de dignatarios mongoles: el *Kuritlai* (o *Quritlay).*

Gengis Khan consiguió rápidamente atraerse a dos pueblos turcófonos: los uigures, musulmanes con un desarrollo cultural importante y con una escritura que él adoptó oficialmente, y los ongutes, mayoritariamente cristianos. Una vez que Mongolia quedó unida y pacificada en el interior, el jefe mongol inició una era de veinte años de conquistas hacia todos los puntos cardinales.

En primer lugar se dirigió hacia el norte, y en pocos meses, en 1207, obtuvo la sumisión de los temibles kirguizos del Yeniséi y de los tumets.

Después, en 1209, Gengis Khan se lanzó a la conquista de los grandes espacios situados al sur: venció primero a los minyaks (o tanguts, rivales de sus aliados uigures por la Ruta de la Seda) y

anexionó su reino de Xixia (Si-hia), en la meseta de Ordos. Para conseguirlo, ordenó a sus jinetes cruzar el árido desierto del Gobi, desafiando los condicionantes geográficos por primera vez. Los minyaks se sometieron y, para evitar el aniquilamiento de su reino, juraron fidelidad a su nuevo soberano mongol, una alianza forzada, como se demostraría más adelante.

En 1211 Gengis Khan atacó el inmenso y poderoso reino de China del Norte, el de los Kin (o Chin, o Qin). Sus tropas se hicieron fácilmente con el control de Manchuria gracias a la incorporación a sus filas de los khitai (qhitai), una tribu en rebelión contra Pekín que aportó a los mongoles amplios conocimientos prácticos de logística e ingeniería militar (técnicas de asedio, de zapa…). Sin embargo, estos últimos no pudieron seguir su avance al toparse con la Gran Muralla. Gengis Khan, preocupado por consolidar su autoridad en los espacios que acababa de conquistar, aceptó parlamentar y obtuvo un tributo simbólico que le decidió a darse la vuelta sin continuar su ofensiva. Muy pronto, sin embargo, reanudó su campaña: fortalecido

con la alianza de los khitai, cruzó por tres puntos la muralla y se apoderó de Pekín (1215), ciudad que saqueó antes de dejar a su mejor general, Mukali, el encargo de continuar la conquista del reino de los Kin. (Los song de China del Sur, por su parte, resistieron a los mongoles durante varios decenios.)

Por último, en el oeste, Gengis Khan se aprovechó de un conflicto interno en el reino de los kara-jitai para apoderarse de él. En estos momentos su imperio se extendía hasta los confines de Persia. Recién instaurado sobre las ruinas del Imperio turco selyúcida, el Imperio jwarizm de Persia no parecía ser tan poderoso cuando su sha (soberano), Allah al-Din Muhammad II, asumió la responsabilidad de asesinar a unos mercaderes ambulantes mongoles y, lo que es peor, a unos embajadores de Gengis Khan (1218). Estos actos clamaban venganza y permitieron a este último intervenir con evidente afán de represalia.

Tras un periodo de preparación, en el que se reconocieron las características geográficas de los territorios a conquistar, mediante campañas de espionaje y la divulgación de falsas noticias entre las filas enemigas, Gengis Khan lanzó tres cuerpos de ejército distintos —reforzados con unos treinta mil jinetes cada uno— al asalto del Reino jwarizm, abalanzándose a la vez sobre la capital, Samarcanda, Tashkent y Bujará. Allah al-Din Muhammad II optó por un posicionamiento estático, y se parapetó tras el río Syr Daryá. El cuerpo de ejército que dirigía personalmente Gengis Khan cruzó el desierto de Kizilkum y se apoderó de Bujará por sorpresa, en febrero de 1220, y todos los cuerpos de ejército mongoles sitiaron Samarcanda en marzo. Ante estos fulgurantes ataques, el sha decidió retirarse con su ejército. Acosado y acorralado, murió algún tiempo después, dejando a su hijo la tarea de continuar la resistencia. Después de algunos éxitos poco significativos, éste fue derrotado al año siguiente en las orillas del Indo. No obstante, logró escapar.

Después de la caída del Reino jwarizm, Gengis Khan confió a una tropa de elite formada por unos 20.000 hombres y dirigida por los generales Yebe y Subotei (o Subutay) la tarea de eliminar los obstáculos para la expansión mongol en esta región occidental del Imperio. En el espacio de cuatro años, este ejército, modesto al fin

y al cabo, completamente autónomo, sin intendencia y carente de bases de repliegue o aprovisionamiento seguras y estables, realizó una proeza única en la historia militar: recorrer más de 20.000 kilómetros atravesando territorios de geografía casi siempre hostil para conquistar, tras enconadas luchas, las ciudades de Nisapur, Rai, Qazvin y Hamadan, atravesar el Cáucaso y derrotar a los caballeros (cristianos) de Georgia, a los temibles alanos, los rusos (en la batalla de Kalkha, en mayo de 1222), los turcos qangli (Volga) y los búlgaros, y regresar finalmente, rodeando el mar Caspio por el norte, por el valle del Irtish hasta reunirse con Gengis Khan.

Una vez lograda la «pacificación» de las extensas regiones occidentales de su imperio, el jefe mongol tuvo que regresar al este para castigar a los minyaks, que no se mostraron nada respetuosos con los compromisos adquiridos. Por el camino, Gengis Khan aprovechó para asolar algunas regiones rebeldes o no sometidas aún en el oeste de Afganistán —devastó sobre todo Herat y Gazni— y en el este de Irán; después cruzó Kazajistán antes de llegar por fin a Mongolia en 1225. Lanzó su campaña en la primavera siguiente, a pesar de que su salud comenzaba a declinar. Aunque no consiguió aniquilar al ejército enemigo, se apoderó sin embargo de la capital de los minyaks, Ning-hia, así como de las grandes ciudades del reino, además de arrasar completamente el país. Cuando el rey de los minyaks, Li-Yan, se presentó en agosto de 1227 ante Gengis Khan para ofrecerle su capitulación y poner fin de una vez por todas a la devastación de su territorio, el gran emperador mongol acababa de fallecer, quizá a causa de una hemorragia intestinal. Poco antes de su desaparición, y dando muestras de una gran clarividencia, dejó dicho: «Nuestros hijos y nuestros

nietos se vestirán con seda, comerán platos deliciosos y suculentos, montarán excelentes corceles, tendrán en sus brazos a las mujeres más hermosas y a las jóvenes más bonitas y no recordarán que nos lo deben a nosotros».

De todas formas, y al contrario de lo que sucedía con otros conquistadores cuyo imperio se sostenía sólo durante su vida, Gengis Khan, en el momento de su muerte, dejaba tras de sí gigantescos territorios relativamente bien administrados por sus subalternos, fronteras a veces no muy bien delimitadas pero respetadas por los Estados vecinos, un sistema unificado de impuestos, una red vial y postal bastante organizada y un sistema penal eficaz.

Su hijo Ogodei (Ogoday) y luego sus sucesores consiguieron conservar la unidad del imperio durante un cuarto de siglo más, aunque en realidad el poder mongol se mantuvo predominante en el Asia central hasta el comienzo del siglo XIV. Más tarde, el temible conquistador que fue Tamerlán* se considerará heredero de Gengis Khan y restablecerá algunas de sus leyes (en especial la *yasa)* y métodos de guerra.

Para explicar el carácter totalmente excepcional de la extensión y de la rapidez de las conquistas de Gengis Khan, podemos apelar a la debilidad de las tres grandes civilizaciones que habrían podido oponerse a los mongoles: China, el islam y la cristiandad. La primera sufrió un declive coyuntural debido a divisiones internas; la segunda, sumamente dividida y debilitada por las Cruzadas, sólo pudo oponer resistencia con el débil y recién creado reino de los selyúcidas; y la tercera estaba militarmente constituida, por una parte, por los occidentales, enzarzados con árabes y mamelucos (turcos) en Egipto y en Levante, y, por otra, por los bizantinos, precisamente debilitados por los cruzados en 1204. Pero una explicación basada en un cúmulo de circunstancias favorables siempre resulta insuficiente.

No hay que restarle mérito a Gengis Khan, auténtico líder, que también hizo gala de unas indiscutibles dotes de estratega. Supo en un primer momento, antes de las conquistas, instaurar una disciplina sin precedentes entre pueblos de jinetes nómadas, imponiendo la idea (que tomó generosamente prestada de

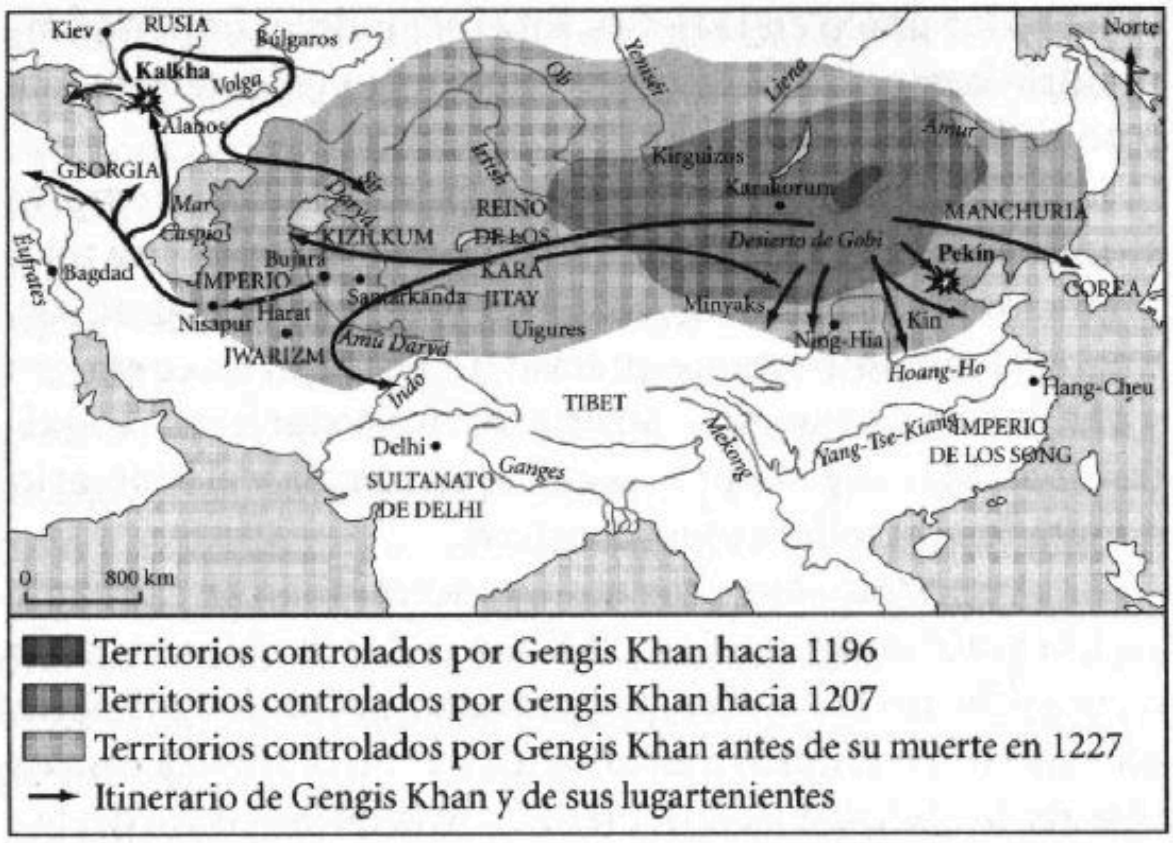
influencias chamánicas, musulmanas y cristianas) de que el único dueño del universo merecía un emperador único en la tierra. En el seno de su imperio impondría la paz a todos los pueblos, ya fuera voluntariamente o por la fuerza.

En una segunda fase, antes de lanzarse a cualquier empresa militar de envergadura, el jefe mongol disponía un plan minucioso que incluía la recopilación de datos geográficos, una evaluación bastante precisa de las fuerzas enemigas y una guerra psicológica consistente en asustar o en tranquilizar hasta la exageración —según la estrategia y el itinerario adoptados— al soberano en cuestión.

Una vez que los ejércitos mongoles entraban en campaña en territorio enemigo, Gengis Khan ordenaba bien mostrar clemencia con los civiles (sobre todo durante las primeras ofensivas en territorio musulmán, cuando la alianza con los uigures le obligaba a ello), bien, las más de las veces, devastar ciudades y campos; en este caso, no sólo los habitantes eran masacrados sin piedad (o, lo que era menos frecuente, enviados como esclavos a Mongolia), sino que ciudades enteras eran absolutamente arrasadas, de tal forma que resultaba difícil localizar su emplazamiento después del paso de las tribus mongolas. Este tipo de devastación total era principalmente utilizado contra los reinos rebeldes a la autoridad de Gengis Khan o contra aliados perjuros que no habían respetado su deber de asistirle militarmente (valga como ejemplo lo ocurrido con los minyaks).

Por último, en el plano táctico, el rápido avance de las tropas (en especial, la velocidad en las cabalgadas), la disposición ofensiva en dos o tres cuerpos de ejército
—sumamente móviles e independientes unos de otros, pero que confluían para abalanzarse finalmente sobre un mismo blanco—, o la obtención de los medios de

subsistencia —que se procuraban íntegramente en los terrenos conquistados— son otras tantas realidades que debemos recordar que fueron puestas en práctica provechosamente, mucho más tarde y en otros escenarios, por Napoleón*, quien también aplicó, imitando al emperador mongol —aunque en este caso en el terreno organizativo—, el alistamiento general o la creación de una guardia imperial.



El imperio de Gengis Khan

Bibliografía

CHALIAND, G., *Les empires nomades de la Mongolie au Danube*, Perrin, Paris, 1995. HOANG, M. A., *Gengis Khan,* Fayard, Paris, 1999. MAALOUF, A., *Las cruzadas vistas por los árabes,* Alianza Editorial, Madrid, 1989. ROUX, J.-P., *Histoire de L'Empire mongol,* Fayard,

París, 1993.
SINOR, D., «On Mongol strategy», en *Inner Asia and its Contacts with Medieval Europe,* Londres, Variorum Reprints, 1977.

Bertrand du Guesclin (c. 1320-1380)

> Tenéis que defender los intereses generales del país y no vuestro interés personal. Vuestras virtudes y vuestros vicios, vuestras cualidades y vuestros defectos se intuyen bajo los que aparentáis. Vuestras menores faltas son siempre importantes; las grandes son a veces irreparables y a veces funestas. Cuando un reino ha sido arruinado, es imposible devolverle su antigua prosperidad, al igual que no se resucita a los muertos. De la misma manera que un príncipe instruido y vigilante pone todo su empeño en el buen gobierno, así un general hábil no desdeña nada para formar buenas tropas destinadas a garantizar la paz y la felicidad del Estado.
>
> SUN TSÉ, *El arte de la guerra*.

Nacido cerca de Dinan en el seno de una familia modesta de la pequeña nobleza bretona, Du Guesclin se dio pronto a conocer por sus excepcionales cualidades de resistencia en el combate. Libró su primera batalla, de la cual salió victorioso, en el sitio de Rennes en 1356-1357.

Sin que el contexto político lo predispusiera especialmente a ello —Bretaña aún no estaba incorporada al reino de Francia, y no lo estará hasta un siglo después—, puso su espada al servicio del rey Carlos V el Sabio, hijo de Juan II el Bueno, que se hallaba prisionero en Londres desde su vergonzosa derrota de Poitiers frente al Príncipe Negro, y que convirtió inmediatamente a Du Guesclin en el brazo armado de su estrategia para liberar el territorio. (En 1370 le nombró condestable de Francia, cargo que le convertía en jefe supremo de los ejércitos, en virtud de lo cual los propios hermanos del rey le debían obediencia en cuestiones militares.) Carlos V, mucho más reflexivo que sus dos predecesores de la dinastía Valois, intentó evitar las grandes campañas militares, costosas en hombres y —en caso de derrota— en territorios, y utilizó un planteamiento más a medio y largo plazo para expulsar a los ingleses de los dominios reales y en definitiva del conjunto de

sus posesiones en el continente. La experiencia así lo aconsejaba: las furiosas cargas de la caballería francesa, dirigidas por los nobles del reino, incluidos rey y príncipes de sangre, oriflamas al viento, se habían estrellado ya en dos ocasiones contra los arqueros y los infantes ingleses, que sin embargo eran menos numerosos. En Crécy (1346) y en Poitiers (1356) tanto la lluvia de flechas como la elección de un terreno favorable dieron buena cuenta de los abotargados caballeros franceses. Las consecuencias políticas fueron catastróficas.

Bajo el impulso de su soberano, para quien «vale más tierra saqueada que tierra perdida», Du Guesclin inició una campaña a largo plazo que rompía con la bien anclada tradición militar francesa basada en el prestigio (que por lo demás fue recuperada en Azincourt*).

Du Guesclin, siempre preocupado por la vida de sus hombres —con frecuencia lanceros bretones cuyas duras condiciones de vida compartía y que le profesaban una fidelidad absoluta—, impuso una táctica de acoso permanente. Atacar, con tropas

modestas en número pero de gran movilidad y entregadas a su jefe, la retaguardia del enemigo, cortar sus vías de avituallamiento, aislarlo (especialmente en invierno), tenderle emboscadas en varios puntos simultáneamente, no predisponer en contra a los pueblos cometiendo pillajes y otros atropellos, utilizar los caballos para el transporte de la tropa más que para el campo de batalla... todos estos métodos de combate desplegados por Du Guesclin eran bastante revolucionarios en Occidente, y nos hacen pensar en una forma primitiva de guerrilla.

Los casos de Mantés y Cocherel demuestran claramente que se recurría más a la astucia que al honor caballeresco.

La toma del estratégico castillo de Mantés, posesión de Carlos el Malo (rey de Navarra), situado en el descenso del Sena desde París, fue ordenada por Carlos V en 1364. La fortaleza estaba rodeada de zanjas, y sus muros eran elevados y gruesos; a ello se añadía que Du Guesclin no disponía de bombardas. Así que decidió disfrazar de viñadores a algunos de sus hombres y enviarlos en una carreta al castillo. La guardia no desconfió de unos campesinos que no iban armados y bajó el puente levadizo; cuando la carreta se situó encima, frenó en seco impidiendo el cierre del mecanismo. Era la señal para los hombres de Du Guesclin, quienes, agazapados en un bosque, se abalanzaron a galope tendido sobre el castillo, que permanecía abierto. El efecto sorpresa rindió sus frutos, y las bajas fueron infinitamente menores que las que hubiera ocasionado, sin ningún lugar a dudas, un asedio en toda regla.

En Cocherel, las tropas navarras a las que debía enfrentarse (a las órdenes de un famoso capitán, el captal de Buch) habían tomado posiciones en lo alto de una colina. Sin embargo, Du Guesclin, en terreno desfavorable y con una tropa inferior en número, decidió lanzar a su modesta caballería al asalto. A mitad de camino, dispuso que su tropa se replegase ordenadamente, fingiendo abandonar la batalla. Los navarros descendieron a toda velocidad la fuerte pendiente y se echaron encima de los franceses. En este instante cayeron sobre sus líneas de retaguardia doscientos lanceros bretones que Du Guesclin había mantenido ocultos en un bosque, al tiempo que él mismo y toda su tropa daban media vuelta

y presentaban batalla. Los navarros, cercados y atacados por sorpresa, fueron aplastados.

Sin embargo Du Guesclin no sólo contabilizaba victorias. Sus tropas, primero en Auray y luego en Nájera, fueron derrotadas, y él mismo fue hecho prisionero. En el segundo caso, incitó al príncipe de Gales a que pusiera precio a su rescate: éste, gran caballero, aceptó y pidió a Du Guesclin que fijase el importe de su propia liberación. Para gran sorpresa del Príncipe Negro, su prisionero propuso la elevadísima cifra de cien mil libras de oro. La maniobra era sutil: se trataba de hacer creer por una parte que semejante precio estaba a la altura del reconocimiento que París hacía de su valía militar y, por otra, que las arcas del Reino de Francia estaban repletas... Después de su liberación, reanudó la lucha y condujo a las tropas fieles a Carlos V a una serie de victorias en Guyena, en el Poitou y en Saintonge, Borgoña y Champaña.

Conviene añadir que uno de los éxitos de Du Guesclin fue conseguir agrupar bajo su bandera a las Grandes Compañías —tropas de bandidos y antiguos soldados que saqueaban el país— para realizar una expedición a España. De esta manera libró al reino de ellas.

Antes de morir, Carlos V dispuso que su condestable fuese enterrado junto a él —honor excepcional y sin precedentes— en la basílica de Saint-Denis, privilegio reservado a los reyes de Francia. El estratega Carlos V y el táctico Du Guesclin dejaron a su muerte un reino libre de la presencia inglesa, a excepción de algunas plazas fuertes aisladas.

Bibliografía

FAVIER, J., *La Guerre de Cent Ans,* Fayard, Paris, 1980. MINOIS, G., *Du Guescliny*, Fayard, Paris, 1993.

Tamerlán (1336-1405)

> ¡Ah! Habría querido que mi madre no me trajera al mundo, o bien morir sin haber sido testigo de todas estas desgracias. Si alguien os dijera un día que la tierra no ha conocido jamás una calamidad semejante desde que Dios creó a Adán, no dudéis en creerle, porque ésa es la pura verdad. Entre los dramas más célebres de la historia se cita generalmente la matanza de los hijos de Israel por Nabucodonosor y la destrucción de Jerusalén. Pero esto no es nada en comparación con lo que acaba de producirse. No, hasta el final de los tiempos no se verá jamás una catástrofe de semejante magnitud.
>
> IBN AL-ATHIR, *Historia perfecta,* a propósito de la invasión mongol.

Tamerlán (Timur Lang) no sólo resulta interesante por el alcance y el carácter fulminante de sus conquistas militares. También el significado que él confirió a su misión es instructivo. Timur Lang («el Señor de hierro cojo») era un turco diaghatai musulmán, de origen mongol, que se reconoció depositario de la herencia del ilustre Gengis Khan*, cuya trayectoria vital admiraba profundamente. Por esta razón no cejó en su empeño de reconstruir el imperio de su famoso predecesor. Por otra parte, como musulmán, trataba de imponer por la fuerza el islam en cualquier territorio, en detrimento especialmente del cristianismo y del budismo. De hecho, los focos cristianos y budistas fueron reducidos y aplastados sin piedad en las regiones que conquistó.

Reconocido por fin rey (emir) de Transoxiana en 1370, en Balj, después de una larga y difícil marcha hacia el poder, Tamerlán, originario de la modesta tribu de los barias, instauró un sistema basado en dos principios fundamentales: por una parte, la *y asa,* que constituía el corpus de leyes penales elaborado antiguamente por Gengis Khan; y por otra, la *sharia*, el código de leyes islámico. Este doble fundamento ideológico lo sumió en fuertes contradicciones: cuando Tamerlán conquistaba, tras pasar a cuchillo, ciudades y regiones mayoritaria o exclusivamente

musulmanas e imponía su dominio de forma severa y exclusiva, no podía hacerlo en nombre de la
«guerra santa»; y precisamente la mayoría de sus conquistas se realizaron en tierra musulmana.

Prudente pero desconfiado, puso todo su interés en evitar cualquier intento de sedición por parte de los jefes de tribus o de los generales, para lo cual atrajo a su círculo más cercano a los más poderosos —tanto durante sus expediciones militares como en su palacio de Samarcanda—, mientras que los generales más competentes eran destinados a los cuatro puntos cardinales del Imperio. Asimismo, Tamerlán decidió aplicar la máxima de dividir para reinar mejor, de modo que dispersó geográficamente a las familias y a los clanes más influyentes, ubicándolos en distintos puntos del territorio imperial.

Políticamente, se benefició de un contexto regional favorecido por una doble ausencia: la del califato de Bagdad —abolido en esta ciudad en 1258 por los

mamelucos de Egipto— y, como resultado de la progresiva parcelación del imperio de Gengis Khan, de la falta de un gran khan mongol (desde 1294). Sin estas dos autoridades político-espirituales, quedaba vacante una plaza para un conquistador que fuese a la vez mongol y musulmán.

Poco después de su investidura real, y tras haber consolidado su poder, Tamerlán se lanzó a la conquista de vastos territorios. Pero, al contrario que Gengis Khan, sus conquistas se centraron más en Asia Menor y en el Asia meridional (Anatolia, Mesopotamia, Persia, Afganistán, Turkestán, norte de la India...) que en las vastas estepas de Asia central y septentrional.

En una primera oleada, se apoderó sucesivamente de Herat (1381), Kandahar (1383) y Shiraz (1387). Después centró su interés en la temible Horda de Oro. Algunos de sus jefes eran auténticos descendientes de Gengis Khan, del cual se declaraban, como hiciera Tamerlán, herederos políticos. En 1395, tras colocarse al frente de un poderoso ejército, se dirigió al corazón del Asia central para desafiar a las tropas de Tuqtamis. Para vencerlas Tamerlán necesitó largos meses de lucha contra la guerrilla formada por sus combatientes nómadas. Pero no se produjo ninguna victoria decisiva que le permitiera destruir totalmente la Horda de Oro.

En contrapartida, otras campañas estuvieron jalonadas de éxitos rápidos e indiscutibles. En 1399 se apoderó de Multán y se abalanzó sobre Delhi. Fue aquí donde se cobró una de sus victorias más clamorosas. En el transcurso de la batalla que le enfrentó al sha Manfur, sus tropas sufrieron mucho por la utilización masiva del enemigo de elefantes de combate. En estas circunstancias actuó con agilidad y astucia e ideó nuevas estratagemas adaptadas a los métodos de combate del enemigo, al que aplastó utilizando búfalos contra los elefantes (que empleó en campañas posteriores), carros de fuego, fosos disimulados, púas de acero esparcidas por el suelo...

De regreso de la India, se enfrentó a los mamelucos, más allá de Mesopotamia, y se apoderó en 1400 de Damasco y al año siguiente de Bagdad. Después, en 1402, aniquiló a las tropas del Imperio otomano, a pesar de que estaba en pleno auge. Bayaceto había arrastrado a marchas forzadas al grueso de su ejército al encuentro de Tamerlán, parapetado en Ankara. Éste ordenó

envenenar los pozos, y las tropas de Bayaceto, agotadas y sedientas, fueron aniquiladas por un enemigo inferior en número.

Además de su talento militar, dos factores explican el éxito sin parangón de Tamerlán. En primer lugar, se apoyaba en unas tropas sometidas a una disciplina y a una obediencia implacables y realmente fíeles integradas por turcófonos sedentarios dirigidos por generales que le debían su rango, su promoción y, en la mayoría de los casos, sus victorias.

En segundo lugar recurrió de manera sistemática y con mayor frecuencia de lo que lo hicieron sus predecesores mongoles al terror. Por regla general, los habitantes de una ciudad que se rendía al primer aviso salvaban la vida. En caso de auténtico asedio y, por tanto, de voluntad de resistencia por parte del enemigo, una victoria de Tamerlán se saldaba para el vencido con decenas de miles de cráneos dispuestos en pirámides, como hizo en Ispahán (1387), Astrakán, Damasco o Bagdad. Sólo escapaban a la matanza los presuntos descendientes del Profeta, así como los artistas y poetas reconocidos, que eran conducidos a la capital, Samarcanda, y quedaban bajo protección.

Tamerlán murió antes de iniciar la conquista de China. Sus descendientes sólo pudieron conservar el poder unos decenios. Las rivalidades entre ramas dinásticas, por una parte, y la ausencia de talento militar (el nieto de Tamerlán, Ulug Beg, fue derrotado en 1427 por los uzbekos), por otra, acabaron con la cohesión y la

perpetuidad del Imperio. Un siglo y medio más tarde, Baber, excepcional soldado y descendiente de Tamerlán y de Gengis Khan, conquistará la India y fundará allí la importante y gloriosa dinastía de los Mogoles.

Bibliografía

KEHREN, L., *Tamerlan,* Payot, Neuchátel, 1978. ROUX, J.-P., *Tamerlariy*, Fayard, París, 1991.
-----, *L'Asie centrale, histoire et civilisations*, Fayard, París, 1997.

Sébastien Le Prestre de Vauban (1633-1707)

> La mayoría de las plazas mal defendidas lo han sido menos por el escaso valor de los gobernantes que por no haber entendido éstos su defensa. La razón de ello es que todos los gobiernos son dados o comprados.
>
> VAUBAN, *Tratado del ataque y de la defensa de las plazas*.

Hay personajes que, a pesar de desempeñar un papel muy destacado en la evolución de los métodos y las condiciones de combate, no son soldados de corazón. El marqués de Vauban se sintió atraído desde muy joven por todo lo que se refería a la ciencia y era un apasionado de los descubrimientos y los proyectos experimentales que se estaban realizando en su época. Profundamente influido por Descartes, mostró un acusado interés por las matemáticas y la arquitectura y trató de desarrollar sistemas de organización racionales y eficaces. La larga y brillante carrera de ingeniero militar de Vauban hizo olvidar que fue el autor de un proyecto de reforma fiscal (violentamente rechazado por la nobleza debido a su igualitarismo) y que era miembro de la Academia de las Ciencias fundada en 1666. De todas formas, fue en el arte de la guerra, especialmente en el de reforzar y abatir fortificaciones, donde se mostró realmente como un revolucionario.

En la época en que Vauban inició sus trabajos, Europa conocía un período militar dominado no por los grandes enfrentamientos en campo abierto, sino por batallas libradas por la posesión de plazas fuertes. No obstante, la edad de oro de las murallas altas y delgadas había tocado a su fin —los cañones, con el empleo de proyectiles cada vez más destructivos, resultaban muy efectivos a la hora de atacar los muros—, con lo cual los asediados se veían forzados, por un lado, a reforzar las murallas empleando un

dispositivo complejo y a añadirles grosor y, por otro, a reducir su altura y al mismo tiempo dotarlas de piezas de artillería.

De los tres tratados militares que redactó Vauban, uno versaba precisamente sobre el empleo de minas y el uso del trabajo de zapa al pie de las fortificaciones y en las trincheras *(Tratado de las minas);* un segundo trataba de la organización global de las fortificaciones por el comisario general, cargo que desempeñará él mismo *(Director de las fortificaciones),* y el último describía los métodos de combate y las condiciones de la victoria, tanto para el sitiado como para el sitiador.

En estos trabajos formuló numerosas recomendaciones tremendamente innovadoras para la época. Por ejemplo, preconizó la mejora del sistema de reclutamiento de los hombres de tropa —el alistamiento aún no existía— y su acuartelamiento. Asimismo recomendó la modernización de los puertos, una tarea curiosamente relegada por los monarcas y dirigentes militares franceses durante siglos y que por tanto les privó de una baza de considerable importancia en la conquista de los océanos y de la supremacía naval. Por otro lado, denunció con virulencia la incapacidad de numerosos gobernadores de plaza, algunos de muy noble

cuna pero más interesados en la caza y en la vida cortesana que en la defensa de la plaza fuerte cuya responsabilidad les había sido encomendada.

No obstante, es en el *Tratado del ataque y la defensa de las plazas* donde se concentra el grueso de las enseñanzas de Vauban. Ideó para el sitiador un procedimiento original: las trincheras, que no sólo permitían exponerse lo menos posible a las balas de cañón enemigas sino que también dificultaban las salidas de infantes y caballeros desde la fortaleza sitiada. Por lo demás, gracias a un sólido trabajo de zapa a partir de las trincheras, el ingeniero militar de las tropas sitiadoras podía así esperar acceder más fácilmente a las murallas que si se mantenía al descubierto.

Concretamente, Vauban aconsejaba cavar una primera trinchera perpendicular al recinto amurallado, y después otras perpendiculares a esta trinchera inicial, la primera de las cuales constituiría la plaza de armas. Debía mantenerse siempre libre de todo obstáculo y estar organizada con suma eficacia. Por otra parte, las primeras líneas debían contar con piezas de artillería para bombardear la muralla con tiros de rebote.

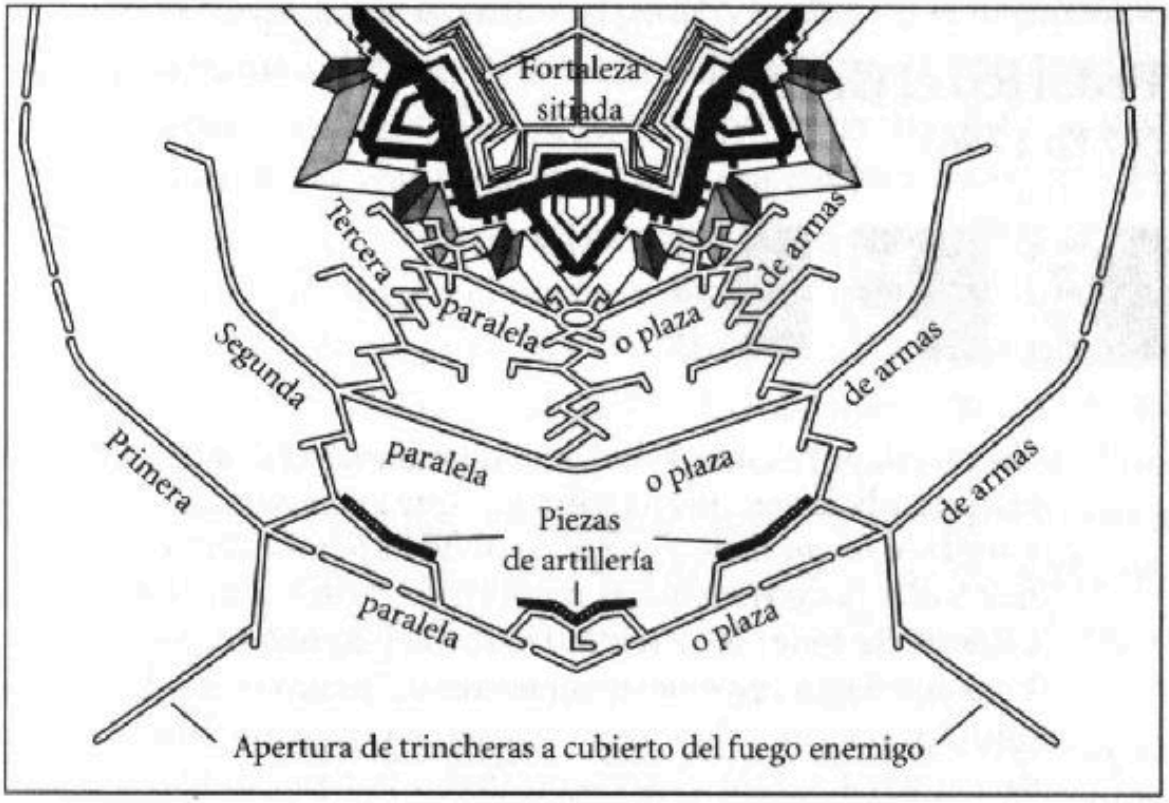
Este dispositivo global fue ideado por Vauban como parte de un plan de observación más amplio que incluía las condiciones climáticas, geográficas y temporales; por ejemplo, recomendaba evitar los asedios a enclaves en zonas pantanosas —excepto en verano y en tiempo seco— o durante la estación invernal y aconsejaba realizar los ataques de día para conseguir una concentración máxima de tiros sobre la ciudadela sitiada, intentando no dañar las construcciones interiores de ésta, ya que resultaba militarmente inútil y económicamente muy costoso una vez tomada la plaza.

Para la defensa de la fortaleza, Vauban recomendaba centrarse prioritariamente en el refuerzo de las torres y las cortinas (murallas entre las torres) y acondicionarlas de manera que permitieran la ubicación de cañones. En cualquier caso, y puesto que en principio la pólvora y las municiones resultan sumamente valiosas para quien está sitiado, aconsejaba no exponer inútilmente la artillería de la fortaleza y emplearla con cautela.

Por tierra, el esfuerzo principal debía centrarse en los espacios más expuestos al ataque procedente de las trincheras adversas. Ahí, «del lado en que el enemigo haya cavado la trinchera, el gobernador se ocupará principalmente de disponer minas bajo el glacis, a no ser que esté contraminado. También ordenará la construcción en las plazas de armas, entre los ángulos salientes y entrantes de la contraescarpa, de pequeñas fortificaciones a modo de contraguardias y cuyos parapetos estarán aproximadamente al nivel del campo abierto».

Se trataba de impedir, estableciendo numerosos y serios obstáculos, el ataque de la infantería y/o de la caballería enemiga, o al menos de dificultar su avance y disminuir su presión en las puertas o en los resquicios de la fortaleza sitiada.

Gobernador de la ciudadela de Lille en 1667, organizador del sitio de Maastricht en 1672, comisario general de fortificaciones en 1678, lugarteniente general de los ejércitos diez años más tarde, el arquitecto militar Vauban fue nombrado mariscal de Francia en 1705 por aquel que le debía tantos éxitos militares en todas las fronteras: Luis XIV. Porque Vauban no se contentó con ser un teórico, sino que se consagró por entero a poner en práctica sus planteamientos, participando personalmente en una cincuentena de sitios —la mayoría de las veces con éxito—, además de edificar a lo largo de su carrera treinta y tres plazas fuertes y acondicionar más de trescientas en todas las fronteras, desde Saint-Jean-Pied-de-Port hasta Neuf-Brisach pasando por Grenoble. Vauban ha pasado a la historia como el mejor ingeniero militar de la época moderna, por encima incluso de su contemporáneo, el holandés Van Coehoorn.



Dispositivo de asedio según Vauban

Bibliografía

BLANCHARD, A., *Vauban,* Fayard, 1996.
CHASSIN, L.-M., «De l'attaque et de la défense des places», de Vauban, en *Anthologie des classiques militaires français,* Charles-Lavauzelle (ed.), 1950.
ZELLER, G., *L'organisation défensive des frontières du Nord et de l'Est au XVII^e siècle*, Berger-Levrault, 1928.

Federico el Grande (1712-1786)

> Os ruego, por el amor de Dios, que mantengáis el ejército en estas condiciones, que lo reforcéis, que lo convirtáis en un instrumento formidable y que no lo dividáis jamás. Veréis entonces que todas las potencias os requerirán, y de esa manera seréis capaces de tener en vuestras manos el equilibrio de Europa. Pues aquel que consigue tener entre sus manos el equilibrio del mundo siempre sabrá hacer que su país obtenga provecho de esta situación, sabrá hacerse respetar por sus amigos y temer por sus enemigos.
>
> FEDERICO-GUILLERMO I, *Testamento político*.

Resulta interesante comprobar que, desde el punto de vista estratégico, el rey de Prusia Federico II de Hohenzollern y el emperador francés Napoleón* tienen algunos puntos en común: ambos dispusieron, durante un cierto periodo de tiempo, de un poder prácticamente ilimitado en el terreno político y en el militar. Por otro lado, es obligado señalar que el primero es el último estratega de una larga época militar que se extingue con las victorias del segundo.

Federico, sufrido hijo del muy autoritario Federico-Guillermo I, inteligente y refinado, demostró desde la adolescencia un interés especial por la literatura, las ciencias, la filosofía y —a pesar de que

no le gustaba ni la violencia en sí misma ni sus demostraciones— el arte de la guerra. Su padre, que murió en 1740, le legó un reino modesto (de unos dos millones de habitantes), aunque centralizado y, sobre todo, un ejército muy competente.

Meses después de acceder al poder, Federico II invadió Silesia, en manos del imperio de los Habsburgo, cuyo soberano —Carlos VI — acababa de morir. Su ejército obtuvo una primera victoria frente a los austríacos en Mollwitz (1741), y después una segunda en Chotusitz, Moravia (1742). Estos dos éxitos le permitieron incrementar la superficie de Prusia en un tercio y duplicar su población. Dos años más tarde, el rey-soldado intentó la conquista de Bohemia con un poderoso ejército de 80.000 hombres, pero se estrelló contra el ingenio del general austríaco Traun, quien le obligó a llevar a cabo una dolorosa retirada (1744). Federico se tomó la revancha venciendo sucesivamente a sus enemigos en Hohenfriedberg, Soory Gross-Hennerdorf (1745).

Los diez años siguientes fueron un periodo de relativa paz que aprovechó para reforzar su ejército y su administración y para redactar un texto estratégico de gran importancia, *Principios generales de la guerra* (1746), donde plasmó su aprendizaje y su experiencia durante las dos guerras de Silesia, al que siguió un *Testamento político* (1752). Pero fue durante la Guerra de los Siete Años (1756-1763) cuando su talento estratégico y táctico se puso claramente de manifiesto: adelantándose (como había hecho en Silesia) a sus enemigos con una movilización discreta y una campaña relámpago, entablada en esta ocasión sin declaración de guerra, venció a sajones y austríacos en Lobositz y en Pirna.

En 1757 sufrió el más grave revés de su carrera militar a las puertas de Praga, a la que puso sitio, frente a los austro-rusos del general Daun. Tras esta derrota de Kolin, Federico se encontraba en una situación geoestratégica muy difícil, pues, frente a una amplia coalición franco-austro-rusa, sólo disponía del apoyo inglés, y se trataba de un apoyo estrictamente financiero. Para agravar aún más las cosas, una parte de Berlín, que había quedado sin defensa, fue incendiada por húsares austríacos y por cosacos. Pero, frente a tanta adversidad, Federico no sólo logró mantener su sangre fría, sino también, y sobre todo, la moral y la combatividad de sus tropas a pesar de estar en posición de retirada.

El 5 de noviembre de 1757, en Rossbach, aprovechó una mala maniobra rusa, que había dejado al flanco francés sin guarnición, para lanzar contra él a su ejército, muy inferior en número al del mediocre general Soubise. Un mes más tarde, en Leuthen, Federico obtuvo su más hermosa victoria: al frente de 38.000 hombres, aplastó gracias a una maniobra estratégica sutil e impecablemente ejecutada a una coalición de 80.000 soldados dirigidos por Carlos de Lorena.

Los cinco años que siguieron estuvieron marcados por una alternancia de éxitos (Zorndorf, Liegnitz, Torgau, Wellinghousen), realmente meritorios si tenemos en cuenta que los prusianos libraban batalla solos y en inferioridad numérica, y de fracasos (Hochkirch, Kunersdorf). De todas maneras, ninguna de estas batallas resultó ser realmente decisiva. Cuando se firmó en Hubertsburg el tratado que ponía fin a la Guerra de los Siete Años (y que devolvía prácticamente a los beligerantes al *statu quo ante)y* Prusia estaba extenuada. A su rey, la tarea de reconstrucción le ocupó hasta el fin de sus días, y ya no se trataba de una labor en el campo de batalla, sino de desarrollar mucha inteligencia en el terreno diplomático y económico. Después de la guerra escribió otras dos obras de estrategia militar: *Testamento militar* (1768) y *Elementos de castrametación y de táctica* (1771).

El talento de Federico II se reflejó en primer lugar en sus disposiciones tácticas. Apasionado por la Antigüedad, y admirador de Alejandro*y de Epaminondas, se empeñó constantemente en aumentar la eficacia de las líneas de infantería que labraron los

éxitos de estos hombres de guerra. Mostró especial predilección por las líneas muy estiradas y poco profundas (a veces sólo tres filas), que le permitían efectuar su maniobra favorita: rodear al enemigo por los flancos. En Rossbach y en Leuthen, se inspiró en las maniobras de Alejandro cuando atacaba al enemigo en orden oblicuo, dejando caer todo el peso de su infantería —y de una caballería numerosa y muy eficiente— sobre un ala enemiga. Como lector asiduo de Folard, se declaraba partidario del «choque» más que del «fuego» y optaba sistemáticamente por la ofensiva, que llevaba al extremo cuando un terreno idóneo y un probable efecto sorpresa se lo permitían; siguiendo este esquema, e incluso en inferioridad numérica, contaba con la potencia de fuego de sus infantes, con su disciplina y su ardor durante las cargas de bayoneta que ordenaba después de lanzar las primeras salvas. Federico, un excelente comandante sobre el terreno —siempre cercano a sus hombres, con los que acampaba (como haría Napoleón), y que en cuanto asumió el poder abolió la tortura judicial y los castigos corporales en el ejército—, juzgaba de un simple vistazo las peculiaridades del escenario bélico y decidía en consecuencia.

Al margen de la táctica, también se le puede atribuir a Federico una verdadera capacidad estratégica. Como buen conocedor de la situación geoestratégica y demográfica de Prusia, imponía a su pesar —él, que por temperamento se decantaba por la ofensiva— una estrategia global defensiva. Consciente de que la resolución final no dependía de una única intervención, adoptó una guerra tradicional de movimientos basada en maniobras más rápidas de las que prevalecían en la época, en conseguir el efecto sorpresa a gran escala, en atacar duramente los puntos débiles de

un adversario cuyas características conocía gracias a sus espías y a una excepcional intuición, y en evitar la persecución nocturna del enemigo vencido por temor a que los mercenarios (cuyo número intentó limitar) aprovechasen para desertar. En todo caso, Federico, con este tipo de tácticas, quedó muy confinado en su tiempo. Las maniobras estratégicas revolucionarias, como el choque «con la masa», el movimiento «rápido» o la batalla «para la aniquilación», y no simplemente para debilitar al enemigo, fueron introducidas por Napoleón sólo unos decenios después de Leuthen.

Conviene por último reseñar la gran capacidad de adaptación de Federico: puesto que era un hombre curioso, abierto y sin prejuicios en los ámbitos civil y cultural, habría sido sorprendente que no demostrase estas mismas virtudes en el arte de la guerra. Así, de su fe inicial exclusiva en el «choque», evolucionó al hilo de sus experiencias hacia un equilibrio en beneficio de la artillería. Igualmente, y tras varias campañas gloriosamente dirigidas pero que, sin embargo, contribuyeron a debilitar a Prusia, sopesó su inclinación por los enfrentamientos e intentó obtener victorias políticas y territoriales en la mesa de negociaciones antes que en el campo de batalla.

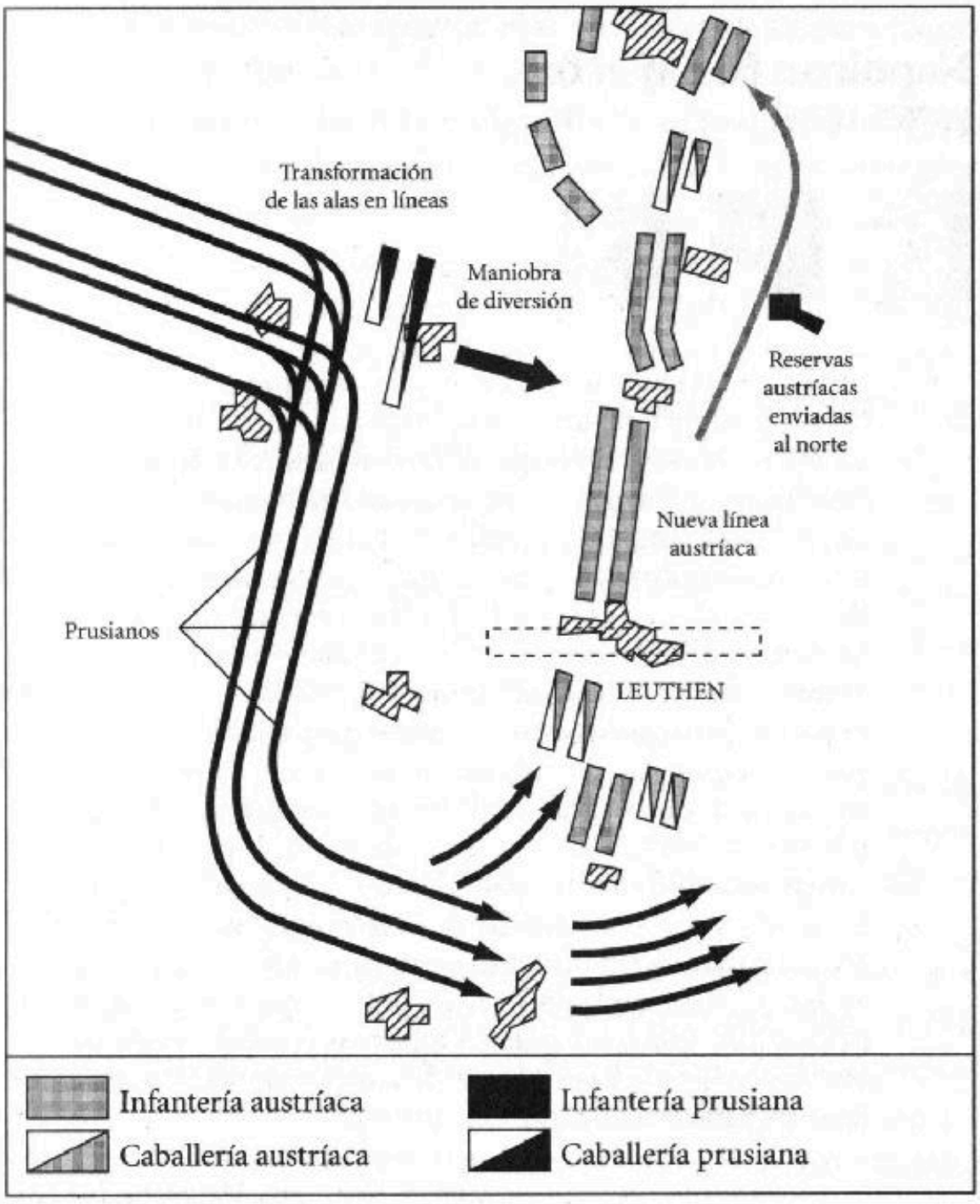
Algunos de los más grandes teóricos e historiadores militares, como Clausewitz*, Antoine Henri de Jomini, Theodor von Bernhardi y Hans Delbrück, rindieron homenaje —a veces como contrapunto de Napoleón— al genio de Federico.

In fine, aunque nunca pretendió modificar la tipología tradicional de las guerras de su época, Federico II sigue siendo un buen estratega y un excelente táctico, además de un destacado comandante sobre el terreno; fue uno de los pocos personajes de auténtica categoría que conjugó esas cualidades militares con el humanismo, el libre pensamiento, la ponderación y el amor por las artes y las letras. Teórico militar al tiempo que escritor prolífico y devoto de Voltaire, tuvo el valor y la convicción de escribir: «Desde el punto de vista político, es totalmente indiferente que un soberano profese una religión o no profese ninguna. Todas las religiones, cuando se las analiza, se fundan en un sistema inventado, más o menos absurdo. Es imposible que un hombre con

sentido común que reflexione sobre esta materia no descubra su falsedad, pero los prejuicios, los errores y los prodigios están hechos para los hombres, y hay que saber respetar a la gente para no escandalizarla en su culto, sea cual sea la religión a la que pertenezca» *(Testamento político)*.

Bibliografía

DUFFY, C., *The Army of Frederick the Great*, Emperor's Press, Chicago, 1996. PARKER, G., *La revolución militar*; Crítica, Barcelona, 1990.
SHOWALTER, D. E., *The Wars of Frederick the Great*, Longman, Londres, 1996.



Maniobra favorita de Federico el Grande (Leuthen)

Napoleón Bonaparte (1769-1821)

> Señor, estáis en posesión de la más hermosa monarquía de la tierra; ¿querréis seguir extendiendo sus fronteras para dejar a un brazo menos fuerte que el vuestro una herencia de guerra interminable? Las lecciones de la historia rechazan el concepto de una monarquía universal. Cuidad de que demasiada confianza en vuestro genio militar no os haga traspasar los límites de la naturaleza y saltaros todos los preceptos de la sabiduría. Es tiempo de deteneros. Habéis llegado, Señor, a ese punto de vuestra carrera en que todo lo que habéis adquirido resulta más deseable de lo que nuevos esfuerzos podrían haceros adquirir aún. Cualquier nueva extensión de vuestro dominio, que ya sobrepasa toda medida, conlleva un peligro evidente, no solamente para Francia, tal vez agobiada ya por el peso de vuestras conquistas, sino también para el interés bien entendido de vuestra gloria y vuestra seguridad. Todo lo que vuestro dominio podría ganar en extensión lo perdería en solidez. Deteneos, ya es tiempo; disfrutad por fin de un destino que es sin duda el más brillante de todos los que, en nuestros tiempos modernos, el mundo civilizado haya permitido a una imaginación intrépida desear y poseer.
>
> JOSEPH FOUCHÉ, *Memorias* (1812).

Recientemente hemos asistido a varios intentos —por lo demás fracasados— de minimizar e incluso negar las excepcionales cualidades de estratega y de táctico de Napoleón y de tildarlo casi de impostor. Es de justicia criticar su papel de sepulturero de la Revolución, de «ogro» que devoró a centenares de miles de

reclutas implicados en guerras personales, o mofarnos del vencedor de Marengo, batalla en la que demostró tener más suerte que talento. Pero poner en tela de juicio su altura como estratega no resiste en modo alguno el análisis histórico.

Nacido en Ajaccio, en una familia de la pequeña nobleza corsa, Napoleone Buonaparte era un niño muy reservado, introvertido y soñador. A los diez años, su padre decidió su ingreso en la escuela militar de Brienne, la cual dejará brillantemente por la de París. Alumno estudioso y apasionado por lo militar, ascendió muy pronto en el escalafón y en 1876 fue destinado como subteniente al regimiento de artillería de La Fére, y después a Valence y Auxonne. Durante la Revolución, tomó partido resueltamente por los jacobinos y entabló gran amistad con Augustin Robespierre, el hermano de la voz más aguda de la Montaña, Maximilien. Bonaparte redactó en esta época *La Cena de Beaucaire* (1793), una obra sin grandes pretensiones con la que intentaba defender de manera didáctica y sin demasiado talento sus convicciones revolucionarias. Tentado en un momento por el partido de la independencia corso, tomó postura definitivamente como patriota francés y, en junio de 1793, tuvo que huir de las tropas del nacionalista corso Paoli.

Su primer hecho de armas —muy celebrado en la Convención y en el ejército—, lo llevó a cabo como comandante en el sitio de Toulon, en diciembre de 1793, donde

consiguió impedir con brío y en condiciones arriesgadas que los navíos ingleses abastecieran la ciudad, entonces monárquica. Nombrado general de brigada a los veinticinco años (hecho destacado pero no excepcional para la época revolucionaria) por el Comité de Salud Pública, Bonaparte tuvo a su cargo la artillería en el ejército de Italia. Detenido tras la caída de Robespierre (junio 1794), pronto fue puesto en libertad. El Directorio incluso le propuso el mando del ejército del Oeste, encargado de aniquilar la rebelión de la Vendée, un puesto delicado que tuvo la habilidad de rechazar —jamás se dirá de él que haya matado a franceses...—. En octubre de 1795, una insurrección monárquica amenazó París, y Barras decidió apelar a Napoleón, quien haciendo gala de determinación y brillantez, consiguió poner fin a la sedición. En agradecimiento, el Directorio le entregó el mando del ejército del Interior. Pero la popularidad de Bonaparte ante la opinión pública iba en aumento, y el Directorio, intranquilo por la importancia política que empezaba a cobrar el joven general, lo envió a dirigir el indigente ejército de Italia en marzo de 1796.

A la cabeza de esta tropa poco cohesionada y mal equipada, Bonaparte va a realizar auténticos prodigios estratégicos y a adquirir su aureola de gran jefe militar. En ocho meses aplastó al poderoso ejército austríaco (o a sus aliados sardos y piamonteses) sucesivamente en Montenotte, Mondovi, Lodi, Castiglione, Arcóle y Rivoli, victorias en las que intervino personalmente bajo el fuego enemigo, y que fueron obtenidas gracias a la audacia, la sorpresa, el talento táctico y la fortuna; concretamente en el puente de Arcóle, Bonaparte escapó a la muerte de forma milagrosa. Al término de esta campaña triunfal, que lo situó no lejos de Viena, se reveló también como un buen negociador y firmó con los austríacos los preliminares de Leoben.

De nuevo animado por el Directorio a dejar Francia, el ya popularísimo general organizó una expedición militar y científica a Egipto, que comenzó en julio de 1798 con el ejército de Oriente, creado para la ocasión. Nuevas confrontaciones, nuevas victorias: después de apoderarse de Malta, Bonaparte venció a los mamelucos en Alejandría y en El Cairo (batalla de las Pirámides). Como contrapartida, la peste diezmó sus tropas en Jaffa, mientras

que Nelson destruía su flota en la rada de Abukir (agosto de 1798). Requerido por el cónsul Sieyés, que buscaba una «espada» popular para su propia causa, abandonó Egipto —no sin antes vencer a los turcos en el monte Tabor—, dejando el mando del ejército a Kléber, y llevó a cabo en París el golpe de Estado del 18 Brumario (9 de noviembre de 1799). Se convirtió entonces en Primer Cónsul (y Cónsul vitalicio dos años más tarde), y por consiguiente, a los treinta y un años, en el auténtico dueño del poder en Francia.

La segunda campaña de Italia resultó menos brillante que la primera, y también más corta. Ganó, sin embargo, frente a los austríacos las batallas de Montebello y sobre todo la de Marengo (1800), esa previsible derrota que supo convertir *in extremis,* gracias a la presencia de ánimo del general Desaix, en una victoria decisiva.

Después de unos años de tranquilidad relativa en las fronteras (el tratado de paz franco-británico de Amiens se firmó en 1802), durante los cuales consolidó su poder y se hizo coronar emperador con el nombre de Napoleón I (2 de diciembre de 1804), decidió resueltamente echar un pulso a los vecinos de Francia. En 1805, tras fracasar en su intento de reunir una flota para invadir Inglaterra, se volvió hacia las potencias continentales que, intranquilas por su expansionismo y la propagación de los ideales revolucionarios (aún cuando Napoleón había «enterrado» ya la Revolución bajo el Imperio), se coaligaron contra él. Haciendo gala de la misma genialidad que había demostrado en la primera campaña de Italia, emprendió sucesivamente dos fulgurantes campañas militares que, desde Ulm y Austerlitz* (1805) hasta Jena* y Auerstádt* (1806), pusieron fin al milenario Sacro Imperio Romano Germánico,

humillaron a Austria, hicieron retroceder a Rusia y despojaron a Prusia de toda soberanía.

A partir de 1807, las campañas se fueron haciendo más sangrientas, y globalmente menos decisivas. La «carnicería» de Eylau y luego la victoria de Friedland contra los rusos le permitieron firmar el tratado de Tilsit con Alejandro I, pero con un precio en hombres sin precedentes. Después se volvió contra Portugal, aliado de Inglaterra, con el fin de ultimar el bloqueo continental. Napoleón cometió entonces el gravísimo error de ocupar también la España amiga, cuyo pueblo, contra todo pronóstico, se sublevó y emprendió una feroz guerra de guerrillas (1808-1814). Esta espina en el flanco del Imperio incitó a Austria a reanudar las hostilidades. En la primavera de 1809, venció de nuevo a los austríacos en Ratisbona, y Eckmühl los mantuvo a raya en Essling y finalmente los aplastó en Wagram.

En la cumbre de su poder, Napoleón decidió romper la paz con el zar Alejandro I, al que acusó de no respetar las condiciones de Tilsit, y movilizó en junio de 1812 un ejército de más de 550.000 hombres (entre ellos un alto porcentaje de tropas auxiliares) contra Rusia. Tras una victoria no decisiva obtenida en Smolensk, obligó a retroceder a los rusos a orillas del Moscova en un combate sangriento, y entró después en Moscú, abandonado por sus defensores y por una gran parte de la población. Pero Alejandro I rechazó sus condiciones para un armisticio y puso en práctica una política de «tierra quemada» ante la *Grande Armée*. Después del colosal incendio que arrasó Moscú, Napoleón se vio en la obligación —muy tarde— de retirarse. Un invierno adelantado y excesivamente riguroso, así como el hostigamiento permanente de los cosacos diezmaron a las tropas napoleónicas y convirtieron la retirada de Rusia —a pesar de algunos éxitos militares destacados (Berezina)— en un desastre y en el principio del fin del Imperio francés.

Frente a una nueva coalición que reagrupaba en esta ocasión a todos sus enemigos, Napoleón reforzó el alistamiento y dirigió una campaña victoriosa, en 1813, contra Prusia, Austria y Rusia, ganando las batallas de Lützen, Bautzen y Dresde. Pero fracasó en Leipzig, en octubre, cuando tuvo lugar la batalla llamada «de las

naciones», en el curso de la cual perdió varias decenas de miles de hombres.

Obligado a combatir en Francia contra todos los aliados a la vez y al frente de efectivos inexpertos y reducidos, Napoleón recuperó la genialidad de sus primeras campañas. Entre enero y febrero de 1814, se superó a sí mismo realizando proezas frente a adversarios cuyas tropas eran superiores en número y en experiencia, venciendo en una campaña fulgurante a los prusianos en Brienne, a los rusos en Champaubert, al mariscal Blücher una vez más en Montmirail, en Château-Thierry y en Vauchamps, a los austríacos en Montereau, y por último, a los prusianos en Craonne.

Sin embargo, ninguna de estas victorias fue decisiva ante una coalición tan poderosa como determinada a alcanzar el éxito. Vencido en Arcis-sur-Aube y abandonado por la mayor parte de sus mariscales, Napoleón abdicó finalmente en abril y tuvo que exiliarse a la isla de Elba. Once meses más tarde (en marzo de 1815) desembarcó en Francia, llegó triunfalmente a París y reanudó la lucha. Victorioso en Ligny, libró su último combate en Waterloo*, batalla sumamente sangrienta, y durante mucho tiempo indecisa, que señaló su caída definitiva. Se rindió a los ingleses, quienes lo exiliaron a Santa Elena, donde murió en mayo de 1821.

Muchos principios tácticos y estratégicos fundamentales guiaron a Bonaparte, militar culto que se nutrió no sólo de los relatos de los grandes estrategas antiguos, como César*, Aníbal* o Alejandro*, sino también, y sobre todo, de las enseñanzas de Federico el Grande*, de Guibert, de Mauricio de Sajonia e incluso de Gribeauval.

Napoleón Bonaparte era partidario del «choque» más que del «fuego». Sin descartar la artillería —en la que se formó originalmente—, consideraba que la resolución en un campo de batalla se determinaba concentrando el mayor contingente de fuerzas, lo más rápido posible, en un punto débil del dispositivo enemigo. Este tipo de estrategia precisaba de un gran número de efectivos: la conscripción se los proporcionaba. Exigía también una motivación y una disciplina en el combate que sólo los más carismáticos generales obtuvieron de sus soldados. Éste fue precisamente el caso de Napoleón. No hubo enfrentamiento, por violento, terrible o desesperado que fuera —desde las Pirámides a Waterloo, pasando por Eylau, Essling y el Berezina—, en que los *grognards,* o al menos la gran mayoría de ellos, no destacaran por un ardor y una motivación excepcionales. Añadamos a esto una buena disposición de las tropas de choque —caso de una caballería de gran calidad, al mando, hasta la campaña de Rusia, del muy competente Joaquín Murat, que contribuyó muy frecuentemente al éxito— y su rapidez de movimiento. Con todos los triunfos en la mano, Napoleón buscó sistemáticamente —y a menudo lo consiguió— el aplastamiento (o la capitulación) del adversario. Contentarse con dispersarlo en el campo de batalla, o hacerse célebre a sus expensas con grandes gestos de bravura, no permitía sentarse después a negociar en una situación ventajosa.

Cuando dispuso de suficientes tropas —como después de la primera campaña de Italia—, pero sin tener que conducir ejércitos demasiado imponentes —como antes de la campaña de Rusia—, el emperador hizo avanzar a marchas forzadas y con un objetivo bien determinado, a varios cuerpos de ejército inicialmente separados y lo bastante alejados como para confundir al adversario sobre el objetivo a alcanzar, pero lo bastante próximos para poder reagruparse y llevar a cabo una operación fulminante: un movimiento envolvente o un ataque frontal. Ulm, Austerlitz, Jena y Auerstádt, por ejemplo, fueron el resultado de estas operaciones.

Durante sus primeros años en el poder, Napoleón se benefició de un contexto muy particular, positivo por muchos conceptos (entusiasmo revolucionario, sistemas políticos obsoletos entre sus rivales, alistamiento...), pero al que supo sacar provecho con una

cierta dosis de oportunismo y un agudo sentido político para rodearse de hombres capacitados y construir un imperio. Además, siempre se puede medir el genio estratégico de Bonaparte por el nivel de sus adversarios, de los cuales ninguno, salvo Wellington* en determinadas circunstancias, estuvo verdaderamente a la altura de la situación. Falta por decir que esta realidad no resta nada al innato talento militar del personaje.

Por otra parte, como todo dirigente, Napoleón cometió un cierto número de errores —por lo demás más políticos y filosóficos que estratégicos—, algunos de los cuales tuvo consecuencias trascendentales.

El primero fue, sin duda, haberse dejado arrastrar por su pasión por la guerra y creerse con derecho —animado por su talento militar y por el excepcional entusiasmo que infundía en sus inagotables ejércitos de reclutas— a ir siempre más lejos en su ambición desmesurada por dominar Europa e incluso otros territorios. Inmediatamente antes de iniciar la desastrosa campaña de Rusia, la justificaba ante varios de sus ministros en estos términos, recogidos por un Fouché más reticente que nunca: «Desde mi boda, todos han creído que el león estaba dormitando; ya veremos si dormita. España caerá en el momento en que yo aniquile la influencia inglesa en San Petersburgo; me hacían falta ochocientos mil hombres, y los tengo; arrastro toda Europa conmigo, y Europa no es más que una vieja p... podrida con la que haré lo que me apetezca con ochocientos mil hombres. ¿No me habéis dicho hace tiempo que el genio consistía en no considerar nada imposible? Pues bien, en seis u ocho meses, veréis de lo que es capaz el más vasto ejército de reclutas sometido al mando de

alguien que sabe guiarlo.[...] Y además, ¿qué puedo hacer yo, si un exceso de poder me arrastra a la dictadura del mundo? Mi destino no se ha cumplido; quiero terminar lo que no es más que un esbozo. Nos hace falta un código europeo, un Tribunal Supremo, una moneda única, los mismos pesos y medidas, las mismas leyes, es necesario que yo haga de todos los pueblos de Europa el mismo pueblo, y de París la capital del mundo. Éste es, señor duque, el único desenlace que me conviene».

Ahora bien, tras el primer paso en falso dado de envergadura —en este caso la temeraria e injustificable ocupación de España—, sus enemigos recobraron esperanzas y fuerzas, y tras el segundo —la funesta campaña de Rusia—, sus ocasionales aliados se volvieron en su contra; desde entonces, los integrantes de la coalición no le dieron un momento de respiro.

El segundo error fue el haber intentado imponerse como el indiscutible fundador europeo de una nueva dinastía. Por más que los dioses de la guerra le concediesen victoria tras victoria, seguía siendo un «usurpador» a los ojos de las grandes familias reinantes. De mala gana, la casa de Austria aprobó el matrimonio con María Luisa, pero la alianza político-militar sellada por esta unión —y sobre todo su fruto, el pequeño Napoleón II— quedó anulada a la primera ocasión.

Tercera debilidad: Napoleón era a la vez único dirigente político y único jefe militar. Durante las campañas cortas, sobre todo las de 1800, 1805 y 1806, las consecuencias de este doble papel se hicieron notar menos, ya que después de cada victoria le era posible regresar rápidamente a París. Pero cuando se implicaba en campañas largas, lejanas e indecisas (1807, 1809, 1812), tenía que ocuparse simultáneamente de los asuntos del Imperio y de la actividad militar sobre el terreno. Vemos entonces que donde el vencedor de Austerlitz no dirigía personalmente las operaciones, el ejército francés resultaba tan vulnerable como cualquier otro. Igualmente, en tres casos al menos en que lo crítico de la situación política exigía, en su opinión, su inmediato regreso a París —en 1799,1812 y 1815—, abandonó súbitamente sus tropas a su suerte, aunque siempre las confió al mando de generales competentes y fieles.

Por último, a pesar de que Napoleón I supo elegir mariscales que demostraron ser buenos tácticos (aunque muy poco estrategas) y generalmente responsables (a pesar de las envidias entre ellos y sus frecuentes enfrentamientos), fracasó al intentar captar la fidelidad de dos pilares civiles del régimen: Talleyrand y Fouché —ministros, respectivamente, de Asuntos Exteriores y de la Policía—, que le traicionaron en varias ocasiones y en momentos cruciales. Y finalmente sus hermanos
—a los que hizo mal en convertir en reyes— se revelaron incapaces de secundarlo eficazmente en cualquier circunstancia, diplomática o militar. Solamente su cuñado Eugenio de Beauharnais se mostró a la altura de sus expectativas.

Sería injusto concluir este retrato forzosamente somero e incompleto sin recordar un gran proyecto geopolítico de Napoleón Bonaparte. Y aunque es de justicia empezar reconociendo las cualidades militares del personaje —como atestiguan sus victorias —, su proyecto, aunque fracasara, no carecía de interés, e incluso de realismo. Siempre acarició la idea de conquistar Asia, o al menos los amplios espacios que se extendían desde el Bósforo hasta la India. Se trataba, para el general Bonaparte que por entonces dirigía la campaña de Egipto, de proponer al Directorio que cortase a Inglaterra la ruta hacia la joya más preciada de su Corona. Más adelante, Napoleón I propondría a su efímero aliado ruso, el zar Alejandro I, repartirse Asia en detrimento de Londres. El proyecto tropezó con la cuestión de Constantinopla.

¿Qué habría ocurrido si los dos jóvenes emperadores se hubieran entendido para repartirse, además de Europa, el Asia Menor y el Asia central? Ciertamente

hubiera sido necesario que conciliasen no sólo sus opiniones, sino además todos sus medios disponibles para conseguir debilitar al Imperio otomano, así como, en las Indias y en los mares, el poder británico. La persistencia de una alianza semejante parece poco creíble *a posteriori*. Al menos Alejandro y Napoleón se habrían repartido la Europa continental. Fue sin duda alguna la intransigencia del segundo, sobre todo en lo referente a cuestiones sobre Constantinopla, sobre la independencia polaca y el bloqueo contra Inglaterra, lo que hizo que naufragara esa posibilidad.

En definitiva, la mayor victoria de Bonaparte, ¿no es acaso póstuma? Es rarísimo, verdaderamente, que los vencidos escriban la Historia. Y, tras su exilio insalubre en el Atlántico sur, el vencido de Waterloo se dedicó junto a Emmanuel de Las Cases, entre junio de 1815 y noviembre de 1816, a la narración *(pro domo)* de sus recuerdos y a infinitas consideraciones que fueron recopilados en el *Memorial de Santa Elena*.

La obra, una vez publicada en 1823, fue «devorada» por el público francés con el mismo entusiasmo con que los Borbones, de vuelta al poder, fueron rechazados entonces. Las ediciones del *Memorial* se sucedieron a lo largo de decenios, y el regreso de las cenizas del emperador a París, en 1840, seguido por millones de franceses, ha marcado y reforzado constantemente la memoria colectiva nacional.

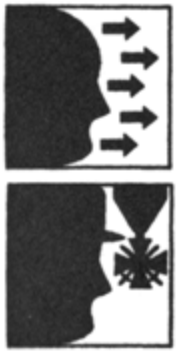
Apenas treinta años después de la muerte de su ilustre tío, Luis Napoleón Bonaparte (el futuro Napoleón III) llevaría a cabo su golpe de Estado un 2 de diciembre de 1851, fecha aniversario de Austerlitz, y utilizaría hasta la saciedad la imagen y el recuerdo de Napoleón I —con éxito—, reforzando así su legitimidad ante amplias secciones de la sociedad.

Hoy, dos siglos después de Marengo, no es necesario en modo alguno un régimen deshonroso ni cualquier utilización política para que perduren la leyenda napoleónica y un profundo interés por este estratega de excepción.

Bibliografía

CAMON, H., *La Guerre napoléonienne. Les systèmes d'opérations*, Economica, Paris, 1997.
CHANDLER D., *The Campaigns of Napoléon,* Macmillan, Nueva York, 1966. CRISCUOLO, V., *Napoleón,* Alianza Editorial, Madrid, 2000.
DE LAS CASES, E., *Memorial de Santa Elena*, Iberia, Barcelona, 1954. GALLO, M., *Napoleón,* Planeta, Barcelona, 1998.
TULARD, J., *Napoléon,* Fayard, París, 1997.

Arthur Wellesley, duque de Wellington (1769-1852)



> Toda mi vida ha transcurrido intentando adivinar lo que había del otro lado de la colina.
>
> WELLINGTON, *Correspondencia*.

El hombre que finalmente consiguió derrotar a Napoleón*, aunque por otra parte no fuera el que le causara mayores pérdidas militares, fue más un estratega de la adaptación que un soldado genial, como su encarnizado adversario. Así pues, y pese a realizar una brillante carrera militar que le condujo a incontables campos de batalla en Europa y las Indias, no tenía alma de soldado.

Aristócrata inglés perteneciente a una familia de rancio abolengo, el futuro duque de Wellington fue enviado a Francia para continuar su formación en una escuela militar real. Curiosamente, protagonizó su primera campaña —la de la Revolución— luchando contra Francia como integrante de las fuerzas aliadas que combatieron en Flandes en 1794-1795. Después partió a las Indias para reunirse con su hermano, que era virrey, y participó en la victoriosa campaña contra el sultán de Missore. Wellington se reveló ya como un organizador eficaz y un buen jefe militar, así como buen negociador y vencedor magnánimo. Fue, por supuesto, su enfrentamiento con Napoleón lo que le permitió cobrar notoriedad y ganar sus cartas de nobleza militares.

En 1807 el emperador francés invadió la península Ibérica para impedir que Portugal continuase permitiendo que los productos

británicos se saltasen el bloqueo continental. Una vez en España cometió la torpeza de destituir al Borbón Carlos IV en beneficio de su hijo Fernando VII, quien a su vez fue relegado del trono y sustituido por José Bonaparte, hermano de Napoleón, el 4 de junio de 1808. Este golpe de Estado extremadamente brutal y humillante fue un error político tanto más descomunal cuanto que en un principio los mandos políticos y militares españoles veían con buenos ojos la alianza con Francia *(véase* Trafalgar*).

Como resultado de semejante error el pueblo español se sublevó e involucró a las tropas francesas en una guerra de guerrillas permanente y sangrienta. En este contexto favorable, Wellington desembarcó en el Mondego (Portugal), el 1 de agosto, con un cuerpo expedicionario británico bastante modesto, pero que acabaría convirtiéndose en una dolorosa espina en los flancos del Imperio francés. El pueblo español, desde luego, no estaba esperando a Wellington para rebelarse contra «Napoladrón» a partir de mayo de 1808, pero el duque vino a aportar sus conocimientos tácticos, su experiencia y sus eficaces dotes de mando. Obtuvo una primera victoria en Vimeiro a expensas del mariscal Junot, quien capituló poco después en Sintra (y quedó afectado psicológicamente). El 28 de julio de 1809 volvió a ganar a los franceses en Talavera, aunque no pudo sacar partido de su éxito por falta de entendimiento con su aliado español, Cuesta. Sus victorias siguientes, aunque

no fueron decisivas, permitieron a Wellington empujar a sus adversarios más allá de la frontera hispano-portuguesa y amenazar Madrid. Como fino psicólogo que era, temía una respuesta de Napoleón, la cual llegó, efectivamente, en noviembre y diciembre de 1808. Al frente de sus tropas, el emperador aplastó a los españoles en varias ocasiones y recuperó Madrid: había que volver a empezar. Prudentemente, Wellington evitó el enfrentamiento y reembarcó ordenadamente sus efectivos en enero de 1809.

Al año siguiente desembarcó de nuevo en la península y sorprendió a Soult, que se había apoderado de Oporto, un puerto primordial para el aprovisionamiento de soldados y mercancías. Al darse cuenta de que aún no disponía de efectivos suficientes para echar a Napoleón de España, Wellington decidió entonces replegar sus tropas en Portugal, donde construyó, en otoño de 1810, las «líneas de Torres Vedras», una triple línea de fortificaciones que se extendía por una treintena de kilómetros y que estaba dotada de varios centenares de cañones. Este dispositivo defensivo hizo retroceder al brillante general Masséna, apodado hasta entonces por Napoleón «el hijo predilecto de la victoria».

A partir de 1812, antes incluso de la desastrosa campaña de Rusia, Napoleón no disponía de recursos suficientes para reforzar un contingente francés ya mermado y desmoralizado. Wellington, que a partir de este momento no abandonó su posición de fuerza, lanzó su ofensiva de reconquista de la península, que le llevó a sitiar y tomar Badajoz y Ciudad Rodrigo, a vencer en Salamanca y a tomar Madrid. Finalmente infligió a las tropas de Jourdan una vergonzosa derrota en Vitoria, el 21 de junio de 1813.

Su más importante hecho de armas, quintaesencia de su genio táctico, fue la batalla de Waterloo* del 18 de junio de 1815, donde participó como comandante en jefe de las fuerzas anglo-holandesas. Bien asentado en una posición topográfica favorable, dio ejemplo de paciencia y tenacidad, enardeciendo y organizando a sus hombres con maestría. A pesar del gran número de bajas entre sus filas, aguantó con firmeza, hasta que la llegada de Blücher determinó el desenlace de una batalla que durante mucho tiempo estuvo en el aire.

Wellington sabía sobre todo ser paciente. Ni en España ni en Portugal obtuvo nunca victorias clamorosas como las de Austerlitz* o Jena*, pero tampoco concedió al enemigo el placer de derrotarle claramente. Mucho más inclinado a la defensa que al ataque, la guerra de desgaste que planteó ante el contingente francés de España minó la moral del enemigo y diezmó sus efectivos. Flexible, hombre de honor, pero también general pragmático, no derrochó energía ni arriesgó la vida de sus soldados en combates gloriosos pero innecesarios.

Como estratega, «el duque de hierro» dirigía los combates con una amplia perspectiva de tiempo y espacio. Así, su campaña en la península Ibérica, al destrozar el mito de la invencibilidad de Napoleón, puso a éste en una situación tan delicada que Austria acabó decidiendo entrar de nuevo en la contienda, iniciativa que tuvo considerables consecuencias. Consideraba que la guerra contra el emperador debía servir para acabar con un dirigente poderoso y expansionista, pero no necesariamente para debilitar a Francia. El objetivo final era el restablecimiento de la paz, pero sobre todo del equilibrio en Europa. Este último punto se mantuvo como una constante de la política británica durante siglo y medio, hasta la Segunda Guerra Mundial.

Wellington, hombre hábil y magnánimo, hizo gala de un gran espíritu caballeresco al organizar la evacuación, a bordo de navíos británicos, de las tropas francesas derrotadas en Vimeiro, respetando así los términos de un acuerdo alcanzado. Pese a ser un patriota y un encarnizado adversario de la Francia

napoleónica, prohibió terminantemente —con grave perjuicio para sus tropas y para los insurrectos españoles— cualquier acto de saqueo o pillaje del sudoeste francés, y en particular de Toulouse, ciudad que ocupó en abril de 1814. Asimismo, tras su rotunda pero agotadora victoria en Waterloo, participó en la organización de la Restauración borbónica y celebró consejo con Fouché y Talleyrand (pilares del régimen imperial), dirigiendo sin odio ni rencor antifrancés las tropas de ocupación desde 1815 hasta 1818. En los países que habían sufrido derrotas frente a Napoleón — esto es, casi toda Europa—, esta actitud conciliadora y magnánima le reportó severas críticas, especialmente desde Prusia.

La brillante carrera militar de Wellington con frecuencia eclipsó su carrera política. Como parlamentario conservador desde 1805, no dejó jamás de preocuparse por los asuntos del Estado ni de la City, y llegó incluso a ser primer ministro de Su Majestad.

Bibliografía

BRETT, J., *Wellington and War,* Coolidge, Londres, 1961. D'ARJUZON, A., *Wellington*, Perrin, París, 1998.

GASH, N., *Wellington. Studies in the Military and Political Career of the First Duke of Wellington*, Norman Gash (ed.), Manchester, 1990.

LIDDELL HART, A., *The Sword and the Pen*, Londres, T. Y. Growell Company, 1976.

Simón Bolívar (1783-1830)

> Cuando un hábil general opta por la ofensiva, el enemigo ya está vencido. Cuando libra batalla, debe hacer, él solo, más que todo su ejército junto, no por la fuerza de su brazo, sino por su inteligencia y sobre todo por sus estratagemas. Es necesario que a la primera señal, una parte del ejército enemigo se pase a sus filas. En todo momento debe estar en sus manos firmar la paz y sellarla en las condiciones que crea oportunas. El gran secreto de esto radica en el arte de sembrar intencionadamente la división: división en las ciudades y en los pueblos, división exterior, división interna, división de muerte y división de vida. Estas cinco clases de disensiones no son sino las ramas de un mismo tronco. Aquel que sabe servirse de ellas es un hombre verdaderamente digno del mando: es el tesoro de su soberano y el soporte del imperio.
>
> SUN TSÉ, *El arte de la guerra*.

Simón Bolívar no era un soldado en el sentido literal de la palabra, y menos aún un teórico de la estrategia militar. Sin embargo, rara vez un solo hombre ha influido tanto en el destino de tantos lugares con tan pocas tropas. Casi dos siglos después de su epopeya, el continente sudamericano (con la excepción de Brasil) se declara en mayor o menor medida heredero de su obra, y algunos países como Venezuela han adoptado incluso (en 1999) la denominación oficial de «República bolivariana»...

Perteneciente a una rica familia de aristócratas venezolanos de origen español, Bolívar residió desde la adolescencia en Europa, y sobre todo en Francia, donde descubrió el cartesianismo, leyó con pasión a Montesquieu y a Rousseau y se rindió admirador de la Revolución francesa y de Napoleón*. Convencido de la necesidad que Hispanoamérica tenía de librarse de la onerosa y arcaica tutela española, se puso al frente de un movimiento independentista y, en unión de Miranda (presente en la batalla de Valmy), aprovechó la ocupación de España por Napoleón para proclamar en Caracas la independencia el 5 de julio de 1811. Inmediatamente después de la

liberación del territorio español por parte de Wellington* y del restablecimiento de la monarquía de los Borbones, Madrid envió un cuerpo expedicionario para reforzar su poder frente a los insurrectos y restablecer el orden colonial. Con su compañero Miranda capturado y encarcelado en España, Bolívar prosiguió la lucha desde Cartagena de Indias y recorrió Nueva Granada (Colombia), donde redactó el *Manifiesto de Cartagena*, compendio de sus ideas políticas.

Liderando una tropa reducida pero muy animosa, logró varios éxitos militares frente a las tropas de Madrid y entró en Caracas para proclamar la segunda República venezolana. Su presencia allí fue muy efímera, pues los generales Boves y Morillo habían conseguido organizar un ejército reforzado con llaneros, los temibles indios de los llanos famosos por su fiereza y resistencia en el combate. Bolívar y los suyos volvieron a perder Caracas. En 1814 el jefe independentista se refugió en el Caribe, donde redactó la *Carta de Jamaica*, un texto mejor construido que el primero y que

resultó más apropiado para las masas indias, hasta entonces relativamente indiferentes hacia la lucha que mantenían la potencia colonial y los independentistas. Bolívar prometió la abolición de la esclavitud y el establecimiento de la igualdad ante la ley. Este manifiesto, que tuvo mayor difusión que el anterior, le valió a Bolívar numerosas adhesiones.

Fue a partir de 1819, tras desembarcar en Nueva Granada al frente de un contingente formado por 30.000 hombres, entre los que se contaban numerosos veteranos británicos, cuando inició (quizá a su pesar) una corta aunque brillantísima carrera militar. Su plan de conquista y liberación de los territorios bajo control español era excesivamente audaz: se trataba de atravesar, en plena estación de lluvias, los llanos, esas llanuras cenagosas que se inundaban con suma facilidad, de remontar luego el curso del Apure y cruzar los aproximadamente 3.000 metros de altitud del desfiladero de Pisba, en la cordillera de los Andes, y desde allí ganar finalmente la provincia de Tunja. El efecto sorpresa debía estar a la altura de las dificultades, y las tropas españolas ser combatidas con éxito.

Efectivamente, contra todo pronóstico y a pesar del gran número de bajas sufridas durante esta marcha, que resultó tremendamente penosa, Bolívar sorprendió por primera vez al enemigo en Vargas, después capturó seiscientos hombres en Tunja valiéndose de diversas estratagemas, y por último venció al general Barreiro en la célebre batalla de Boyacá, el 7 de agosto de 1819. Considerado determinante —sobre todo como ejemplo de la audacia de los independentistas—, este enfrentamiento — que a partir de entonces entró en la categoría de lo mítico— resultó bastante limitado sobre el terreno: pocos hombres, agotamiento de los combatientes y falta de motivación de los soldados coloniales.

En cualquier caso, Bolívar entró unos días más tarde en Bogotá como libertador. Tras la victoria de Ayacucho (1824), el general Antonio José de Sucre derrotó a las últimas fuerzas españolas en Perú, en abril de 1825, y los territorios correspondientes en la actualidad a Venezuela, Perú, Colombia, Ecuador, Bolivia, Argentina y Chile fueron definitivamente liberados de la tutela de Madrid.

Militarmente, la guerra de la independencia dirigida por Bolívar nunca implicó a un número importante de efectivos. En total, el cuerpo expedicionario enviado en 1814 y 1815 por España no sobrepasó en ningún momento los 35.000 soldados, dispersos a lo largo de amplísimos territorios, y Bolívar, en el mejor de los casos, sólo llegó a reunir una décima parte.

Por lo que respecta al personaje, se puede decir que Simón Bolívar fue un auténtico líder, valiente y visionario, que dio la talla como audaz estratega cuando hubo que luchar con armas distintas que las del idealismo y las causas nobles. Pero aunque consiguió liberar al continente americano de la autoridad colonial española, fracasó en sus otros dos objetivos: los territorios liberados no constituyeron una sola y unida entidad estatal, y la democracia se instauró sólo en contadísimos casos en los nuevos Estados.

Muy pronto estallaron graves disensiones, por una parte entre los poderes independentistas regionales y por otra entre algunos notables y el propio Bolívar, al que consideraban excesivamente autoritario, incluso tiránico. En 1828, y después de haber sido más o menos alejado por sus antiguos colaboradores de todas las repúblicas ya independientes, se vio abocado a dirigí r Nueva Granada, a la que personalmente había contribuido a liberar. Pero, al sentir que su poder también en este caso se veía amenazado, y con la moral minada por la imposibilidad de establecer la unidad y un sistema democrático, cometió un gesto a la altura de su dignidad y que pasó a formar parte de su aura *post mortem:* «el Libertador» decidió dimitir

oficialmente y emprender el camino del exilio. La muerte, que le sobrevino poco después, no le permitió proseguir su lucha en ultramar.

Bibliografía

LUCENA SALMORAL, M., *Simón Bolívar*, Alianza Editorial, Madrid, 1991. MADARIAGA, S. DE, *Bolívar,* Hermes, México, 1951.
SAUVAT, G., *Simón Bolívar Liberator,* Grasset & Fasquelle, París, 1995.

Carl von Clausewitz (1780-1831)

> Carl von Clausewitz marca, con su obra inacabada *De la guerra*, una ruptura radical en la forma de reflexionar sobre el fenómeno de la guerra. Antes de él, la literatura militar era esencialmente descriptiva y utilitaria, y no especulativa. Incluso pese a que su contemporáneo Jomini, como él fascinado por Napoleón, había intentado desarrollar unos principios perennes sobre la estrategia, independientemente de las modificaciones y de las rupturas que en materia de armamento o de organización de los ejércitos aporta la historia. Clausewitz, cuyo pensamiento dialéctico trata de escapar a todo dogmatismo, establece la idea de que cada época tiende a crear su propia doctrina estratégica y que las guerras son el reflejo de las sociedades que las sostienen. Clausewitz no tiene rival como pensador de la guerra en su integridad y en la relación que establece con la política que la sustenta.
>
> G. CHALIAND, Prefacio a *De la guerra*.

Casi dos siglos después de que Clausewitz emprendiera su obra, decir de él que es uno de los más grandes teóricos militares de la historia es remitirse a un lugar común. La prueba es que a veces ha llegado a encarnar, casi a título individual —o con Maquiavelo (equivocadamente) y Sun Tsé* (con razón)—, el pensamiento estratégico. Ahora bien, su obra de referencia inacabada y titulada *Vom Kriege (De la guerra)* fue totalmente ignorada cuando se publicó. Clausewitz había sucumbido al cólera, y fue su viuda quien tomó la iniciativa en 1832 de publicar su libro, que no tuvo ninguna repercusión. En Francia, por ejemplo, hubo incluso que esperar treinta años para que la obra viera la luz, y en Inglaterra tardó en publicarse más de medio siglo. Al menos hay dos razones que se pueden esgrimir para explicar este rechazo y esta inmediata

indiferencia: el retorno a un acendrado conservadurismo después del huracán napoleónico y la larga sombra proyectada por el popularísimo general Jomini.

Únicamente Helmuth von Moltke, el jefe del Estado Mayor prusiano entre 1857 y 1873, leyó y luego aplicó de forma concreta las recomendaciones de Clausewitz, por cierto con un éxito total: las aplastantes victorias prusianas contra Austria en Sadowa* (en 1866) y después contra Francia (campaña de 1870-1871) llevaban la marca evidente del gran estratega. Y no fue casualidad que los franceses, precisamente buscando revancha y, por tanto, nuevos conceptos estratégicos tras el desastre de Sedán*, también acabaran descubriéndolo. No obstante, y aunque ambos países se valieron de sus enseñanzas, ni alemanes ni franceses supieron interpretar correctamente a Clausewitz durante la Primera Guerra Mundial. Por ejemplo, el Estado Mayor alemán de 1914 —especialmente Von Schlieffen y Von Moltke «el Joven» (sobrino del anterior)— olvidó el principio filosófico esencial de la estrategia de Clausewitz, según el cual, lejos de actuar con total independencia de las cuestiones políticas o en detrimento de éstas, la guerra no es sino su prolongación, una de sus

manifestaciones concretas. En la primera parte del siglo XX, y pese a unos éxitos militares clamorosos, los alemanes pagaron caro, política y militarmente, haber interpretado las prioridades de la guerra de forma totalmente contraria a la establecida por su «maestro» Clausewitz. Después de ellos, Lenin y luego, por influencia de éste, Mao* extrajeron del estratega prusiano unas enseñanzas muy valiosas para sus propios combates, y en el mar —ignorado con un cierto desprecio por Mahan, que prefirió de lejos a Jomini— Clausewitz encontró un adepto en la persona del historiador militar Julián Corbett.

Carl von Clausewitz, nacido cerca de Magdeburgo en el seno de una familia en la que se veneraba a Federico el Grande* —su padre fue segundo lugarteniente al servicio del rey de Prusia—, servía desde los doce años como cadete en un regimiento. Entre 1793 y 1794 participó en la campaña del ejército prusiano contra las tropas de la Francia revolucionaria, y quedó marcado por la visión de esa masa de reclutas luchando exaltadamente por una nación, y no por una dinastía o un terruño.

Finalizada la campaña, Clausewitz cursó sus estudios y en 1801 ingresó en la Escuela de Guerra de Berlín, donde sus aptitudes llamaron la atención del teórico militar Gerhard von Schamhorst, seguidor del método comparativo y del estudio de casos históricos, de quien se convirtió en discípulo. En 1806 combatió contra el ejército de Napoleón* en Jena* y fue hecho prisionero en el desastre prusiano de Auerstádt*. Tras ser liberado un año más tarde, se reunió con Schamhorst —que contribuyó a que le nombraran tutor militar del príncipe heredero Augusto de Prusia— y lo secundó en su empresa de reformar el ejército, humillado, para que recuperase el prestigio de que gozaba en tiempos de Federico II y actuase con la eficacia de un ejército moderno. El modelo era entonces el francés, y Clausewitz, pese a declararse francófobo, hizo gala de objetividad en sus trabajos. En 1812, tras oponerse ferozmente a la incorporación (forzosa) del cuerpo de ejército prusiano del general Yorck von Wartenburg al seno de la *Grande Armée*, abandonó las filas prusianas para sumarse a las del ejército ruso de Alejandro I. Como integrante de este ejército, llegó a ser oficial de enlace a las órdenes del general ruso Wittgenstein, luchó

contra Napoleón durante su campaña de Rusia, cayó herido en Lützen (1813) y en 1814 se incorporó al ejército prusiano como jefe de Estado Mayor de cuerpo de ejército junto a Blücher, el futuro covencedor en Waterloo*, batalla en la que no tomó parte directamente.

Un año después del hundimiento del Imperio napoleónico, y ya en calidad de oficial superior (fue ascendido a general de brigada en 1818) dotado de una experiencia sumamente amplia, Clausewitz inició su obra sobre la guerra antes de ser nombrado director de la Escuela de Guerra de Berlín en la que cursó sus estudios. Murió en la cumbre de su gloria, siendo jefe de Estado Mayor en el ejército del general en jefe Gneisenau, en campaña contra los rebeldes polacos de 1830.

Lector asiduo de Montesquieu, en quien se inspiró en su intento de relacionar las actividades humanas entre sí y con su entorno, y de los principales teóricos modernos (en detrimento de los antiguos) como Guibert, Folard, Montecuccioli, Mauricio de Sajonia o Puységur, Clausewitz estableció un primer principio fundamental que se convirtió en una constante a lo largo de toda su obra: la guerra como elemento y herramienta política. Conscientemente o no, en este punto no fue comprendido por sus contemporáneos. La guerra es en sí un acto violento que se desencadena con objeto de impedir al adversario ejercer su voluntad; regida por tres factores, que son la violencia, el juego de las probabilidades y del azar y el cálculo razonable de lo político, sólo es válida como prolongación de lo político y no por sí misma. A este respecto la dialéctica que emplea es de un rigor a toda prueba:«[...] la intención política es el fin que se persigue, la guerra es el medio, y jamás el medio

puede ser imaginado sin el fin». En diferentes ocasiones Clausewitz hace hincapié en la distinción entre fines y medios, por un lado, y en el imperativo de no sustituir nunca la política por la guerra, por otro.

Un poco a la manera del gran Sun Tsé, con el que coincidió a la hora de escapar del dogmatismo con excepcional habilidad intelectual, Clausewitz propuso también un conjunto de reglas y de principios que habían de regir la guerra sin caer en el moralismo ni poner freno a la reflexión. Insistía fundamentalmente en la importancia de concebir la guerra como un duelo a gran escala y sometido a las leyes del azar y de la fortuna y a múltiples factores exógenos. Contrariamente a las interpretaciones erróneas que harán muchos de sus aduladores, la intención del general prusiano nunca fue la de proporcionar un método sistemático para vencer (¿no es necesaria la adaptación a las circunstancias?) ni tampoco preconizó la guerra total, lo que era objeto de su análisis. Ciertas sentencias que aparecen en *Vom Kriege* le valieron a Clausewitz ser acusado injustamente de cinismo; por ejemplo, ésta: «Las almas filantrópicas sin duda podrían pensar que hay una manera inteligente de desarmar y de derrotar al adversario sin derramar demasiada sangre y que ése es el verdadero arte de la guerra. Por muy deseable que esto parezca, es un error que hay que subrayar. En un asunto tan peligroso como la guerra, los peores errores son precisamente los causados por la bondad. Del mismo modo que el empleo de la fuerza física llevada al extremo no excluye en modo alguno el de la inteligencia, quien emplea sin escrúpulos esta fuerza y no teme derramar sangre tomará ventaja sobre su adversario si éste no actúa de la misma manera. Por ello, dicta su ley al adversario de tal manera que cada uno lleva al otro a unos extremos en los que sólo el peso inherente a la guerra pone límites. Así es como hay que encarar las cosas. Sería inútil e incluso erróneo querer ignorar la naturaleza de la guerra por la repugnancia que su brutalidad inspira».

Aunque es indudable que Clausewitz incluyó en su esquema de reflexión los nuevos conceptos de aniquilamiento, guerra real y guerra total, de lucha de masas populares y nacionales —elementos todos ellos cuyo análisis por parte del teórico les dotó precisamente

de una fuerza y un carácter profundamente innovadores—, no es en absoluto sospechoso de fomentar la guerra, ya que sus ideas se inscriben más bien en la óptica estratégica de la defensiva. Y, en efecto, adoptar ese posicionamiento permite al defensor preparar su contraataque con una eficacia que aumenta conforme se va atenuando la ofensiva enemiga.

Clausewitz, al igual que Jomini, participó en las guerras napoleónicas, pero, a diferencia de éste, sacó de su experiencia en ellas la conclusión de que sus características se impondrían en el futuro. Mientras que Jomini —que se centró en el estudio de ciertas enseñanzas de Napoleón que alababa por su alto valor estratégico (concentración de las fuerzas alrededor de un punto vulnerable, movimiento, etc.)— restringió esencialmente su análisis teórico al ámbito de las guerras limitadas y casi siempre de carácter dinástico del siglo XVIII, Clausewitz hizo un juicio anticipativo sobre las guerras del futuro. Consideraba que el desastre de Prusia en Jena y Auerstádt era resultado de una mala interpretación de las gloriosas campañas de Federico el Grande o, más exactamente, de un conservadurismo heredado de ese período: el modesto ejército profesional del rey estratega sólo conseguía debilitar a sus enemigos, y aunque estaba bien entrenado y era combativo, no podía vencerlos de forma decisiva. Pero después de Napoleón este antiguo sistema de guerra limitada, de
«pequeña guerra» emprendida por su cuenta por determinadas familias reinantes, ya no resultaba viable, y a partir de ese momento el destino de los países quedó estrechamente ligado al de ejércitos surgidos de las masas del pueblo.

En la práctica, se trata de abatir al enemigo o, dicho de otra manera, de aniquilar su capacidad de resistencia y de prolongación de las hostilidades. La fuerza de choque debe ser por tanto masiva y eficaz. Dentro de esa lógica, el principal objetivo es golpear el centro neurálgico del adversario, bien sea tomando la capital (valor simbólico y psicológico), ocupando una zona vital de su territorio o destruyendo totalmente su ejército, opción esta última que en cualquier caso, y a tenor de su experiencia personal, era la favorita de Clausewitz. Por ejemplo, en su opinión, la toma de Moscú por parte de Napoleón no hizo ceder a Alejandro I a pesar de la carga emocional y simbólica que tal acontecimiento tenía. Para que el zar hubiese abandonado la partida, los franceses habrían tenido que destruir (y no sólo hacer retroceder o debilitar) al ejército ruso; esta fuerza de choque operativa, que entonces constituía el centro neurálgico estratégico de todo el Imperio ruso, debía ser aniquilada. Clausewitz, en cualquier caso, recuerda el error de Napoleón en Rusia para subrayar aún más la genialidad del estratega francés, que fue precisamente el precursor de las batallas de aniquilamiento total del adversario.

La modernidad y la originalidad de Clausewitz radican también en su definición de la guerra, en la misma línea que emplea para describir su naturaleza. Para él, la guerra, que no es un arte (aunque exige el mismo tipo de creatividad) ni una ciencia, sería más bien la manifestación de una determinada forma de comercio, con la particularidad de que provoca la destrucción y el derramamiento de sangre.

Por otra parte, el director de la Escuela de Guerra de Berlín otorgó una considerable importancia a los factores morales y humanos en general, que contribuyen a decidir la suerte de la guerra. En este aspecto contradice totalmente a analistas como Heinrich von Bülow, quien, en sentido totalmente opuesto, elaboró una verdadera doctrina matemática y geométrica de las batallas.

En definitiva, la muy estimulante noción de «fricción», que según Clausewitz se refería a los factores y condiciones imprevisibles que acababan dificultando un plan de campaña o de batalla fácil a priori, su talento para analizar estrategia directa y estrategia indirecta, su constante búsqueda de los complejos

vínculos entre teoría y práctica de la guerra o su rigurosa definición de táctica y estrategia —«La táctica es el empleo de las fuerzas armadas en el combate, la estrategia es el empleo del combate con vistas al fin último de la guerra»— convirtieron a su autor en un auténtico innovador como ideólogo en materia militar. Antes que un estratega y un excepcional teórico militar, es más justo considerarlo un gran filósofo de la guerra.

Bibliografía

ARON, R., *Pensar la guerra, Clausewitz,* Ministerio de Defensa. Subdirección General de Publicaciones, Madrid, 1993.

CLAUSEWITZ, C. VON, *De la guerra*. Estado Mayor del Ejército, Madrid, 1978.

-----, *La Campagne de 1812,* Complexe, Bruselas, 1987.

COUTAU-BÉGARIE, H., *Traité de stratégie,* Economica, París, 1999.

CREVELD, M. VAN, *The transformation of war,* Free Press, Nueva York, 1991.

Ferdinand Foch (1851-1929)

> La instrucción provisional y después el reglamento sobre la conducta de las grandes unidades habían implantado sin mayor reserva, en 1912 y 1913, el dogma de la ofensiva como línea de conducta: «Las enseñanzas del pasado han dado sus frutos», estaba escrito. «El ejército francés, al recuperar sus tradiciones, ya no admite en su comportamiento operativo otra ley que no sea la ofensiva.» En 1870 nuestro mando había perecido por su afición a la defensiva y a la defensa pasiva. En 1914 iba a sufrir inútiles fracasos y terribles bajas, consecuencia de su pasión exclusiva por la ofensiva y del único conocimiento de los procedimientos que ésta conlleva, sistemáticamente aplicados en todas las circunstancias. En realidad, y en todo momento, debe conocer en profundidad la fuerza y las debilidades tanto de la ofensiva como de la defensiva, así como sus condiciones de viabilidad, pues sólo con una juiciosa combinación y aplicación de los dos sistemas podrá desencadenar una poderosa acción ofensiva en el punto deseado.
>
> FERDINAND FOCH, *Memorias.*

Foch, que era alumno de la Escuela Politécnica y oficial de artillería al terminar sus clases, fue destinado sucesivamente a Tarbes (su ciudad natal) y después a Rennes. Bien considerado y dotado de un gran poder de convicción, participó en los trabajos del Comité Técnico de Artillería y se incorporó a la Escuela de Guerra, primero como alumno y luego como profesor de estrategia y sobre todo de historia militar. En esta época redactó su principal obra teórica, *Principios de la guerra*, y al año siguiente, en 1904, *De la conducta de la guerra, la maniobra para la batalla*. En 1907 fue nombrado director de la Escuela de Guerra antes de ser ascendido a general de división.

Cuando estalló la Gran Guerra, dirigió con éxito al XX Cuerpo de Ejército de Nancy y condujo al IX Ejército a la batalla del Marne. Foch también destacó por su eficaz coordinación entre las fuerzas francesas, las británicas y las belgas con motivo de la «carrera hacia el mar» del otoño de 1914. Pero los fracasos humillantes y terriblemente sangrientos de las ofensivas en Artois (1915) y en el

Somme (1916) — ofensivas masivas que emprendió siguiendo sus convicciones estratégicas— le hicieron caer provisionalmente en desgracia. Tras ser convocado nuevamente por el Ministerio de la Guerra en mayo de 1917, llegó a ser jefe del Estado Mayor y después, en abril de 1918, generalísimo de todas las fuerzas aliadas en el frente occidental.

El fracaso de los postreros ataques alemanes en la primavera y el verano de 1918 y, naturalmente, la victoria final le llevaron a firmar el armisticio en Rethondes y le valieron el título supremo de mariscal de Francia. Ese mismo año redactó sus *Memorias para servir a la historia de la guerra*.

Gracias a sus obras y, en gran medida, a su actitud durante la Primera Guerra Mundial, Foch se circunscribió claramente a su tiempo y a la casta de los teóricos de la ofensiva a ultranza de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Gran lector de Cari

von Clausewitz*, rechazaba cualquier forma de estrategia defensiva como un fin en sí misma y preconizaba, *a contrario*, la destrucción completa, moral y material, del enemigo en el marco de una doctrina de la capacidad ofensiva de las maniobras.

La prioridad de lo moral sobre otras consideraciones es clara: la ofensiva es potencialmente cara en hombres —en particular con el desarrollo considerable de la potencia de fuego de la artillería—, pero se impone porque conduce a la victoria final. En Foch, este concepto de victoria decisiva y definitiva (un poco a la manera de Armaggedon) rayaba a veces en la obsesión. En este caso, el éxito decisivo de la gran ofensiva de los aliados de 1918 pareció darle la razón.

De todas formas, su interpretación de Clausewitz fue muy personal o, mejor dicho, muy libre, y sin duda estaba profundamente influida por los teóricos alemanes como Moltke y Von Schlieffen, que se consideraban apóstoles del gran pensador de la estrategia. De hecho Clausewitz siempre subordinó la guerra a la política, hasta el punto de considerarla un medio, un mero instrumento al servicio de ésta, mientras que los estrategas alemanes de finales del siglo XIX la juzgaban un fin en sí misma.

Esta influencia alemana tiene una explicación muy clara: para Foch —como por lo demás para Clausewitz o Schamhorst—, el conocimiento y la eficacia en materia de estrategia implicaban necesariamente el estudio de casos concretos y de la historia militar. De hecho, el futuro generalísimo había intentado ya en sus primeros años de reflexión y de enseñanza comprender y analizar las razones de la derrota francesa en Sedán* y Metz en 1870, igual que numerosos estrategas elaboraron nuevas doctrinas tras sufrir un vergonzoso fracaso.

Sin embargo, Foch, que lógicamente se consideraba patriota y era admirador de Napoleón*, resulta un tanto decepcionante en sus opciones; las batallas y los pensamientos del emperador ocupan un espacio preponderante en su obra, pero a costa de sacrificar contextos y figuras que podrían haber enriquecido su estudio.

En el centro de su reflexión, en sus *Principios de la guerra,* Foch estableció y enumeró varios «principios superiores», de los cuales el más importante en su opinión consistía en «el ahorro de

fuerzas», principio que define de la manera siguiente: «el arte de descargar sucesivamente sobre las resistencias que uno encuentra el peso de todas las fuerzas con que se cuenta y, de este modo, de organizar sus fuerzas en un sistema». La idea, expuesta quizá de forma un poco confusa, significaba concentrar en el momento oportuno el grueso de las tropas más adecuadas. Siguiendo su jerarquía de prioridades, el segundo principio se refería a la «libertad de acción», noción que tomó de Jenofonte*. Por último, estableció la importancia de los principios de la «libre disposición de las fuerzas» y la «seguridad/sorpresa».

Justamente valorado por sus contemporáneos por haber conducido al país a la victoria, Ferdinand Foch acabará siendo un personaje controvertido, incluso desprestigiado; Raymond Aron, en su obra *Pensar la guerra* le llegó a tachar de «mediocre».

De hecho, aparte de su creencia en la ofensiva a ultranza (que compartía con la mayoría de los altos mandos militares franceses y alemanes de la época), se podría también destacar que no intuyó el poder a largo plazo de nuevas armas como la aviación. En 1910 Foch afirmó: «La aviación es un deporte; y para el ejército, un cero a la izquierda». Pero ¿quién en aquellas fechas, excepto el visionario italiano Douhet, era capaz de profetizar que la aviación de combate se convertiría en la reina de las batallas menos de tres decenios después? Finalmente, el rechazo a lanzar la gran ofensiva en Lorena propuesta por el vencedor de Verdún* en 1918 —iniciativa ya antigua y que según Pétain tenía por objeto, justo antes del hundimiento alemán, ganar un pulso político—, se reveló como un error gravísimo. Probablemente París

habría obtenido de Londres y Washington en la Conferencia de Versalles mucha más comprensión respecto al asunto de las reparaciones alemanas si el ejército francés hubiera estado en Renania y en Sarre en noviembre de 1918. Pero también en este caso, ¿qué alto mando, tras cuatro años de guerra ininterrumpida y la pérdida de
1.360.000 jóvenes franceses, habría tenido la osadía de enfrentarse a la opinión pública e intentar una última incursión, que se traduciría sin duda en una última sangría?

La obra y las convicciones estratégicas de Foch, interesantes y profundas pero no desde luego revolucionarias y sí un tanto desiguales, aunque ya han quedado bastante olvidadas en Francia, siguen siendo materia de enseñanza en un cierto número de ejércitos extranjeros.

Bibliografía

ARON, R., *Pensar la guerra, Clausewitz,* Ministerio de Defensa, Subdirección General de Publicaciones, Madrid, 1993.

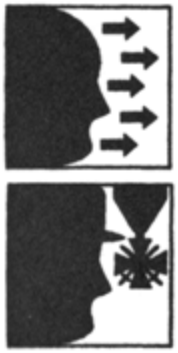
CLEMENCEAU, G., *Grandeurs et misères d'une victoire,* Pion, Paris, 1930.

FOCH, F., *Mémoires pour servir à L'histoire de la guerre de 1914-1918*, Pion, Paris, 1931.

-----, *Des principes de la guerre,* André Martel (introd.), Imprimerie Nationale Éditions, Paris, 1996.

Recouly, R., Foch, le vainqueur de la guerre, Hachette, Paris, 1918.

Thomas Edward Lawrence (1888-1935)



> Detecto, entre nuestros oficiales, una falta de interés innata y paralizadora. Demasiado cuerpo, demasiada poca cabeza. El perfecto general debería conocer todos los asuntos del cielo y de la tierra. Así que si me veis así y si estáis de acuerdo conmigo, tened a bien serviros de mí como de un texto que predica la necesidad de estudiar, más de lo que se hace, los libros de historia, la necesidad de un mayor rigor en el arte militar. Con dos mil años de ejemplos a nuestras espaldas, no tenemos disculpa, cuando combatimos, si combatimos mal.
>
> T. E. LAWRENCE, *Correspondencia con B. H. Liddell Hart*.

Hay personajes que, sin haber revolucionado un arte en particular, ni haber protagonizado un acontecimiento repentino y determinante, ni gobernado un imperio, entran rápidamente en la leyenda y ya nunca la abandonan. Tres cuartos de siglo después de la muerte accidental de Lawrence de Arabia, el personaje continúa interesando y fascinando bajo este apelativo que gracias al cine quedó para siempre unido a él.

El joven británico Thomas Edward Lawrence, un apasionado de la historia, la geografía y la arqueología, cursó con brillantez estudios en Oxford y realizó dos viajes, en 1909 y 1910, a Siria y a Palestina, entonces regiones bajo el control otomano, como parte de sus estudios de doctorado. Su tesis trataba sobre las fortalezas de los cruzados. De 1911 a 1913 participó en unas excavaciones arqueológicas en Karkemish (Turquía) antes de ser enviado por un organismo cultural —el Fondo para la Exploración de Palestina— al

desierto del Neguev (en el actual Israel) para estudiar la topografía de las zonas de Beersheba y de Gaza.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el ejército británico encargó a Lawrence la elaboración de un riguroso mapa topográfico de la península del Sinaí, una zona controlada por los otomanos y de gran valor estratégico, al estar situada en la misma orilla del canal de Suez y por lo tanto de Egipto, posesión inglesa de primordial importancia. Satisfechos con su trabajo, sus superiores decidieron convertir a Lawrence en enlace entre el *Intelligence Service* y los servicios topográficos del ejército.

En octubre de 1916 le fue confiada una misión que cambiaría totalmente el curso de su vida y cuyo éxito, en gran medida, contribuiría a transformar el Oriente Próximo: debía instalarse en el Hiyaz —en el corazón de la península Arábiga— para estudiar sobre el terreno el alcance de la revuelta árabe que se rebelaba contra el yugo otomano y analizar sus características. Por entonces, el gobierno de los Jóvenes Turcos era aliado de las potencias del Eje, e incluso su ejército había infligido ya en 1915 una severa derrota al cuerpo expedicionario franco-inglés en los Dardanelos*. Londres proyectaba continuar su estrategia periférica golpeando esta vez el punto débil del Imperio Otomano, esto es, las provincias árabes. Al volver a El Cairo, Lawrence puso al corriente al general Kitchener de la existencia de un importante

movimiento de rebelión beduino, muy asentado (de hecho permitió a los árabes apoderarse de La Meca) aunque poco estructurado, sin un planteamiento estratégico definido y escasamente equipado. Las autoridades militares decidieron respaldarlo, y le garantizaron oro, armas, víveres y apoyo marítimo en todo el litoral del mar Rojo para que coordinase militarmente la insurrección y renovase las promesas del gobierno británico acerca de la futura soberanía de un gran reino árabe que sucedería a la derrota turca.

Así pues, entre octubre de 1916 y octubre de 1918 Lawrence se unió a varias tribus beduinas de Arabia para luchar contra el ejército otomano, siempre peligroso por aquel entonces y dirigido por generales alemanes de talento, como Liman von Sanders, el vencedor de Gallipoli (Dardanelos).

En un primer momento, el oficial británico consiguió que los guerreros beduinos dejasen de centrar todo su interés en tomar Medina, segunda ciudad santa del islam y que aún permanecía en poder de los otomanos, en tanto que La Meca había sido ya conquistada. Consideró juiciosamente que la toma de Medina, muy imprevisible y por la que sin duda pagarían un alto precio en hombres, material y tiempo, permitiría a los turcos replegarse en el Sinaí, y los planes del Estado Mayor inglés consistían precisamente en atacar este frente desde Egipto.

En cambio Lawrence convenció a los jefes beduinos para que acosasen a los turcos en su punto débil, esto es, la línea de ferrocarril que unía Maan (Jordania) con Medina: una vía de 700 kilómetros vital para el aprovisionamiento de víveres, materiales y refuerzos y que por consiguiente necesitaba una protección especial. Si se atacaba esta arteria a base de múltiples acometidas y jugando sobre todo con la rapidez, la movilidad y el efecto sorpresa, los turcos se agotarían intentando responder y dispersarían a decenas de miles de hombres, que de este modo quedarían inmovilizados y dejarían desprotegidos otros frentes.

Durante varios meses, esta guerra de desgaste —auténtica guerra de guerrillas en diferentes aspectos— se saldó con varios éxitos para las tropas beduinas. El 6 de julio de 1917, tras un largo trabajo de preparación, consiguieron cruzar anchas zonas de desierto para llegar al puerto de Áqaba, en el extremo más

septentrional del mar Rojo. Enclavada en una bahía excesivamente estrecha y rodeada por una árida franja desértica, Áqaba era considerada por los turcos inexpugnable, especialmente por tierra. Pero el ataque se desencadenó de forma tan vertiginosa que los jinetes beduinos tomaron la ciudad sin mucho esfuerzo. A partir de ese momento, Lawrence y los jefes beduinos a los que convenció para atacar un enclave tan alejado de sus bases disponían de una baza estratégica importantísima ante un frente turco que se estaba debilitando peligrosamente.

Esta hazaña le reportó a Lawrence ser ascendido a mayor por el general Allenby en Ismailía y recibir más apoyo logístico.

Sin embargo, los meses siguientes estuvieron jalonados de relativos fracasos: la plaza fortificada otomana de Deraa resistió, al igual que Maan. Tafilelt fue tomada... y perdida de nuevo. Para Lawrence, estas contrariedades eran la confirmación de que, por una parte, los turcos (secundados por contingentes alemanes curtidos y resistentes) conservaban una evidente capacidad defensiva y, por otra, que era difícil para tropas poco cohesionadas, no muy disciplinadas, numéricamente débiles y acostumbradas a efectuar razzias en el desierto, conquistar localidades enérgicamente defendidas y fortificadas.

Finalmente, en septiembre de 1918, el frente turco fue arrollado por las tropas británicas tras remontar la línea costera y, sobre la marcha, Lawrence tomó Deraa el día 18 y Damasco el 1 de octubre. El Imperio Otomano se derrumbó y, con el final de la guerra en noviembre, la misión de Lawrence se daba por finalizada.

En 1919 Lawrence participó como consejero en las negociaciones de la Conferencia de Versalles e intentó, desde el modesto escalafón jerárquico que ocupaba (a pesar de lo cual fue escuchado por el almirante Churchill), acortar lo más posible la distancia que separaba las promesas que los ingleses habían hecho a los árabes en 1916 de la realidad, muy diferente y desde luego menos favorable a su causa, y que eran fruto de los acuerdos Sykes-Picot entre franceses e ingleses. Sin duda contribuyó muchísimo a instalar en el trono de Irak a Faysal, su compañero de combate e hijo del jerife de La Meca, expulsado de Damasco por los franceses.

De regreso a Inglaterra, se negó a aceptar su paga y algunas condecoraciones propuestas por sus superiores y luego se alistó de forma anónima y como simple soldado en la Royal Air Forcé (RAF). Lawrence reapareció en 1927 en Karachi, en la India occidental (Pakistán), y en Miramshah, en la frontera con Afganistán, país que por entonces era objeto de deseo tanto de soviéticos como de británicos.

A pesar de que no contribuyó en absoluto a transformar el arte de la guerra, Lawrence de Arabia demostró un conocimiento del combate en el desierto y una capacidad de adaptación excepcionales.

En primer lugar, optó por la estrategia indirecta o, dicho de otra manera, por atacar al enemigo por los flancos, la retaguardia o las líneas de comunicación y de avituallamiento más que abordarlo en combates frontales. En lugar de concentrar y luego implicar al grueso de las fuerzas en una batalla de desenlace incierto, se trataba de ahorrar hombres y sostener una guerra de desgaste. Después, supo sacar el mejor partido de las cualidades y características beduinas y poner en juego otras tantas bazas frente a la potencia de tiro y las fortificaciones otomanas: desplegarse en pequeños grupos por grandes espacios y extender la lucha por numerosos enclaves, mantener una movilidad absoluta, realizar ataques precisos y rápidos y después retirarse y hostigar al enemigo. En una palabra, practicar la guerra de guerrillas.

A posteriori, la elección de esta estrategia global resulta evidente. Pero Lawrence la desarrolló en una época en que el

concepto de ofensiva masiva y a ultranza era el predominante, sobre todo entre generales como Foch*, y era el que regía en el frente occidental de 1914 a 1918. Por lo demás, conviene recordar que, en la misma época, sólo otro oficial occidental practicó esta forma de combate un tanto novedosa: el general alemán Yon Lettow-Vorback, que mantuvo a raya en Tanganika, durante tres años y al mando de un número reducido de tropas, a más de 120.000 británicos y aliados.

Por último, una de las grandes cualidades de Lawrence, infrecuentes en los hombres de guerra, era su extraña capacidad para comprender en profundidad a los hombres con los que luchaba y cuya causa, en cierto sentido, acabó abrazando. En muy poco tiempo consiguió ser aceptado por los combatientes beduinos, en cuyas filas se reveló como un auténtico líder.

Lawrence murió en 1935 en un accidente de moto en Inglaterra. Además de por sus hazañas en el desierto y su excepcional sentido de la humildad, se le recuerda también y sobre todo por varios escritos fundamentales para entender sus itinerarios, observaciones y estrategias: *El boletín árabe* (1918), una sencilla nota dirigida a la jerarquía militar pero que da testimonio de su percepción y su conocimiento sumamente agudos —y desarrollados en poco tiempo— acerca de las costumbres militares y formas de vida beduinas; *La matriz,* sobre su experiencia en la RAF a partir de 1922; y sobre todo *Los siete pilares de la sabiduría* y *Rebelión en el desierto,* sobre su experiencia en la guerra árabe contra los turcos. De este último texto, absolutamente instructivo, conviene destacar un breve fragmento, muy revelador de las estimulantes ideas de Lawrence: «En la guerra irregular, que dos hombres se reúnan es un despilfarro de uno de cada dos. La acción aislada, esa forma tan simple

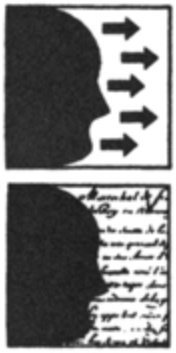
de guerra, implica una tensión moral y exige mucho de cada soldado. Por su parte requiere una iniciativa, una resistencia, un entusiasmo excepcionales. Nuestro objetivo era reducir la acción a una serie de combates singulares. Fue el estudio —del que sacó graves conclusiones— que Napoleón hizo de los mamelucos comparándolos con los soldados franceses lo que me sugirió esta idea [...]. Nuestro valor dependía completamente de nuestra calidad y no de nuestra cantidad. Era necesario que mantuviéramos la cabeza fría en todas las circunstancias, pues la excitación y el deseo de sangre habrían restado eficacia a nuestros combatientes. Y nuestra victoria dependía de una utilización precisa de la velocidad, de los refugios, del fuego. La guerra irregular es mucho más intelectual que una carga de bayoneta».

Señalemos por último que Thomas Edward Lawrence quien de niño presumía de haber nacido un 15 de agosto, ¡como Napoléon!, estuvo profundamente influido por los teóricos y estrategas franceses del siglo XVIII, principalmente Bourcet, Guibert y, sobre todo, Mauricio de Sajonia.

Bibliografía

GUILLAUME, A., *Lawrence d'Arabie,* Fayard, París, 2000.
Lawrence, T. E., Rebelión en el desierto. Juventud, Barcelona, 1978.
-----, *Los siete pilares de la sabiduría*, Ediciones B, Barcelona, 1997.
-----, *El troquel,* Alianza Editorial, Madrid, 1975.
POIRIER, L., *T. E. Lawrence, stratège,* Éditions de l'Aube, Paris, 1997.

Mao Tse-tung (Mao Zedong) (1893-1976)



> Mao Tse-tung basa en el privilegio de la defensa —convertido en el de la «guerra del pueblo»— una estrategia clausewitziana generalizada; dándole la categoría de doctrina de la lucha universal, descubre, a través de Lenin, a Hegel. El pensamiento de Mao Tse-tung, al igual que la disuasión, intenta definir una estrategia de la lucha a muerte. Las fuentes son comunes, pero las consecuencias, contrarias, pues la primera considera el arma nuclear premisa de un orden universal, y la otra, universal ilusión, tigre de papel.
>
> ANDRÉ GLUCKSMANN, *El discurso de la guerra*.

Mao es sin discusión uno de los personajes más significativos del siglo XX, no sólo por la influencia que su pensamiento ejerció en todos los continentes, sino también por el alcance directo que sus actos y decisiones políticas tuvieron para millones de personas.

Nacido en Shaoshan (provincia de Hunan) en el seno de una familia campesina acomodada, desde la adolescencia Mao se sintió atraído tanto por la historia de la civilización china como por cuestiones políticas y militares en general, mostrando su fascinación por las virtudes del heroísmo, de la fortaleza física y psicológica y por toda forma de resistencia. En 1911 sus convicciones nacionalistas lo impulsaron a ingresar en el movimiento revolucionario de Sun Yat-Sen que puso fin al poder de la dinastía de los Ching. Siendo estudiante en Pekín y trabajando como bibliotecario, conoció en 1918 al líder marxista Li Ta-saho (o Li Dazhao) y en 1921 participó en la fundación en Shanghai del Partido Comunista Chino (PCC), aunque debido a sus

opiniones heterodoxas sobre la estrategia de guerra revolucionaria quedó inmediata mente adscrito a la corriente minoritaria.

En 1926 redactó un *Análisis de las clases de la sociedad china* y, al año siguiente, su *Informe de investigación sobre el movimiento campesino de Hu-nan*. En los años que siguieron al fracaso de los levantamientos comunistas contra Chiang Kai-shek (especialmente el de Cantón en 1931), Mao entabló una lucha clandestina incesante y se refugió en los montes Jing-gang, donde fundó con sus adeptos la República soviética del Kiang-si (o Jiangxi). Acosados por los nacionalistas, dirigentes y militantes comunistas se vieron obligados a iniciar la «Larga Marcha» que debía conducirlos al norte del Chen-si para ponerlos a salvo de la represión. Entre octubre de 1934 y octubre de 1935 recorrieron 12.000 kilómetros, cruzaron dieciocho cadenas montañosas, vadearon veinticuatro ríos y conquistaron —al menos ideológicamente— cincuenta y cuatro ciudades. Las bajas, entre los «caminantes» iniciales, se elevaron a cerca de un 90 por ciento, pero las aldeas campesinas que recorrieron fueron ganadas para la causa comunista. Fue en el transcurso de esta odisea, y más concretamente en enero de 1935, cuando Mao se convirtió en líder del PCC.

En 1936 publicó *Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria en China,* y después, frente al invasor japonés, alcanzó un acuerdo con Chiang Kai-shek para interrumpir provisionalmente la lucha entre los chinos y ofrecer a los nipones un frente común. En 1938 se publicaron dos nuevas obras que tuvieron una influencia determinante: *Problemas de los guerrilleros contra el Japón y De la guerra prolongada*.

Después de la eliminación de las fuerzas japonesas en 1945, Mao reanudó el enfrentamiento civil contra los nacionalistas, del que salió vencedor y proclamó el 1 de octubre de 1949 la República Popular China.

Con mano de hierro, impulsó al país hasta que consiguió introducirlo en el restringidísimo club de las potencias atómicas e impuso una política exterior anexionista (Tíbet, islas Spratley...) y emprendedora en el exterior —manifiesto apoyo militar a los comunistas vietnamitas (de Diên Bién Phu a la ofensiva del Têt), coreanos y también africanos— marcada por la firmeza y la independencia frente al
«hermano» soviético (crisis entre 1959 y 1969). En el interior, sus grandes reformas políticas y culturales (Cien Flores, Revolución Cultural) o económicas («Gran Salto Adelante»), resultaron un desastre y se saldaron con la muerte —violenta o por inanición— de millones de personas.

Fundamentalmente, una de las grandes innovaciones teóricas (y políticas) de Mao fue la adaptación de la doctrina comunista oficial —representada a mediados de la década de 1920 por Stalin y Trotski, en este aspecto concreto más rivales en la forma que en el fondo— a la situación sociológica y geográfica de China. Incluso en el seno del propio PCC, Mao tuvo al principio muchísimas dificultades para imponer su criterio, según el cual, el campo debía imponer un cerco a las ciudades. Los leninistas de Moscú, y también los «partidos hermanos» de todo el mundo, opinaban que la revolución proletaria se haría en las ciudades y sería protagonizada por los obreros. Todavía en 1930 los predecesores de Mao al frente del PCC consideraban que todos los discursos sobre el cerco de la ciudad por el campo o sobre la toma de ciudades por parte del Ejército Rojo eran una insensatez.

Mao, que en este aspecto se remitía a Clausewitz* —cuyos conceptos había asimilado a través de la interpretación que de él hizo Lenin—, consideraba que la estrategia era un objetivo cuyas leyes implacables debían imponerse a los adversarios en el campo de batalla, aunque no armonizaran necesariamente bien con aspectos filosóficos. Como explicaba André Glucksmann (en su época maoísta), «el problema estratégico de la Revolución china se resolvió recurriendo a la "guerra prolongada", pero hizo falta demostrar de forma paralela que la solución práctica era una solución teórica, que una revolución campesina conducida por dirigentes comunistas era concebible en términos marxistas. La estrategia se convirtió entonces en el modelo — y en el caso concreto— de una teoría universal de la lucha que resultaba tan útil para el arte militar como para el ámbito social» *(El discurso de la guerra).*

Para Mao, el objetivo primordial no era modificar una inicial relación de fuerzas o acumular argumentos políticos mediante la conquista de territorios, sino vencer de manera definitiva. Sus dos principales fuentes de inspiración eran indiscutiblemente Sun Tsé* y Clausewitz: del estratega chino extrajo su fuerza moral y una buena comprensión de las relaciones de fuerza, y del segundo, el concepto de subordinación de lo militar a lo político, la dialéctica fines/medios, la noción de victoria total, etcétera.

Mao descubrió tres niveles de reflexión para concebir la guerra revolucionaria: la guerra en general, las modalidades de la guerra revolucionaria y la guerra revolucionaria adaptada a las peculiaridades de la nación china. A partir de aquí estableció dos objetivos por los que había que luchar: el primero, la eliminación del

enemigo —por medio de una guerra de desgaste si se utilizaba la guerra de guerrillas y recurriendo a la guerra de aniquilamiento cuando la relación de fuerzas hubiese evolucionado favorablemente —, y el segundo, la eliminación de la guerra.

Según Mao, la estrategia revolucionaria debía seguir fundamentalmente la vía ofensiva siempre que la finalidad fuese vencer. Sin embargo, en este marco general, la defensiva continuaba siendo necesaria para ahorrar fuerzas. Frente al fuerte (el ejército del Estado burgués y/o capitalista que hay que abatir), el ejército revolucionario, que encarna al débil, debía adoptar una estrategia indirecta de movimiento y de desgaste moral, material y psicológico. Tácticamente, se trataba de emprender maniobras extremadamente precisas y de concentrar un gran número de fuerzas en muy poco tiempo para atacar un punto débil del dispositivo enemigo. Por último, Mao insistía en la importancia primordial de la retaguardia, del «santuario» que permitía a la guerrilla revolucionaria reabastecerse regularmente y también replegarse en caso de ofensiva enemiga.

Entre las categorías de guerra que el general Beaufre distinguía en su *Introducción a la estrategia* (1963), la preconizada (y conducida) por Mao como revolucionario correspondería a la «lucha total prolongada de baja intensidad».

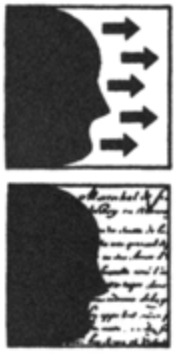
Mao Tse-tung representa un caso realmente infrecuente, pues no sólo logró establecer y enriquecer una teoría estratégica original adaptada a su tiempo y a su geografía humana y física, sino también ponerla en práctica con éxito. La influencia de su pensamiento estratégico se mantuvo durante decenios al menos en tres continentes. Lamentablemente, la interpretación capciosa de sus criterios por parte de los jemeres rojos en Camboya o de Sendero Luminoso en Perú tuvo terribles consecuencias en la década de 1970.

Bibliografía

CHALIAND, G., *Stratégies de guérilla. Anthologie historique de la Longue Marche á nos jours*, Gallimard, París, 1984.

GLUCKSMANN, A., *Le Discours de la guerre*, l'Herne, París, 1967.
HU CHI-HSI, *L'Armée rouge et l'ascensión de Mao*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), París, 1982.
LEYS, S., *Los trajes nuevos del presidente Mao*, Tusquets, Barcelona, 1976. SNOW, E., *China: la larga revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

Charles de Gaulle (1890-1970)



> Con frecuencia ha ocurrido que un ejército derrotado, después de reagruparse y cobrar ánimos, ha vencido a sus vencedores pensando que se lanzaban en total desorden sobre los fugitivos; pues nunca se corren tantos riesgos durante una victoria como cuando la presunción se torna en miedo. Por muy desafortunado que haya sido el combate, reunid el mayor número de soldados posible; reconfortad sus almas, volved a encender sus ánimos con exhortaciones brillantes, y, si cabe, con un nuevo combate; haced nuevas levas, reforzaos con nuevos apoyos y (lo que es más importante) aprovechad las ocasiones de tender trampas al vencedor para poder descargar el golpe con ventaja: nada puede animar más a los vencidos, y estas ocasiones no os van a faltar; porque es propio del éxito volver al hombre poco cauto y presuntuoso. En una palabra, si alguien pensaba que una derrota es una desgracia irremediable, que advierta que el resultado de las batallas muchas veces ha caído del lado de los generales que las iniciaron con muy poca fortuna.
>
> FLAVIO VEGECIO, *Instituciones militares*.

Graduado en la Escuela Militar de Saint-Cyr a la edad de veintiún años, Charles de Gaulle formaba parte en 1913 del 33 Regimiento de Infantería, dirigido a la sazón por el coronel Philippe Pétain, donde dio muestras probadas de entusiasmo y valor en el combate a lo largo de la Gran Guerra; herido en varias ocasiones en diversos frentes, fue hecho prisionero en Verdún* en 1918 e intentó sin éxito escapar de Alemania.

Tras el armisticio, recuperó la libertad e ingresó en la Escuela de Guerra como alumno antes de impartir clases en ella, igual que hizo en Saint-Cyr. Dando pruebas de un temperamento y un

patriotismo acusados, fue ascendiendo progresivamente en el escalafón de la jerarquía militar; estuvo un tiempo destinado en el Estado Mayor del Ejército del Rin y después dirigió el XIX Batallón de Cazadores, donde destacó por sus dotes de mando.

En 1932, De Gaulle formó parte de la secretaría del Consejo Superior de la Defensa Nacional. Ese mismo año redactó *El filo de la espada*, un texto de naturaleza político-filosófica y militar dedicado a analizar las condiciones morales, políticas y estratégicas necesarias para una defensa nacional eficaz. En 1934 publicó *Hacia el ejército profesional*, y cuatro años más tarde, *Francia y su ejército,* obra dirigida a alertar a los poderes públicos sobre la urgencia absoluta de establecer una nueva doctrina estratégica que integrara las armas motorizadas y su potencial empleo ofensivo. Entre las personalidades políticas de primera fila, sólo Paul Reynaud respaldó las propuestas de De Gaulle y les dio credibilidad. Durante la «guerra boba», De Gaulle intentó una vez más llamar la atención de los poderes políticos y del Estado Mayor sobre la necesidad ineludible de disponer de divisiones blindadas frente al peligro alemán. En su memorando titulado *El advenimiento de la fuerza mecánica* (no publicado pero sí remitido al jefe de gabinete Édouard Daladier, así como a los

generales en jefe Gamelin, Georges y Weygand), apeló al ejemplo de la fulgurante campaña de Polonia.

Durante la ofensiva alemana del 10 de mayo de 1940 ascendió a general de división y dirigió la IV División Acorazada, compuesta por brigadas blindadas que él mismo había instruido y reforzado según sus planteamientos.

De Gaulle fue prácticamente el único oficial superior que obtuvo éxitos reales en el transcurso de la catastrófica campaña de Francia: al frente de sus carros, el 18 de mayo en Montcornet y el 30 de mayo en Abbeville, derrotó a las tropas alemanas e incluso hizo prisioneros. El 5 de junio Paul Reynaud, el nuevo jefe de gabinete, le nombró subsecretario de Estado para la guerra. De Gaulle rechazó el armisticio y se trasladó a Londres, desde donde impulsó la resistencia exterior y el rechazo a la derrota y a la colaboración. El llamamiento que hizo el 18 de junio, en un contexto extraordinariamente desfavorable en el plano personal (casi solo y condenado a muerte) y en el ámbito geoestratégico (con Francia hundida e Inglaterra amenazada y aislada frente a Alemania), vino a corroborar sus criterios y el carácter esencialmente geopolítico de éstos; en él explicaba que la causa de la derrota radicaba en la superioridad motorizada del enemigo, y que la entrada en guerra de gigantescas reservas (los imperios coloniales de Inglaterra y Francia, Estados Unidos...) de hombres, recursos y materiales serviría para conseguir la victoria final.

Después de la Liberación, De Gaulle gobernó por un breve espacio de tiempo los destinos de Francia (1944-1946), pero después renunció al poder porque no aceptaba la instauración de un régimen parlamentario que rechazaba por su inestabilidad y su ineficacia (la IV República). Tras ser nuevamente requerido en plena guerra de Argelia (mayo de 1958), sometió a plebiscito una nueva Constitución, que instauró un régimen presidencial fuerte, y se mantuvo en el poder hasta 1969. Bajo su impulso, Francia se dotó de un ejército moderno (aunque no profesional) y de armamento nuclear (explosión en Reggane, 1960).

Entre las numerosas perspectivas desde las que se puede abordar el personaje, sólo aludiremos aquí a De Gaulle como teórico militar. Cuando a principios de la década de 1930 el oficial

De Gaulle comenzó a desarrollar sus teorías en materia de armamento y de defensa, se situó totalmente a contracorriente. En esta época, el Estado Mayor francés se aferraba tanto a la estrategia de defensa a ultranza como lo hizo el de 1914 a la ofensiva en todos los frentes y el de 1870 a la guerra de posición. Traumatizados por las numerosísimas bajas de 1914-1918, los generales del período de entreguerras (sobre todo bajo las prestigiosas directrices de un Pétain vencedor de Verdún) sustituyeron el pecho de los soldados de infantería por un complejo altamente fortificado y estático: la línea Maginot. La imponente obra, un verdadero agujero presupuestario cuya construcción fue decidida en un momento en que, en principio, Francia no temía a Alemania (1930), era el perfecto reflejo del mediocre planteamiento estratégico francés que imperaba en la época, hasta tal punto que se erigió, por sí misma, en el fundamento de la estrategia nacional. La política exterior impulsada entonces por París se basaba en una diplomacia de apaciguamiento y de compromiso que creía poder apoyarse en los millones de metros cúbicos de hormigón erigidos a modo de muralla en la frontera franco-alemana. Con semejante planteamiento, la enorme movilidad, el efecto sorpresa, la potencia de fuego y la capacidad de penetración que ofrecían las divisiones blindadas eran sistemáticamente rechazados por considerarse inútiles.

Pero De Gaulle fue uno de los primeros oficiales que comprendieron la importancia de las armas mecánicas, de los «motores de combate», como él llamaba a los carros. Ni las armas blindadas ni la aviación de combate eran desconocidas a principios de los años treinta; las primeras se utilizaron con éxito por los aliados en el

frente occidental en 1917-1918 (especialmente los carros Renault), y el general francés Jean-Baptiste Estienne insistió en reforzar la potencia y la protección blindada de sus máquinas; la utilización de la aviación era defendida por el italiano Douhet y el británico Trenchard, que demostraron su importancia. Sin embargo, insistía sobre todo en la importancia de concentrar armas motorizadas más que en la trascendencia de su empleo. En concreto, fomentaba la creación de un cuerpo de ejército motorizado permanente, integrado al menos por 100.000 hombres, capaz de dirigirse rápidamente a primera línea de combate y de asestar un golpe decisivo al agresor; este cuerpo comprendería varias divisiones de infantería dotadas de numerosos carros, artillería pesada y transmisiones modernas.

El hundimiento de los ejércitos franceses, en mayo-junio de 1940, fue tan súbito y brutal que dio lugar al nacimiento de dos mitos: el del bajísimo nivel de combatividad (incluida la falta de valor) de los soldados y sobre todo el de la vetustez y la debilidad de los medios empleados. Ahora bien, cuando se produjo la ofensiva alemana, no sólo los carros franceses eran en general de buena calidad, e incluso algunos modelos indiscutiblemente más potentes que los alemanes (otro tanto ocurría con los aviones de combate), sino que, además, su número, añadido al de los aliados, era superior. Sin embargo, como estaban ampliamente diseminados, carecían de apoyo aéreo y eran empleados como simple refuerzo para la infantería, no constituyeron ningún obstáculo ni peligro para el enemigo, que concentró sus fuerzas y penetró de forma fulgurante a través de las líneas de infantería francesas.

Y precisamente —ironías del destino— fueron los generales alemanes, sobre todo Guderian, quienes leyeron, comprendieron y adaptaron a De Gaulle —y lograron que Hitler* aceptara todo lo que éste vio rechazado por las jerarquías militares y políticas francesas—, gracias a lo cual enriquecieron sus propias estrategias, que aplicaron con éxito en Polonia, Francia, Rusia (1941-1942) y el norte de África.

Además del choque y del movimiento basado en el empleo del binomio carro de combate/avión, De Gaulle también desarrolló

ideas muy avanzadas sobre el ejército profesional. Convencido del carácter cada vez más técnico y complejo de las herramientas de guerra, propugnó la creación de un cuerpo profesional, joven, profundamente instruido tras varios años de estudio en las innovaciones tecnológicas, altamente eficaz tanto en la teoría como en la práctica y sin ataduras civiles sólidas. La movilidad y la alta cualificación serían las principales bazas de este ejército, y no su número.

Por último, De Gaulle se erigió en defensor de los métodos sofisticados de transmisión e información, en su opinión absolutamente indispensables en la guerra moderna para lograr la victoria.

En el fondo, el principal mérito del teórico De Gaulle fue probablemente el de no haber sucumbido nunca a la tentación, imperante en los Estados Mayores franceses de su época, de encorsetar criterios inmutables en una doctrina definitiva y de desdeñar las circunstancias (morales, geográficas, demográficas, materiales, climáticas, etc.) que presiden necesariamente la elección de estrategias y tácticas. Por ello nunca dejó de denunciar el inmovilismo defensivo de los años anteriores a la guerra.

Al margen de las decisiones políticas que tomó durante el ejercicio de su poder como presidente de la República (1958-1969) —decisiones cuya valoración depende de la ideología de los ciudadanos—, el general De Gaulle seguirá siendo por una parte un teórico militar excepcional dotado de formidables cualidades de clarividencia y por otra un hombre que primero supo continuar una lucha a priori desesperada junto a aliados difíciles, incluso desfavorables, y después encarnar (el mito de) una Resistencia masiva y un prestigio nacional recuperado.

Bibliografía

DE GAULLE, CH., *Le Fil de Vépée,* Berger-Levrault, París, 1932.
-----, *Vers Varmée de métier*; Berger-Levrault, París, 1934.
-----, *La France et son armée,* Plon, París, 1938.
DE WAILLY, H., *De Gaulle sous le casque. Abbeville 1940*, Perrin, París, 1990. GALLO, M., *De Gaulle,* Robert Laffont, París, 1999.
LACOUTURE, J., *De Gaulle,* Salvat, Barcelona, 1988.

Adolf Hitler (1889-1945)

> En que la paz en sí es muy buena estoy de acuerdo, pero ¿de qué sirve con enemigos sin palabra?
>
> LA FONTAINE, *Los lobos y las ovejas*.

Aunque con frecuencia se le ha considerado —justamente— la encarnación de una auténtica demencia asesina, Adolf Hitler merece figurar en un estudio de estrategia militar pese a que en realidad sus cualidades en este campo destacaran esencialmente en los ámbitos político y diplomático.

Hitler, que fue soldado de infantería en el frente occidental entre 1914 y 1918, demostró durante la Gran Guerra valor y abnegación; en su expediente militar constaba, en efecto, que fue herido y que capturó, él solo, a varios soldados franceses. Por lo demás, y como autor, sólo escribió *Mein Kampf (Mi lucha),* un texto bastante mal construido, redactado entre 1924 y 1925 durante su estancia en una prisión bávara (después del fallido golpe de Estado de Múnich) y en el que plasmó a la vez sus puntos de vista fanáticamente racistas y ultranacionalistas. Solamente unas cuantas alusiones a la guerra otorgan valor al texto, en el que expone todo el plan de exterminio que por desgracia consiguió finalmente poner en práctica.

Hitler, al que unas elecciones democráticas —aunque en un clima de violencia y de intimidación sin precedentes— colocaron al frente de Alemania en enero de 1933, acaparó rápidamente todos los poderes y prerrogativas civiles y militares y, en el exterior, puso en marcha un extenso plan de rearme masivo y de expansionismo desenfrenado.

Al hilo de las renuncias de Francia y de Inglaterra a impedir la remilitarización de Renania (marzo de 1936), a prohibir la anexión de Austria (marzo de 1938) y sobre todo a defender Checoslovaquia

(retirada de Múnich en septiembre de 1938), para Hitler resultaba cada vez más evidente que las democracias sólo se implicarían en un conflicto en último extremo. Por lo tanto, podía seguir manteniendo su política belicosa, aumentar sustancialmente el número de sus divisiones, convertir en países satélites a los pequeños estados de la Europa oriental y balcánica que habían perdido la fe en París y Londres, y por último ganarse la confianza de los numerosísimos ciudadanos sensibles al prestigio recuperado de Alemania y deseosos de borrar, sin violencia, la humillación del tratado de Versalles.

De esta manera, hasta el pacto germano-soviético de agosto de 1939 inclusive, Hitler demostró un agudo sentido de las relaciones exteriores y de la línea diplomática que debía imponer. Su alianza con Japón permitía, por una parte, situar a Estados Unidos fuera del escenario europeo —donde sólo podrían intervenir como enemigos— y, por otra, mejorar su relación de fuerzas con el gigante soviético, potencialmente intranquilo con respecto a sus fronteras. Al final estas esperanzas se tornaron en decepción, sobre todo en lo referente al segundo punto. En cuanto a la

Italia de Mussolini, Estado fascista (y en un primer momento hostil) que Hitler admiraba, pero cuyas capacidades militares sobrestimaba, su posicionamiento en el lado alemán ofrecía al menos una ventaja: la de aislar a París y a Londres en Europa occidental. También en este caso el aliado traicionó muy pronto las expectativas y a la larga demostró ser más un lastre que una ayuda.

Por otro lado, el dictador nazi tuvo la inteligencia política de no «purgar» demasiado a su ejército, como hizo Stalin al decapitar al suyo en 1937-1938. Al contrario, mantuvo en sus puestos, al menos hasta 1942, a generales de gran talento aunque no encarnaran necesariamente el espíritu del aparato nazi, como Von Manstein, Von Rundstedt o Rommel, a los que encomendó operaciones militares de envergadura.

Por último, Hitler fomentó las innovaciones tecnológicas en todas las armas y en todos los escenarios bélicos (submarinos U-Boot, cazas Stuka, cohetes VI y V2, etc.): la eficacia de las nuevas armas y métodos de combate quedó demostrada durante la Guerra Civil española. Por encima de todo, permitió que ciertos generales audaces (lectores asiduos de De Gaulle*, por cierto), como Guderian, pusieran en práctica una forma revolucionaria de guerra ofensiva: la *Blitzkrieg* y la «guerra-relámpago», basada en la concentración de vehículos blindados.

No obstante, Hitler cometió al menos tres errores estratégicos.

El primero, un error de apreciación, fue creer que el Reino Unido acabaría aceptando, voluntariamente o a la fuerza, un cierto reparto del mundo inmediatamente después de la caída de Francia: Alemania se haría con la supremacía del continente europeo y de las colonias de Bélgica, Países Bajos y Francia una vez vencidas, e Inglaterra con la de su imperio, que Berlín se comprometería a no amenazar.

Desde luego no había tenido en cuenta los criterios estratégicos tradicionales de Londres, que se remontaban, al menos, a finales del siglo XVIII y que consistían en mantener el equilibrio entre las potencias continentales. La férrea voluntad de que Churchill hizo alarde al resistir a ultranza, impulsó a Hitler a promover la desmoralización de los británicos aplastando sus ciudades bajo el peso de las bombas de la Luftwaffe. Pero no solamente la *Blitz,*

responsable de miles de muertes, no desanimó ni al poder ni a la población, sino que reforzó si cabe la confianza de los ingleses en su primer ministro. Por añadidura, la lucha en solitario de una Inglaterra sometida a bombardeos contribuyó a sensibilizar al pueblo estadounidense, hasta entonces notoriamente aislacionista.

El segundo error de Hitler compete al ámbito de la estrategia militar. Como jefe supremo de los ejércitos del III Reich, decidió romper el pacto de no agresión concertado con Stalin y lanzar una ofensiva fulminante que tenía por objeto aniquilar al ejército y al régimen soviéticos en pocos meses. Y ciento veintinueve años después de que lo hiciera Napoleón I*, el *Führer* cometió el mismo error de iniciar el ataque demasiado tarde, en este caso a finales del mes de junio de 1941. La invasión, prevista en un principio para abril, tuvo que aplazarse para acudir en auxilio de Mussolini, que se encontraba en dificultades en los Balcanes. Más aún que el hecho de tener que prescindir de algunas divisiones destinadas a neutralizar la península balcánica (Yugoslavia y Grecia), la Wehrmacht lamentó especialmente esas seis semanas perdidas, y en diciembre quedó paralizada por el terrible invierno ruso a las puertas de Moscú, al carecer de los pertrechos adecuados.

El tercer error fue no haber retirado hasta muy tarde su total confianza en Hermann Goering, su camarada desde hacía varios años en el NSDAP (partido nazi), al que nombró jefe de la aviación y que le engañó hasta el final en lo referente a las capacidades y resultados reales de la Luftwaffe. El fracaso primero de la batalla de

Inglaterra* y más tarde el catastrófico de Stalingrado* fueron también en parte fracasos de la aviación. En Stalingrado, fue incapaz, pese a las promesas de Goering, de proporcionar avituallamiento al VI Ejército de Von Paulus, cercado por sus adversarios.

Sin embargo, en el caso de Hitler no es posible limitarse a hacer un juicio sobre sus opciones estratégicas como si de un personaje cualquiera se tratase, porque tomó decisiones nefastas e incluso desastrosas en el plano militar, basándose en argumentos no racionales, sino guiado por un odio racial ciego y demente. Por ejemplo, en vez de aprovecharse —haciendo gala de pragmatismo— del antiestalinismo de los ucranianos y otros grupos de población sometidos a Moscú, dispuestos a recibir a los alemanes como libertadores, e incluso a secundarlos (como ocurrió en los países bálticos), Hitler ordenó a sus hordas paramilitares (fundamentalmente las SS) que impusieran el régimen de terror y de servidumbre que reservaba a los «infrahombres», entre los que incluía a los eslavos. El resultado fue el reclutamiento en masa de centenares de miles de partisanos y el éxito de la «gran guerra patriótica» decretada por Stalin.

Siguiendo la misma lógica delirante, a los convoyes ferroviarios que conducían a los deportados judíos y gitanos hasta los campos de exterminio se les dio absoluta prioridad sobre los que transportaban hacia el frente material y tropas. Esta lógica exterminadora fue aplicada —a costa de sacrificar necesidades militares a veces cruciales— hasta sus últimas consecuencias.

En líneas generales es lícito considerar que el extremismo suicida de Hitler se convirtió definitivamente en 1942 en una constante a la hora de tomar decisiones. Sin embargo, sólo algunos de sus generales —Von Paulus, prisionero en Moscú, y después Rommel y el almirante Canaris en julio de 1944— intentaron poner freno a la locura asesina de uno de los más grandes criminales que la historia ha conocido.

Bibliografía

BRACHER, K. D., *La dictadura alemana*, Alianza Editorial, Madrid, 1974. KERSHAW, I., *Hitler*; Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
SHIRER, W., *Historia del Tercer Reich,* Océano, Barcelona, 1999. TOLAND, J., *Adolf Hitler,* Cosmos, Madrid, 1999.

Moshé Dayán (1915-1981)

> El ejemplo de Israel no desmiente la definición [de la estrategia] de Clausewitz, sino al contrario; cuando lucha por su supervivencia, Israel jamás descuida la dimensión política, como lo demuestra la moderación de la que hace gala en el aprovechamiento de sus victorias en lugar de buscar un aplastamiento total de sus adversarios, lo cual sería inoportuno e incluso peligroso desde el punto de vista político. En 1967 y 1973, los carros israelíes no intentaron entrar en Damasco.
>
> HERVÉ COUTAU-BÉGARIE, *Tratado de estrategia*.

Veinte años después de su muerte, Moshé Dayán, nacido en Degania, el primer *kibbutz* (comunidad agrícola) del hogar nacional judío (*Yishuv*), encarna aún a los ojos de los israelíes uno de los personajes más carismáticos del Estado judío contemporáneo.

Ferviente militante de la causa sionista, se alistó muy joven en la fuerza judía de Palestina, cuerpo auxiliar del ejército británico durante la gran revuelta árabe de 1936-1939 dirigido por el oficial británico Orde Wingate. En 1940 fue interrogado y encarcelado por las tropas de la potencia mandataria a causa de sus actividades sionistas clandestinas; en efecto, Dayán perteneció a la *Haganah*, cuerpo de tropas del movimiento sionista y núcleo del futuro ejército israelí (*Tsahal).* En la cárcel aprendió inglés y árabe. Liberado unos meses después, se alistó en las fuerzas aliadas de la Francia Libre y del Reino Unido y combatió contra las fuerzas de Vichy en el Líbano, donde, tras ser herido, perdió un ojo. Después adquirió renombre como comandante del sector de Jerusalén en la primera guerra árabe-israelí (o Guerra de la Independencia de Israel) de 1947-1949 defendiendo duramente los barrios judíos contra las tropas beduinas de Transjordania, mejor equipadas, superiores en número y comandadas por el excelente oficial británico Glubb Pachá.

En la primavera de 1949 Dayán demostró también dotes de negociador pragmático: como miembro de la delegación israelí en las conversaciones del armisticio de Rodas, estableció lazos cordiales con el rey hachemí Abdallah de Transjordania y logró rápidamente que rompiera sus compromisos con sus antiguos aliados. Dayán, siempre muy cercano al carismático primer ministro israelí (y ministro de Defensa) David Ben Gurión, fue nombrado primero jefe de Estado Mayor del frente sur (frontera con Egipto) y después del frente norte (fronteras del Líbano y de Siria).

Pero el enorme prestigio del que gozó Dayán entre el pueblo israelí lo adquirió como jefe de Estado Mayor del *Tsahal* y especialmente a partir de 1956. En octubre concluyó con éxito la operación «Kadesh», en el transcurso de la cual sus tropas aplastaron al ejército egipcio y conquistaron la mayor parte de la península del Sinaí en menos de dos semanas. Dos años después de la brillante campaña del Sinaí, Dayán abandonó el ejército para continuar sus estudios en el ámbito civil e iniciar una

carrera política. Tras ser elegido diputado en 1959 como integrante de la lista laborista de Ben Gurión, ministro de Agricultura durante algunos años, Dayán ya no abandonó los bancos de la *Knesset* (Parlamento) hasta su muerte.

Las amenazas de guerra, que hicieron considerar la idea, en mayo de 1967, de la formación de una amplia coalición egipcio-jordano-siria, el bloqueo del estrecho de Tirán (mar Rojo) y la expulsión de los Cascos Azules del Sinaí por Gamal Abdel Nasser crearon una psicosis en Israel y el jefe de gobierno tuvo que ceder a la presión del pueblo y del ejército a favor de Dayán, que aceptó la cartera de Defensa el 1 de junio. El vencedor de Suez decidió inmediatamente desencadenar un ataque preventivo masivo; en seis días, el *Tsahal* conquistó íntegramente el Sinaí, Cisjordania (orilla occidental del Jordán), la parte oriental de Jerusalén, la franja de Gaza y la meseta del Golán, y en el transcurso de la operación no sólo sufrió muchísimas menos bajas que los ejércitos árabes, sino que a partir de ese momento se acantonó en fronteras mucho más ventajosas que las anteriores: el Jordán, los altos del Golán y el canal de Suez. El triunfo se saboreó tanto más cuanto que a priori la situación geoestratégica de Israel se revelaba mucho más crítica en la víspera de esta guerra de los Seis Días* de lo que parecía antes de la de 1947. Dayán pasó de ser un personaje popular a convertirse en el héroe nacional del Estado judío.

Con respecto a la población árabe que quedó bajo el control del *Tsahal*, Dayán decidió poner en práctica una «política de puentes abiertos» con el fin de evitar su exasperación y la formación de una guerrilla que operase detrás de sus nuevas líneas; así, el acceso a Jordania permaneció abierto y las banderas israelíes fueron arriadas de las mezquitas santas de Jerusalén.

Seis años más tarde, la guerra del Yom Kippur* fue un reflejo del declive de sus cualidades de estratega. Aunque aún era ministro de Defensa, no consiguió responder eficazmente a la ofensiva sorpresa egipcio-siria, y aunque Israel salió vencedor de este cuarto conflicto, el mito de su invencibilidad y, en este caso, de la infalibilidad de Dayán se derrumbó.

En 1977 formó parte del gobierno del nacionalista Menahem Begin y participó muy activamente en las negociaciones de paz con

el Egipto de Anuar el-Sadat que desembocaron en los acuerdos de paz de Camp David de 1978 y 1979.

Estratégicamente, Moshé Dayán aplicó, enriqueció y actualizó con talento e ingenio dos de los tres grandes principios establecidos desde los años 1940-1950 por Ben Gurión.

El primero consistía en situar el escenario de la guerra fuera de un territorio nacional excesivamente exiguo (21.000 km^2) y confinado en fronteras parceladas y topográficamente desfavorables: un «talle de avispa» costero de 14 kilómetros entre el Mediterráneo y Jordania, el valle del Huía, que se extendía por debajo del Golán, el estrecho y escarpado corredor de Jerusalén, etcétera. Se trataba de evitar a cualquier precio el desastre definitivo que supondría la partición del país en dos o tres sectores, la destrucción de su red agrícola e industrial o la pérdida de enclaves esenciales en el interior del país (Neguev, Galilea...).

El segundo principio estratégico de Israel era el de realizar ataques preventivos. Israel, sometido a un aislamiento geopolítico total entre cuatro Estados fundamentalmente hostiles, sólo entendía su supervivencia en términos de una movilización ultrarrápida de los reservistas (menos de 48 horas), la posesión de una fuerza de choque aérea y terrestre poderosa capaz de provocar el efecto sorpresa — para compensar así la inferioridad numérica realizando ataques decisivos desde el inicio de la contienda— y una movilidad máxima para trasladar las tropas de un frente a otro (1967).

A las puertas de la guerra de los Seis Días, Dayán hizo alarde de su auténtica dimensión como estratega al contravenir las recomendaciones de Ben Gurión, que, retirado de la vida política, permanecía fiel al tercer principio: no realizar ataques preventivos sin contar al menos con el apoyo de una gran potencia. En 1948 Estados Unidos y la Unión Soviética habían apoyado a Israel con el envío de armamento pesado, y en 1956 el ataque combinado sobre Suez tuvo como garante a Francia. Pero en junio de 1967 no existía tal apoyo. Sin embargo, Dayán valoró la situación geoestratégica en la que se encontraba Israel y la antepuso al credo de su antiguo jefe. En virtud de estos grandes principios, era natural que Dayán optase por la *Blitzkrieg*, la guerra-relámpago. Centró todo el peso de la operación en el empleo de los vehículos blindados y, sobre todo, de la aviación y apostó plenamente y con éxito por el binomio aviones/carros de combate en 1956 y especialmente en 1967.

Pero el triunfo «fácil» de los Seis Días lo confinó en el estrecho marco de una confianza excesiva en sus maniobras tradicionales y sus nuevas fronteras. Aun cuando la movilidad y la concentración de fuerzas constituían el principal argumento estratégico del *Tsahal,* Dayán decidió acantonar un escaso número de tropas en unas líneas estáticas, a lo largo del canal de Suez (línea Bar Lev) y en los altos del Golán, esto es, en los puntos más próximos del frente potencial. Las consecuencias de esta decisión fueron un debilitamiento cualitativo de las tropas de primera línea, un exceso general de confianza, un desgaste de los materiales (especialmente en el Sinaí) y, lo que era aún peor, una crisis global de la reflexión estratégica. En octubre de 1973, cuando las tropas árabes —entrenadas esta vez por los soviéticos con una disciplina rigurosa y en posesión de un arsenal de misiles— cruzaron por sorpresa el canal y ascendieron los altos del Golán, los planes de Israel para desencadenar una contraofensiva fulminante lógicamente fracasaron: carros paralizados por miles de Sagger individuales, aviones de combate abatidos por los misiles Sam, batallones escasamente dotados sacrificados en primera línea esperando el refuerzo de los reservistas, etcétera; los graves errores del Estado

Mayor de Dayán se tradujeron en la estupefacción y la impotencia del pueblo israelí en los dos primeros días de combate.

Gracias a su glorioso pasado, Dayán consiguió quedar al margen de las severas conclusiones a las que llegó la comisión de investigación (Agranat) formada en 1974 para analizar y juzgar los errores cometidos en esta guerra, pero no pudo impedir que su aureola de héroe quedase enturbiada. En gran medida, el trauma que para Dayán supuso la guerra del Yom Kippur explicará su disposición a desempeñar el papel de «paloma», sobre todo ante Egipto, cuando hasta ese momento había sido considerado un «halcón» pragmático.

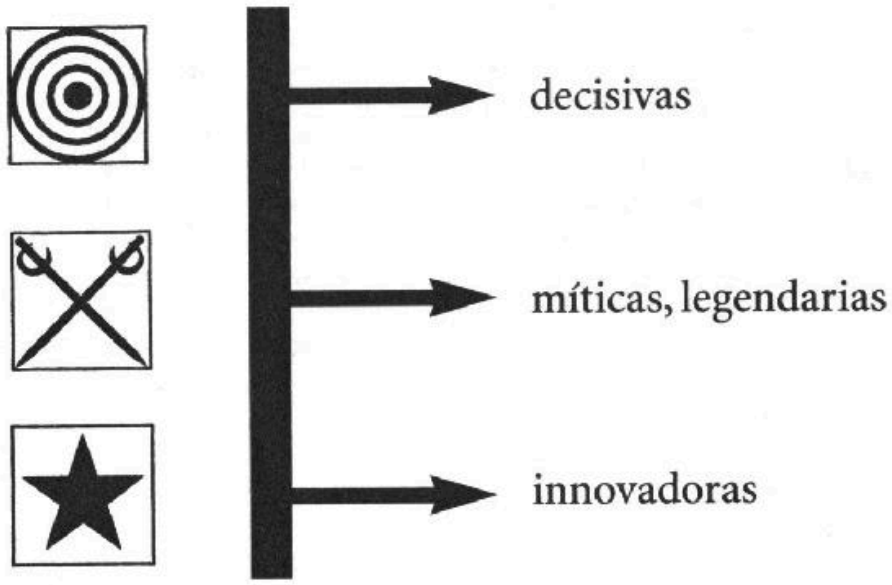
Bibliografía

COUBARD, J., *La Guerre des Six-Jours*, Éditions sociales, París, 1973.

CREVELD, M. VAN, *The soword and the olive: a critical history of the Israeli defense force*. Public Affairs, Nueva York, 1998.

DAYÁN M., *Diary of the Sinai Campaign*, Harper & Row, Nueva York, 1966. HERZOG, C., *The Arab-Israeli Wars*, Vintage Books, Londres, Nueva York, 1982.

LAS BATALLAS



Maratón
(490 a.C.)

> Milcíades, después de haber derrotado a un inmenso ejército persa en Maratón, veía cómo los atenienses perdían el tiempo dando rienda suelta a su alegría; les instó a apresurarse para prestar ayuda a la ciudad, hacia la que se dirigía la flota persa; consiguió tomar la delantera y llenar las fortificaciones de hombres armados. Los persas pensaron que el número de atenienses era sumamente elevado y que sólo habían combatido en Maratón contra uno de sus ejércitos, mientras que otro se les oponía en las murallas; dieron inmediatamente media vuelta con sus barcos y volvieron a Asia.
>
> FRONTINO, *Stratagema*.

Después de sofocar una revuelta de las ciudades griegas de Jonia, en la costa occidental de Asia Menor, el emperador aqueménida Darío decidió castigar a Atenas y a las ciudades vecinas por su apoyo a la rebelión. Se organizó una expedición y un contingente mixto de infantería y de caballería fue transportado por la poderosa flota persa hasta el continente europeo. Según el historiador Herodoto, las tropas estaban integradas por 100.000 infantes y 10.000 jinetes embarcados en 600 navíos. Aunque evidentemente infladas, estas cifras eran reflejo de una superioridad numérica persa sobre los atenienses; estos últimos sólo podían contar como refuerzo con un pequeño contingente de la ciudad de Platea; tan sólo alineaban en total a 11.000 hombres, sumando todos los efectivos.

El desembarco persa tuvo lugar en una ancha bahía que desemboca en la llanura de Maratón, a unos 40 kilómetros de Atenas. Tras localizar el avance marítimo de los persas, el estratega Milcíades dispuso sus tropas en formación de batalla en las modestas alturas que rodeaban la llanura.

Durante varios días, los dos ejércitos se desplegaron y se limitaron a observarse. Después, el general persa Datis, sin duda temiendo la llegada de refuerzos lacedemonios (con excepción de

Esparta, las otras grandes ciudades habían negado su ayuda a Atenas), hizo reembarcar por la noche a una parte de sus tropas, entre ellas su temible caballería. Su objetivo era detener al ejército ateniense en Maratón mientras simultáneamente atacaba la ciudad, debilitada por vía marítima.

La genialidad de Milcíades fue tomar la iniciativa entonces, pues no sólo la diferencia numérica entre sus tropas y las de Datis se había reducido, sino que además éste sólo oponía su infantería a los atenienses. Y aunque era indudable que la combinación infantería/caballería constituía el punto fuerte del ejército aqueménida, su cuerpo de infantería, luchando en solitario, era menos eficaz que su rival ateniense: a los soldados medos y persas de infantería ligera Milcíades oponía su falange de hoplitas, formación de combate apretada, compacta, integrada por infantes fuertemente armados y protegidos, vulnerable a las cargas de la caballería, pero también una peligrosa fuerza de penetración frente a las líneas de infantería.

Sacrificando el centro del ejército, Milcíades reforzó los flancos y, una vez a tiro de los excelentes arqueros persas, ordenó a sus soldados lanzarse a la carga. Protegidos por corazas y escudos, y avanzando a un ritmo constante, los hoplitas atravesaron, sin sufrir demasiadas bajas, la cortina de flechas que descargaban sobre ellos y consiguieron arrollar las alas del enemigo. La línea central griega quedó descompuesta, pero esto no tuvo mayores consecuencias, pues los persas, bajo la amenaza de verse rodeados y, al haber cambiado su posición, temiendo no poder reunirse con su flota, se desbandaron abandonando sobre el terreno a miles de hombres.

Los lacedemonios, que finalmente decidieron prestar toda su ayuda a los atenienses, se presentaron en el campo de batalla cuando el enfrentamiento había concluido.

La última iniciativa estratégica de Milcíades fue impedir a los persas que estaban embarcados que atacasen la ciudad de Atenas. Así que impuso a sus soldados, agotados físicamente por el combate —aunque sólo habían perdido a 192 hombres—, una marcha forzada de varias decenas de kilómetros en dirección a Atenas, desprovista de tropas, con el fin de adelantarse a los persas y de librar a la ciudad de un asalto que sin duda habría tenido fatales consecuencias. Este enorme esfuerzo adquirió una dimensión legendaria, y hasta creó el mito del soldado que había recorrido 40 kilómetros sin detenerse para anunciar la victoria en Maratón y que después de conseguirlo se había desplomado y había caído muerto de agotamiento.

Sea como fuere, la estrategia dio resultado y los persas, sopesando la gran fortaleza del enemigo que acechaba tras las murallas, decidieron abandonar la partida y enfilar el camino de regreso.

Maratón, primera de una larga serie de batallas libradas en el curso de las Guerras Médicas, y sus vencedores, convertidos en héroes de leyenda, participaron plenamente en la construcción de la ciudadanía y de la identidad de Atenas.

Bibliografía

GARLAN, Y., *La Guerre dans Vantiquité*. Nathan, París, 1972.
HARMAND, J., *La guerra antigua*, de Sumer a Roma, Edaf, Madrid, 1976.
VERNANT, J.-P., (dir.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), Paris, 1999.

Gaugamela
(octubre del 331 a.C.)

> Alejandro, con la infantería ligera y la caballería de los Compañeros, procedió a un reconocimiento exhaustivo de todo el terreno donde tendría que operar, y que recorrió en todas direcciones. A su regreso, convocó nuevamente a los mismos jefes y les dijo que por su parte no era necesario enardecerlos para el combate: en efecto, estaban enardecidos desde hacía tiempo por su propio valor y sus numerosas y brillantes proezas. Pero estimaba que correspondía a cada uno de ellos enardecer a sus hombres [...], pues lo que se jugaban en esta batalla no era, como en ocasiones anteriores, ni Celesiria, ni Fenicia ni Egipto, sino Asia entera, cuyos dueños iban a ser designados en aquel momento.
>
> FLAVIO ARRIANO, *Historia de Alejandro. La Anábasis de Alejandro Magno*.

Dos años después de sus victorias en Gránico y en Issos contra las tropas del Imperio aqueménida gobernado por el soberano persa Darío III Codomano, Alejandro Magno* continuaba su avance en Oriente al frente de su ejército macedonio, invicto en tierras asiáticas. Tras disponer que varios destacamentos controlasen las costas del Mediterráneo oriental, a partir de ese momento se centró en la idea de obtener una victoria definitiva contra el «rey de reyes», que provocara el hundimiento de su vasto imperio.

Alejandro cruzó el Éufrates y luego Mesopotamia, llegó hasta el Tigris y, finalmente, encontró al grueso del ejército enemigo en las inmediaciones de la ciudad de Arbelas. Darío, después de aprender la lección de su anterior derrota en Issos, donde un terreno accidentado que desembocaba en un estrecho desfiladero había impedido que sus sobrecargadas tropas y sus carros se desplegasen, dispuso a todo su ejército sobre una extensa llanura que había acondicionado astutamente: no sólo las asperezas del terreno habían sido allanadas para ofrecer una superficie inmejorable a sus 200 carros de combate, sino que además había sembrado el suelo con varas de hierro, estratagemas con las que pensaba reducir el peligro ofensivo de las falanges macedonias.

Darío tenía pues a su favor, cuando su enemigo bloqueó la llanura, la elección del terreno; además contaba con una aplastante superioridad numérica —Arriano exagera (al igual que Quinto Curcio y Tito Livio) al elevar la cifra a un millón de infantes y 40.000 jinetes, pero en realidad había que hablar de un ejército muy numeroso—; eran tropas muy diversificadas en las que se integraban, además de persas, contingentes de numerosos pueblos, especialmente escitas y partos (jinetes-arqueros), armenios y árabes (infantes) e incluso indios dotados de una quincena de elefantes de combate.

Alejandro, por su parte, sólo disponía de 7.000 jinetes y 40.000 infantes, principalmente macedonios. Tras haber estudiado debidamente el terreno, decidió, en contra de su costumbre, no atacar de forma inmediata, de modo que dejó

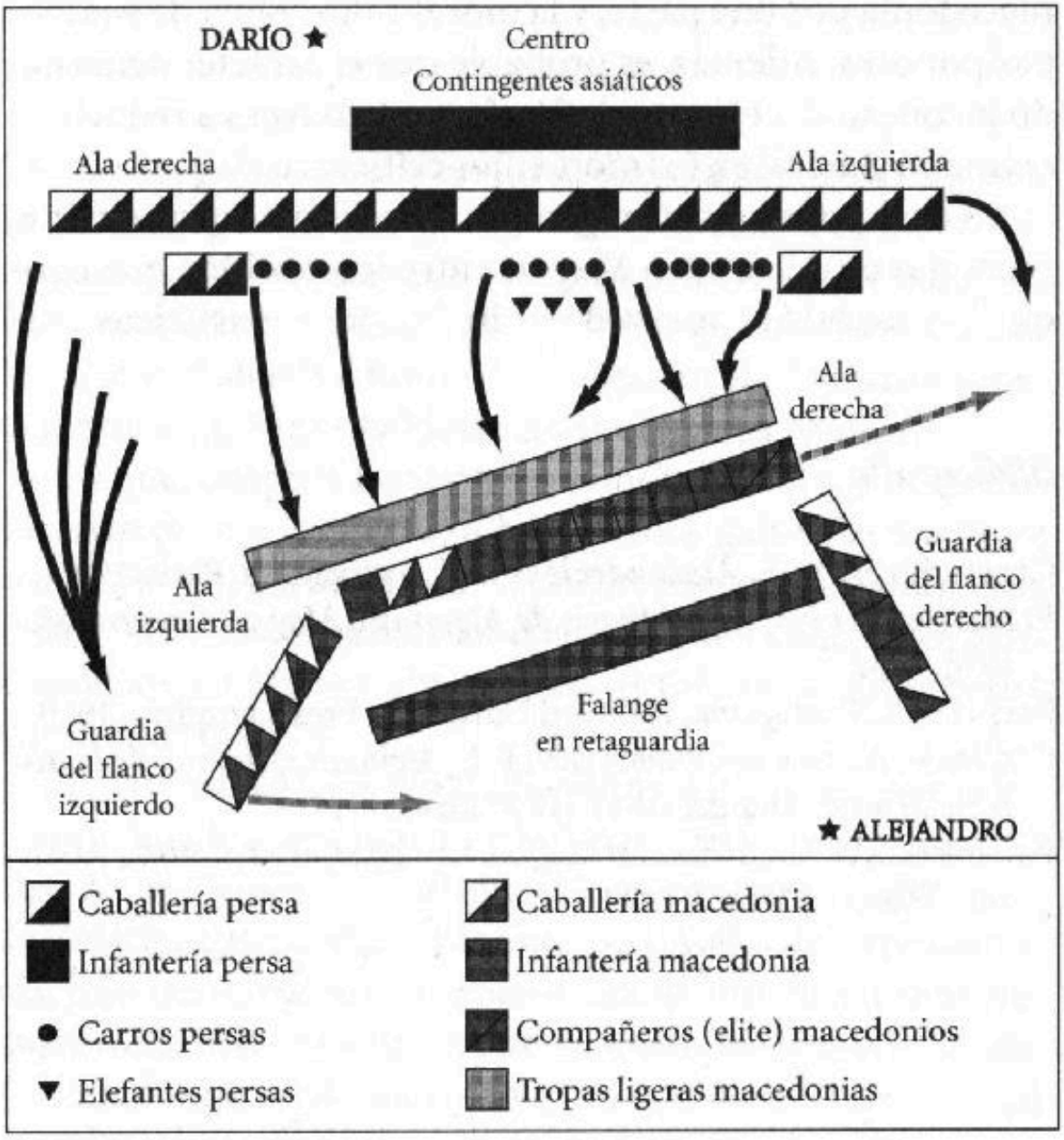
descansar a sus hombres y formó consejo con sus generales acerca de la elección de la táctica que habría que adoptar. Al final rechazó la idea de jugar con el efecto sorpresa de un ataque nocturno y se dispuso a utilizar plenamente la principal baza de su ejército: el dispositivo táctico macedonio. Fue su padre Filipo de Macedonia quien ideó una nueva táctica ofensiva consistente en lanzar a la carga, y no de frente sino en línea oblicua, a una compacta formación integrada por 256 miembros de la infantería pesada dispuestos en 16 filas, y con los soldados de las primeras filas armados con su sarisa (lanza) de 4 a 7 metros de longitud y los de las filas siguientes con las suyas apoyadas sobre el hombro de los compañeros que tenían inmediatamente delante. En aquella época, la fuerza de penetración de una masa semejante, erizada (lanzas) y protegida (escudos contra las flechas) a la vez, no había encontrado aún respuesta entre los adversarios de los macedonios, y por otra parte había permitido a Filipo apuntarse una brillante victoria frente a los griegos en Queronea, en el 338. El historiador y estratega Frontino, en su *Stratagema,* recuerda de forma breve la querencia que por esta disposición tenía el hijo de Filipo: «Alejandro, en Arbelas (Gaugamela), temía a la multitud de sus enemigos, pero confiaba en el valor de sus tropas: desplegó su línea de batalla de manera que ésta hiciera frente en todas las direcciones; así, sus hombres, en caso de verse rodeados, podían combatir desde cualquier lado».

Tomando la iniciativa en el combate, Alejandro ordenó en un primer momento una carga de caballería sobre el flanco izquierdo de Darío, que esperaba la carga habitual de infantes. Ésta se desencadenó efectivamente poco después, en oblicuo, siempre sobre su flanco izquierdo, ya maltrecho en ese momento. El «rey de reyes» lanzó entonces sus potentes carros, en cuyos ejes había dispuesto cuchillas aceradas para abatir a los infantes enemigos. Pero justo antes de que los carros alcanzasen las primeras líneas de Alejandro, que por cierto hicieron gala de sangre fría ante esta amenaza, sus tripulantes fueron acribillados por flechas y jabalinas, y fueron muy pocos los que consiguieron combatir antes de sucumbir o de ser capturados; de esta manera, la principal fuerza de choque de los persas quedó neutralizada con bastante rapidez.

Parece que en este instante de la batalla, justo en el momento en que las tropas persas (y sobre todo los peligrosos jinetes escitas) amenazaban el ala izquierda de los macedonios, Darío III perdió las esperanzas y decidió huir sin intentar siquiera poner en juego todas sus reservas (si es que las tenía) ni volver a desplegar sus efectivos. La huida precipitada del «rey de reyes» incitó a muchos de sus soldados a imitarlo. Alejandro se lanzó en persecución de su sempiterno adversario cuando le advirtieron de que su ala izquierda, comandada por su mejor general, Parmenión, estaba a punto de sucumbir; los soldados persas que ocupaban ese lado del campo de batalla no eran todavía conscientes de la huida del rey ni del daño que se estaba infligiendo al grueso de su ejército. El jefe macedonio abandonó pues la persecución y se abalanzó con el conjunto de sus tropas en auxilio de sus soldados en apuros. Ante la llegada de estos refuerzos, los persas también optaron por evacuar la llanura. Alejandro, infatigable, reanudó la persecución de los fugitivos y se adueñó de los pertrechos y de los camellos abandonados. Darío III no fue alcanzado, pero, tras refugiarse en Bactriana, murió asesinado poco tiempo después.

El balance del enfrentamiento fue sorprendente con respecto a las fuerzas que inicialmente tomaron parte en él: los macedonios perdieron varios centenares de hombres, mientras que los persas y sus aliados dejaron en el campo de batalla varias decenas de miles de muertos, de heridos y de prisioneros. Indiscutiblemente, el triunfo de Alejandro se debió a dos elementos clave: la famosa disposición táctica macedonia por una parte, y la moral y disciplina de sus tropas por otra. Además, es

probable que el carácter demasiado inconexo del ejército de Darío contribuyera a reducir su cohesión general en los momentos críticos.



Maniobra de Alejandro Magno en Gaugamela

En cualquier caso, Gaugamela contribuyó a aumentar el prestigio de Alejandro Magno entre los pueblos que conquistó y le

abrió la puerta de las inmensidades asiáticas.

Bibliografía

CITATI, P. y SISTI, E., *Alexandre le Grand*, L'arpenteur, París, 1990.

FLAVIO ARRIANO, *La Anábasis de Alejandro Magno,* Gredos, Madrid, 1982. FRONTINO, *Stratagema,* Harvard University Press, Londres, 1969.
GUZMÁN, A.; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Alejandro Magno: de la historia al mito*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.
HAMMOND, N. G., *Alejandro Magno. Rey, general y estadista*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.

Alesia
(agosto-septiembre del 52 a.C.)

Esta raza [los galos] habría sido invencible si hubiese estado unida.

JULIO CÉSAR, *La Guerra de las Galias*.

La derrota gala de Alesia no fue la derrota de todos los galos, porque, después de las primeras revueltas contra los romanos del 58 a.C., un cierto número de tribus —como los eduos y los burgundios—, de entre las decenas que ocupaban la Galia, se había aliado a Roma. Las restantes no lograron constituir un mando ni establecer unos objetivos comunes.

Así que, después de someter unos tras otros, por medio de alianzas o a la fuerza, a los pueblos galos del nordeste (Galia Belga), del oeste y del sudoeste (Galia Aquitana), Julio César* quería consumar su conquista del centro del país, donde los arvernos y algunas tribus vecinas seguían resistiendo a Roma.

En febrero del 52, y sin duda por primera vez desde la intervención de los romanos en la Galia (en respuesta al llamamiento de algunas tribus), surgió un jefe entre los galos con auténtica capacidad aglutinante. Se trataba de Vercingetórix, hijo del jefe arverno rebelde Celtill, que había sido ejecutado algún tiempo antes por unos aliados galos de Roma. Aclamado como jefe supremo en Bibracto por el resto de los mandatarios galos que aún se mantenían en lucha contra Roma, consiguió reunir bajo sus órdenes un ejército considerable y muy heterogéneo. Vercingetórix, que probablemente era un buen táctico y un soldado tremendamente valeroso, obtuvo varios éxitos, como en Gergovia, aunque su caballería fue aplastada en agosto por las legiones de César. Confortado con ese éxito, que privaba al adversario de su instrumento de combate favorito, el general romano decidió perseguir sin cuartel al jefe galo. Éste, tras ser localizado y acosado por varias legiones romanas, se atrincheró en el monte Auxois,

donde se apoderó de Alesia, el *oppidum* (fortaleza) de los mandubios.

El lugar estaba bien elegido: Alesia, que domina la llanura a 418 metros de altura y protegida de forma natural por zonas escarpadas y abruptas y por dos ríos, sólo tenía un problema: que debía sufrir el asedio de un ejército como el romano, perfectamente preparado en este tipo de confrontación. Para hacer sucumbir por hambre a los defensores, César desplegó unos medios gigantescos. En menos de diez semanas los legionarios construyeron una doble línea fortificada: la primera (contravalación), destinada a cerrar la salida de los galos, medía 20 kilómetros, y la segunda (circunvalación), que tenía por objeto impedir cualquier intento de socorrer a los asediados, medía 25 kilómetros de circunferencia.

Además de la rapidez con que se efectuaron estos trabajos, conviene subrayar su originalidad y su ingenio. Delante de los asediados y allí donde podían aparecer tropas galas de socorro, fueron cavadas múltiples fosas que quedaron disimuladas después con ramajes y provistas cada una de estacas aceradas fijadas al suelo, en las

que hombres y caballos quedarían empalados. Paralelamente, terraplenes y empalizadas debían dificultar el avance de los supervivientes. Este dispositivo, desconocido por los galos, contribuyó en gran medida a su derrota. Entre las dos líneas, el ejército romano se hallaba concentrado en menos de 200 metros.

Entre los asediados pronto se empezó a dejar sentir la hambruna; con el fin de ahorrar recursos, Vercingetórix expulsó del *oppidum* a las «bocas inútiles». Como César se negó a dejar pasar a los civiles mandubios, miles de ancianos, mujeres y niños murieron de hambre entre la fortaleza gala y las líneas romanas.

Finalmente llegó el ejército de socorro comandado por los jefes galos Commio, Viridomaro, Eporedórixy Vercassivelauno. La primera intentona de romper el cerco se saldó sin éxito. La drástica disciplina de los infantes romanos, el dispositivo de trampas y la intervención de la caballería germana incorporada al ejército de César terminaron con el asalto vehemente aunque desordenado de los galos. Le sucedieron otras dos nuevas ofensivas, simultáneas esta vez, pero también en vano. César, pese a ser atacado por dos frentes, no sólo hizo replegarse a Vercingetórix en sus trincheras, sino que incluso venció y persiguió a las tropas de socorro, que, tras el último intento, se dispersaron y abandonaron la partida.

Vercingetórix, vencido, se rindió en el campo de César y arrojó a los pies del vencedor, en señal de capitulación, armas y emblemas. Fue conducido triunfalmente a Roma, encarcelado y ejecutado varios años más tarde.

Después de un último enfrentamiento de envergadura en Uxellodunum (cerca de Cahors), alentado y perdido por los galos, el conjunto del país quedó definitivamente sometido ala *pax romana*.

El relato de lo sucedido en Alesia, al igual que el referido a toda la conquista de las Galias por César, ha sido muy cuestionado, al menos por lo que respecta a ciertos detalles. El general romano, en su *Guerra de las Galias*, asumió más el papel de un hábil político que el de un cronista honrado. Y así, por lo que se refiere a Alesia, las cifras que ofreció están sumamente infladas: sin duda, los galos de Vercingetórix no eran 80.000 —número de combatientes muy

considerable para la época— frente a unos sitiadores que no serían *sino* 50.000. El espacio reducido del *oppidum*, por una parte, y la desproporción sitiadores/sitiados, por otra, restan bastante credibilidad a estas estimaciones. Pero donde César dio una prueba manifiesta de mala fe fue al cifrar en 250.000 el número de combatientes (originarios de cuarenta y cuatro tribus) que formaban el ejército de socorro. Esta cifra poco realista —como tantas otras— encubre una propaganda bien manejada y destinada al Senado romano. Poner de relieve y exagerar las dificultades de la conquista en función del número, el heroísmo y la determinación de los adversarios le permitía glorificar su propio valor militar y por consiguiente conciliarse con oficiales, amigos políticos y acreedores. César los iba a necesitar cuando decidiese hacerse con el poder en Roma.

Lo que sí se da por sentado es que, después de Alesia —que en cualquier caso y sin lugar a dudas fue un combate encarnizado y determinante—, la Galia romana quedó completamente sometida e incluso prosperó hasta convertirse en una de las provincias más ricas del Imperio. La prueba es que cuando Roma se tambaleó con las acometidas de los bárbaros procedentes del este (siglo V d.C.), los galorromanos se contaron entre los últimos y más fieros defensores del orden romano.

Bibliografía

BORDONOVE, G., *Vercingétorix,* Pygmalion, Paris, 1978.

GUIGNARD-VANUXEM, C., *Vercingétorix, le défi des druides,* Cheminements éditions, Coudray-Maconard, 1997.
JULIO CÉSAR, *Guerra de las Galias,* Gredos, Madrid, 2001.

Masada
(primavera del 73 o 74 d.C.)

> ¿Quién puede odiar hasta ese punto a su patria o incluso ser tan cobarde y estar tan atado a la vida para no arrepentirse incluso del simple hecho de haber vivido hasta este día? ¡Ah, si todos hubiéramos muerto antes de ver la Ciudad Santa [Jerusalén] destruida totalmente a manos de los enemigos, y el santuario sagrado arrancado de sus cimientos con tanta impiedad! [...] orgullosos de nuestro valor, nos hemos rebelado contra los romanos y ahora, al final, cuando nos exhortaban a salvar nuestras vidas, nos hemos negado: en estas condiciones, ¿quién podrá dudar de su cólera si nos cogen vivos? ¡Ay de los jóvenes cuya fortaleza física les obligará a resistir los suplicios mucho tiempo, ay de los menos jóvenes cuya edad les impedirá soportar estas calamidades! ¿Acaso alguien será capaz de ver a su mujer arrastrada a la fuerza, oír la voz de su hijo gritando «¡Padre!», mientras él permanece con las manos encadenadas? [...] Apresurémonos pues a ofrecerles, en lugar de la alegría que esperan obtener de nuestra captura, el estupor al contemplar nuestra muerte y la admiración ante nuestra osadía.
>
> Eleazar ben Yair, jefe de los rebeldes judíos de Masada (FLAVIO JOSEFO, *La guerra de los judíos).*

La resistencia y caída de Masada constituye uno de esos episodios históricos trágicos que contribuyeron a forjar una identidad nacional siglos después de producirse. Por ello, casi dos milenios después del acontecimiento, el movimiento nacional judío (el sionismo) y el Estado de Israel contemporáneo que nació de él, han incorporado totalmente Masada al sustrato colectivo, otorgándole el prestigio de las más relevantes acciones armadas; a este lugar, impresionante y lógicamente restaurado, acuden en grupo los escolares israelíes para impregnarse del heroísmo de sus antepasados, los jóvenes reclutas para prestar solemne juramento de fidelidad al Estado y los turistas para realizar la obligada visita, vivamente recomendada por los guías.

Al margen de mitos y de pasiones, Flavio Josefo dedicó muchas páginas de su *Guerra de los judíos* a Masada. Este autor, hombre de gran cultura, era general; tras ser capturado por los romanos en

la gran rebelión judía del 66, renunció a su causa y denunció ante Roma los excesos de ciertos movimientos rebeldes, como el de los sicarios (celotas), cuya actitud extremista, según él, era responsable de la desastrosa revuelta y del posterior cataclismo que se abatió sobre Judea y, más concretamente, sobre su capital política y espiritual: Jerusalén. A Josefo, que se convirtió en el historiador de esta guerra judía contra Roma, le debemos la descripción pormenorizada de esta excepcional fortaleza natural.

Según las versiones, Masada fue fortificada inicialmente por Jonatán Macabeo, fundador de la dinastía de los Asmoneos, en sus tiempos de lucha contra Antíoco IV Epífanes (por tanto hacia el 160 a.C.) o por Alejandro Janeo, último conquistador judío (en este caso, entre el 100 y el 70 a.C.). Lo que sí es cierto es que el «rey

constructor» Herodes, a lo largo de sus sucesivas luchas, huidas y ocupación del poder, reforzó y embelleció considerablemente el lugar. Del 41 a.C. al 4 d.C. incluso lo utilizó como palacio de invierno.

Masada, una gigantesca protuberancia rocosa situada entre el desierto árido de Judea y el mar Muerto (que entonces la bordeaba), forma una meseta más o menos ovalada que domina los alrededores desde sus 400 metros de altura, con flancos muy escarpados por el norte, el sur y el este. En este último punto cardinal existe un único camino, llamado «de la serpiente» por su sinuosidad y peligro. En el lado oeste la inclinación de una parte de la pendiente es menos abrupta.

Los reyes citados anteriormente edificaron una muralla de piedra circular sobre la cima de la meseta de seis metros de altura y aproximadamente cuatro de anchura. Por añadidura, una torre edificada sobre el camino de la serpiente y 37 más —de 25 metros de altura— rodeando toda la muralla tenían por objeto proteger la guarnición allí destinada de un potencial asaltante.

En cuanto a las reservas de armamento y de subsistencias que Herodes destinó a la guarnición, eran cuantiosas: provisiones de armas y hasta de metal en bruto para fabricarlas, profundas y frescas cisternas subterráneas para recoger las escasas aunque torrenciales lluvias de invierno, espaciosos almacenes rebosantes de vino, aceite, trigo, dátiles, legumbres...; en suma, había tal cantidad de productos que, bien conservados, podrían haberse consumido cien años después de haber sido almacenados.

Cuando estalló la revuelta judía contra el ocupante romano, Masada parecía pues inexpugnable. Menahem de Gamala, hijo del primer jefe conjurado, se apoderó por sorpresa de la ciudadela, aniquiló la modesta guarnición romana que la custodiaba y se abasteció de lo hallado en los depósitos para continuar la rebelión. Finalmente fue capturado, pero uno de sus parientes, el jefe sicario Eleazar ben Yair (Jair), se refugió allí, en el año 70, con cerca de un millar de combatientes y sus familias. Aquel mismo año, las legiones del emperador Tito habían conquistado y después saqueado Jerusalén. A los últimos bastiones de resistencia, las fortalezas de Herodeón y Maqueronte, les había llegado la hora: en

el año 73 (o 74) los sicarios, fuertemente protegidos en Masada, se erigieron en los únicos combatientes de una revuelta que ya se sabía que había sido aplastada de forma sangrienta.

En opinión del nuevo gobernador romano de Judea, Flavio Silva, reducir a los defensores de Masada exigía un excepcional despliegue de medios. Su X Legión iba a necesitar algo más que un simple asedio clásico para rendir a semejante ciudadela.

En un primer momento, Silva apeló a la fibra fraternal y religiosa de los sicarios: quienes transportaban el agua para los legionarios (desde Ein Guedi, a 17 kilómetros al norte) y los materiales necesarios para el levantamiento de los muros de circunvalación alrededor de Masada eran esclavos judíos. De esta manera, completamente seguro como estaba de que los combatientes nunca atacarían a otros judíos, conseguía preservar a la vez la moral y el número de sus legionarios.

Después, el gobernador romano, eficazmente secundado por un cuerpo de ingeniería militar, ordenó montar rápidamente catapultas, ballestas, arietes y escorpiones, así como una helépolis, máquina de asedio con tres pisos y escaleras de hierro. Con el fin de situarse al mismo nivel que los defensores, Silva ordenó elevar la altura de la ancha cornisa de la vertiente occidental; así pues, los esclavos judíos levantaron esta parte de la pendiente, la *leuké* (la «blanca», en referencia a su color de piedra), y pronto un terraplén coronado por una plataforma permitió a los romanos plantar su torre a la altura de la muralla. En ese momento del sitio, los defensores de Masada ya no tenían ninguna esperanza. Es cierto que sus reservas eran inmensas y sus capacidades defensivas se mantenían intactas, pero, frente a un

enemigo con ingenio decidido a lanzar una ofensiva sin caer en la trampa de un largo e infructuoso asedio, éstas resultaban inútiles a medio plazo y sólo servían para retrasar el fatal desenlace. Por eso, después de algunos audaces pero vanos ataques contra centinelas aislados, Eleazar ben Yair y sus hombres decidieron hacer un último intento: montaron y elevaron a toda prisa, frente a las máquinas romanas situadas en la plataforma, un tabique ligero lleno de arena y tierra y sostenido con vigas de madera. Con cada golpe de ariete en el muro, éste se asentaba y, por tanto, se reforzaba. Pero los sitiadores respondieron a esta estratagema estrellando flechas ardientes contra el muro; en un primer momento el viento volvía las llamas contra los romanos, pero pronto éstas devoraron la endeble construcción.

Habiendo perdido definitivamente toda esperanza, los judíos se resignaron a recibir el asalto final al día siguiente. Entonces Eleazar inició una arenga exhortándolos al suicidio colectivo antes que someterse a la humillación y la esclavitud. Y aunque el suicidio está formalmente prohibido en el judaismo, todos se mostraron conformes; así, 960 hombres, mujeres y niños pusieron fin a sus vidas, y sólo dos mujeres, que llevaban consigo cinco niños, optaron por escapar de la masacre. Así relata Flavio Josefo el trágico fin de los defensores de Masada y el despecho de los asaltantes:

«Al tiempo que cubrían a sus mujeres de caricias y de besos, que estrechaban a sus hijos entre sus brazos, prolongando estos últimos gestos envueltos en lágrimas, al mismo tiempo, como si se sirviesen de manos ajenas, cumplían con su designio, recurriendo, como consuelo, en esta necesidad de matar, al pensamiento de todas las calamidades que habrían tenido que soportar de parte del enemigo.

»Y, finalmente, todos se mostraron a la altura de una tarea que requería semejante arrojo y recorrieron hasta el final la hilera de sus seres queridos:
¡desgraciados, reducidos a tal necesidad que tener que matar a sus mujeres e hijos les parecía un mal menor! [...]

»Al amanecer, los romanos, que aún esperaban un combate, se mantenían armados y, como habían tendido puentes de

acercamiento mediante pasarelas que partían de la excavación del terreno, se adelantaron para el ataque. Pero no veían a ningún enemigo, y por todas partes se percibía una aterradora soledad, llamas en el interior, silencio. No sabiendo cómo interpretar lo que había ocurrido, finalmente, como para desencadenar el ataque, lanzaron el grito de guerra, para ver si aparecía alguno de los ocupantes. El grito fue escuchado por las dos infelices mujeres, que emergieron del acueducto y contaron a los romanos lo que había sucedido, y una de ellas hizo un relato pormenorizado del discurso y del desarrollo de las operaciones. Pero por más que la escuchaban, no conseguían creer en semejante muestra de valor. Comenzaron a sofocar el incendio, y abriéndose paso rápidamente a través de las llamas, penetraron en el palacio. Una vez dentro, al encontrarse ante tal cantidad de muertos, no manifestaron ninguna alegría, como habría sido natural tratándose de enemigos, sino que sólo sintieron una profunda admiración por la nobleza de la decisión tomada y el desprecio a la muerte demostrado por tantos hombres que la ejecutaron sin vacilar».

La enseñanza militar del sitio de Masada es doble: primero, se confirmaron la tenacidad, el cinismo y el ingenio de los militares romanos —cuyo carácter temible era conocido por todos los pueblos al menos desde tiempos de Julio César*—; después, y en lógica relación con esta superioridad romana, la caída de la excepcional fortaleza reafirmó la tesis de que ninguna plaza fuerte podía jamás aspirar a ser invencible. Pese a ser muy diferentes, fortalezas consideradas inexpugnables, como Château-Gaillard o Alamut, cayeron, más tarde o más temprano, gracias a la astucia, a la fuerza o a la impericia de sus propios defensores.

En suma, de Masada recordamos su dimensión mítica y psicológica; la suerte que corrió la fortaleza, asunto polémico por el talante de sus defensores y sobre todo por el acto de sacrificio al que se entregaron, continúa siendo en Israel, especialmente después de la victoria de los Seis Días*, en 1967, un tema popular y sumamente valorado.

Bibliografía

FLAVIO JOSEFO, *La guerra de los judíos*, Gredos, Madrid, 2001.
HADAS-LEBEL, M., *Jérusalem contre Rome*, Les Éditions du Cerf, Paris, 1990.
-----, *Massada, histoire et symbole*. Albin Michel, Paris, 1995.

Los Campos Cataláunicos (20 de junio del 451)

> Los visigodos, separándose entonces de los alanos, arremeten contra las bandas de hunos; habrían asesinado al propio Atila si éste no hubiera huido prudentemente y no se hubiera encerrado con los suyos en el recinto de su campo protegido por barricadas de carros. Fue a esta frágil muralla a la que recurrieron para salvarse unos hombres ante los que, poco tiempo atrás, ninguna fortaleza podía resistirse.
>
> JORDANES, *Origen y gestas de los godos*.

A veces se tiende a establecer un paralelismo entre la batalla de los Campos Cataláunicos, también llamada de Châlons, y la que opuso casi tres siglos más tarde, cerca de Poitiers, a Carlos Martel y a los «invasores sarracenos». En cualquier caso, de los dos enfrentamientos, sin duda el primero resultó ser más determinante.

En primer lugar, los Campos Cataláunicos, vasta llanura de la Champaña situada entre Troyes y Châlons (tal vez en Méry), marcaron el punto más álgido de la avanzada de los hunos en Occidente. Este pueblo nómada de Asia central y oriental había recorrido miles de kilómetros en su labor de conquista, había encontrado una debilísima oposición y había acabado sometiendo a los pueblos a la dictadura del terror. Esta refriega supuso verdaderamente el primer freno a su expansión. En segundo lugar, Aecio, el general que se oponía al rey de los hunos Atila, apodado «el azote de Dios», obtuvo frente a éste la última victoria de un Imperio romano que agonizaba precisamente bajo las acometidas de los pueblos bárbaros.

A principios del año 451, Atila cruzó el Rin y, continuando una invasión que le llevaba cada vez más hacia el oeste y el sur, se apoderó de Estrasburgo, Colmar, Laon, Saint-Quentin, Reims, Arras y Metz, dejando en cambio de lado París, protegida por los dos brazos del Sena.

Aecio, brillante jefe de un ejército romano de Occidente en franca descomposición, fue enviado con urgencia a la zona por el emperador Valentiniano III y logró reagrupar sus tropas mientras Atila asediaba Orleans. Según las cifras — probablemente exageradas— del cronista Jordanes, autor de *Origen y gestas de los godos,* el romano estaba al frente de 150.000 hombres, mientras que el huno comandaba 450.000; esta última cifra podía ser reflejo de la percepción de una gran masa humana provocada por la presencia no lejos del campo de batalla de las familias de los soldados, que tradicionalmente les acompañaban en todas las conquistas.

Ambos contingentes intentaron hacerse con mercenarios y aliados: Atila podía contar con un potente cuerpo de caballería germano, así como con ostrogodos, burgundios y gépidos, mientras que Aecio —cuyo ejército estaba ya integrado por una enorme proporción de bárbaros romanizados (caso de los alanos) — logró sellar una alianza con el rey de los visigodos, Teodorico I. Otro denominador común: los dos ejércitos presentes ofrecían una composición táctica relativamente similar, que tenía como pieza principal una imponente caballería. Sobre este particular, sólo la de Atila

poseía la rara habilidad —compartida con algunos otros pueblos nómadas eurasiáticos, como los escitas y los partos (y más tarde con los mongoles)— de provocar el efecto sorpresa, de disponer de una movilidad extrema y de entablar un combate de hostigamiento gracias a sus jinetes-arqueros. Por lo demás, fue este tipo de combate, sostenido en esta ocasión por los partos, el que hizo sucumbir en Carres, cinco siglos antes, a las legiones romanas, entonces integradas esencialmente por infantes.

Frente a esta temible masa de jinetes-arqueros hunos, Aecio disponía de una baza que le iba a resultar útil: como había sido rehén de los hunos y, durante ese período, había entablado amistad con Atila, conocía perfectamente las fuerzas y las debilidades de su adversario. Por eso sabía que la caballería enemiga no se distinguía por su gran capacidad para soportar combates en distancias cortas ni ataques frontales. Por otra parte, conocía la tradicional táctica del «azote de Dios»: lanzar una fulgurante carga de caballería contra el centro enemigo y después huir rápidamente del campo de batalla para cercarlo mejor por otro lugar y desde allí volver a lanzar nuevas cargas, violentas pero certeras, hasta conseguir rendir al adversario por agotamiento o dispersar a sus tropas.

Fue, pues, el general romano quien tomó la iniciativa, atacando de entrada los flancos de Atila. El ejército de los hunos, desconcertado por no estar acostumbrado a sufrir una presión constante del rival, no consiguió desplegar ni su valor ni su táctica habituales. Por añadidura, cuando los visigodos tuvieron noticia de la muerte de su rey Teodorico (su hijo Turismundo resultó herido), redoblaron su combatividad con espíritu vengativo y se concentraron en Atila. En aquel momento, cuando el combate atravesaba una fase de confusión y probablemente no estaba aún decidido ni mucho menos, la retirada de su jefe terminó con la desbandada de los hunos. Se replegaron a su campamento, formado por carros dispuestos en círculo, una modesta ciudadela detrás de la cual continuaron el combate acribillando con flechas a los romanos y a algunos de sus aliados que los asediaban. Consciente de que no tenía ninguna posibilidad de capturar a Atila vivo —éste se inmolaría con fuego antes que caer cautivo—, Aecio ofreció prudentemente una salida a su antiguo amigo: y así, de

hecho, los hunos supervivientes se retiraron tres días más tarde con familias, armas y bagajes hacia el valle del Rin.

Atila aún continuó sembrando el terror en el norte de Italia antes de encontrar la muerte en el 453. Su imperio no le sobrevivió y los hunos desaparecieron rápidamente como fuerza constituida y cohesionada. Por lo que respecta a Aecio, gracias al cual numerosos pueblos bárbaros emigrados a Occidente —romanizados o no— evitaron ser sometidos por las huestes hunas, fue asesinado por Valentiniano, celoso de su éxito, antes de ser vengado con la muerte de este emperador romano, uno de los últimos de Occidente.

La batalla de los Campos Cataláunicos, a la que se le aplicaron ya en su época los calificativos de épica y sangrienta (los cursos de agua de la llanura convertidos en ríos de sangre...), y también las campañas de terror protagonizadas por los hunos en Europa forjaron el mito de un Atila máximo exponente de los bárbaros que encarnaban una amenaza para toda la civilización. En su honor, hay que decir que, si bien sus tropas se entregaban ferozmente al pillaje y protagonizaban masacres crueles (como por lo demás hacían muchas otras), él era un buen administrador, un hombre instruido que dominaba el latín y el griego y un fino diplomático, que sólo recurría a la guerra en último extremo.

Bibliografía

BOUVIER-AJAM, M., *Attila, le fléau de Dieu*, Tallandier, París, 1982. BUSSAGLI, M., *Atila,* Alianza Editorial, Madrid, 1988.
ELLERT, G., *Attila,* F. G. Speidel, Viena/Leipzig, 1934.
JORDANES, *Origen y gestas de los godos*, Cátedra, Madrid, 2001.

Roncesvalles
(15 de agosto del 778)

> Roldán y sus valientes marchaban confiados siguiendo el profundo valle; súbitamente, desde lo alto de las rocas, una multitud de enemigos hacen rodar sobre ellos enormes bloques de piedra. Los francos se defienden con valor, pero pronto son rodeados y vencidos; el propio Roldán cae mortalmente herido. Queriendo avisar a Carlomagno, que cruzaba los montes al frente de su ejército, toma su cuerno de marfil, que se podía oír en diez leguas a la redonda, y lo toca tan fuerte que las venas de su cuello se rompen. Aferra entonces a Durandal, su espada, cuya empuñadura está enriquecida con santas reliquias: ¡Oh mi buena Durandal —dice abrazándola—; contigo he conquistado tantos reinos para Carlos, el de la barba florida! ¡Y ahora no puedo defenderte! ¡Dios no quiera que caigas jamás en manos de un pagano o un cobarde! Y, dominado por un gran dolor y por la cólera, golpea diez veces la roca oscura que tiene ante sí: el acero chirría, una enorme brecha se ha abierto en la roca, pero Durandal, intacta, salta rebotando hacia el cielo. Al ver que no puede romperla, el héroe se tumba en la verde hierba, coloca bajo su cuerpo su buena espada y se prepara para morir.
>
> HISTORIA DE FRANCIA, *Curso elemental*, Librairie générale, París, 1932.

¿Qué alumno francés no ha estudiado, en los bancos de la escuela republicana, el final trágico y heroico de Roldán?

Al margen del mito, el episodio de Roncesvalles se desarrolló en un contexto fácilmente identificable. El emir omeya de Córdoba había enviado tropas contra Zaragoza, cuyo cadí se había rebelado. Este último apeló a la pujante potencia del norte de los Pirineos —aunque cristiana—, a saber, al reino de Carlos (futuro Carlos «el Grande» o Carlomagno).

Intuyendo probablemente el beneficio que le podía reportar intervenir más allá de los Pirineos, el rey franco abandonó provisionalmente una escaramuza en el nordeste contra los peligrosos sajones, llegó al sur de Aquitania, donde obligó al rey hostil Loup II a rendirle sumisión, y cruzó al frente de su ejército, dividido en dos columnas, la cadena montañosa. Al llegar a Zaragoza, pudo constatar que finalmente la ciudad se había aliado

otra vez con el poder omeya y, furioso, decidió sitiarla. Sin duda lo que estaba en juego apenas merecía los riesgos sufridos y las pérdidas de hombres que se estaban produciendo; Carlomagno levantó definitivamente el sitio algunas semanas después y se dirigió hacia el norte. Esta vez todo el ejército cruzó los Pirineos por el desfiladero de Roncesvalles. Se trataba de llegar a Aquitania cuanto antes. Y fue ahí donde la retaguardia, comandada por el yerno del rey, fue atacada y aniquilada, hecho que tuvo lugar sin duda el 15 de agosto del 778. En el transcurso de los combates murieron grandes capitanes, como el conde palatino Anselmo y el senescal Egghiard.

Desde el punto de vista táctico, y sin que sea necesario plantearse otras consideraciones, resulta evidente que el lugar elegido para el ataque revela que se

había fraguado una emboscada: los asaltantes consiguieron el efecto sorpresa que buscaban y ocuparon las alturas, las paredes del desfiladero eran demasiado escarpadas para permitir a los francos huir hacia delante teniendo al enemigo situado justo encima y la caballería —su mejor baza— no servía de ayuda en semejantes circunstancias.

El biógrafo de Carlomagno, el eclesiástico Eginardo (770-840), confirmó que la batalla realmente tuvo lugar, y de ese modo otorgó valor histórico a la célebre *Canción de Roldan*, que no aparecerá hasta dos siglos más tarde, divulgada de castillo en castillo por trovadores y juglares. Por lo demás, apenas existen detalles sobre el acontecimiento. En cambio, estamos seguros de que el enfrentamiento de Roncesvalles fue objeto de una mistificación desmedida. En vez de «sarracenos», parece evidente que se trataba de vascones, rudos montañeros pirenaicos y temidos guerreros, que los jefes militares musulmanes habían sido incapaces de someter hasta ese momento. Los vascones, un pueblo poco numeroso y deseoso de conservar su independencia, seguramente pretendían, al atacar una retaguardia francesa agotada por largas marchas, vulnerable en el desfiladero y cargada de botín, reafirmar su reputación de valerosos combatientes, como ejercicio disuasorio ante hipotéticas veleidades de conquista extranjera, especialmente por parte de los francos.

En cuanto a Durandal, la «buena espada» que Roldán, como último recurso y sabiendo próxima su muerte, prefirió romper contra la roca antes que dejar que cayera en manos de los infieles, evoca claramente a Excalibur, la famosa espada del rey Arturo, héroe de los relatos de *La Tabla Redonda*. El simbolismo de la espada real (o principesca) vinculada a la tierra o a la roca estaba en boga durante la Alta Edad Media. La aversión a utilizar el cuerno de socorro (olifante) —al que Roldán sólo recurrió, ignorando las exhortaciones de su compañero de armas Oliveros, en último extremo— es ya un claro reflejo del espíritu caballeresco que impregnaba todo el Occidente medieval y, en particular, Francia: luchar hasta el límite de las fuerzas en leal combate, hacer alarde de un talante indomable y morir por honor si es necesario.

Por último, el «malo» de la leyenda, el traidor Ganelón, que aconsejó a Carlomagno —y lo hizo dos veces— que no interpretase el sonido del olifante como una llamada de socorro, existió realmente..., pero casi un siglo más tarde, y no era consejero del rey, sino ¡arzobispo de Sens! Ganelón adquirió su fama de traidor al abandonar, en el 858, el campo del rey Carlos el Calvo para acudir al de su hermano, y sin embargo enemigo, Luis el Germánico.

A este respecto es interesante observar que los dos pueblos que salieron peor parados en la tragedia mitificada de Roncesvalles fueron, muy directamente, los «sarracenos» —que fueron exageradamente identificados con los «infieles» musulmanes durante las Cruzadas (siglos XI-XII)— e, indirectamente, los germanos, en este caso por la traición de Ganelón. Y un detalle muy significativo: fue el régimen laico y republicano francés el que volvió a actualizar el episodio mitificado de Roncesvalles (más o menos olvidado durante siglos), tan fuertemente teñido de religiosidad.

Bibliografía

La canción de Rolando, Grupo Anaya, Madrid, 1999.
FAVIER, J., *Charlemagne*, Fayard, París, 1999.
GOBRY, I., *Charlemagne*, Éditions du Rocher, París, 1999.

Azincourt
(25 de octubre de 1415)

> ¡A caballo, príncipes valientes! ¡Deprisa, a caballo!... Solamente mirad a esa pobre banda de hambrientos, y vuestra marcial aparición devorará sus almas, dejándoles sólo la envoltura y el caparazón humano. No hay suficiente trabajo para todos nuestros brazos; apenas corre por sus venas enfermizas suficiente sangre para cubrir cada uno de los cuchillos desnudos que nuestros valientes franceses van a sacar hoy para volverlos a enfundar a falta de tarea. Soplemos nada más sobre ellos, y el aliento de nuestra valentía los derribará. Es seguro e indiscutible, señores, que los más inútiles de nuestros siervos [los de infantería] y esa partida de villanos que pululan con un trasiego estéril por nuestros batallones bastarían para purgar esta llanura de un enemigo tan mísero, mientras que nosotros, espectadores ociosos, permaneceríamos apostados en la base de esta montaña. Pero nuestro honor se opone a semejante actitud. ¿Qué os puedo decir? Tenemos muy poco que hacer, y todo está hecho. ¡Que las trompetas toquen la fanfarria de caza como botasilla! Pues nuestra proximidad va a sembrar tal alarma en la llanura que los ingleses van a arrastrarse de miedo y a rendirse.
>
> El Condestable (W. SHAKESPEARE, *Enrique V*).

Rompiendo con dos decenios de paz relativa, el rey de Inglaterra, Enrique V de Lancaster, desembarcó por sorpresa en la zona de Caux, en agosto de 1415, acompañado por un número considerable de tropas. Sus reivindicaciones dinásticas estaban claras y se remontaban a la controvertida sucesión de 1328: su idea era reemplazar al rey Valois en el trono de Francia.

Carlos VI, sin duda en plena crisis de demencia y/o de postración (su enfermedad se había manifestado en 1392), renunció a desplazar tropas a Harcourt, localidad estratégica que defendía la desembocadura del Sena; Enrique V no encontró, pues, ningún obstáculo y sitió el enclave como parte de su ofensiva en el continente, conducida de forma realmente discreta y rápida, en contra de lo acostumbrado, en plenas negociaciones. Después de varias semanas de un eficaz asedio, en el transcurso del cual los

ingleses bombardearon las murallas de Harcourt, la guarnición de esta ciudad fortificada capituló.

Sin embargo, debido a una epidemia de disentería y a la proximidad del invierno, las tropas empezaron a debilitarse, de manera que Enrique V abandonó toda esperanza de dirigirse a París y decidió replegarse sobre Calais. Mientras tanto, Carlos VI había conseguido reunir en Rouen al ejército real *(Vost)* y se proponía alcanzar a los ingleses antes de que lograran replegarse. Varias jornadas de marchas forzadas permitieron al rey loco entrar en contacto con el enemigo, en la noche del 24 de octubre, en la estrecha meseta situada entre las localidades de Azincourt y Tramecourt.

Agotados, y obsesionados por el precedente de Crécy, los franceses prefirieron posponer la batalla hasta el día siguiente. Durante la noche, ambos ejércitos se

encontraron frente a frente bajo un fuerte aguacero, del que los ingleses se protegían con las telas de sus tiendas, mientras que los franceses lo soportaban unos sobre el barro, otros a caballo... Por la mañana, un ejército estaba fresco y listo para el combate mientras que el otro se mostraba extenuado.

Excepto el poderoso duque de Borgoña, en guerra declarada contra el duque de Orleans, y cuyas tropas, en un alarde de crueldad, no comparecieron, la casi totalidad de los caballeros y príncipes del reino estaban presentes para apoyar a Carlos VI.

Durante varias horas, los dos ejércitos se limitaron a observarse. Los franceses cometieron el mismo error que los había perdido en Crécy y en Poitiers: ordenar la carga de caballería antes de que interviniese la infantería. En Azincourt, la aritmética era sencilla: los ingleses contaban con aproximadamente 9.000 hombres de tropa, entre ellos apenas unas centenas de caballeros. En cuanto al ejército francés, estaba integrado por más de 20.000 combatientes, aunque si a esta cifra se le restaban los hombres de a pie, «los de infantería», sólo disponía de unos 5.000 caballeros. Los franceses, que doblaban en efectivos a los ingleses la víspera de la intervención, iniciaron el combate —según marcaba la tradición caballeresca— en inferioridad numérica. Y, lo que era aún peor: el campo de batalla era exiguo, tanto que no permitía el despliegue de un fuerte contingente de caballeros, y estaba delimitado por uno y otro lado por un bosque.

El anciano príncipe Jean de Berry, tío abuelo de Carlos VI, vivió siendo niño el desastre de Poitiers y, tras considerar todas estas circunstancias desfavorables, aconsejó retrasar el combate. Y aunque su consejo no fue escuchado, consiguió al menos mantener alejados al rey y a su joven delfín, el futuro Carlos VIL

Hacia las once de la mañana se inició la batalla. En contra del tópico establecido, y aún en boga seis siglos después, fueron los ingleses quienes tomaron la iniciativa. Como en Crécy y en Poitiers, sus arqueros descargaron una lluvia de flechas (actualmente lo llamaríamos una barrera de artillería) sobre la caballería francesa, a la que, en aquel instante, le era ya imposible retroceder debido a la baja moral de las tropas, a la estrechez del terreno y, sobre todo, al cumplimiento del código del honor. Por tanto la única

posibilidad era cargar, un poco a modo de huida hacia delante y dentro de la más pura tradición caballeresca. Pero el barro dificultaba el trote de los caballos, y la potencia de la carga resultó considerablemente mermada. Además, a los miles de flechas que caían casi verticalmente hiriendo y matando a hombres y monturas, se añadió muy pronto el ataque general de la infantería inglesa, cuyos hombres se dispersaron por todo el campo de batalla protegiéndose de las lanzas y de las pesadas espadas enemigas en los más insignificantes repliegues del terreno, detrás de las estacas y hasta en los dos bosques vecinos, y arremetían contra los caballeros franceses en cuanto éstos caían a tierra, heridos o desequilibrados.

En pocas horas el combate se convirtió en una auténtica matanza. Los jinetes desmontados eran incapaces de levantarse, cubiertos como quedaban de barro y hundidos en él, y menos aún de combatir, así que los ingleses se limitaban a rematarlos sistemáticamente con cuchillos o hachas. Enrique V había dado orden de no hacer prisioneros —no habría dispuesto de tropas para cargar con ellos—, de modo que sólo los príncipes de sangre fueron capturados con vida para ser llevados en cautividad y pedir por ellos un rescate.

En la noche del combate, los ingleses perdieron en el campo de batalla al duque de York (tío abuelo de Enrique V) y a algunos centenares de soldados. Junto a ellos yacían varios miles de franceses, pero fue sobre todo la flor y nata de la caballería la que quedó diezmada. En cierto sentido se puede decir que jamás se recuperó de aquel golpe.

En el ámbito político, la jornada se saldó con la pérdida de la mayor parte de la elite dirigente del reino de Francia: murieron tres duques, doce condes, todos los magistrados de las tierras de *langue d'oïl* (la Francia del norte) y el condestable Carlos de Albret. Otros príncipes, como el duque de Borbón y Carlos de Orleans, permanecieron cautivos en Londres durante muchos años.

A corto plazo, los frutos estratégicos de la victoria de Azincourt fueron exiguos para Enrique V; pese a que había evitado el cautiverio y conservaba a la mayor parte de sus tropas, sin embargo no podía sacar provecho de su victoria por falta de soldados y apremiado por la llegada del invierno. Embarcó en Calais el 18 de noviembre. Sin embargo, fue su hermano, el duque de Bedford, quien, quince años más tarde, acabó beneficiándose, por una parte, de la ausencia crónica de experimentados comandantes franceses y, por otra, de una guerra civil en el reino de Francia que precisamente el desastre de 1415 había contribuido a agravar.

Hasta el final definitivo de la Guerra de los Cien Años (tratado de Picquigny de 1475) siguieron sucediéndose asedios muy largos (monte Saint-Michel) y/o sangrientos (Orleans), así como innumerables enfrentamientos; pero, después de Crécy y Poitiers, Azincourt fue la última gran batalla campal, aunque no la última acción de envergadura en la que intervino la caballería francesa; en Pavía*, un siglo más tarde, el valeroso Francisco I provocó un nuevo desastre, al decidir interrumpir un cañoneo para ordenar una carga de caballería. Hubo que esperar a la epopeya militar de un estratega de excepción como Napoleón Bonaparte* para que la caballería, a las órdenes de comandantes de talento, volviese a ser por un tiempo la reina de las batallas, especialmente en los ejércitos franceses.

Bibliografía

CONTAMINE, P., *La guerra de los cien años,* Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1989.
-----, *Azincourt,* Rencontres, París, 1964.
KEEGAN, J., *Anatomie de la bataille,* Robert Laffont, París, 1993.

Caída de Constantinopla (abril-mayo de 1453)

> En caso de ataque de la muralla por los enemigos con máquinas de guerra o cuerpos de tropa, hay que dividir en tres secciones a los defensores de la ciudad para que una combata, otra descanse y la tercera se prepare, de modo que no falten tropas frescas en la muralla. Es necesario también que otros hombres, bien elegidos, en número bastante elevado y junto al general, hagan rondas en torno a las murallas y acudan continuamente en ayuda de cualquier punto que flaquee. Pues a los enemigos les asustan más las fuerzas que surgen de improviso que las que ya han visto ante ellos.
>
> ENEAS el TÁCTICO, *Poliorcética*.

El Imperio bizantino, heredero en línea directa del Imperio romano de Oriente que sobrevivió a las grandes invasiones de la Alta Edad Media, sufrió desde los inicios del siglo XIII una erosión y un declive militar constante bajo las acometidas de los omeyas (árabes), los sasánidas (persas) y finalmente los selyúcidas (turcos). Pero el golpe más brutal le fue asestado por sus «hermanos» católicos de Occidente, que asolaron Constantinopla, la capital de la ortodoxia cismática, en el transcurso de la Cuarta Cruzada, en 1204.

Después de la pérdida de Anatolia (excepto Armenia y el Ponto), la capital imperial ya se había visto seriamente amenazada en 1402 por parte del sultán otomano Bayaceto, que se vio obligado a levantar el asedio a Constantinopla para intentar repeler una ofensiva de Tamerlán*. Un nuevo intento de tomar la ciudad por el sultán Murat II en 1422 incitó al papa Eugenio IV a organizar y reunir una expedición comandada por sus legados y el rey de Hungría; sin embargo, fue aplastada por los otomanos en Varna en 1444.

En 1453, Constantinopla, rodeada apenas por un reducido territorio de unos centenares de kilómetros cuadrados en el continente europeo, encarnaba en solitario el último bastión del

agonizante imperio. Constantino XI Dragases Paleólogo era su *basileus*, el emperador. Todo el territorio que la circundaba era un reflejo de la pujante expansión del Imperio otomano (turco), que en aquel momento ya controlaba, además de Anatolia y Levante, los antiguos enclaves bizantinos de la península balcánica y zonas al sur de los Cárpatos.

El sultán Mohamed II (Mehmet II), por su parte, acometió en el mes de abril la empresa de sitiar la ciudad. Disponía de un número de hombres considerable — probablemente más de 100.000—, de 250 navíos para transporte de tropas —esto es, diez veces más que los bizantinos— y de numerosas piezas de artillería conseguidas y fundidas por un ingeniero húngaro (cristiano) que se había pasado a los turcos. La elección de una potencia de fuego considerable resultaba apropiada, ya que las dobles murallas que circundaban Constantinopla —que el emperador Teodosio había comenzado a erigir hacía poco tiempo— eran muy elevadas y gruesas.

A partir del día 8, los cañones de Mehmet iniciaron un bombardeo intensivo de las murallas. El sultán esperaba de esta forma, abriendo brechas por las que sus tropas pudieran precipitarse, evitar un sitio largo y costoso que permitiera a las potencias cristianas de Occidente organizar una expedición de socorro. Sin embargo, y a pesar de la intensidad del bombardeo, las murallas resistían más de lo previsto.

El jefe turco decidió entonces ordenar un ataque tradicional de infantería: los jenízaros —soldados de elite de origen cristiano, arrancados de sus hogares y reclutados por el ejército otomano— fueron los encargados de asaltar los muros. Un primer ataque fue rechazado por los defensores. Los siguientes lo fueron especialmente gracias al uso del fuego griego.

Mehmet recurrió finalmente a su flota, dirigida por Zagan Bajá, para completar el sitio y el bombardeo de toda la ciudad. Como el Cuerno de Oro estaba cerrado con pesadas cadenas, el sultán dio orden de transferir por vía terrestre una parte de sus navíos —70 fustas— a través del saliente montañoso de Pera, detrás del puerto de Galata. La maniobra, muy astuta, ya que permitía acceder al puerto de Constantinopla y neutralizarlo, fue posible gracias al gran número de soldados disponibles y, paralelamente, a la pobreza de efectivos griegos, confinados todos ellos en la ciudad. Los escasos navíos de combate cristianos, reforzados por una flotilla genovesa conducida por Gabriel Trevisán, intentaron oponerse a la flota musulmana; pero sus éxitos iniciales y el ingenio que demostraron en los combates no bastaron para compensar su flagrante inferioridad numérica.

En mayo, toda la circunvalación de la ciudad se encontraba ya bajo la presión otomana. Sin embargo, semanas de bombardeos contra las murallas y varios asaltos a las cortinas (muros que unían las torres entre sí) y a las puertas no habían sido suficientes para minar la resistencia de los sitiados. Éstos consiguieron incluso derruir la alta torre de asalto que habían erigido los turcos, y el recurso masivo a galerías de minas construidas para socavar las torres y derrumbar las paredes maestras del edificio resultó un fracaso. Además, este enfrentamiento «subterráneo» se saldó con

la muerte a manos de los bizantinos de un gran número de ingenieros del sultán, que acabó por abandonar esta opción.

Finalmente, los otomanos descubrieron de forma fortuita el punto débil: el 29 de mayo, después de cincuenta y tres días de asedio, el sultán ordenó una ofensiva general sobre la vertiente septentrional de las murallas. Una vez más, los griegos parecían poder contener *in extremis* los asaltos turcos, especialmente violentos en las puertas de San Romano y de Adrianópolis, pero el contingente de defensores era demasiado corto como para mantener una guarnición en todos los puntos de las murallas. En el transcurso de los combates, un grupo de jenízaros descubrió que la defensa de la puerta Kerkoporta —reventada por los proyectiles turcos— había sido abandonada provisionalmente. Por ahí, pues, penetraron y se precipitaron sobre la retaguardia bizantina que, por añadidura, estaba integrada por menos efectivos que los destacados en la defensa de otras puertas. Por primera vez se entabló un enfrentamiento cuerpo a cuerpo en el reducido espacio (períbolo) que separaba la gran muralla exterior de la interior. En este combate cayó, con las armas en la mano, el principal comandante de los asediados —y hombre de confianza del *basileus* y el *condottiero* Juan Giustianini.

La toma de Constantinopla, relatada con prolijas y horribles descripciones por los cronistas Ducas, Ricciero, Phrantzés o Barbaro, provocó exacciones, matanzas, destrucciones y capturas masivas de hombres que acabaron como esclavos. Critóbulo escribió en su *Crónica de Mehmet II:* «¡Ninguna tragedia podrá jamás igualar a ésta en horror! ¡Espectáculo desconsolador y terrible! Se masacraba a infelices que, tras salir de sus casas, corrían por las calles, atraídos por los gritos, y caían bajo el acero

antes de saber qué ocurría. Se les masacraba en sus propias casas, donde a veces se defendían, o en las iglesias en las que buscaban refugio. Los soldados turcos, rabiosos por los sufrimientos del asedio y por las burlas de que habían sido objeto durante tantos días desde lo alto de las murallas por parte de los asediados, no daban tregua. Cuando hubieron masacrado bastante y ya no se les oponía resistencia alguna, se entregaron al pillaje y se dispersaron, robando, asaltando, saqueando, matando, violando, llevándose cautivos a hombres, mujeres, niños, viejos, jóvenes, sacerdotes, monjes, gente de cualquier edad y de toda condición».

Un saqueo completo que recuerda al sufrido por Jerusalén por parte de los cruzados en julio de 1099 y que se produjo a pesar de que la rendición estaba concertada. Por lo demás, el *basileus* hizo gala de una enorme abnegación al rechazar obstinadamente el abandono de la ciudad asediada para refugiarse en Occidente. Sólo algunos navíos genoveses y venecianos consiguieron huir, llevando a bordo a soldados y a un buen número de civiles. Morea, el último bastión bizantino, cayó unos años más tarde.

Al margen de una batalla decidida en realidad de antemano, teniendo en cuenta la tremenda desproporción de fuerzas, hay dos observaciones geopolíticas dignas de ser reseñadas.

La primera atañe al Occidente cristiano, donde, aunque la población se conmovió ante la suerte que los otomanos dispensaron a Constantinopla, soberanos y dirigentes militares no demostraron precisamente un gran entusiasmo a la hora de intentar evitar semejante desenlace. El papa Nicolás V, cuando se le suplicó que interviniese, condicionó su (modesta) ayuda a la unión teológica de la ciudad cismática con Roma, bajo el báculo de esta última. (Esta renuncia fue rechazada por el pueblo.) En cambio, como ya venía sucediendo desde el siglo XI y la Primera Cruzada decretada por Urbano II, el tema de la lucha sagrada contra el «Gran Turco» fue de nuevo instrumentalizado, y poco más de un siglo después de la caída de la Ciudad-Reina, la batalla de Lepanto* brindaría la oportunidad de ver a casi todo el Occidente cristiano —con el papado a la cabeza— alinearse *stricto sensu* con el espíritu de las Cruzadas y de la salvaguarda de la cristiandad.

Por su parte, el sultán Mehmet II, al apoderarse de Constantinopla, no hacía sino perseguir un objetivo establecido muchos decenios antes por sus antepasados: conquistar la ciudad de los *rums* (los romanos) y, con ello, reivindicar, si no el título, al menos el prestigio que su posesión confería. En este sentido, conviene reseñar que Mehmet II eligió Constantinopla como capital imperial en detrimento de Adrianópolis.

Bibliografía

NORWICH, J.-J., *Breve historia de Bizancio*, Cátedra, Madrid, 2000.
SCHLUMBERGER, G., *Le Siége, laprise et le sac de Constantinople par les Turcs en 1453*, Plon, París, 1914.

Marignano (13-14 de septiembre de 1515) y Pavía (24 de febrero de 1525)

> Antiguamente, quienes tenían experiencia en combate no intervenían en guerras que temían no poder concluir con honor. Antes de emprenderlas, se aseguraban del éxito. Si las circunstancias no les parecían propicias, esperaban tiempos más favorables. Tenían por principio que uno sólo era derrotado por su propia culpa, y que únicamente resultaba victorioso por culpa de los enemigos. Saber lo que hay que temer o desear, avanzar o retroceder según el estado de sus tropas o las del enemigo, acudir al combate cuando se es el más fuerte y atacar el primero o, si se está en inferioridad, ampararse en la defensiva, eso es lo que hacen los generales experimentados.
>
> SUN TSÉ, *El arte de la guerra*.

Dirigidas con diez años de diferencia por el rey Valois Francisco I en el Milanesado, las batallas de Marignano y de Pavía representan respectivamente el triunfo y el desastre para el ejército francés. Una y otra ilustran, sobre todo, la creciente pujanza de la artillería en las guerras posteriores a la Edad Media y su hegemonía con respecto a la caballería.

En Crécy, por primera vez en Occidente, los modestos bloques de piedra de algunas bombardas rudimentarias habían asustado a la numerosa caballería francesa. De todas formas, la nueva arma siguió siendo marginal todavía durante largos decenios en los escenarios de confrontación, ya que Carlos VII y Luis XI fueron reservando progresivamente el uso de los cañones tan sólo para atacar los muros de las fortalezas sitiadas.

Pero casi dos siglos después de Crécy, la artillería se había convertido en la indiscutible reina de las batallas campales. Por entonces los cañones estaban sistemáticamente montados sobre ruedas, y sus cajas —así como sus balas— estaban moldeadas y fundidas de manera regular y eficaz. Quienes los manejaban ya no

corrían el peligro, como antiguamente, de provocar un incendio o una explosión al accionar la máquina.

En 1515, nada más ser coronado rey en Reims (25 de enero), Francisco I partió al frente de un potente ejército formado por hombres (entre los cuales figuraba un importante contingente de mercenarios) para retomar la conquista del ducado de Milán, que había iniciado su predecesor Luis XII. Con objeto de sorprender a su adversario, Maximiliano Sforza, y de evitar los desfiladeros que éste controlaba (Mont-Cenis y Montgenévre), realizó la proeza de atravesar los Alpes con su ejército, provisto de abundante artillería, por intrincados caminos de montaña. El rey consiguió llegar a la llanura del Po sin disparar un solo tiro y se abalanzó sobre Marignano, cerca de Milán. Sforza se enfrentó a él con 20.000 mercenarios suizos, arrojados infantes cuyos compatriotas habían vencido dos veces a Carlos el Temerario en 1476.

El combate se entabló en la tarde del 13 de septiembre, y en él entraron en juego las piezas de artillería dispuestas por el gran maestro francés Galiot de Genouillac. Por la noche, las tropas suizas no habían conseguido apoderarse de ellas, pero se habían replegado de forma ordenada. Francisco I pasó la noche reorganizando sus líneas y situando sus cañones detrás de los pantanos, en principio fuera del alcance de la infantería enemiga. La estrategia dio resultado, pues a la mañana siguiente los furiosos y repetidos asaltos de la infantería suiza fueron neutralizados por el tiro graneado de los cañones o de los arcabuces (fusiles primitivos) de las tropas de Francisco I. El balance del enfrentamiento, muy sangriento para la época, fue de unos
13.000 suizos muertos o heridos frente a 2.000 en el contingente formado por los franceses y sus aliados.

Sin embargo, el hecho de que Marignano se saldase con una victoria no se debió tanto al empleo de una brillante táctica como a la superioridad numérica y sobre todo a la utilización masiva de las armas de fuego, y más en concreto de los cañones. La fama de esta batalla —al margen de las ventajas políticas que de ella obtuvo Francisco I— se debió a que el rey se hizo armar caballero por el honorable y valiente capitán Pierre Terrail de Bayard, un episodio romántico que reflejaba la excepcional pervivencia del espíritu caballeresco.

Diez años después de Marignano, Francisco I seguía guerreando en Italia. Después de cruzar los Alpes para reconquistar el Milanesado, ocupado por el emperador Carlos V, sitió la ciudad fortificada de Pavía con 26.000 soldados y una artillería aún más potente que la desplegada en Marignano. Pero la guarnición resistió, y las fuerzas imperiales reunieron a 30.000 hombres para socorrer a la ciudad asediada.

En la noche del 23 al 24 de febrero intentaron romper las líneas francesas y entrar en la ciudad, pero fracasaron ante la potencia de fuego del ejército de Francisco I. Sin embargo, el rey Valois cometió el error fatal —y ya tradicional entre los soberanos franceses desde Crécy— de lanzar a la caballería sobre las líneas enemigas, cabalgada que impidió a la artillería seguir su labor de

desgaste en el campo imperial, que en aquellos momentos se encontraba en serias dificultades.

Los arcabuceros españoles, protegidos a partir de ese momento del fuego adversario, se organizaron y abrieron fuego contra los jinetes franceses. Bastaron unos minutos para invertir de forma radical el curso de la batalla: aunque las corazas de los caballeros les protegían con bastante eficacia de las espadas, eran vulnerables a los proyectiles. Por la mañana, el desastre se había consumado. Los valerosos generales La Trémoille y La Palice murieron, al igual que miles de hombres de tropa, y el rey-caballero Francisco I fue hecho prisionero. Tras ser conducido como cautivo a Madrid, consiguió recuperar el trono de Francia, pero tuvo que ceder a Carlos V el Artois y Flandes.

Quizá el uso de cañones por parte francesa no habría bastado para decidir la suerte de la batalla de Pavía. Sin embargo, es lícito considerar que la utilización masiva de la artillería —la mejor baza de los franceses, como sucedió en Marignano—, al menos hasta haber conseguido la desarticulación o la huida de los ejércitos imperiales, habría impedido que la caballería francesa fuese inútilmente sacrificada.

Bibliografía

BLOCKMANS, W., *Carlos V, la utopía del imperio,* Alianza Editorial, Madrid, 2000. JACQUART, J., *François Ier,* Fayard, Paris, 1994.

LE ROY LADURIE, E., *L'Ancien Régime,* Hachette, Paris, 1991.
LOMBARÈS, M. DE, *Histoire de l'artillerie française,* Lavauzelle, Paris, 1984.
OMAN, C., *A History of the Art of War in the Sixteenth-Century*, Greenhill Books-Presidio Press, Londres, 1987.
RADY, M., *Carlos V,* Alianza Editorial, Madrid, 1987.

Lepanto
(7 de octubre de 1571)

> Y aquel día [...] donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo [...] yo solo fui el desdichado; [...] me vi aquella noche que siguió a tan famoso día con cadenas a los pies y esposas en las manos.
>
> CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*, 1.ª parte.

A pesar de las profundísimas rivalidades políticas y dinásticas que enfrentaban a las potencias católicas, el papa Pío V consiguió *in extremis* reunirías en el marco de una nueva Santa Liga (el primer intento había fracasado en 1538) destinada a refrenar el poderoso ascenso y el creciente avance territorial del Imperio otomano. Los turcos, una vez que se apoderaron de los Balcanes y de la cuenca mediterránea oriental, apoyados por las regencias berberiscas del norte de África, tomaron Malta y Chipre, aunque la primera fue reconquistada poco después por las fuerzas venecianas y españolas.

Por lo tanto, con la notable excepción de Francia —vinculada al Imperio otomano en su lucha contra los Habsburgo—, las potencias católicas —España, Venecia, Génova, los Estados Pontificios y la Orden de los Caballeros de Malta— se unieron en la empresa de acabar con la poderosa flota otomana. Lo que estaba en juego era importante, pues, de acabar vencida la flota cristiana, los otomanos tendrían el campo libre para controlar el comercio mediterráneo e incluso para invadir territorios situados en Europa occidental. Es probable que la fuerte determinación de los combatientes cristianos durante la batalla se debiera, entre otros factores, a este sentimiento.

La flota se reunió en el golfo de Corinto, cerca de la isla de Ítaca. Frente a las 274 galeras otomanas, se enrolaron en la alianza 208 galeras españolas —la práctica totalidad de la flota de Felipe II

—, 70 fragatas diversas, una veintena de navíos de transporte y, sobre todo, seis galeazas venecianas provistas de artillería pesada.

La armada se puso a las órdenes de Juan de Austria, hijo bastardo de Carlos V y hermanastro de Felipe II. El príncipe era inexperto, pero supo sacar partido de las lecciones que había recibido del general Alejandro Farnesio, y además pudo contar en el momento del enfrentamiento con la experiencia y el sentido táctico de buenos comandantes, como el veneciano Sebastián Veniero y Marco Antonio Colonna, comandante del contingente papal.

El plan de batalla era bastante lógico. En vanguardia, las seis galeazas venecianas tenían la misión de cañonear sin cuartel a la escuadra enemiga con objeto de dejar fuera de combate al mayor número posible de navíos antes de que se produjese el verdadero enfrentamiento, que sin duda se decidiría con espolones, con arcabuces, con el combate cuerpo a cuerpo. Detrás de las galeazas iba el grueso de las fuerzas, con 53 galeras a la izquierda, 50 a la derecha y 62 en el centro, con don Juan al frente. Por último, en retaguardia se mantenía una importante reserva de 30 navíos

que debía estar preparada para intervenir en cualquier momento; había sido confiada a Santa Cruz, considerado el mejor marino de España. En total, más de 28.000 hombres estaban enrolados a bordo de la flota cristiana.

El encuentro entre ambas flotas tuvo lugar cerca del promontorio de Lepanto (Naupacta). Antes de romper hostilidades, los galeotes fueron liberados y armados, ya que en semejantes circunstancias su suerte, en definitiva, estaba íntimamente ligada a la de sus carceleros.

Como era de esperar, las fuerzas de Alí Bajá se situaron ante la flota cristiana, cuyas galeazas potentemente armadas hundieron a base de cañonazos numerosos navíos otomanos. Varios barcos de la escuadra turca intentaron entonces abordar de costado las galeazas rodeando la costa griega. El ala izquierda del contingente cristiano acudió en socorro de los veleros, y se entabló así una violenta lucha, que se fue diluyendo en una serie de combates individuales, de un barco a otro, primero con arcabuces y después al abordaje.

En el centro, la galera almiranta de Alí Bajá embistió directamente a la *Real*, la galera de don Juan, en un claro intento de provocar el duelo entre ambos dirigentes. En el enfrentamiento que siguió, el almirante otomano resultó muerto, y la bandera de la Liga fue izada en el mástil. Esta acción contribuyó a minar la moral de los turcos.

Pero Uluy Alí, el virrey de Argel, consiguió penetrar desde el ala derecha entre dos formaciones cristianas demasiado distantes entre sí y, aprovechando su ventaja numérica, hundió numerosos navíos y capturó a los supervivientes de las tripulaciones. En este punto del combate, la llegada rápida de los navíos de reserva y de los refuerzos (centro e izquierda liberados) permitió a la flota cristiana situarse claramente en ventaja, aunque Uluy Alí logró escaparse y llegar a Argel.

El resto de las fuerzas turcas, que se dispersaron y se dieron a la fuga, sufrieron todavía en la tarde-noche fuertes bajas, originadas por la rebelión de los 15.000 esclavos cristianos de las galeras, a lo que hubo que añadir la masacre por parte de los campesinos griegos de numerosos soldados desembarcados en tierra después del naufragio voluntario de sus navíos.

Las pérdidas fueron considerables por ambas partes. Los cristianos tuvieron que lamentar más de 7.500 muertos y al menos 20.000 heridos, y los turcos perdieron entre 25.000 y 30.000 hombres.

Por lo que respecta al número de navíos y de soldados que intervinieron en Lepanto, esta batalla naval fue una de las más importantes de la historia.

En un principio, Lepanto marcó un giro más psicológico que estratégico. El mito de la presunta invencibilidad de la flota turca se vino abajo, y la victoria hizo sentir a la cristiandad que estaba salvada. Sin embargo, un año después los astilleros turcos habían reparado las pérdidas de Lepanto y el imperio había reorganizado una flota igualmente temible. En tierra, los otomanos siguieron su avance durante casi un siglo más, y sólo se detuvieron a las puertas de Viena.

En el ámbito militar, resulta indiscutible que fue la hábil utilización de la artillería la que marcó las diferencias. Apenas unos decenios después de Lepanto, todos los navíos de guerra estaban provistos de cañones. En el arte del combate de artillería naval, las flotas occidentales —inglesa, francesa y holandesa, fundamentalmente— demostraron ser muy superiores a la del Imperio otomano.

Bibliografía

ACERRA, M. y ZYSBERG, A., *L'essor des marines deguerre européennes*, SEDES, París, 1997.
BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II',*
Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1976.
MASSON, P., *De la mer et de sa stratégie,* Tallandier,
París, 1986. PARKER, G., *Felipe II,* Alianza Editorial,
Madrid, 1997.
-----, *La gran estrategia de Felipe II*, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
PRYOR, J. H., *Geography, Technology and War. Studies in the Maritimy History of the Mediterranean*, 649-1571, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

Trafalgar
(21 de octubre de 1805)

> Hay que tener en cuenta el azar, pues nada hay menos seguro que una batalla naval, en donde un cañonazo se llevará el mástil y a tantas filas de amigos como de enemigos; pero espero confiado una victoria antes de que la vanguardia del enemigo haya podido acudir en socorro de su retaguardia [...].
>
> HORATIO NELSON,
>
> *Memorándum*.

La batalla naval que se desarrolló a la altura del cabo de Trafalgar (suroeste de la Península ibérica), de gran envergadura y determinante para el destino de Inglaterra frente a la Francia napoleónica, demostró el talento de un almirante inglés, Horatio Nelson, y también la impericia de su adversario francés, Pierre de Villeneuve.

De entrada, la idea de Napoleón* no estaba exenta de habilidad. El emperador había decidido invadir Inglaterra, alma y principal proveedora económica de todas las coaliciones europeas contra Francia, y para ello reunió a su ejército en Boulogne. Pero, si esperaba cruzar el Canal de la Mancha, debía alejar imperativamente a la poderosa flota de guerra británica. En lugar de afrontarla directamente, ordenó a Villeneuve que arrastrase a la flota enemiga hasta las Antillas como maniobra de despiste, y después, sin entablar combate (de cuyo desenlace desconfiaba), se librase de ella y regresase a toda velocidad a Boulogne para embarcar allí a las tropas encargadas de la invasión.

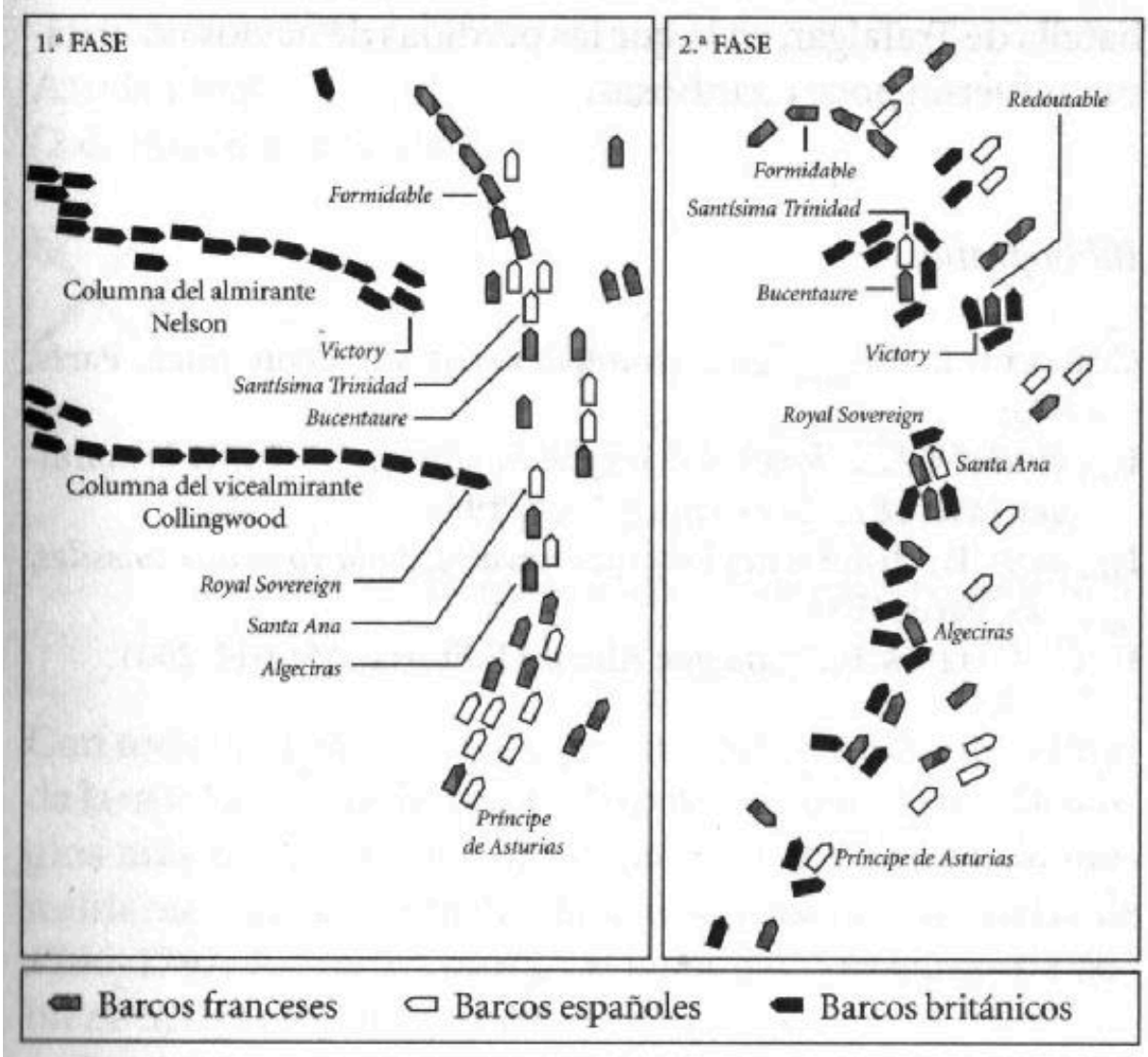
El proyecto (típicamente napoleónico), de por sí ambicioso y con un doble objetivo, fracasó por un detalle nimio: Villeneuve consiguió en efecto salir de Toulon sin obstáculos (marzo de 1805), alcanzar las Antillas vía Cádiz y después dejar atrás a la flota inglesa; pero un malentendido con Napoleón desbarató toda la maniobra.

Villeneuve, que se mostró timorato y además recibió órdenes contradictorias, decidió no llegar a Boulogne, sino refugiarse en El Ferrol y luego en Cádiz. Furioso por este contratiempo, el emperador le envió cartas conminatorias y finalmente le destituyó. El almirante francés decidió entonces, sin duda para recuperar la confianza de Napoleón, provocar el enfrentamiento con la escuadra británica y llegar a Boulogne. La situación no podía ser más confusa: Napoleón había abandonado ya sus preparativos de invasión y avanzaba a marchas forzadas al encuentro de los ejércitos austro— rusos, no lejos del Danubio. Diez años más tarde, desde su exilio en Santa Elena, el emperador destronado le confió a Las Cases: «¡Me he pasado todo el tiempo buscando al hombre de la Marina!».

La poderosa flota británica, con sus veintisiete navíos, estaba dirigida por Horatio Nelson, uno de los mejores almirantes que había dado Inglaterra. En 1798 ya había demostrado tanta audacia como talento al aplastar a la flota francesa de Egipto en Abukir. En Trafalgar, en inferioridad numérica frente a la flota franco-española, integrada por treinta y tres navíos, ordenó la formación de sus barcos en dos líneas prácticamente perpendiculares a la línea enemiga. Se trataba de seccionar la escuadra

adversa —que navegaba en formación clásica, esto es, longitudinal — en tres tramos y después rodearlos y aniquilarlos uno a uno. Era la táctica de la T, tal como explica en su *Memorándum*.

La maniobra, sumamente arriesgada si no era bien interpretada por los oficiales del puente, era osada y se reveló rentable. Nelson, que conocía perfectamente (gracias a un barco pesquero espía) el avance y el tipo de formación elegido por la flota franco-española, se colocó al frente de la primera línea a bordo del *Victory*; confiando la segunda a Collingwood. El francés Villeneuve y el español Gravina, claramente sorprendidos por el acercamiento británico y víctimas además de varios contratiempos técnicos, no consiguieron oponer un frente coherente a la escuadra enemiga y le dejaron la iniciativa.



Maniobra del almirante Nelson en Trafalgar

Los planes de Nelson se cumplieron y la flota británica logró por tanto seccionar la línea enemiga en tres partes y cortar las comunicaciones entre ellas. La primera de éstas, en la que se encontraban los oficiales al mando y los barcos con mayor potencia artillera, en ausencia de viento favorable tardó mucho tiempo en virar hacia la

retaguardia y obtener refuerzos. Cuando por fin consiguieron realizar la maniobra, ya era demasiado tarde. Además, sin que se supieran los motivos, varios barcos aliados se mantuvieron al margen del combate. A lo largo de la mañana, el *Victory* se enfrentó al *Redoutable* puente contra puente, y en este duelo entre navíos almirantes, Nelson cayó mortalmente herido. La batalla, que se había iniciado al alba, fue muy violenta hasta las 18 horas y terminó en el cabo Ortegal con un balance funesto: mientras que los ingleses hubieron de lamentar la pérdida de 400 hombres (y 1.200 heridos) y no sufrieron el naufragio de ningún navío, trece barcos franceses y nueve españoles fueron hundidos o capturados y los aliados sumaron más de 4.000 muertos, 1.500 heridos y 7.000 prisioneros, entre ellos Villeneuve (que se suicidaría unos meses después). En cuanto a Nelson, vivió lo suficiente para tener noticia de su triunfo.

Se ha dicho, tal vez con cierta premura, que la batalla de Trafalgar consiguió anular durante siglo y medio toda esperanza para las potencias continentales de disputar a Gran Bretaña la supremacía en el mar. En efecto, esta hegemonía se mantuvo hasta la Segunda Guerra Mundial, momento en que fue superada por los Estados Unidos de América.

No obstante, aunque sin duda Trafalgar se saldó con una aplastante victoria inglesa gracias al talento de Nelson y a la incoherencia de los franco-españoles, sólo resultó determinante a la hora de impedir que Napoleón, después de su victoriosa campaña de 1805 (Ulm y Austerlitz*), retomase sus planes de invadir Inglaterra. Por lo demás, la situación geopolítica de Europa —Holanda, debilitada desde finales del siglo XVIII; Francia, primero revolucionaria y después imperial, con sus ojos puestos en el continente; España, sumida m sus guerras coloniales; y Rusia, una potencia aún básicamente terrestre— fue mucho más determinante que la propia batalla de Trafalgar, en la que las pérdidas de navíos no británicos fueron poco cuantiosas.

Bibliografía

CORBETT, J., *Principes de stratégie maritime*, Economica, París, 1993.
DEPEYRE, M., *Tactiques et stratégies navales françaises et britanniques*, 1690-1815, Economica, Paris, 1998.
MASSON, P., *Histoire des batailles navales, de la voile aux missiles*, Atlas, Paris, 1983. PÉREZ GALDÓS, B., *Trafalgar,* Alianza Editorial, Madrid, 2001.

Austerlitz
(2 de diciembre de 1805)

> Yo ya había visto perder algunas batallas; pero no podía imaginar una derrota semejante.
>
> LANGERON, emigrado antibonapartista, *Memorias.*

Con toda justicia, la batalla de Austerlitz ha sido considerada la más brillante victoria de Napoleón Bonaparte*. Dos siglos más tarde, se sigue enseñando en muchas academias militares. Más aún que la victoriosa campaña de Italia de 1796-1797, Austerlitz otorgó al personaje sus cartas de nobleza en materia táctica y estratégica.

Tras renunciar a invadir Inglaterra, cuya flota había aplastado a la francesa en Trafalgar*, Napoleón I decidió trasladar a sus siete cuerpos de ejército al encuentro de las fuerzas de Rusia y Austria, entonces aliadas contra Francia en la Tercera Coalición. El 29 de agosto *La Grande Armée,* ya constituida, partió de Boulogne, lugar de reunión para la invasión y, a ritmo trepidante, alcanzó primero el Rin y después el Danubio, el 6 de octubre.

En Ulm, el 20 de octubre, Napoleón obtuvo una victoria importante —pero no decisiva— contra los austríacos del general Karl Mack y continuó su progresión hacia el este, aun a riesgo de alejarse peligrosamente de sus bases y de extender demasiado sus líneas de comunicación, para hacer frente al grueso de las fuerzas coaligadas.

Aunque en inferioridad numérica, Napoleón intentó entablar contacto con el ejército ruso en las proximidades de Krems y de Hollabrünn, pero el mariscal Mijail Kutuzov prefirió esquivarlo y reunirse con sus aliados austríacos antes de librar un combate de envergadura.

El 21 de noviembre, cerca de Brünn (Brno), al noroeste de Viena, en Moravia, Napoleón decidió interrumpir su estéril avance. Forzado a dejar guarniciones en las zonas que tenía que cruzar para

volver a Francia, observaba cómo sus efectivos disminuían sistemáticamente, mientras que Prusia parecía tentada por la idea de sumarse a la coalición austro-rusa. El tiempo jugaba absolutamente a favor de los coaligados;, se trataba, pues, de provocarlos, de instarlos a aceptar el combate.

El talento estratégico de Napoleón quedó de manifiesto desde el primer momento: envió a Savary como emisario ante el zar Alejandro I, para proponerle un armisticio y una entrevista. Simultáneamente, sobre el terreno, hizo maniobrar con habilidad, no lejos de Kutuzov, a los cerca de 50.000 hombres de que disponía en aquel momento —es decir, menos de los dos tercios de las fuerzas aliadas— simulando un repliegue.

La trampa funcionó. Los coaligados rechazaron el armisticio.

Apoyándose en sus
90.000 hombres y en una motivación visiblemente mayor que la del enemigo, decidieron entablar un combate que, en su opinión, se presentaba con buenos augurios. Napoleón ordenó urgentemente la incorporación de los cuerpos de ejército que se habían quedado más atrás, especialmente el I Cuerpo de Bernadotte y el III

Cuerpo de Davout (estacionado en Viena), contando con llegar así a movilizar unos efectivos de 75.000 hombres.

A partir del 27 de noviembre, el plan del general austríaco Weirother, que consistía en desbordar el flanco izquierdo del ejército francés (al norte) y rodearlo con un movimiento envolvente que le impediría toda comunicación con su retaguardia, se puso en práctica. Los aliados, procedentes de Olmütz (Olomouc), se dirigieron, pues, hacia el río Goldbach y el pueblo de Austerlitz. Napoleón, permanentemente informado de las maniobras aliadas, efectuadas al descubierto y de manera relativamente lenta, no hizo ningún movimiento, y hasta permitió que su adversario dominase las alturas de Pratzen. Finalmente, en la noche del 1 de diciembre, la meseta fue cercada por los aliados.

El emperador situó al grueso de sus fuerzas a su izquierda y puso por detrás al hábil mariscal Lannes, para que soportase el ataque principal del enemigo, que él preveía en ese sector. Mientras que una espesa niebla impedía a los aliados determinar la posición exacta de los franceses, los primeros pasaron a la ofensiva y tomaron las aldeas de Sokolnitz y Telnitz, defendidas con muy pocos efectivos, antes de perderlas y volver a conquistarlas. De todas maneras, las consecuencias de la operación fueron muy limitadas. Como contrapartida, a las ocho de la mañana atacaron por el sur, dejando así desguarnecida la meseta central. A esa hora se mantenía la táctica de envolver a los franceses en una maniobra de tenaza, empezando por aislarlos de Viena, de donde podían recibir refuerzos. En este teatro de operaciones, la desproporción de las fuerzas se puso de manifiesto en seguida. A la espera de los refuerzos del mariscal Davout —sobre quien descansaba una gran parte del plan de Napoleón—, los franceses se vieron obligados a luchar en la proporción de uno contra diez. El Pequeño Caporal, dándose cuenta de que el esfuerzo principal de los aliados se dirigía finalmente hacia el sur, decidió abandonar de inmediato su plan inicial de atacar en tenaza y optó por conquistar el centro de la meseta y, por consiguiente, introducir definitivamente una cuña entre los dos ejércitos aliados sin dejar de ofrecer resistencia por las alas.

A las ocho y media, Napoleón ordenó, pues, al II Cuerpo de Soult escalar las pendientes de Pratzen, que se iban quedando desguarnecidas a medida que los rusos abandonaban este enclave para dirigirse hacia el sur.

El avance francés no resultó fácil, pero los altos fueron finalmente alcanzados sin tener que lamentar demasiadas bajas. A lo largo de la mañana, y haciendo frente a una contraofensiva rusa, una carga fulminante de la caballería de la Guardia Imperial, al mando de Bessiéres, aseguró la conquista definitiva de la meseta. Aunque no fue decisiva en el cómputo global de la batalla, esta heroica carga contribuyó indiscutiblemente a reforzar la gloria y la leyenda de Austerlitz.

Hacia las nueve, los primeros regimientos de Davout llegaron al campo de batalla. Hasta media tarde, el más fino estratega de los mariscales de Napoleón contuvo *in extremis* los repetidos asaltos de Kutuzov, siempre en superioridad numérica. De hecho, la victoria obtenida por los franceses se debió en gran medida a la resistencia que ofreció Davout en el frente sur de la batalla.

En el norte, el príncipe y general ruso Bagration insistía denodadamente en atacar de frente a Lannes, pero éste, como buen táctico, y gracias al apoyo de la caballería de Murat, no cedió en ningún momento. Hacia las once, y aunque la batalla propiamente dicha apenas había comenzado, Napoleón tenía ya argumentos suficientes para creer en la victoria: los aliados habían quedado divididos, los refuerzos de Davout habían llegado a tiempo y los franceses controlaban ya las alturas.

Kutuzov no se equivocó al intentar recuperar la meseta de Pratzen. Pero Soult, sólidamente parapetado en aquel momento, se lo impidió. Durante toda la tarde se sucedieron desesperados intentos de Bagration al norte y de Kutuzov al sur de quebrantar las líneas francesas destacadas en la llanura.

Fue entonces cuando el mecanismo de la trampa dio su última vuelta de tuerca y anunció el desastre austro-ruso: a partir de las dos de la tarde, Napoleón se dedicó a bombardear, con su artillería dispuesta en los altos de la meseta, las lagunas heladas de Satschan por las que avanzaban las tropas rusas en su intento de quebrantar las líneas de Davout.

Miles de soldados perecieron ahogados en las aguas heladas, y otros muchos se desbandaron.

En el norte, Bagration, consciente de la derrota, interrumpió los ataques y retiró ordenadamente a sus 12.000 hombres del campo de batalla.

Por desgracia, el desastre estaba consumado: cuando el famoso sol de Austerlitz se puso, los austro-rusos habían dejado sobre el campo de batalla más de 15.000 muertos o heridos, 30.000 prisioneros, 180 cañones y 45 banderas. Los daños franceses ascendían a 13.000 muertos, 7.000 heridos y algunos cientos de prisioneros.

Desde el punto de vista político, la locura de Austerlitz habría de tener menor trascendencia en la victoria —de hecho las campañas de 1806 y 1807 fueron más decisivas— que del desastre que hubiera supuesto una derrota: Napoleón quizá hecho prisionero, 75.000 hombres probablemente muertos, o cautivos, o derrotados lejos de Francia, el final sin duda del joven Imperio...

En los ámbitos militar y estratégico, la batalla reveló, por el contrario, a un auténtico genio. Napoleón demostró su brillantez en varios aspectos: fue un excelente estratega, que —a base de simulacros— eligió el terreno y tendió a sus adversarios una trampa; un excelente táctico que, tras analizar perfectamente el terreno y estudiar las maniobras del rival, modificó su plan con sangre fría en el último minuto; un excelente líder, por último, que transmitió serenidad a sus soldados, supo enardecerlos y les

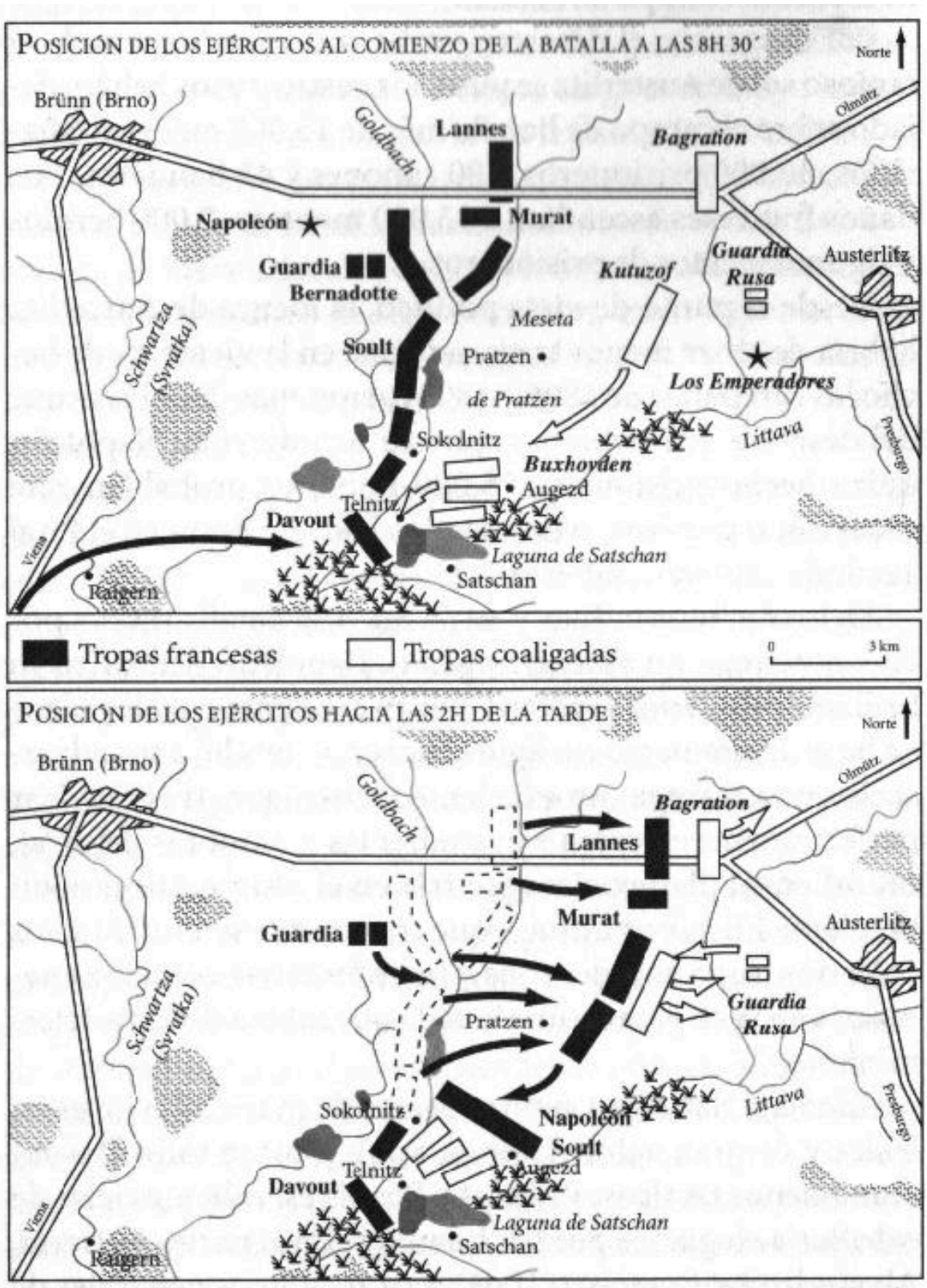
infundió la confianza necesaria en la víspera de una batalla que sabían difícil y determinante.

Además, Napoleón supo rodearse de mariscales jóvenes, leales y de gran valor: Lannes, Soult y sobre todo Davout eran buenos tácticos, y Murat y Bessiéres, valientes jefes de caballería elogiados por sus hombres. En la parte contraria, Alejandro I y Francisco II delegaron en unos generales de alta extracción, pero muy mediocres. Solamente Kutuzov, desde Austerlitz hasta el Berezina, intentó adaptar su estrategia a la de Napoleón.

Al conocer la naturaleza, la magnitud y las circunstancias del desastre de Austerlitz, el muy francófobo primer ministro inglés, Pitt, se equivocó muy poco cuando comentó a sus aliados: «¡Podéis guardar vuestras cartas de Estado Mayor durante diez años!...».

Bibliografía

CHANDLER, D., *Napoleon's Marshals*, Macmilan, Nueva York, 1986. LACHOUQUE, H., *Napoléon à Austerlitz*, Rencontres, Paris, 1961.
TULARD, J. (dir.), *Dictionnaire Napoléon,* Fayard, Paris, 1989.



Maniobra de Austerlitz

Jena y Auerstädt
(14 de octubre de 1806)

> Está rígida en su sepulcro y encerrada en sus piedras inertes —¿y de qué puede alegrarse aún una piedra inerte si no es de volver a convertirse en el lecho de un torrente?
>
> JULIEN GRACQ, *El mar de las Sirtes*.

La aplastante victoria francesa obtenida en Jena y en Auerstádt contra Prusia contribuyó a reforzar, tras la triunfal campaña de 1805, la reputación de gran estratega de Napoléon*. Sin embargo, el emperador no hizo gala en ellas del ingenio demostrado en Austerlitz* y, aunque dio muestras de pujanza, tuvo que agradecer su victoria final tanto a la impericia prusiana como al talento del más joven de sus mariscales. Jena tuvo su prolongación y remate en Auerstádt, una batalla injustamente olvidada.

Cuando Prusia, al invadir Sajonia en septiembre de 1806, entró en guerra en el seno de la Cuarta Coalición, sus aliados rusos e ingleses estaban convencidos de oponer a Napoleón un enorme poderío. El emperador no se dejó impresionar por la fama del ejército prusiano, atravesó Sajonia y se dirigió apresuradamente hacia los dos bloques que había formado el adversario y que comandaban, respectivamente, el príncipe de Hohenlohe y el general Rüchel, por una parte, y el mismísimo Federico-Guillermo y el duque de Brunswick, por otra. Sobre el papel, estas máximas autoridades prusianas disponían de 130.000 hombres frente a los 97.000 alineados por Napoleón. El 10 de octubre Lannes ya había aniquilado a un cuerpo de tropas prusianas en Saalfeld y había impedido la avanzada prusiana hacia el Rin.

Fiel a su táctica habitual, el emperador buscó el contacto frontal con su enemigo. Al frente de varias columnas autónomas, y avanzando a marchas forzadas, llegó hasta él y, antes de disponer sus fuerzas en orden de batalla, envió al norte dos cuerpos de tropa

al mando de Davout y Bernadotte, detrás de las líneas prusianas, con el fin de cortar su retirada hacia el Elba, ¡prevista antes incluso de que se rompiesen las hostilidades!

En la mañana del 14 de octubre, cada uno de los dos ejércitos formaban dos bloques bien definidos: Brunswick y Hohenlohe habían decidido desplegar ante las tropas de Napoleón una maniobra de tenaza. Una espesa niebla ocultaba el emplazamiento exacto de los adversarios; sin embargo, este factor meteorológico jugaba a favor de los franceses, ya que en realidad los prusianos no habían adoptado un posicionamiento concreto. El emperador, en cambio, había dispuesto a Lannes y a Ney en el centro, y a Augerau y a Soult en los flancos. En pocas horas, los prusianos, arrollados por las sucesivas oleadas de ataques franceses y por la artillería, que Napoleón había conseguido *in extremis* colocar sobre la meseta que dominaba la Saale, se vieron en serias dificultades y tuvieron que replegarse para reunirse con el grueso de sus tropas, que se había quedado atrás. Napoleón, en aquel instante,

pensaba que había repelido a la mayor parte del ejército enemigo, y decidió perseguirlo y acosarlo.

Pero, durante la noche, Davout advirtió que el cuerpo prusiano que se encontraba próximo a él superaba la magnitud inicialmente prevista. Frente a 70.000 prusianos, decidió —mientras que en Jena, unos 20 kilómetros más lejos, aún no habían comenzado a combatir— afrontar al poderoso adversario. Para ello hizo llamar a Bernadotte (que acampaba en un pueblo vecino) como refuerzo; pero éste rehusó intervenir. Así que Davout contaba sólo con sus tres divisiones (27.000 hombres).

Los prusianos, inicialmente dubitativos, se lanzaron sobre el ala derecha francesa, que, a las órdenes del general Gudin, presentó una formación en cuadros y consiguió resistir las cargas de la caballería de Blücher (el futuro covencedor de Waterloo*). El tiempo que se ganó con esta maniobra permitió a Davout reforzar sus alas: situó a Friant a su derecha y a Morand a su izquierda. A esa gran resistencia que opuso frente a la superioridad numérica rival, añadió una buena utilización de la artillería, concentrada en sectores concretos ocupados por el enemigo, el cual, al final de la mañana, optó por replegarse ordenadamente, en espera de que llegasen los refuerzos de Jena.

Las fuerzas de Davout eran demasiado exiguas y estaban demasiado agotadas para perseguir a los prusianos. Pero el plan arriesgado y sutil de este mariscal de treinta y cuatro años estaba bien trazado: hacia las 12 horas, los combatientes de Auerstádt, en pleno repliegue, contemplaron la llegada al campo de batalla, no de refuerzos, sino por el contrario de las tropas de Hohenlohe que se batían en retirada ante Napoleón. Fue un golpe certero a su moral, lo que, sumado a la creciente inferioridad numérica, acabó convirtiendo, a la caída de la tarde, el doble repliegue prusiano en una indiscutible derrota. Durante toda la noche del día 15 y la mañana siguiente, Napoleón se dedicó a explotar su victoria persiguiendo a los prusianos a campo través.

El balance se cifró en 12.000 muertos o heridos por parte francesa y en 27.000 muertos o heridos y 25.000 prisioneros del lado prusiano (entre ellos, Cari von Clausewitz*).

Como epílogo del enfrentamiento, el 16 de octubre la caballería de Murat aplastó en Erfurt a los 10.000 supervivientes de Jena y Auerstádt, y en las semanas siguientes se rindieron también más de 30.000 soldados prusianos. El ejército prusiano ya no existía.

La lección que se extrajo de la batalla fue doble en cada campo. Por el lado prusiano, el mando se había mostrado dubitativo y poco preciso (Brunswick, cuya mediocridad táctica había quedado de manifiesto ya en Valmy, catorce años antes, cayó mortalmente herido) y sobre todo se había aferrado a una disposición anticuada de las tropas; Napoleón imponía la rapidez y la movilidad en detrimento de su formación compacta, mientras que los prusianos seguían avanzando lentamente y en filas apretadas.

Por el lado francés, el emperador supo, como de costumbre, abalanzarse en columnas autónomas sobre una presa pesada y, sobre todo, concentrar su fuerza de choque (caballería, artillería) en un sector del enemigo al que juzgaba débil. Añadamos que la mejor iniciativa del emperador fue la de enviar dos cuerpos de tropa tras el enemigo en previsión de su repliegue.

Pero hay que insistir una vez más en su inteligencia a la hora de elegir a sus subalternos. En Jena y en Auerstádt, Napoleón reunió a varios de sus mejores mariscales: Lannes, Davout, Bernadotte, Augereau; Suchet estaba presente, pero no intervino. Davout se reveló, con diferencia, el mejor táctico de todos ellos. En

Auerstádt demostró tanta agudeza como audacia, al emprender una maniobra que en ciertos aspectos recordaba a la de Austerlitz y, en definitiva, al brindar a su emperador una victoria definitiva e inapelable. Sin duda, esto explica que Napoleón, celoso de su reputación y reivindicando la exclusiva del talento estratégico, impusiera en la conciencia colectiva el recuerdo de la batalla de Jena en detrimento de la de Auerstádt.

Las consecuencias militares y políticas de Jena y Auerstádt fueron considerables, más profundas sin duda que las que se derivaron de Austerlitz.

Militarmente, el ejército prusiano se hundió en menos de dos días. En Prusia, la humillación y la estupefacción fueron tanto más profundas cuanto que, desde tiempos de Federico el Grande*, el ejército se había convertido en una verdadera institución, en la base de una identidad nacional en construcción. Varios decenios después de sus éxitos en la Guerra de los Siete Años, y tanto en Prusia como más allá de sus fronteras, al ejército prusiano se le consideraba temible. En realidad, su Estado Mayor, que había ido envejeciendo, vivía aferrado a las glorias del pasado.

Sin embargo, la lección de Jena fue, a corto plazo, comprendida y asimilada. Después de la caída de Napoleón I, y una vez que Berlín recuperó su soberanía, el ejército prusiano fue reformado en profundidad. Tanto Clausewitz como Moltke o Bismarck extrajeron un buen número de conclusiones de la lógica derrota de 1806. Por lo demás, durante todo el siglo XIX el ejército prusiano fue sin duda el más innovador en materia de táctica y estrategia; las victorias de Sadowa* (1866) contra Austria y de Sedán* (1870) contra Francia así lo atestiguan.

Desde el punto de vista político, Jena y Auerstádt convirtieron inmediatamente a Prusia en una entidad política parcelada y sin soberanía, ocupada y dividida por Napoleón. De esta humillación nacieron una francofobia duradera y una tenaz esperanza de revancha, que fueron satisfechas en el Congreso de Viena de 1815, donde Prusia demostró ser sin duda el más severo de todos los países coaligados frente a la Francia vencida.

Para Napoleón, la campaña de 1806 fue la última que le brindó victorias rápidas, decisivas y relativamente «poco» costosas en

hombres. A partir de 1807 cada campaña napoleónica se llevó por delante a decenas de miles de bajas sin que ello sirviera además para imponer una paz duradera a los enemigos vencidos.

Bibliografía

CARMIGNIANI, J.-C. y TRANIÉ, J., *La Campagne de Prusse,* Lavauzelle, Panazol, 1984. CLAUSEWITZ, C. VON, *Notes sur la Prusse dans sa grande catastrophe 1806*, Champ Libre, Paris, 1976.

HOUSSAYE, H., *Iléna et la campagne de 1806*, Giovanangeli, Paris, 1991.

TULARD, J. y GARROS, L., *L'tinéraire de Napoléon au jour le jour*, Tallandier, Paris, 1982.

Waterloo
(18 de junio de 1815)

> Quien sabe librar una batalla consigue hacerse perdonar todas las faltas que pueden haber enturbiado antes su conducta militar [...]. Una victoria destruye el efecto de las peores operaciones y una derrota hace abortar los planes más sabiamente concertados.
>
> NICOLÁS MAQUIAVELO, *El arte de la guerra*.

Apenas tres meses después de su retorno triunfal de la isla de Elba, Napoleón* no sólo consiguió atraerse a una parte importante del pueblo y de las elites francesas —y ello a pesar de diez años de guerra permanente—, sino también volver a hacer frente con éxito a una nueva coalición europea. Primero cerca de Charleroi y después en Ligny, prusianos y británicos fueron arrollados. Sin embargo, como las misiones de Grouchy y Vandamme fracasaron, el enemigo pudo retroceder sin llegar a ser aplastado, como pretendía Napoleón.

Grouchy recibió entonces la orden de perseguir y alejar a los prusianos con 33.000 hombres, mientras que el grueso de las fuerzas francesas, constituido por 74.000 soldados, se ocupaba de los ingleses. Fiel a su estrategia, Napoleón pretendía abatir sucesivamente a ambos, uno después de otro, con más razón en esta ocasión, en que intuía que ingleses y prusianos no iban a conseguir entenderse.

Cuando el emperador, en la mañana del 18 de junio, entró por fin en contacto con las tropas inglesas, integradas por hombres y dirigidas personalmente por Wellington*, éste las había parapetado sólidamente en varias líneas de infantería en la meseta del Mont-Saint-Jean y más abajo, en las espaciosas granjas de Papelotte, la Haye-Sainte y Hougoumont.

Napoleón en un principio dudó en lanzar su infantería; el terreno estaba empapado, las granjas habían sido fortificadas y el centro de las líneas inglesas parecía inexpugnable. Así que decidió simular un ataque contra el ala derecha inglesa para desguarnecer su centro, con el fin de atacarlo mejor y desarticular así —un poco como en Austerlitz*, diez años antes— el ejército enemigo. Hacia las doce, la artillería de la Guardia Imperial retumbó y las tropas de Jéróme lanzaron su ofensiva. Demasiado lejos, demasiado fuerte. El hermano de Bonaparte no entendió que se trataba de un simulacro, de una maniobra de despiste. Las bajas francesas fueron demasiado cuantiosas para tratarse simplemente de un objetivo secundario.

A la una de la tarde, Napoleón observó desde la colina de Rossomme, donde había instalado su cuartel general, una nube de polvo, y pensó que llegaba Grouchy. Así que ordenó a Ney atacar el centro del dispositivo inglés a pesar del fracaso relativo del simulacro sobre Hougoumont. Las divisiones de Drouet d'Erlon se lanzaron al asalto y alcanzaron la Haye-Sainte, pero una vez más al precio de grandes bajas y sin conseguir mantener la posición; Ney, llevado de su ardor habitual, había olvidado los cañones...

La caballería inglesa y escocesa contraatacó, haciendo retroceder a los franceses. Había que volver a empezar. La batalla se prolongaba ya tres horas, los franceses sumaban varios miles de muertos y heridos y la situación no había cambiado de forma significativa. A las tres y media, Ney lanzó un nuevo ataque, volvió a ocupar la Haye-Sainte y de nuevo se vio en serias dificultades para defender la posición; los caballos estaban extenuados por las sucesivas cargas, al igual que los hombres, abatidos por la infantería inglesa y las cargas oblicuas de caballería.

A partir de las cuatro y media, la situación parecía clara: fueron los prusianos al mando de Blücher los que se acercaron al campo de batalla por el ala derecha francesa, en Plancenoit, mientras que Grouchy estaba en paradero desconocido, quizá porque no había interpretado correctamente las órdenes de Napoleón.

Desde ese momento el tiempo empezaba a jugar en contra, y sólo un hundimiento del centro inglés podía evitar la derrota. Sin dar tregua, los franceses se lanzaron de nuevo a la carga, e incluso consiguieron arrebatar la Haye-Sainte al enemigo, que tuvo que retroceder en algunos puntos. Pero los cuadros de infantería formados por Wellington resistieron todos los asaltos.

El emperador, obligado a repartir sus tropas en dos frentes bastante desiguales, envió a la Joven Guardia a contener a Blücher en Plancenoit, mientras lanzaba inútilmente —ya demasiado tarde — a la Vieja Guardia contra el Mont-Saint-Jean. Cuando los franceses vieron retroceder (para la mayoría era una novedad) frente al Mont-Saint-Jean a la Vieja Guardia, ese cuerpo de elite sacrosanto, un brote de pánico se apoderó del ejército. Ahora les tocaba a los franceses constituir cuadros, pero era ya evidente que se combatía simplemente por honor. A partir de las siete y media, los escasos cuerpos cohesionados que aún quedaban en el ejército francés retrocedieron a todo lo ancho del campo de batalla; sólo los cuadros de la Guardia, intrépidos, se replegaron en orden, aunque asediados por la artillería y las cargas de la caballería enemiga, hacia la carretera de Rossomme. En aquel instante, Napoleón* se expuso temerariamente, al obstinarse en continuar una lucha desesperada en medio de sus hombres y de la metralla, sin duda

buscando en la muerte una salida gloriosa a tan humillante derrota. Pero tanto Ney como él abandonaron sanos y salvos el campo del honor; los aliados no persiguieron durante mucho tiempo a los vencidos. En cuanto a Grouchy, sin duda informado demasiado tarde de la suerte de la batalla que se había desarrollado a menos de 20 kilómetros de su campamento, optó por conducir con presteza a sus tropas de vuelta a Francia.

Por la noche, los franceses habían dejado 29.000 hombres sobre el campo de batalla, y los aliados, 23.000. Waterloo se reveló como una de las batallas más sangrientas de la era napoleónica. De regreso a París, y excepto los oficiales, sólo Davout y Carnot incitaron a Napoleón a defender París y continuar la lucha. Talleyrand y Fouché, aliados circunstanciales, se opusieron. En definitiva, el emperador abdicó por segunda vez y, tras intentar trasladarse a América, se rindió a los ingleses, que lo exiliaron a la isla de Santa Elena.

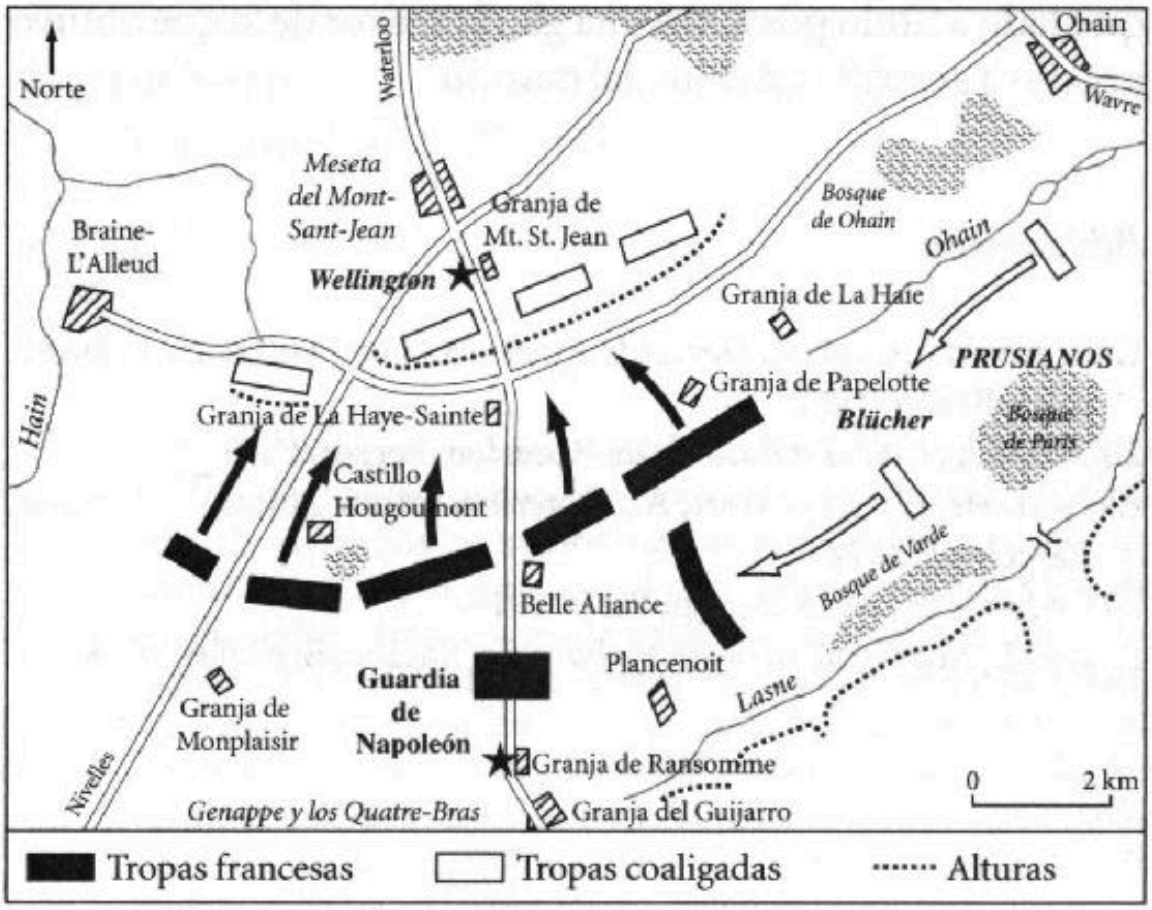
En Waterloo, Napoleón Bonaparte cometió sin duda tres errores que tuvieron graves consecuencias y que, en gran medida, revelaban un deterioro de su talento estratégico.

El primero fue de orden psicológico: subestimó la determinación de los coaligados a no deponer las armas hasta que estuviera militarmente neutralizado, sin condiciones. En 1812, un Napoleón en pleno apogeo todavía podía contar con algunas alianzas y/o neutralidades, aunque fueran efímeras. Tres años más tarde, ya no tenía ninguna posibilidad.

El segundo error se refiere a la elección de sus subalternos. Como Lannes, Poniatowski y Bessiéres habían muerto, Bernadotte se había pasado al enemigo y

Murat permanecía en su reino napolitano, Napoleón, tras descartar a mariscales experimentados como Augereau, Berthier, Marmont y Victor, se rodeó de generales menos curtidos o de tácticos mediocres, como Vandamme y sobre todo Jerónimo Bonaparte. Es cierto que contaba con Ney, incorporado recientemente. Pero, a pesar de su excepcional capacidad para conducir a sus hombres, «el león» no sobresalía por su sentido de la estrategia. Tampoco pudo contar sobre el terreno con Davout, que sí era un auténtico estratega, porque en aquel momento estaba destinado en el Ministerio de la Guerra.

El tercer error, estrictamente militar y vinculado al desarrollo de la batalla de Waterloo, hace referencia a las opciones tácticas de Napoleón. Primero, atacar de frente, en terreno empapado y con el enemigo fuertemente parapetado en una meseta, era una temeridad. Igualmente peligrosa fue la disposición de los hombres «a la macedónica», es decir, en formaciones de 200 sobre 60, muy expuestas al tiro graneado de la infantería británica, situada a cubierto y en alto. Por último, Napoleón tardó mucho en decidirse a enviar a la Guardia Imperial para apoyar los ataques de Ney y de Drouet d'Erlon; cuando ésta intervino era ya demasiado tarde, y el ala derecha tuvo que retroceder ante el fuerte empuje prusiano.



La batalla de Waterloo a primera hora de la tarde (llegada de los prusianos)

Hay dos preguntas, obsesivas y quizá dolorosas para los defensores más recalcitrantes del emperador, que siguen dividiendo a los historiadores y atormentando a los apasionados de la epopeya napoleónica: la primera es si la batalla de Waterloo se habría ganado si Grouchy se hubiera incorporado o, al menos, hubiese impedido a Blücher intervenir; y la segunda, si una victoria en Waterloo habría modificado el curso de los acontecimientos, especialmente la caída inmediata y definitiva de Napoleón I. Y aunque, desde luego, es imposible cambiar la historia, al menos podemos aportar algunos argumentos para intentar darles respuesta.

Teniendo en cuenta la indecisión en que estaba sumida la batalla hasta la llegada de Blücher, existe una base fundada para pensar que la victoria de Waterloo podría haberse inclinado del lado francés. A pesar de la valentía y del espíritu guerrero de Wellington*, los belgas y holandeses destacados en su ala derecha habían flaqueado repetidas veces, y no se puede asegurar que las sucesivas cargas de los franceses —animadas por Grouchy desde lejos— no hubieran podido minar a la vez la moral y el poderoso dispositivo de los ingleses.

Sin embargo, una victoria en Waterloo, incluso si hubiera sido aplastante, apenas habría modificado el curso de las cosas; cuando la batalla estaba en su mayor apogeo, ingleses, rusos, prusianos, austríacos y otros aliados sumaban ya un total de 300.000 hombres dispuestos en todos los frentes. En aquel momento, Napoleón ya no disponía, ni siquiera en Francia, ni del crédito ni del apoyo que lo sostenían antes del desastre ruso de 1812. A una victoria en Waterloo quizá le habrían seguido otros éxitos, pero probablemente no un futuro político. Tampoco es seguro que, si en lugar de anquilosarse durante seis años en Santa Elena, Napoleón hubiera caído herido de muerte en el campo del honor, hubiera conquistado a título póstumo una gloria mayor de la que obtuvo gracias a su exilio en el fin del mundo.

Bibliografía

CLAUSEWITZ, C. VON, *Der feldzugvon 1815 in Frankreich*, F. Diimmier, Berlín, 1862. DAMMAME, J.-C., *La Bataille de Waterloo,* Perrin, Paris, 1999.
ERCKMANN E., CHATRIAN, A., *Waterloo,* Editorial Ramón Sopena, Barcelona, 1974. HOUSSAYE, H., *1815,* Perrin, Paris, 1917.
LOGIE, J., *Napoléon, la dernière bataille*, Racine, Bruselas, 1998.

Gettysburg
(1-3 de julio de 1863)

> Hace ochenta y siete años nuestros padres dieron a luz en este continente una nueva nación, concebida en libertad y fiel a la idea de que todos los hombres nacen iguales. Hoy estamos inmersos en una gran guerra civil para determinar si esta nación —o cualquier otra nación así concebida y consagrada como tal— puede mantenerse. Nos hallamos en un gran campo de batalla de esta guerra. Nos reunimos para dedicarle una parcela, como último campo de reposo, a quienes han entregado su vida para que la nación pueda perdurar. [...] El mundo prestará poca atención a lo que decimos aquí y apenas lo recordará, pero jamás olvidará lo que unos valientes han hecho en este lugar.
>
> ABRAHAM LINCOLN, *Discurso en el cementerio de Gettysburg,* 1863.

El enfrentamiento de Gettysburg fue, con mucho, el más sangriento de la Guerra de Secesión estadounidense (1861-1865), que ya de por sí fue tremendamente destructiva y costosa en hombres. Esta victoria nordista, importante, pero no tan determinante para el desarrollo de los acontecimientos como en un principio pareció, fue además ejemplo de un tipo de guerra nuevo por la amplitud de los medios puestos en juego: cientos de miles de combatientes de una y otra parte, gigantescos espacios y utilización por primera vez del ferrocarril y del telégrafo. En ciertos aspectos, la Guerra de Secesión fue un anticipo de las guerras mundiales del siglo XX.

El general Robert Lee, al frente del ejército confederado (sudista), compuesto por 75.000 hombres, inició una marcha que debía conducirle a Washington y, en definitiva, a controlar una parte de los estados de la Unión. Para interceptarle la ruta del norte, intervino el ejército del Potomac, bajo el mando del unionista George Meade, integrado por hombres. Por falta de información sobre la situación exacta del adversario, ninguno de los dos jefes tenía trazado un plan estratégico concreto cuando los primeros destacamentos de sus respectivos ejércitos entraron en

contacto en la mañana del 1 de julio. Sin duda, Lee hubiera preferido romper filas inmediatamente con objeto de organizarse y elegir el terreno; sin embargo, decidió entablar combate. En vez de seguir la recomendación de su subordinado, el general Longstreet, que aconsejaba rodearlas alturas controladas por los nordistas y situarse entre ellos y Washington, prefirió el enfrentamiento directo.

Lee, un táctico de talento que se sabía provisionalmente en superioridad numérica (unos 25.000 hombres frente a de Meade), decidió atacar al adversario por el valle de Shenandoah y logró concentrar a sus tres cuerpos de ejército en las tres colinas que habían sido rápidamente controladas por la Unión: Cemetery Hill y Culp's Hill (los flancos nordistas) y Cemetery Ridge (su centro). En un primer momento, los confederados avanzaron y obligaron a las tropas de Meade a adoptar una posición estrictamente defensiva. El cambio de posición de un oficial nordista, que intentó situarse en un punto más alto, permitió incluso abrir una brecha. Los

nordistas, pagando un alto precio en pérdidas humanas y haciendo gala de una resistencia encarnizada, lograron hacer retroceder al enemigo. La brecha quedó cerrada.

A la mañana siguiente, 2 de julio, los combates se reanudaron con una intensidad inusitada. Lee, que temía la llegada inminente de refuerzos nordistas, intentó expulsar a Meade de las tres colinas, por entonces ya fortificadas. Durante toda la jornada, los confederados realizaron brutales asaltos de infantería. En varios momentos los nordistas parecieron a punto de ceder, pero el avance sudista nunca consiguió ser determinante. Por añadidura, a partir de entonces las filas nordistas fueron asistidas regularmente por refuerzos, lo que les permitió compensar las pérdidas. Lee, por su parte, sólo disponía de sus tropas.

El 3 de julio decidió hundir el centro enemigo —Cemetery Ridge— y librar el combate decisivo. Considerando, con mucha razón, que Meade había dejado casi desguarnecido su centro para repeler los sucesivos asaltos sudistas por sus flancos, Lee concentró toda su artillería (más de 150 cañones) y ordenó un cañoneo intensivo sobre las líneas enemigas situadas más arriba. El bombardeo duró varias horas, durante las cuales las piezas de artillería nordistas dieron la réplica, aunque sin causar excesivos daños, porque Lee había destacado a su infantería en un bosque.

En unos instantes, los cañones nordistas comenzaron a espaciar sus tiros, para luego acallarse casi por completo. El general confederado pensó entonces que había minado las defensas enemigas y lanzó al asalto de la cima de la colina a varios miles de hombres. La trampa de Meade había funcionado: había hecho callar a su artillería para confundir a Lee en cuanto al número y disposición de sus tropas —todavía peligrosas— situadas en Cemetery Ridge. Los soldados de la Unión, perfectamente camuflados entre los trigales y con un ángulo de visión inmejorable, esperaron a que los sudistas se pusieran a tiro para provocar en sus filas una auténtica matanza. Prácticamente ningún confederado regresó de esa funesta carga: los escasos soldados que lograron alcanzar la cumbre de la colina fueron abatidos allí mismo o hechos prisioneros. Esta vez Lee tuvo que admitir la derrota y

abandonar el campo de batalla. Sin embargo, los nordistas, agotados, renunciaron a perseguir a Lee, que abandonó el combate ordenadamente.

El balance humano de la batalla resultó terriblemente duro: 23.000 muertos y heridos en el ejército nordista del Potomac; 28.000 en el de Virginia, esto es, un tercio de los efectivos del ejército confederado. Sin embargo, la derrota sudista, inapelable y vergonzosa, no fue decisiva, ya que Lee y los generales sudistas resistieron aún dos años más. De todas formas, Gettysburg supuso el final de toda esperanza de invasión del norte, más si tenemos en cuenta que el mismo día (y el siguiente) tuvo lugar otra batalla de gran magnitud a orillas del Mississippi, en la que el generalísimo nordista Ulysses Grant venció a John Pemberton, después de un largo y cruento asedio del puerto estratégico de Vicksburg.

Bibliografía

FULLER, J. F. C., *Decisive Battles of the USA*, Da Capo Press, Nueva York, 1994. HOWARD, M., *La Guerre dans l'histoire de l'Occident,* Fayard, París, 1988.

KENNER, D., *Gettysburg*, Éditions du Rocher, 1995.

KENNETT, L., *Gettysburg, 1864. Le tournant de la guerre de Sécession*, Economica, París, 1997.

Sadowa
(3 de julio de 1866)

> La victoria decisiva por las armas es el acto más importante en la guerra. Sólo la victoria rompe la voluntad del adversario y lo obliga a someterse. No es en modo alguno la ocupación de una parte del territorio ni la conquista de una plaza fuerte lo que, en principio, será decisivo, sino solamente la destrucción de las fuerzas enemigas. Esta destrucción es pues el objetivo principal de las operaciones.
>
> HELMUTH VON MOLTKE, *Curso en la Escuela de guerra*.

De acuerdo con sus planes geopolíticos, el principal de los cuales consistía en conseguir la unificación de todos los Estados y regiones de lengua germánica, el canciller prusiano Otto von Bismarck fomentó y obtuvo un rebrote de la tensión con Austria, después de asegurarse, en 1863 y 1864, la neutralidad tanto de Moscú como de París. Las iniciativas bélicas de Berlín (exclusión de Austria de la Confederación Germánica, anexión de Holstein...) fueron rechazadas por Viena, y, en abril de 1866, el conflicto degeneró en guerra abierta.

El ejército prusiano estaba bajo el mando de Helmuth von Moltke, un excelente estratega, discípulo (y antiguo alumno) de Cari von Clausewitz*, adepto a los principios napoleónicos referentes al alistamiento, la concentración y la extrema movilidad de las fuerzas y el cerco y aniquilamiento del adversario. El futuro vencedor de Sedán* buscó la ofensiva a cualquier precio: disponía de varias vías de ferrocarril para el desplazamiento de víveres y tropas, del telégrafo para agilizar las comunicaciones, y contaba también con un material de tiro excelente, en especial los fusiles de aguja Dreyse, recargables en el suelo, y las piezas de artillería de cañón rayado de acero Krupp.

Frente a Von Moltke, el clarividente y talentoso general austríaco Ludwig von Benedek disponía aproximadamente de tantos hombres como el enemigo, 209.000 contra 216.000, pero su

ejército era más heterogéneo, y estaba provisto fundamentalmente de aliados sajones de dudosa fiabilidad. Era sobre todo consciente, tras haber sufrido varios reveses menores en la primavera, de su inferioridad armamentística. Por consiguiente, Benedek trataba de ganar una batalla de tipo defensivo sin dejar en manos de su enemigo ni la elección del terreno ni la iniciativa. Y lo consiguió sobradamente. Ante la inminente llegada de las tropas prusianas, reagrupadas en tres columnas, que se dirigían cruzando Bohemia al encuentro de su ejército, el generalísimo austríaco dispuso a sus efectivos en terreno alto y en las inmediaciones de una meseta que dominaba los ríos Elba y Weistritz (Silesia). Sus 650 cañones estaban asentados en lo alto de la meseta, y los puentes cercanos sobre ambos ríos habían sido destruidos con el fin de ralentizar y obstaculizar el avance prusiano.

Cuando descubrió la posición austríaca, el 2 de julio por la noche, Von Moltke trazó un plan complejo y minucioso: el I Ejército del príncipe Federico-Carlos se encargaría de arremeter contra el centro enemigo parapetado en las alturas, mientras

que sus otros dos cuerpos de tropa se dedicarían a rodear los flancos austríacos para impedir a Benedek replegarse detrás del Elba. Una vez cumplida su misión, el I Ejército vendría a reforzar la presión de las tropas en los flancos para aplastar al ejército austríaco.

Sin embargo, un primer imprevisto vino a obstaculizar el plan prusiano: un problema de transmisión telegráfica provocó una confusión en el momento del ataque. La ofensiva, casi cronometrada, llevaba por tanto cierto retraso, circunstancia que aprovechó el Estado Mayor austríaco para reforzar sus posiciones. Segundo imprevisto: en el amanecer del 3 de julio, cuando por fin la infantería y la caballería prusianas cargaron sobre el centro austríaco, resultaron muy duramente castigadas por una resistencia encarnizada, eficazmente apoyada por la artillería. Pero Benedek no supo aprovechar este revés prusiano; tras mostrarse en un principio indeciso, optó finalmente por un avance conjunto del frente con vistas a una contraofensiva. Y así, por una parte exponía su centro a la artillería enemiga y por otra hacía aún más vulnerables unos flancos que en aquel momento desconocía que estaban siendo atacados de costado.

Al entender la maniobra prusiana, Benedek decidió reagrupar sus fuerzas e hizo que el centro recuperase su posición inicial. Ahora bien, una maniobra semejante en plena batalla impedía continuar simultáneamente los combates, lo que permitió al I Ejército prusiano avanzar sin sufrir demasiadas pérdidas. A primera hora de la tarde, el ala derecha austríaca sucumbió ante el empuje prusiano, y hacia las tres le tocó al contingente sajón emprender la huida. Sin perder su sangre fría, el jefe austríaco ordenó entonces el repliegue general detrás del Elba. En principio, el plan prusiano debía hacer fracasar esta maniobra; pero sus dudas iniciales, y sobre todo la disciplina y la abnegación de dos cuerpos de ejército austríacos, permitieron al grueso de las fuerzas de Benedek cruzar el río y volver a su refugio.

Aunque Von Moltke había visto fracasar su plan de aplastamiento total, la victoria prusiana era indiscutible, dada la considerable diferencia entre ambos contendientes: los prusianos

sumaron 9.000 muertos o heridos contra los 21.000 heridos o muertos y los 22.000 prisioneros de los austríacos.

En el plano militar, la innovación técnica, la concentración de fuerzas y armas y una gran movilidad habían dado resultado. Cuatro años más tarde, el mismo Von Moltke venció a los franceses con similares argumentos.

De todas maneras, la victoria de Sadowa y la posterior de Sedán* condujeron a un inmovilismo del pensamiento estratégico alemán hasta la Primera Guerra Mundial. Conviene añadir que la batalla de Sadowa ha pasado ya a la historia por ser la mayor intervención de todo el siglo XIX teniendo en cuenta la proporción entre los gigantescos efectivos desplegados (cerca de 430.000 hombres en total) y la exigüidad del campo de batalla (menos de 50 kilómetros cuadrados).

En los ámbitos estratégico y diplomático, la derrota austríaca no habría sido determinante si París hubiese respondido al llamamiento del emperador Francisco José desde el día siguiente del enfrentamiento. Pero Napoleón III se negó a intervenir militarmente en el Rin. Fue un error: la inacción francesa obligó a Viena a pedir una paz que tendría tres consecuencias funestas para Francia: en primer lugar, la paz austro-prusiana de Praga permitió a Prusia acrecentar considerablemente su potencial en hombres y en territorios (continuidad territorial, Hannover, Hesse y Francfort anexionados, etcétera); en segundo lugar, Bismarck, que a partir de ese momento tenía la neutralidad asegurada por el este (Rusia) y el sur, podía arremeter contra Francia; por último, a más largo plazo, el carácter deliberadamente magnánimo —y no demasiado humillante para la Austria vencida— del tratado nacido de Sadowa dio lugar a un acercamiento, que después se tradujo en una

verdadera alianza entre Viena y Berlín en los decenios siguientes, y que se mantuvo hasta la Triple Alianza de 1914-1918.

Bibliografía

BUCHOLZ, M., *Moltke, Schlieffen and Prussian War Planning*, Berg, Oxford, 1991. FULLER, J. F. C., *La dirección de la guerra*. Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, Madrid, 1984.

Sedán
(2 de septiembre de 1870)

> Si la guerra tuviera que durar un año, no tendríamos ni para comprar un botón de polaina.
>
> General Leboeuf, ministro de la Guerra, a Napoleón III [en SERRMAN, W. y BERTAUD, J-R., *Nouvelle histoire militaire de la France].*

El 19 de julio de 1870, tras caer en una trampa diplomática tendida por el canciller Otto von Bismarck, Napoleón III declaró la guerra a Prusia.

Sin embargo, la falta de preparación francesa era total: en el terreno diplomático, los aliados eventuales de París —Londres y Roma— no habían dado ninguna garantía al emperador (y, en efecto, se mantuvieron neutrales) y, en el plano militar, la movilización ni siquiera había terminado cuando la guerra se declaró tan súbitamente. El sobrino de Napoleón I* contaba con el fervor legendario que animó a los ejércitos de su famoso tío.

La única baza francesa —aunque no fue valorada— era tecnológica: el fusil Chassepot era muy superior a los modelos prusianos, y el primer prototipo de ametralladora (Reffeye) acababa de ponerse a punto en los talleres franceses. En la parte contraria, el ejército prusiano, por un lado, había sido objeto, durante los años precedentes, de una profunda remodelación organizativa y estratégica (efectuada entre 1860 y 1862) y de una preparación intensiva y, por otro, había superado la prueba de fuego contra Austria (en Sadowa*, en 1866).

La estrategia de Luis Napoleón Bonaparte se resumía en una amplia ofensiva general, pero en orden disperso, destinada a sorprender al enemigo y a impresionar a sus recientes aliados bávaros y sajones. Mucho mejor preparado y más sutil, el plan del jefe del Estado Mayor prusiano, el mariscal Helmuth von Moltke, consistía a la vez en concentrar sus ataques sobre unos puntos

concretos del dispositivo francés, y en tomar París poniendo en práctica un amplio movimiento envolvente.

Los primeros enfrentamientos dieron ventaja a los prusianos y sus aliados, aunque, paradójicamente, la incoherencia primero del dispositivo y después del mando francés obligó a Von Moltke a modificar su plan en varias ocasiones. Después de que los franceses fueran vencidos en Wissembourg (4 de agosto), en Spicheren y en Froeschwiller (lugar de la célebre carga llamada «de Reichshoffen», el 6 de agosto), cerca de la frontera, los I y II ejércitos prusianos se enfrentaron al ejército del timorato mariscal Bazaine y le obligaron a parapetarse, el 16 de agosto, en lo alto de Saint-Privas en Gravelotte. Los prusianos, que en un primer momento fueron mantenidos a raya, lograron rodear la línea defensiva francesa por el norte, y Bazaine, temiendo un desastre, cometió el incomprensible error de refugiarse en Metz, que fue inmediatamente sitiada.

A esas alturas de la guerra, únicamente una parte de las fuerzas francesas había sido reclutada, y sólo pequeñas zonas del territorio habían sido ocupadas. Von

Moltke, por su parte, tuvo que hacer frente a algunas eventualidades y desajustes en el seno de su Estado Mayor. Pero la impericia imperial francesa alcanzó en las últimas semanas de agosto unas cotas sin precedentes, abortando definitivamente toda posibilidad de cambiar la situación.

El día 19, el mariscal Mac-Mahon reorganizó apresuradamente en Châlons tres cuerpos de ejército integrados por hombres, 10.000 caballos y 400 cañones, con objeto de auxiliar a Bazaine. En sí, se trataba de una fuerza considerable, pero su falta de cohesión era alarmante, al estar integrada por elementos dispersos procedentes de otros cuerpos de ejército derrotados en las fronteras o recientemente incorporados. Pero lo más evidente era que los mandos parecían novatos y no fueron capaces de trazar ningún plan definido y factible; el emperador deseaba defender París, pero no conseguía imponer sus criterios a Mac-Mahon, quien, por el contrario, recomendaba ganar Reims. En definitiva, ningún jefe militar era capaz de imponer su criterio ni ante sus hombres ni ante los demás comandantes en jefe.

Por su parte, Von Moltke decidió dividir sus tropas, aplazando repentinamente la gran ofensiva inicial sobre París, y alcanzar a Mac-Mahon. Lo consiguió el 29 de agosto, debido a la lentitud francesa: órdenes y contraórdenes procedentes de París (donde la emperatriz Eugenia militaba muy activamente en favor de la ofensiva a ultranza para salvar el régimen imperial de la impopularidad) provocaron retrasos y desmoralización entre las tropas. A eso había que añadir un avituallamiento ferroviario menos eficaz que el dispuesto por el enemigo.

Los franceses cruzaron el Mosa, pero sufrieron un elevado número de muertos y de prisioneros durante la escaramuza de Beaumont. En estas condiciones, Mac-Mahon renunció a continuar camino hasta Metz y ordenó un repliegue en las inmediaciones de Sedán, entre el Mosa y los ríos Floing y Givonne. La elección del terreno fue un evidente error táctico, pues su exigua configuración impedía realizar grandes maniobras.

En la mañana del 1 de septiembre, el ejército francés se encontraba sólidamente parapetado en el reducto del norte de Sedán, y un primer asalto bávaro fracasó frente a la infantería de

marina. Pero a las siete, Mac-Mahon resultó herido por el estallido de un obús y cedió el mando al general Alexandre Ducrot. Éste expuso inmediatamente sus reparos ante una disposición que, en su opinión, condenaba a sus tropas a la derrota y ordenó el repliegue sobre la meseta de Illy con el fin de poder acceder a la poderosa fortaleza de Méziéres.

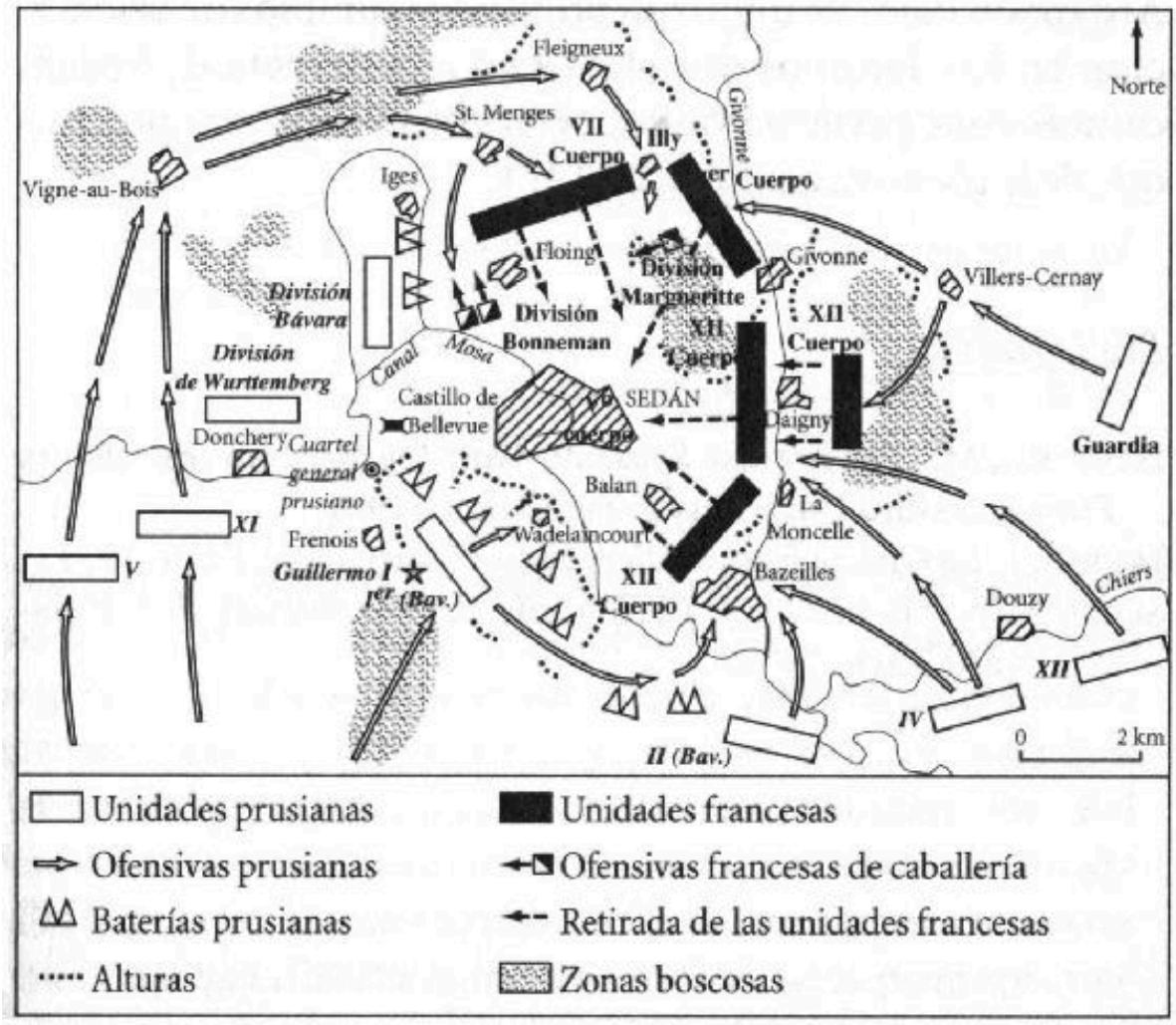
El movimiento se inició y, apenas treinta minutos después, una nueva contraorden sumió al ejército en la confusión. El general Emmanuel de Wimpffen, llegado directamente de París, traía una carta del ministro de la Guerra acreditando que, al no estar disponible Mac-Mahon, él mismo debía asumir el mando absoluto. Wimpffen, que ignoraba totalmente las características del terreno y las condiciones exactas del enfrentamiento en curso (le acababan de hacer venir de Orán), anuló la orden de repliegue de Ducrot e intentó un avance masivo en Bazeilles, al sudeste de la bolsa. Por desgracia, el tiempo perdido había permitido a los prusianos reforzar su tenaza alrededor de las posiciones francesas y la ofensiva se saldó con un fracaso y duras pérdidas. A primeras horas de la tarde, las alturas de Illy cayeron en manos del enemigo, a pesar de las sucesivas cargas de caballería lanzadas para abrir una brecha. Hacia las seis de la tarde toda esperanza resultaba vana, y el emperador, instigado por los generales a capitular, ofreció su rendición el 2 de septiembre a las once de la mañana.

El balance de la batalla de Sedán fue desastroso: mientras que prusianos y aliados habían perdido 9.000 hombres, los franceses declaraban la pérdida de 17.000 hombres, entre muertos y heridos, y de 21.000 prisioneros, a los que había que

añadir los 83.000 que quedaron neutralizados por la rendición. El 27 de octubre le tocó capitular al ejército de Metz. Bazaine, como consecuencia de su flagrante incapacidad durante toda la guerra, fue declarado culpable y condenado a varios años de presidio.

Sin embargo, nada era inevitable en un principio. De entrada, el Estado Mayor francés podía reunir tantos hombres como el enemigo y, si bien es cierto que ningún comandante francés destacó por su talento estratégico, fue únicamente el perspicaz oportunismo de Von Moltke, y no las cualidades de sus jefes de ejército (el *Kronprinz* o príncipe heredero, Von Steinmetz y el príncipe Federico-Carlos), lo que inclinó la balanza del lado prusiano.

Políticamente, el Segundo Imperio francés estaba decapitado: no sólo el jefe de Estado estaba cautivo (Napoleón III se exilió a Inglaterra), sino que además fue proclamada la República el 4 de septiembre, esto es, dos días después de la capitulación de Sedán.



Cerco de Sedán por los prusianos

No obstante, se olvida que tuvo lugar una segunda campaña, más sangrienta y difícil para los prusianos que la primera, marcada por una serie sucesiva de errores y

de incoherencias por parte francesa. El gobierno republicano de defensa nacional, sobre todo por medio de hombres como Gambetta y Freycinet, consiguió enardecer a la población y reorganizar los restos del ejército que no habían podido llegar al frente a tiempo. A pesar de algunos éxitos importantes (Orleans el 9 de noviembre, Bapaume en enero de 1871, la resistencia de Belfort...), el gobierno tuvo que capitular finalmente el 28 de febrero. Alsacia y una parte de Lorena se perdieron, se impusieron durísimas reparaciones de guerra y el sangriento episodio de la Comuna de París, en la primavera de 1871, contribuyó a hacer aún más crítica la situación.

Como ocurre después de cualquier desastre militar, es posible también en este caso extraer algunas lecciones: en el seno del ejército francés —que descubrirá a Clausewitz* y a Ardant du Picq — se iniciaron profundos cambios de orientación en los decenios que siguieron a la derrota de Sedán, cambios que permitieron soportar con éxito el terrible choque de la ofensiva alemana en 1914.

Bibliografía

HOWARD, M., *The Franco-Prussian War*; *the Germán Invasion in France,* Oxford University Press, Oxford, 1981.
JAURÈS, J., *La Guerre franco-allemande*, Flammarion, París, 1971.
SERMAN, W. y BERTAUD, J.-P., *Nouvelle histoire militaire de la France*, Fayard, Paris, 1998.

Los Dardanelos
(marzo-diciembre de 1915)

> La acción de guerra reviste esencialmente un carácter de contingencia. El resultado que persigue depende del enemigo, y es extremadamente variable: el enemigo puede presentarse de mil maneras; dispone de medios cuyo verdadero alcance se desconoce; sus intenciones son susceptibles de seguir rumbos muy diferentes. Además, el terreno no es siempre el mismo; los acontecimientos llevan la acción a determinada región, y después la trasladan a otra; también el terreno en sí ofrece características de lo más diverso, según la dirección, la velocidad o la manera en que se emprende la acción. Los medios de los que dispone el mando no tienen valor absoluto: el rendimiento de las armas y la fuerza moral de las tropas varían amplísimamente en cada caso. Las condiciones atmosféricas ejercen una influencia inconstante. Los combatientes deben pues afrontar constantemente una situación nueva, y, al menos en parte, imprevista.
>
> CHARLES DE GAULLE, *El filo de la espada*.

Después de cuatro meses de guerra de movimientos en el frente occidental, para los aliados franceses, británicos y belgas resultaba evidente que el conflicto había derivado hacia una guerra de trincheras y que, por tanto, duraría más tiempo del previsto. En este contexto de estancamiento del frente ante un ejército alemán fuertemente equipado en artillería pesada, se analizó la posibilidad de emprender tanto una estrategia directa como una indirecta: la primera consistiría en ofensivas frontales (y terriblemente cruentas) destinadas a romper las líneas alemanas de manera definitiva, y la segunda tenía por objeto debilitar al eje austro-alemán en la periferia de Europa.

Esta lógica condujo a los británicos a poner sus miras en el Imperio otomano, cuya situación política interna estaba muy deteriorada; el hundimiento del Imperio turco permitiría, por una parte, ayudar a los rusos en el Cáucaso, que podrían así acentuar su presión en el frente oriental y prestar apoyo a los aliados en el oeste y, por otra, integrar en la Entente a los pequeños Estados

balcánicos neutrales (como Grecia) con el fin de proteger sus intereses en la ruta de la India y del petróleo, desde Suez hasta Adén y Mosul.

De acuerdo con estas directrices, el primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, propuso oficialmente un ataque sobre Constantinopla, cuyo objetivo sería debilitar las fuerzas y el prestigio del Imperio otomano, al tiempo que se impediría a los rusos —de momento aliados, pero quizá no en el futuro— disponer a su antojo de los estrechos (Bósforo y Dardanelos) que conducían hacia el Mediterráneo. A pesar de su coherencia geoestratégica, el plan fue rechazado no sólo por los generales en jefe británicos, French y Kitchener, sino también por el almirante francés Aubert y su jefe de Estado Mayor Joseph Joffre. Una operación de semejante envergadura, además de ser considerada demasiado arriesgada debido al poderoso dispositivo terrestre y marítimo turco que rodeaba el estrecho de los Dardanelos —redes de

minas, minas a la deriva, baterías pesadas instaladas en las orillas, etcétera—, también presentaba el inconveniente de abandonar peligrosamente el frente alemán.

Finalmente, el War Council, respaldado por París, decidió poner en marcha el proyecto, aunque reduciendo un tanto su alcance: se enviaría simplemente un cuerpo expedicionario poco numeroso, con el objetivo de expulsar a los otomanos de los Dardanelos y, solamente en caso de éxito, continuar adelante. El almirante Carden y el ministro Augagneur reunieron en febrero una poderosa flota franco-británica integrada por 54 barcos de guerra (14 de los cuales eran franceses), incluyendo acorazados, cazatorpederos y submarinos. Al mando de los almirantes Robeck y Guépratte, los dieciocho acorazados de esta flota consiguieron internarse en el estrecho de los Dardanelos. Una vez en el angosto canal, los navíos se vieron sometidos a un fuego de artillería sumamente violento, como resultado del cual en pocos minutos se hundieron tres barcos, tras ser alcanzados por obuses, un cuarto fue destrozado por una mina y se fue a pique inmediatamente, y algunos más sufrieron daños de diversa consideración.

La escuadra se replegó sobre la isla de Lemnos, alquilada a Grecia. Como Londres no podía permitirse un fracaso, el engranaje estaba dispuesto: se envió un cuerpo expedicionario compuesto por 80.000 hombres, que había sido reunido en Egipto, en abril, bajo el mando del general británico Hamilton. El día 25 unos cien navíos transportaron al cuerpo expedicionario desde Mudros (en Lemnos) hasta la península de Gallípoli. El desembarco debía efectuarse simultáneamente en tres puntos geográficos distintos: primero en el extremo de la orilla asiática de los Dardanelos, en Kumkale, como simple maniobra de diversión; después en el cabo Helles, en la punta de la península; y finalmente al norte de Gaba Tepe, frente a las alturas de Sari Bair. Una escuadra de 59 navíos permanecía próxima a los puntos de desembarco como apoyo logístico, sanitario y militar.

Por su parte, el general alemán Liman von Sanders, encargado por el gobierno turco de estructurar el ejército, había dispuesto nueve divisiones en Gallípoli y en los alrededores (una de las cuales estaba al mando de Mustafá Kemal, el futuro Atatürk), bien

parapetadas en los repliegues y asperezas del terreno y dotadas de un armamento moderno que incluía ametralladoras y cañones de campaña.

Desde un principio, el triple desembarco aliado se saldó con pérdidas exorbitantes: en Kumkale, la maniobra de diversión fracasó y las tropas coloniales francesas tuvieron que reembarcar rápidamente; en el cabo Helles, los franco-británicos se toparon con una resistencia turca encarnizada mientras las fuerzas de la ANZAC (australianos y neozelandeses) se quedaban atascadas en las playas y la llanura vecina ante un dispositivo defensivo muy bien asentado en las colinas. En dos semanas, y a costa de perder un tercio de los efectivos que iniciaron la campaña, los aliados habían avanzado apenas algunos kilómetros, y en otras ocasiones incluso menos. Así, entre el golfo de Saros y Gaba Tepe, las dos divisiones de la ANZAC ocuparon un espacio descubierto de poco más de tres kilómetros cuadrados entre el mar y los altos de Sari Bair, mientras que entre la bahía de Morto y el norte del cabo Helles los franco-británicos se aglutinaban en una franja de terreno aún menor.

Todos los intentos de penetración fracasaron, y los aliados se vieron obligados por la artillería enemiga, respaldada sin duda por la topografía, a sostener una guerra de posición, de trincheras, similar a la que prevalecía en el frente occidental. Sólo en el avance hacia la colina de Atchi-Baba (de 200 metros de altura), los aliados perdieron a unos 40.000 soldados, muertos o heridos, entre ellos el general Gouraud, al que hubo que amputarle un brazo. Y ni siquiera consiguieron coronar la cima de la colina. Pero en mayor medida que los tiros de la artillería y los (escasos) combates

directos fueron el calor sofocante y las enfermedades (paludismo, disentería...) los que contribuyeron a desesperar a un cuerpo expedicionario hacinado y de lo más variopinto, ocasionando importantes bajas. En mayo y junio, tanto en Londres como en París se asistió a una serie de dimisiones (la de Churchill fue la más sonada) y de sustituciones en cadena, con las que se saldaba el estrepitoso fracaso del cuerpo expedicionario enviado a los Dardanelos, el cual contaba en junio con 160.000 hombres, gracias a los refuerzos recibidos.

El 6 de agosto se realizó un último intento de abrir una brecha en el frente turco. Por la noche, 65.000 hombres, con el objetivo de apoderarse de los altos de Sari Bair y Anafarta, desembarcaron en la bahía de Suvla. La lucha se prolongó hasta el día 23 y se tradujo una vez más en un desastre: hombres quedaron fuera de combate tras conquistar un terreno de escasos kilómetros. La hecatombe de los Dardanelos, tanto en el seno de las tropas —que registró numerosos suicidios— como entre la alta oficialidad —Guépratte y Hamilton fueron sustituidos, D'Amade, Bailloud y Nicol (enfermo) consiguieron el traslado—, instó finalmente a Kitchener, a la sazón ministro británico de la Guerra, a proponer el abandono del teatro de operaciones. Entre el 10 de diciembre de 1915 y el 9 de enero de 1916 se procedió a la evacuación de la totalidad del cuerpo expedicionario aliado. Y, paradójicamente, ésta fue la única operación que en diez meses se desarrolló con éxito en este frente; a pesar de sufrir condiciones meteorológicas y militares muy desfavorables, la evacuación se llevó a cabo sin incidentes.

El balance global fue desastroso: 145.000 soldados murieron o fueron heridos, y unos 125.000 regresaron de los Dardanelos tan enfermos que no pudieron servir en otro frente. En cuanto a los supervivientes, parte de ellos fueron destinados a Grecia para apoyar al ejército serbio, que se encontraba en serias dificultades, y consiguieron algunos éxitos militares a pesar de combatir en condiciones duras, aunque no tan terribles como las sufridas en Gallipoli.

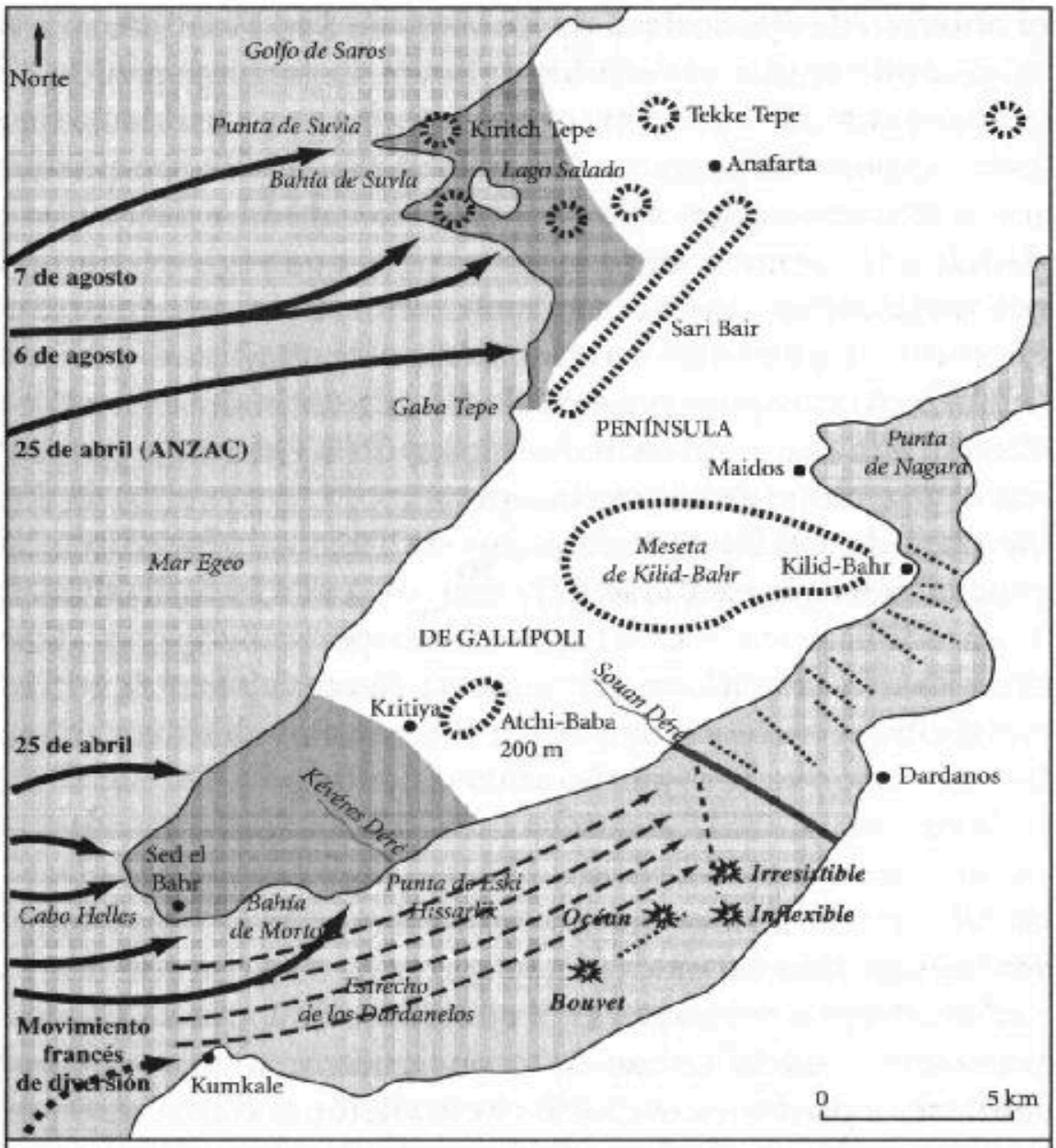
Desde el punto de vista estratégico, la decisión de atacar los Dardanelos revelaba una concepción muy realista de lo que estaba en juego en la guerra mundial. El principal error de los aliados fue

obstinarse en mantener a las tropas durante meses en un contexto geográfico sumamente desfavorable, además de subestimar la disciplina, combatividad y tenacidad de los turcos, así como su potencial armamentístico. Por añadidura, la artillería aliada, demasiado débil y demasiado dispersa, no pudo, contrariamente a lo que se esperaba, erigirse en una consistente fuerza de apoyo contra el eficaz dispositivo defensivo otomano. Por último, añadir que los turcos mantuvieron su superioridad numérica hasta el final de los combates; los refuerzos occidentales, que llegaron demasiado tarde, no pudieron destrozar sus defensas.

En suma, Londres tuvo que abordar otro flanco del Imperio otomano, el sur árabe, para conseguir asestar golpes decisivos y poco costosos, especialmente gracias al talento de Lawrence de Arabia*.

Bibliografía

MIQUEL, P., *Les Poilus d'Orient,* Fayard, Paris, 1998.
SERMAN, W. y BERTAUD, J.-P., *Nouvelle histoire militaire de la France*, Fayard, Paris, 1998.



El desastre aliado en los Dardanelos

Verdún
(febrero-diciembre de 1916)

> Una parte de nuestro ser, al primer estruendo de los obuses, se ve bruscamente transportada miles de años atrás. Es el instinto de la bestia que se despierta en nosotros, que nos guía y nos protege. No es consciente; es mucho más rápido, seguro e infalible que la mera consciencia; es un fenómeno que no se puede explicar. Ocurre que uno va andando sin pensar en nada y de repente se encuentra tumbado en una oquedad del terreno y ve cómo por encima se dispersan fragmentos de obús, pero no puede recordar haber oído la llegada del obús ni haber pensado en echarse a tierra. Si hubiera esperado a hacerlo, ahora sólo sería un poco de carne esparcido aquí y allá. Es ese otro elemento, ese agudo olfato, el que nos ha lanzado al suelo y nos ha salvado sin saber cómo. Si no fuese así, hace ya mucho tiempo que, desde Flandes hasta los Vosgos, no quedaría ni un solo hombre. Cuando partimos, no somos más que vulgares soldados, tristes o de buen humor, pero cuando llegamos a la zona donde empieza el frente, ya nos hemos convertido en hombres-bestias.
>
> ERICH MARÍA REMARQUE, *Sin novedad en el frente*.

En las postrimerías del año 1915, el jefe del Estado Mayor alemán, Erich von Falkenhayn, consideró que una ofensiva general alemana en el frente occidental — como la del verano de 1914— era imposible. En primer lugar, Alemania combatía simultáneamente en dos frentes y encontraba dificultades en el este; en segundo lugar, varias decenas de divisiones inglesas estaban firmemente comprometidas del lado francés; por último, el armamento pesado, del que durante los primeros meses de la guerra habían carecido los aliados, era ahora, si no equivalente al que poseía el ejército alemán, al menos bastante considerable como para hacer sumamente costosa y aleatoria una penetración de grandes dimensiones. Optó, por tanto, por una ofensiva fulminante en un sector muy limitado y relativamente tranquilo, aunque aún conservaba su potencial estratégico (fuertes, las fábricas de obuses de Briey-Thionville, el complejo ferroviario de Metz...), con el fin de agotar al ejército francés, que, en su opinión, se encontraba al límite de sus fuerzas. El objetivo no era conseguir una penetración

significativa —aunque esta hipótesis favorable no era desdeñable—, sino un desgaste sustancial del enemigo. Falkenhayn pensaba, con toda razón, que Verdún se convertiría en un símbolo para el ejército y la opinión franceses y que, por consiguiente, el Estado Mayor destinaría allí inútilmente divisiones enteras de refuerzo, con lo que se debilitarían a la vez la moral y los efectivos. Lo expresó claramente: «Las fuerzas de Francia sufrirán una sangría mortal —queda descartada una retirada voluntaria— tanto si alcanzamos nuestro objetivo como si no». Por lo demás, las poderosas defensas iniciales con que contaba Verdún —fundamentalmente los fuertes de Vaux y de Douaumont— habían sido seriamente desguarnecidas en provecho de otros sectores, y la preparación de la gran ofensiva franco-inglesa del Somme había debilitado las divisiones destacadas en el frente elegido.

En enero y febrero, el Estado Mayor alemán consiguió concentrar cerca de Verdún una capacidad de fuego impresionante: más de 3.000 cañones, algunos de los cuales, como los trece Krupp de 420 mm y los diecisiete Skoda de 305 mm, eran muy potentes, habían sido alineados en el campo de batalla. Un ejército entero, el V, se desplegó en un frente de unos trece kilómetros. Frente a los 72 batallones alemanes listos para el asalto, Francia contaba solamente con 34 batallones y 432 cañones, entre ellos 244 piezas de artillería pesada destinadas exclusivamente a garantizar la defensa del sector.

El ejército alemán efectuó, en total, tres ataques masivos de febrero a junio, antes de que la ofensiva del Somme (1 de julio) lo obligase a defenderse de varios contraataques franceses.

El 21 de febrero la artillería alemana lanzó más de dos millones de obuses sobre el sector de Verdún en sólo cuarenta y ocho horas. Las posiciones francesas fueron aplastadas, y la infantería sufrió duras bajas al intentar alcanzar los fuertes, que a partir de ese momento se presumían seriamente amenazados. En efecto, la poderosa fortificación de Douaumont cayó tres días después del ataque, y las tropas alemanas avanzaron, aunque con dificultad, en todas las zonas previstas, e incluso algunos efectivos llegaron a profundizar hasta ocho kilómetros sobre el terreno. Únicamente la capacidad de resistencia de la infantería francesa permitió salvar esta vez la situación; sólo en los dos primeros días de combate murieron más de 20.000 franceses. El 26 de febrero el comandante en jefe de los ejércitos, el general Joseph Joffre, puso a Philippe Pétain al mando del II Ejército con la orden de resistir costase lo que costase. Falkenhayn no se equivocaba.

Pétain organizó eficazmente un sistema de rotación de tropas y material por la única carretera y la única vía de ferrocarril que permanecían libres entre el frente y Bar-le-Duc, en la retaguardia: la llamada «Vía Sagrada». Por primera vez en la historia militar se utilizaron automóviles de manera sistemática; unos 3.500 camiones, 800 vehículos sanitarios, 200 autobuses y 2.000 turismos llegaban al frente y/o la retaguardia cada quince segundos... Además, Pétain alternó las tropas: tres cuartas partes de los soldados franceses alistados en el frente en 1916

combatieron una vez al menos —durante quince días— en el infierno de Verdún.

Ante la resistencia francesa, más férrea de lo previsto, Falkenhayn lanzó dos nuevas ofensivas el 6 de marzo y el 9 de abril. Con cada acometida el frente parecía romperse, pero la obstinación excepcional de los *poilus,* sobre todo por el control de la cota 304 y la meseta de Mort-Homme, permitía *in extremis* volver a estabilizar la situación.

Sin embargo, el 7 de junio cayó el fuerte de Vaux, y el 23 los franceses perdieron el control de la granja de Thiaumont. Pétain (ascendido a jefe de grupo de ejércitos) y su sucesor en el frente de Verdún, el general Mangin, solicitaron a Joffre abandonar el sector y autorizar el repliegue. Joffre se negó. El 11 de julio el Estado Mayor alemán intentó una vez más desanimar a su adversario apoderándose, en vano, del fuerte de Souville, que actuaba como un auténtico cerrojo.

Después del flagrante fracaso de Falkenhayn —no sólo los franceses habían cedido apenas unas decenas de kilómetros cuadrados en seis meses, sino que además los alemanes habían sufrido prácticamente las mismas pérdidas—, éste fue sustituido el 28 de agosto por el mariscal Von Hindenburg, quien decidió, tras un último fracaso contra Souville, el 3 de septiembre, suspender durante un tiempo la ofensiva. A partir de aquel momento el ejército alemán se mantuvo a la defensiva, teniendo en cuenta el esfuerzo que, de común acuerdo, realizaron los franco-ingleses en el Somme y los rusos en el frente del este (ofensiva de Alexis Brussilov).

El 24 de octubre los franceses recuperaron el fuerte de Douaumont, y después, el 3 de noviembre, hicieron lo propio con el de Vaux. Un último ataque, el 15 de diciembre, permitió la reconquista de dos pueblos y de algunos kilómetros cuadrados que habían sido cedidos en el mes de febrero. A finales de diciembre la batalla de Verdún había terminado.

La enseñanza militar de la «gran carnicería» —similar en este punto a la que se extrajo de la desastrosa ofensiva del Somme— fue, en primer término, que recurrir únicamente de forma masiva y concentrada al fuego, en este caso particular con un despliegue de artillería excepcional (incluyendo el uso de gases tóxicos), jamás garantizaba una victoria por adquisición de territorios o retirada significativa del adversario. En este caso, y excepto por lo que respecta a los iniciales ataques alemanes, los éxitos siempre se debieron a una estrategia defensiva, en detrimento de las tácticas ofensivas.

Por lo que respecta al ámbito geográfico y territorial, el titánico esfuerzo de Verdún se saldó con resultados casi nulos. Como dijo Almistair Home: «Todo lo que los alemanes habían conseguido después de diez meses de batalla y 300.000 muertos era un trozo de tierra ocre apenas superior en superficie al conjunto de los parques reales de Londres».

En el ámbito humano, y considerando como una sola batalla todos los combates que se entablaron entre los ejércitos francés y alemán en el sector de Verdún entre el 21 de febrero y el 18 de diciembre de 1916, ésta fue entonces, con mucho, la más larga y la más sangrienta de toda la historia de la humanidad. Las cifras difieren según las fuentes consultadas, pero en el mejor de los casos fueron 710.000 los hombres que cayeron en Verdún, entre muertos, heridos y desaparecidos, de los cuales 375.000 eran franceses y 335.000 alemanes.

Por último, y a medio plazo, las consecuencias de esta «victoria» francesa fueron trascendentes por dos razones. Primero, porque el dispositivo defensivo desplegado en Verdún fue considerado ejemplar a partir de 1918 en los círculos militares franceses, y quedó establecido como prototipo de lo que la defensa global del país necesitaba; esta concepción resuelta y

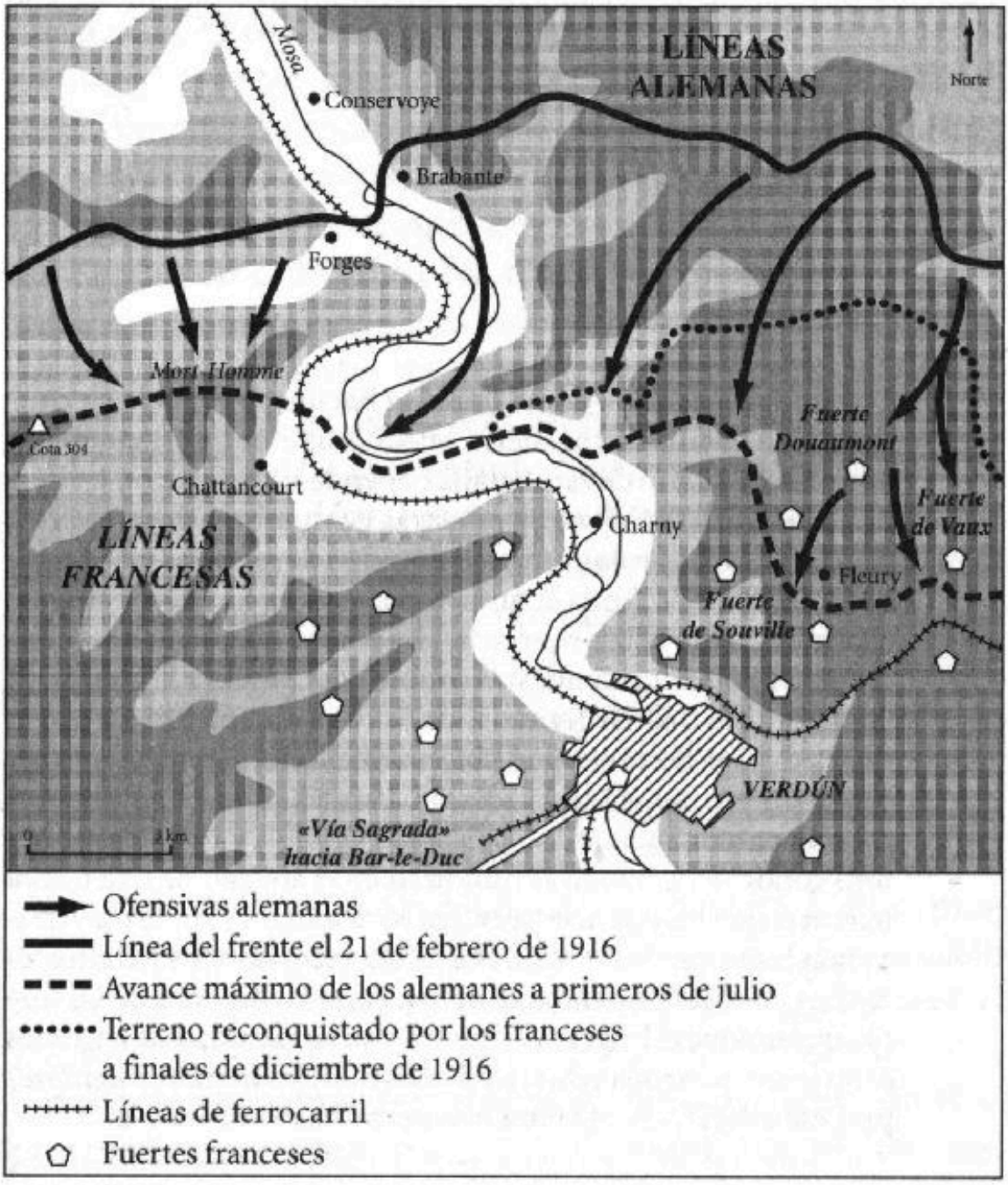
dogmáticamente defensiva desembocó en la construcción de la Línea Maginot. En segundo lugar porque los laureles conquistados por Philippe Pétain en 1916 garantizaron al «vencedor de Verdún», cuando se produjo el desastre de junio de 1940, el apoyo inicial de una gran parte de los militares y también de la opinión pública francesa, que se mantuvo incluso en los momentos de más intensa colaboración con la Alemania nazi.

Bibliografía

CARLIER, C. y PEDRONCINI, G. (dir.), *La Bataille de Verdun,* Economica, París, 1997. FERRO, M., *La gran guerra (1914-1918),* Alianza Editorial, Madrid, 1998.

HUGH, C. y LIDDLE, P. H., *Facing Armageddon. The First World War Experienced*, Leo Cooper, Londres, 1996.

RENOUVIN, P., *La Primera Guerra Mundial*, Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1995.



Desarrollo de la batalla de Verdún

La batalla de Inglaterra (julio de 1940-mayo de 1941)

> Lo que el general Weygand llamó la batalla de Francia ha concluido. La batalla de Inglaterra puede empezar de un momento a otro. De la suerte de esta batalla depende la civilización cristiana. Nuestras tradiciones y nuestras costumbres dependen de ella, así como la prolongada continuidad de nuestras instituciones y del Imperio. Toda la furia, toda la potencia del enemigo se abatirán pronto sobre nosotros. Hitler sabe que, si no nos reduce a la impotencia en nuestra propia isla, perderá la guerra. Si conseguimos hacerle frente, toda Europa recuperará un día su libertad, y los hombres podrán levantar los ojos ante un porvenir fructífero, apacible y radiante. Pero si caemos, entonces el mundo entero, incluidos los Estados Unidos, y todo lo que hemos conocido y amado se hundirán en el abismo de una nueva barbarie que una ciencia perversa hará aún más siniestra y quizá más larga que la anterior. Por tanto, recojámonos y confortémonos en el sentimiento del deber, conduzcámonos de tal forma que aunque el Imperio británico y su comunidad de naciones estuviesen llamados a durar mil años más, los hombres siempre pudiesen decir: «Fue la hora más hermosa de su historia».
>
> WINSTON CHURCHILL, *Discurso en la Cámara*.

En junio de 1940, inmediatamente después del hundimiento de Francia, la última potencia que aún se oponía al III Reich era el Reino Unido. Hitler* formuló a Londres una serie de proposiciones de paz basadas en una especie de reparto del mundo, que tuvieron como respuesta una negativa categórica por parte del nuevo primer ministro Winston Churchill.

Comprendiendo que no podía reducir el poder insular por vías pacíficas, el dictador nazi decidió, el 2 de julio, invadir el país. Pero como la Kriegsmarine (marina de guerra alemana) era muy inferior a la Royal Navy, el Estado Mayor de la Wehrmacht contaba con lanzar primero a su aviación, la Luftwaffe, con objeto de debilitar a su rival británico lo suficiente como para permitir un desembarco en Gran Bretaña. El plan del 2 de junio, bautizado «León marino» *(Seelowe)* y que contemplaba tres fases, se reactivó. Se trataba, en un primer momento, de neutralizar a la

Royal Air Forcé (RAF); después, de establecer un control absoluto sobre el Canal de la Mancha (sobre todo sellando con minas su desembocadura occidental para impedir el paso a flotas británicas de socorro); y, finalmente, en tercer lugar, de proceder a la invasión de Inglaterra. Ésta, prevista inicialmente para el 16 de agosto, se aplazó un mes a petición del almirante Raeder, consciente de la debilidad de su flota en comparación con la poderosa Navy.

El 30 de julio Hitler ordenó oficialmente el comienzo de las operaciones (directiva de guerra n.º 17), aunque ya desde el 17 de julio los cazabombarderos de la Luftwaffe habían procedido a bombardear centros industriales y militares en suelo británico. Desde sus bases, instaladas en Noruega, Países Bajos, Bélgica y Francia (en el norte, Normandía y Bretaña), los bombarderos alemanes atacaron día y noche,

empleándose prioritariamente contra centros de comunicaciones, almacenes portuarios de carburante, fábricas militares y aeródromos. Para tratar de interceptarlos, los cazas británicos Hurricane y Spitfire, inferiores en número, debían efectuar como media 700 salidas diarias, aunque a veces llegaban a realizar hasta 950.

Sin embargo, cuando dio comienzo la segunda fase de la operación «León marino», aún no se había cumplido ninguno de los objetivos fijados por la Luftwaffe del incompetente Goering. Haciendo alarde de gran tenacidad y abnegación, los pilotos siguieron resistiendo a sus rivales, y, aunque el número de pérdidas entre sus filas fue sumamente elevado, el del enemigo fue en promedio dos veces superior, de modo que de julio a octubre de 1940 la RAF perdió 900 aparatos y 450 pilotos — muertos o heridos—, frente a más de 1.700 aparatos y 4.000 pilotos, entre heridos, muertos y prisioneros, con que se saldaron las operaciones de la Luftwaffe.

Desde el 13 hasta el 20 de agosto y desde el 24 de agosto hasta el 7 de septiembre la ofensiva era ya general y, aunque la industria de guerra británica logró sustituir los aparatos perdidos, la situación desde el punto de vista humano era realmente crítica, puesto que no resultaba tan fácil reemplazar a pilotos bien entrenados. Pero sin duda lo peor era el infernal ritmo de combate al que los pilotos se veían sometidos.

Sin embargo, cuando la Royal Air Forcé parecía haber llegado al límite de su capacidad defensiva y su crítica situación había tocado techo, el 7 de septiembre Hitler modificó súbita y profundamente su estrategia: los 1.800 bombarderos y los 1.000 cazas de que disponía (frente a menos de 900 cazas británicos) fueron destinados a bombardear las principales ciudades británicas con el fin de minar la moral de la población y forzar a Churchill a aceptar un primer acuerdo de paz. Ese día la *Blitz* comenzó con un primer bombardeo sobre Londres que provocó la muerte de varios centenares de civiles y daños de consideración.

Sin duda Hitler todavía esperaba, a esas alturas de la guerra, obligar al Reino Unido a aceptar sus propósitos, de modo que

decidió interrumpir durante una semana los bombardeos. Ese inesperado lapso de tiempo permitió al Fighter Command reorganizar sus escuadrillas y a los pilotos tomarse un respiro tras soportar una tensión tan intensa. El 12 de septiembre, la RAF logró incluso destruir una parte de la flota alemana destinada en principio a la invasión, que estaba fondeada en Ostende, Amberes, Calais, Dunkerque y Le Havre.

Dos días después, la Luftwaffe reanudó con intensidad su ofensiva, pero el 15 y el 16 de septiembre un combate aéreo sin precedentes enfrentó a un tercio de los aparatos de la RAF contra varios cientos de bombarderos alemanes y marcó el rumbo decisivo de la batalla de Inglaterra. Esta vez las pérdidas alemanas fueron tan superiores a las sufridas por las escuadrillas británicas que Hitler decidió aplazar *sine die* la invasión de Inglaterra y dispersar a las tropas destinadas a ello. El 12 de octubre suspendió la invasión definitivamente.

Sólo en los tres primeros meses de batalla aérea la Luftwaffe había perdido
2.300 aviones, frente a unos 1.000 de la RAF. En el transcurso de los meses siguientes, los bombardeos alemanes sobre las principales ciudades británicas (Coventry fue destrozada el 14 de noviembre) continuaron, y hasta el 10 de mayo de 1941, fecha en que concluyeron, causaron al menos 40.000 muertos (algunas fuentes cifraron los fallecidos, básicamente civiles, en 65.000), de ellos en Londres, y la destrucción de 200.000 viviendas. Pero a partir de junio de 1941, momento en que se inició la invasión de la Unión Soviética, la Luftwaffe dejó definitivamente de constituir una amenaza para la soberanía y la resistencia británicas.

Técnicamente, la batalla de Inglaterra reveló las graves carencias del ejército británico en esta primera «guerra vertical» de la historia: la defensa antiaérea, sobre todo, demostró sobradamente su ineficacia frente a los bombarderos alemanes. De todas maneras, a la *Blitz* de 1940-1941 le sucedieron las fuerzas de choque de los VI y sobre todo, a partir de septiembre de 1944, de los V2, primeros misiles de la historia militar, excesivamente difíciles de interceptar en vuelo. Conviene en cualquier caso señalar el papel crucial que desempeñaron los radares (52 estaciones jalonaban el litoral británico en 1940), invento británico que comenzó a utilizarse poco antes del desencadenamiento de la guerra y que demostró su gran eficacia para advertir, tanto a la defensa civil como a la caza aérea, de la inminencia de un bombardeo enemigo.

En cuanto a los aparatos, en los momentos más cruciales de la batalla de Inglaterra se hizo evidente que en general los de la RAF eran superiores a los de la Luftwaffe. Algunos bombarderos ligeros, como los Heinkel 111 y los Stukas, que demostraron ser temibles cuando fueron empleados contra poblaciones civiles desarmadas en España, Polonia, Bélgica y Francia, resultaron ineficaces en el transporte de bombas y vulnerables frente a los excelentes Spitfire, de modo que pronto fueron retirados de los combates. Otro tanto ocurrió con los cazas alemanes más eficaces, los Messerschmitt 109 y 110, que difícilmente podían hacer alarde de sus prestaciones si el Estado Mayor de la aviación alemana —dirigido por oficiales poco competentes, como lo era su más alto mandatario, Hermann Goering— se empeñaba en hacer un uso mediocre de ellos.

Fue en el plano estratégico donde el *Führer* cometió un error de graves consecuencias al cambiar sus objetivos: al optar súbitamente por utilizar la Luftwaffe atacando blancos civiles, en este caso a la población de las principales ciudades, en detrimento de objetivos industriales y militares (fábricas, aeródromos, etcétera), no sólo permitió que los pilotos y técnicos de la RAF se tomasen un respiro, sino que tampoco consiguió desmoralizar a la población. Antes al contrario, todo indica que se estableció una solidaridad inquebrantable entre los habitantes de las grandes

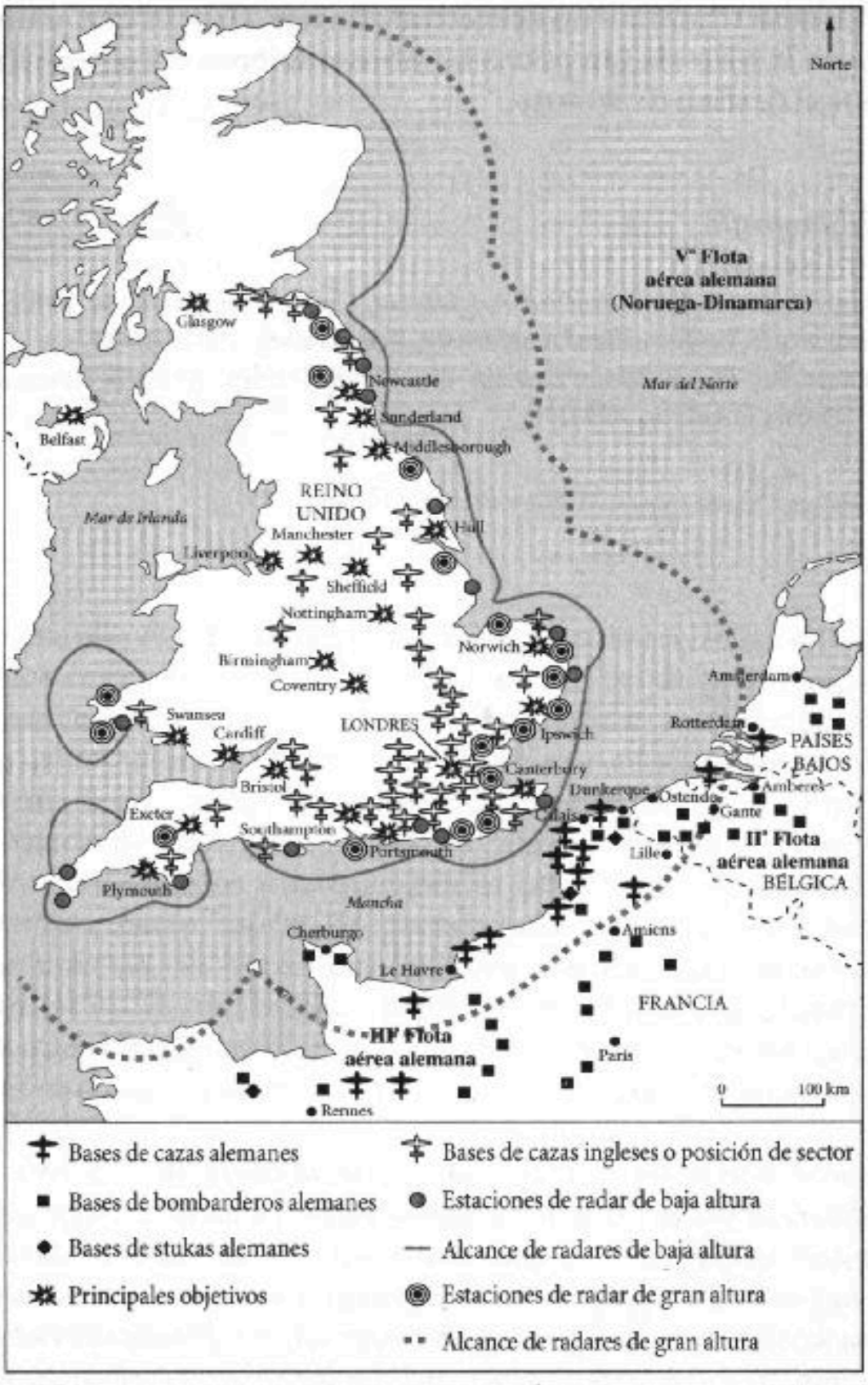
ciudades afectadas, y que el apoyo moral y político absoluto dispensado al primer ministro Churchill incluso se reforzó.

A pesar de todo, el Bomber Command cometió un error similar al sobrestimar la capacidad de los bombardeos masivos sobre las ciudades alemanas, entre 1942 y 1945, para resquebrajar la moral de la población e instarla así a rechazar masivamente a Hitler.

En definitiva, la tenacidad, abnegación y calidad de los pilotos británicos (y aliados) fueron excepcionales, en particular durante las semanas cruciales de agosto y septiembre. Winston Churchill no exageró al afirmar después que «nunca en la historia tan pocos hombres tuvieron entre sus manos el destino de tantos».

Bibliografía

BEDARIDA, E., *La Bataille d'Angleterre,* Complexe, Bruselas, 1985. FACON, P., *La Bataille d'Angleterre*, Economica, París, 1990.
JOHN, R., *The Battle of Britain. New Perspectives*, Arms & Armour Press, Londres, 1994.



La batalla de Inglaterra

Midway
(4-5 de junio de 1942)

> Debemos constatar que la guerra moderna, conducida a la manera nazi, es un asunto repugnante. No la queríamos. No queríamos entrar en ella. Pero en ella estamos, y vamos a combatir con todos nuestros recursos.
>
> FRANKLIN D. ROOSEVELT, *Discurso en el Congreso*.

La batalla de Midway ha sido considerada en líneas generales como el gran cambio de orientación de la Segunda Guerra Mundial en el teatro de operaciones del Pacífico. La afirmación es exacta, pero conviene añadir que fue la primera gran batalla aeronaval de la historia militar. En el corazón del más grande océano marino, sólo el uso combinado de barcos y aviones podía garantizar una auténtica supremacía. Japón, preparado para la guerra desde hacía más de un decenio y en posesión de una industria militar excelente, estaba a punto, después de su fulgurante ataque sobre Pearl Harbor (diciembre de 1941), de hacerse con el dominio exclusivo de todo el este asiático y del Pacífico.

Después de aquel desastre, la aviación estadounidense consiguió, gracias a los tres portaaviones de los que aún disponía, efectuar varias incursiones aéreas sobre Tokio. Estos bombardeos, poco importantes desde un punto de vista meramente estratégico, tuvieron un gran valor psicológico: se los consideró una ofensa a la potencia nipona y, por lo tanto, resultaron moralmente intolerables.

En respuesta a ellos, y antes de desencadenar una amplia ofensiva en el Pacífico sur, el almirante Yamamoto decidió aniquilar lo que quedaba de la flota estadounidense. El plan que trazó se centraba básicamente en desembarcar en la isla estadounidense de Midway, aislada en medio del Pacífico norte. Pero, esencialmente, se trataba de tender una trampa al adversario mediante una maniobra que se había de efectuar en dos tiempos. Primero, y como maniobra de diversión, atacar, al norte, las Aleutianas y la isla de Dutch Harbor con una parte reducida de la flota al mando del almirante Hosogaya. Lógicamente, el almirante estadounidense Nimitz se vería obligado a trasladar a buena parte de sus fuerzas hacia ese punto estratégico. Después, unos días más tarde, el grueso de la armada nipona confluiría en Midway, previamente invadida por tropas anfibias. Nimitz no tendría apenas tiempo de trasladar hasta allí a sus fuerzas destacadas en las Aleutianas, y el resto de los efectivos, muy inferiores en número y en eficacia a los japoneses, resultarían de este modo aplastados.

Pero los mensajes cifrados japoneses fueron interceptados y descodificados. Nimitz, al enterarse de la inminencia de la maniobra nipona, congregó discretamente al conjunto de sus fuerzas en Pearl Harbor, donde ordenó reparar con toda urgencia el portaaviones Yorktown, y se situó al nordeste de Midway, en una zona provisionalmente fuera del alcance de los aparatos japoneses. Esta maniobra, ejecutada en el mayor secreto, permitió a Nimitz recuperar la iniciativa. A partir de

entonces, el efecto sorpresa cambió de campo: Yamamoto creyó, efectivamente, que el grueso de la flota estadounidense no había salido aún de Pearl Harbor y que sólo estaba compuesta por dos portaaviones.

El 3 de junio, al amanecer, fueron lanzadas sobre Midway las primeras oleadas de asalto aéreas, que causaron daños en las instalaciones militares estadounidenses, aunque no consiguieron destrozarlas. Sin embargo, el principal efecto de esos ataques fue que permitieron localizar dos de los cuatro portaaviones japoneses, que inmediatamente fueron tomados como blanco por los aparatos norteamericanos que consiguieron despegar de la base naval. Además, la escuadra, bajo las órdenes de los almirantes Fletcher y Spruance, se dirigió contra los barcos enemigos.

Fue entonces cuando el almirante nipón Nagumo cometió un error táctico de graves consecuencias. Convencido de que disponía de superioridad por mar y aire, decidió efectuar un segundo bombardeo sobre Midway, y equipó con bombas a todas sus escuadrillas. Precisamente durante los escasos minutos necesarios para preparar la operación, la flota estadounidense entró en contacto con su rival. A pesar de las cuantiosas pérdidas ocasionadas por la defensa antiaérea y los eficaces Zero (cazas) japoneses, los aparatos estadounidenses que despegaron de los tres portaaviones consiguieron atacar a los barcos japoneses prácticamente desprovistos de su defensa aérea, «clavada» abordo.

Y éste no fue un error aislado. Así, y al contrario de la actitud mantenida por su homólogo Nimitz, que siguió y dirigió desde la base de Pearl Harbor todo el curso de las operaciones, Yamamoto sólo dispuso en el transcurso de la batalla de una vista reducida y parcial de sus evoluciones. Por último, la maniobra de diversión en las Aleutianas, que desde el punto de vista teórico era astuta, privó a los japoneses destacados en Midway de una valiosa ayuda, y redujo considerablemente la relación general de fuerzas en detrimento de los nipones el día del enfrentamiento.

El balance de la batalla fue elocuente, y las pérdidas, inmensas. El ejército estadounidense perdió un portaaviones (el 8 de junio), un destructor, 147 aparatos aéreos y 300 hombres. Además, dos

islas del archipiélago de las Aleutianas fueron conquistadas por Japón (el 7 de junio) en el transcurso de la maniobra de diversión. En cambio, en Midway continuó ondeando la bandera de las barras y estrellas.

Pero fue el ejército japonés el que resultó el gran derrotado del enfrentamiento. Japón perdió en una jornada cerca de la mitad de su potencia marítima, incluyendo cuatro portaaviones, un crucero, 250 aparatos de combate y más de 2.200 hombres, entre los que se contaban cien de los mejores pilotos de su organización aeronaval. Y quizá fue aún peor, porque Japón perdió la iniciativa en beneficio de Estados Unidos, cuya voluntad política de destruir completamente la potencia militar nipona, por una parte, y su gigantesca capacidad industrial y tecnológica, por otra, tendrían una influencia determinante en lo sucesivo.

Bibliografía

DULL, P. S., *A Battle History of the Imperial Japanese Navy,* Naval Institute Press, Annapolis, 1978.
MASSON, P., *De la mer et de sa stratégie*, Tallandier, Paris, 1986. RUGE, E., *Seemacht und Sicherheit*, Bernard & Graefe, Bonn, 1968.

El-Alamein
(octubre-noviembre de 1942)

> La experiencia demuestra que las decisiones más audaces garantizan las más hermosas promesas de victoria. Pero es preciso distinguir la audacia estratégica o táctica de la jugada de dados. La operación audaz es una operación en la que el éxito no está garantizado, pero en la que, en caso de fracasar, el jefe permanece al mando de las fuerzas suficientes para afrontar cualquier situación. La jugada de dados, en cambio, puede daros la victoria o desembocar en la destrucción total de vuestro ejército. En ciertas situaciones, incluso esa jugada de dados está justificada. Por ejemplo cuando la marcha normal de los acontecimientos sólo puede tener como resultado la derrota, pues ésta no es más que cuestión de días. No hay ninguna razón, a partir de ese momento, para esperar, y lo único que cabe hacer es lanzar una operación de grandes riesgos.
>
> Erwin Rommel, Carnets. La Guerra sin odio.

El frente del norte de África, entre 1940 y diciembre de 1942, presentaba dos características interesantes y particulares con respecto a otros teatros de operaciones europeos o asiáticos. En primer lugar, los ejércitos del Eje y el ejército británico se enfrentaban en un terreno prácticamente desértico. Durante todo el tiempo que aquí se prolongó la guerra, lo que estuvo en juego desde un punto de vista esencialmente estratégico fue la única carretera transitable que bordeaba la costa mediterránea lindando con amplios espacios áridos, y cada contendiente intentaba flanquear el campo enemigo por medio de ataques sorpresa y golpes de mano profundos y rápidos a través del desierto. Por tanto, resultaban vitales en este terreno una gran movilidad, un sólido sistema de avituallamiento y, sobre todo, la protección de las líneas de comunicación. En segundo lugar, se trataba de la única guerra «con rostro humano», conducida «sin odio», como afirmaba el mariscal Erwin Rommel, apodado el «Zorro del desierto»: se impuso el cumplimiento (relativo) de las convenciones de Ginebra sobre los prisioneros de guerra —

incluidos los alemanes—, el respeto más o menos tácito del descanso nocturno y el uso de los pozos de agua, la prohibición de deportar o masacrar poblaciones... Sin embargo, y en cualquier caso, las insoportables temperaturas, la arena, el polvo, el calor y la sed imponían unas condiciones absolutamente espantosas a unas tropas muy poco habituadas a este clima.

Después de 1940 y del éxito británico en Bengasi sobre los italianos, habían ocurrido muchas cosas en Libia: el Afrika Korps había hecho retroceder al VIII Ejército británico durante todo el año 1941, antes de verse en dificultades en Tripolitania y reanudar después la ofensiva en primavera, y sobre todo en junio de 1942, en el transcurso de la cual obtuvo éxitos en Bir Hakeim el día 11 y en Tobruk, en Cirenaica, el 21.

En octubre de 1942, el avance de las fuerzas germano-italianas había alcanzado el límite oriental de Egipto, a sólo 100 kilómetros de Alejandría. Pero la fulgurante ofensiva estival de Rommel se saldó al precio de graves pérdidas humanas y

materiales, y, sin esperanza de recibir refuerzos y armamento nuevo por parte del Estado Mayor (Hitler* siempre consideró secundario el frente africano), El-Alamein quedaba reducido a una hazaña sin mayores consecuencias. Además, el abastecimiento de carburante resultaba perentorio, la Navy sostenía una encarnizada lucha contra los barcos del Eje y Malta pudo librarse, no sin grandes dificultades, de una invasión de la Wehrmacht.

A mediados de octubre el frente se estabilizó. Rommel disponía teóricamente de
77.000 soldados, entre los que se contaban varias decenas de miles de italianos poco combativos, 480 carros y 650 aviones de combate (muchos aparatos habían sido destruidos en tierra por los comandos británicos de la Special Air Service), mientras que el general inglés Montgomery estaba al frente de 230.000 hombres, con tropas frescas procedentes de la India, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda, y tenía a su servicio 1.440 carros y 1.200 aparatos aéreos. En cuanto a la artillería aliada, aventajaba con mucho en potencial a la del adversario. Por eso, el «Zorro del desierto», consciente de su debilidad y conocedor de que se estaba fraguando una gran contraofensiva aliada que se desencadenaría en breve, estableció una poderosa cortina defensiva con objeto de obstaculizarla y evitar una retirada obligada que sería desastrosa.

Entre la depresión de Qattara y el mar, en más de 60 kilómetros, Rommel disponía de tres líneas estáticas compuestas de tropas blindadas y reforzadas por campos plagados de minas (al menos 450.000 minas en algunas decenas de kilómetros cuadrados) y una compleja red de alambres de espino. Además, para reducir el riesgo de hundimiento de las unidades italianas, éstas quedaron integradas en el seno del dispositivo alemán. El jefe del Afrika Korps, tras caer enfermo, dio una serie de consignas a sus subalternos y abandonó provisionalmente el frente.

En la noche del 23 al 24 de octubre, Montgomery desencadenó la esperada ofensiva. La operación *Lightfoot* constaba de dos maniobras prácticamente simultáneas. En un primer momento, se trataba de simular a la vez un ataque masivo del flanco derecho enemigo (completamente al sur) a modo de operación de diversión

—para lo cual fueron expuestos a la vista de los alemanes falsos tanques de carburante, falsos depósitos de municiones y falsas baterías— y un intento de desembarco por mar detrás de sus líneas (extremo norte). En un segundo momento, la artillería y las tropas blindadas aliadas efectuaron una ofensiva frontal y enormemente concentrada contra el XV Cuerpo blindado alemán, en un terreno ondulado y repleto de minas. Las primeras horas del combate se tradujeron de hecho en la perforación de la primera línea enemiga, y el general Stumme —que sustituía a Rommel en su ausencia— resultó muerto en el transcurso de la operación. De todas formas, en medio de la confusión nocturna y bajo el fuego cruzado del conjunto de la artillería alemana, el avance se frenó. Cuarenta y ocho horas después de haberse iniciado la batalla, el mariscal alemán, de regreso al frente, decidió lanzar una contraofensiva. Ésta fracasó, básicamente, por no disponer de suficiente carburante; a lo largo de las últimas semanas, cerca de la mitad del avituallamiento marítimo alemán había sido hundido por la flota británica. El frente se estabilizó de nuevo, pero el tiempo jugaba definitivamente en contra de Rommel. Por su parte, Montgomery contaba con el desgaste y el agotamiento de las reservas del adversario, y efectuó una serie de incursiones muy costosas en hombres.

El 2 de noviembre ordenó una segunda ofensiva general bautizada como *Supercharge*. Esta vez, su superioridad material era aplastante: 800 carros de combate (entre ellos los robustos Sherman estadounidenses) contra 320 del enemigo. También en este caso las pérdidas fueron enormes, y la resistencia alemana, virulenta: Rommel todavía fue capaz de salvar al grueso de sus fuerzas gracias a un

repliegue rápido y ordenado. Pero Hitler —como hizo unas semanas más tarde con Von Paulus en Stalingrado*— rechazó el repliegue y ordenó «la victoria o la muerte». Cuando finalmente Berlín autorizó la retirada, una división italiana entera había sido capturada y el 90% de los vehículos blindados del Eje tuvieron que ser abandonados, bien porque habían sufrido daños, bien por falta de carburante.

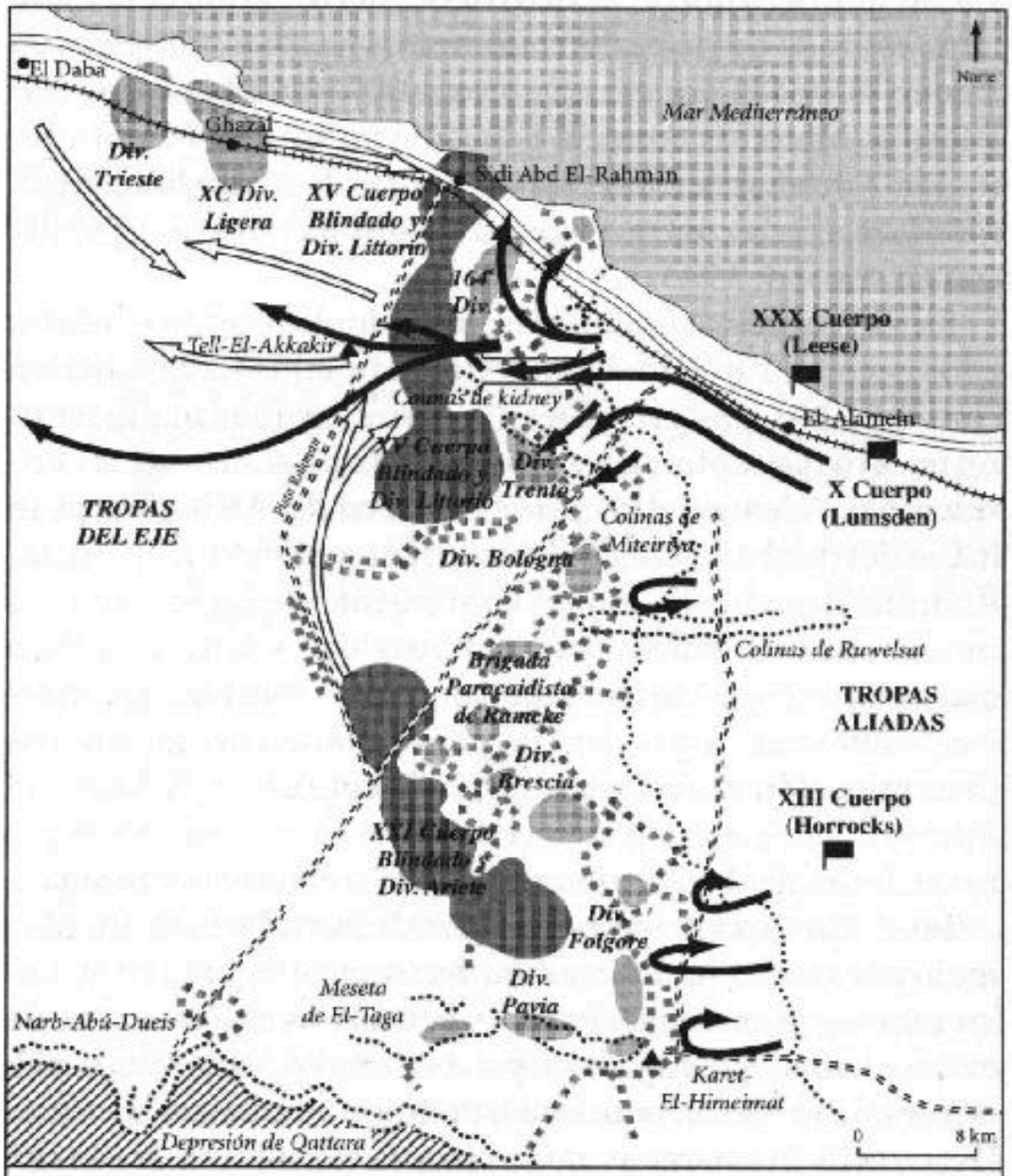
Sin embargo, Montgomery temía una contraofensiva sorpresa y se limitó a esperar en lugar de culminar su victoria tratando de rodear y destruir totalmente las fuerzas enemigas, lo que permitió al «Zorro del desierto» emprender una larga retirada de casi 2.000 kilómetros hasta el cabo Bon, en Túnez, jalonada por escasos y ya inútiles combates en retaguardia. Mientras tanto, el 8 de noviembre de 1942, la operación *Torch* había traído hasta el norte de África la segunda mordaza aliada contra el Eje, cuyas últimas tropas capitularon en mayo de 1943.

En El-Alamein, aunque los aliados duplicaron en pérdidas a los germano-italianos (aproximadamente 4.200 muertos contra 2.300), dos generales alemanes resultaron muertos, un tercero fue capturado y el número de prisioneros fue considerable. Además, el armazón material del Afrika Korps se había derrumbado con los bruscos ataques del VIII Ejército. Rommel demostró —con un contingente de fuerzas mucho menor— probablemente mayor temeridad y sentido táctico que su homólogo Montgomery, quien dio sobradas (¿excesivas?) muestras de prudencia, pero también evidenció una determinación y una sangre fría indiscutibles. Y de hecho, si Rommel hubiese alcanzado el delta del Nilo, la situación general de los aliados se hubiese visto seriamente amenazada.

En el fondo, el principal interés de la victoria de El-Alamein para todas las fuerzas antinazis radicó quizá en su valor moral y psicológico. Puso fin bruscamente a una serie de éxitos alemanes e inspiró las palabras de Winston Churchill: «Antes de El-Alamein nunca habíamos tenido una victoria. Después de El-Alamein, nunca hemos tenido una derrota».

Bibliografía

CHURCHILL, W., *La Segunda Guerra Mundial,* Orbis, Barcelona, 1985.
LIDDELL HART, B. H., *Así fue la Segunda Guerra Mundial,* Noguer y Caralt, Barcelona, 1973.
ROMMEL, E., *La Guerre sans haine,* Amiot-Dumont, París, 1952.



La batalla de El-Alamein

Stalingrado
(agosto de 1942-febrero de 1943)

> La lucha por la hegemonía del mundo se decidirá a favor de Europa por la posesión del espacio ruso. Así Europa será una fortaleza inexpugnable, protegida de cualquier amenaza de bloqueo. Todo esto abre unas perspectivas económicas que, como se puede suponer, inclinarán a los más liberales demócratas occidentales hacia el orden nuevo. De momento lo importante es conquistar. Después, todo será simplemente una cuestión de organización.
>
> ADOLF HITLER, *Discurso,* 1942.

El año 1942 marcó un cambio de rumbo estratégico en la Segunda Guerra Mundial. Con la entrada en guerra de Estados Unidos y sus éxitos contra Japón, y con la contraofensiva general de los aliados en el norte de África, las potencias del Eje comenzaron a ralentizar sus movimientos.

En el frente ruso, la voluntad del ejército alemán de aplastar rápidamente a la Unión Soviética antes del invierno de 1941 había fracasado, y en aquel momento procedía a desencadenar una amplia ofensiva al norte y al sur de una línea de confrontación que se extendía varios miles de kilómetros desde el Báltico hasta el mar Negro.

La ofensiva alemana en el sur revestía un carácter eminentemente estratégico: para la economía del Reich, por entonces al máximo de su rendimiento, suponía obtener beneficios del trigo ucraniano y, sobre todo, de las gigantescas reservas petrolíferas del Cáucaso (Bakú). Uno de los mayores objetivos de la ofensiva era Stalingrado (en la actualidad Volgogrado), llave del Volga e importante ciudad industrial.

El 28 de julio, después de apoderarse del corredor situado entre el Don y el Donetz, el VI Ejército del general Von Paulus, ayudado por el IV Ejército de Panzers, alcanzó la curva del Don y se estableció a 60 kilómetros de Stalingrado. A partir de entonces, los soviéticos impusieron una defensa encarnizada, y sólo al precio de

sufrir enormes pérdidas, las tropas de Von Paulus consiguieron avanzar e instalar una cabeza de puente en la orilla oriental del río. El 23 de agosto los dos ejércitos alemanes se disponían finalmente a rodear la ciudad soviética por el nordeste y el sudoeste. Pero, en el transcurso del verano, Stalin había ordenado la concentración en la zona de numerosos refuerzos, de modo que a diario llegaban al frente tropas de refresco procedentes de Siberia y del Cáucaso. El contingente soviético estaba a las órdenes del general Eremenko.

Las tropas rusas que luchaban en la periferia de Stalingrado, protegidas por las escasas decenas de kilómetros que las separaban del río, soportaban un infierno cotidiano de ataques repetidos de las tropas alemanas, cuyos avances territoriales a partir de entonces se pagarían a un precio muy elevado, pues los soviéticos resistieron todos los asaltos. A corto plazo, era evidente que el tiempo jugaba a favor de los primeros: por una parte, se acercaba el invierno, y, por otra, la Wehrmacht —al

contrario de su rival— disponía de unas reservas en hombres y abastecimientos cada vez más difíciles de transportar.

El Estado Mayor alemán, consciente del pozo sin fondo en que se había convertido Stalingrado, intentó convencer a Hitler* de que renunciase a conquistar la ciudad —al menos provisionalmente— y de que mantuviese en posiciones seguras a los dos ejércitos implicados en la batalla hasta que llegase la primavera. El *Führer,* obnubilado por el calado simbólico de la «ciudad de Stalin», se negó categóricamente y dio orden a Von Paulus de apoderarse de ella antes del invierno.

El 13 de septiembre el VI Ejército alemán lanzó una vasta ofensiva y penetró en los suburbios de Stalingrado y sus barrios industriales. La ciudad, que había sido duramente castigada por los bombardeos de la Luftwaffe durante el verano, era un amasijo de escombros en medio de los cuales sólo la infantería podía evolucionar con cierta movilidad. Dicho de otra manera, los combates con armas automáticas y granadas, y después cuerpo a cuerpo, sustituyeron a las grandes concentraciones de vehículos blindados y a las maniobras de envergadura.

Los defensores luchaban con el encono de la desesperación, y la conquista de cada calle, de cada manzana, de cada casa se traducía en considerables pérdidas para los asaltantes. Pronto se formaron batallones de obreros armados que secundaban a los soldados rusos y que luchaban con mayor arrojo si cabía por el simple hecho de que defendían su ciudad, su casa y su lugar de trabajo; especialmente dramáticos fueron los combates por el control de la fábrica «Octubre rojo», donde ambos bandos combatieron con todas sus fuerzas hasta el fin de la contienda.

Aunque los alemanes consiguieron, el 11 de noviembre, en las proximidades de la ciudad en ruinas, cortar al LXII Ejército del general Chuikov —quien puso en práctica con suma eficacia la técnica de lucha en las calles—, no pudieron sacar provecho de este relativo éxito; en aquel momento, la falta de abastecimientos se dejaba sentir en todos los sectores (carburante, municiones...), y con las primeras heladas los reconocimientos aéreos y los suministros de víveres y materiales se hicieron cada vez más infrecuentes.

Los días 19 y 20 de noviembre se produjo lo que temían Von Paulus y el Estado Mayor alemán: los generales Joukov, Vassilievski y Rokossovski efectuaron una amplia maniobra envolvente sobre el VI Ejército alemán y las otras fuerzas del Eje, principalmente rumanas, húngaras e italianas. Las tropas soviéticas, sobradamente mecanizadas, frescas y provistas de equipamientos de invierno, franquearon el Don por el nordeste y el sudeste, y tomaron mediante una maniobra de tenaza el corredor entre el Don y el Volga. Tres días después de la ofensiva rusa, Kalatch fue tomada y quedó establecida una cabeza de puente en la orilla oriental del Don. Unos meses antes los alemanes habían efectuado un acercamiento similar...

A partir de entonces el cerco era completo. Sin embargo, Von Paulus y una parte del IV Ejército de Panzers disponían aún, el 23 y el 24 de noviembre, de fuerzas suficientes para salir del atolladero y salvar así al grueso de las tropas. Pero Hitler, una vez más, rechazó cualquier maniobra de repliegue y ordenó al XI Ejército de Von Manstein (reforzado con un cuerpo retirado de Bretaña) que acudiera en ayuda de Von Paulus.

La ofensiva de socorro, desencadenada el 12 de diciembre, hizo tambalear el dispositivo soviético y penetró unas decenas de kilómetros hacia Stalingrado, pero no consiguió reunirse con las tropas asediadas. Este fracaso supuso el fin de las esperanzas alemanas. Con un frío glacial y sin suficiente soporte aéreo, la lucha por la supervivencia sustituyó a la de la conquista de territorios o de objetivos militares. El 24 de enero, mientras cinco ejércitos soviéticos procedían a estrangular el reducto alemán (100 km^2), el general Von Paulus transmitió un último mensaje a Berlín

pidiendo autorización para interrumpir un combate que sería insensato proseguir. Hitler rechazó la capitulación y ofreció a Von Paulus el bastón de mariscal, esperando probablemente que se suicidase para salvar el honor. El 27 de enero, las tropas rusas procedieron al aniquilamiento de los últimos bastiones alemanes, uno tras otro, y el 2 de febrero Von Paulus capituló.

En total, además de una posición estratégica potencialmente primordial, Alemania perdió en Stalingrado 260.000 combatientes (y varios miles de auxiliares extranjeros): más de 150.000 murieron de hambre, frío o en el transcurso de los combates y 90.000 fueron hechos prisioneros. Entre estos últimos, retenidos en los campos de Siberia, menos de 10.000 pudieron regresar a Alemania una vez terminada la guerra.

Quizá más aún que por la amargura excepcional de una batalla titánica y sangrienta, Stalingrado perdura en la memoria por su profundo calado psicológico: era la primera vez que el ejército alemán, considerado invencible desde 1939, era derrotado en Europa. Su repercusión fue enorme en todo el mundo y contribuyó a que los pueblos sometidos recuperasen la esperanza y a que los ejércitos aliados — especialmente el soviético— duplicasen su esfuerzo.

En cuanto a la lección principal de Stalingrado —el desastre alemán se habría podido evitar si se hubiese autorizado a tiempo un repliegue—, queda ilustrada la demencia ideológica de Hitler, enfrentada, al menos a partir de 1942, a las realidades estratégicas más evidentes.

Bibliografía

ARTOLA, R., *La Segunda Guerra Mundial,* Alianza Editorial, Madrid, 1998. BEEVOR, A., *Stalingrado,* Crítica, Barcelona, 2000.
CALVOCORESSI, P., *Guerra total,* Alianza Editorial, Madrid, 1988. KEEGAN, J., *Second World War,* Hutchinson, Londres, 1989.

MANSTEIN, E., VON, *Victorias frustradas,* Noguer y Caralt, Barcelona, 1999.
MASSON, R., *Une Guerre totale: 1939-1945*. Stratégie, moyens, controverses, Tallandier, París, 1990.

Iwo Jima y Okinawa (febrero-junio de 1945)

> La batalla de Iwo Jima ha sido el más duro enfrentamiento que nosotros [los americanos] hayamos conocido desde hace ciento sesenta y ocho años.
>
> GENERAL SMITH, *Discurso*.

En enero de 1945 Japón se encontraba en una situación crítica. Aunque disponía aún de tropas numerosas y eficaces, su marina militar y su marina mercante estaban prácticamente hundidas, lo que paralizaba la expansión del país e incluso el simple mantenimiento de las zonas bajo control imperial. Las fuerzas aliadas avanzaban por todas partes, desde Filipinas (ejército estadounidense) hasta Birmania y Borneo (ejército inglés y de la Commonwealth). Pero, a pesar de estos reveses y de los bombardeos masivos efectuados sobre Tokio y las principales ciudades niponas — desde las islas Marianas— por las fortalezas volantes de la US Air Forcé, el régimen de los generales se mantenía firme y parecía poder resistir en su archipiélago durante años.

El almirante Nimitz decidió intensificar la política del «juego de pídola», es decir, de conquistar isla por isla las posesiones japonesas del Pacífico y acelerar la «marcha sobre Tokio». En un plazo no lejano, parecía segura la invasión de Japón y la perspectiva de su capitulación.

Dentro de esta óptica, el islote de Iwo Jima adquirió una importancia estratégica capital. Situada al sur del archipiélago de las Bonin, a mitad de camino entre las Marianas y el territorio de Japón propiamente dicho, albergaba dos aeródromos (un tercero estaba en vías de construcción) de los que se servían los cazas japoneses para hostigar a los bombarderos estadounidenses. La US Air Forcé, si conseguía adueñarse de este islote sulfuroso de 8 kilómetros por 4, podía intensificar considerablemente sus ataques

sobre Japón, limitando a la vez sus pérdidas de B-29 y de otras «superfortalezas» aéreas, vulnerables a los pilotos suicidas *(kamikazes)* del enemigo.

El 15 de febrero, tres divisiones de infantería de marina americanas *(marines)* apoyadas por la V Flota del almirante Spruance, desembarcaron en Iwo Jima. A pesar de las previsiones más pesimistas del Estado Mayor americano, la obstinada resistencia nipona provocó una verdadera hecatombe. Desde la primera jornada de combate, más de 2.500 soldados quedaron incapacitados para seguir luchando; las playas de la isla habían ardido bajo el fuego japonés... Dada la situación, el avance estadounidense se tenía que hacer metro a metro y al precio de considerables pérdidas. Los 23.000 hombres del general Kuribayashi, parapetados por pequeñas secciones en cientos de galerías, subterráneos, fortines y casamatas comunicados entre sí, resistieron hasta el último cartucho y al final hicieron volar cada uno de sus refugios en lugar de rendirse, condenándose a la misma suerte que sus asaltantes. La batalla por el macizo volcánico meridional de Suribashi, la más sangrienta de todas,

dio lugar a la célebre fotografía de los marines alzando la bandera estadounidense entre las ruinas.

Cuando, después de más de cinco semanas de encarnizada lucha, cesó toda resistencia, la guarnición japonesa capturada no superaba los 200 supervivientes. En cuanto a los estadounidenses, habían perdido 26.000 hombres, de los cuales 7.000 habían caído en combate.

La siguiente y última etapa hacia Tokio era Okinawa, la isla más extensa del archipiélago de las Ryu Kyu. El control de la isla situaría a las fuerzas estadounidenses a menos de 550 kilómetros de las costas niponas. En caso de invasión de Japón, su amplia superficie (100 kilómetros por 13) y su gran proximidad podían constituir una base de salida para las tropas. Y para el futuro más inmediato, Okinawa, equidistante de la costa meridional de Japón, de la costa china y de Formosa, poseía de por sí un evidente interés estratégico.

Del 18 al 21 de marzo, los aeródromos japoneses fueron tomados como blanco por el grupo de portaaviones rápidos del almirante Mitsher, y varios centenares de aparatos fueron destruidos en tierra. Pero tres portaaviones norteamericanos resultaron dañados. El día 27 un comando se apoderó sin disparar un tiro de los islotes Kerama Retto, 24 kilómetros al oeste de Okinawa. Inmediatamente quedó instalada allí una base aeronaval.

Para hacerse con la isla, el Estado Mayor había desplegado unas fuerzas sin precedentes: 18 portaaviones, 10 grandes buques de línea y 1.300 navíos ligeros constituían el soporte de los aproximadamente 175.000 combatientes, apoyados a su vez por una logística realmente impresionante (120.000 auxiliares). En el bando contrario, el general Ushijima disponía de unos 100.000 soldados, potencialmente apoyados por los 500.000 civiles que habitaban Okinawa.

El 1 de abril los marines desembarcaron en las playas de la isla. Durante los tres primeros días, aleccionados por la cruel experiencia sufrida en Iwo Jima, avanzaron con una prudencia extrema, abriéndose paso a través de la vegetación con ayuda de carros *bulldozers* y carros lanzallamas, aunque de todas formas no hallaron el menor atisbo del enemigo. Los combates no empezaron

hasta el día 4. El sistema defensivo japonés era prácticamente idéntico al desplegado en Iwo Jima, y a pesar de los bombardeos estadounidenses de preparación por mar y aire, los combatientes se toparon con una feroz resistencia. La táctica japonesa consistió en concentrarse en las dos extremidades montañosas de la isla.

Por mar, los estadounidenses también sufrieron cuantiosas pérdidas; los aparatos nipones comenzaron a partir de ese momento a emplear la técnica *kamikaze*, de modo que causaron importantes daños y hundieron varios navíos al estrellarse deliberadamente sobre ellos. Con este sistema fueron hundidos 34 barcos de la US Navy, y 368 sufrieron daños. El 17 de junio, el último reducto nipón fue aniquilado por los lanzallamas. Como de costumbre, el Estado Mayor japonés en la isla se suicidó, pero 7.500 soldados se rindieron voluntariamente a los vencedores, lo que era una novedad, aunque llegaba demasiado tarde, porque ésta sería la última batalla de la guerra entre estadounidenses y japoneses.

Además del encarnizamiento de ambos bandos y de las espantosas condiciones en que se desarrollaron los combates de Iwo Jima y Okinawa, conviene subrayar otra lección que se pudo extraer de esta doble lucha: el comportamiento suicida —en el sentido literal del término— de los soldados y aviadores japoneses había alcanzado tal grado de paroxismo que, a partir de entonces, se hizo evidente que ante semejante «arma», ni un formidable despliegue material ni una inquebrantable determinación bastaban para reducir las pérdidas humanas.

Por todo ello, el número excepcionalmente elevado de pérdidas sufridas por los estadounidenses durante la conquista de estas islas convulsionó profundamente a la opinión pública americana y, en el seno del Estado Mayor en Washington, los partidarios de invadir Japón —al frente de los cuales estaba el general MacArthur— quedaron en minoría frente a los defensores del bloqueo y de los bombardeos. En junio de 1945 Japón disponía aún de más de tres millones de hombres válidos y armados y de varios miles de cañones y aparatos de combate.

El presidente Truman, antes de arriesgar la vida de al menos otros 500.000 hombres en la conquista terrestre del archipiélago, decidió finalmente —a la vista de las experiencias de Iwo Jima y Okinawa— cruzar el Rubicón y entrar en la era nuclear. En agosto, dos bombas atómicas destruyeron Hiroshima y Nagasaki.

Bibliografía

BRODIE, B., *Guide to naval strategy*; Oxford University Press, Oxford, 1943. COLSON, B., La Culture stratégique américaine, Economica, París, 1993.

DUNNIGAN, J. F. y NOFI, A. A., *Victory at Sea. World War II in the Pacific*, Morrow, Nueva York, 1995.

HILLGRUBER, A., *La Segunda Guerra Mundial; objetivos de guerra y estrategias de las grandes potencias*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

Guerra de los Seis Días (5-11 de junio de 1967)

> La guerra de los Seis Días dio lugar a una serie de mitos, tanto en Israel como en otros lugares, sobre la forma en que se habían desarrollado los combates. Nuestras fuerzas fueron comparadas con una apisonadora, cuya potencia, en un abrir y cerrar de ojos, había reducido a la nada a los poderosos ejércitos egipcios en el Sinaí. Esta clase de elogios tenía doble lectura, porque ni éramos invencibles ni nuestros adversarios eran desdeñables. [...] En los días de euforia que siguieron al final de la guerra, y en medio de un sinnúmero de elogios que surgían por todas partes, yo sostenía que las cosas debían mantenerse en su justo nivel. Por supuesto que estábamos orgullosos de nosotros mismos, y teníamos motivos sobrados para estarlo, pero no era porque nuestras tropas fueran invencibles o porque nuestros adversarios fueran soldados de papel, sino porque nuestras fuerzas habían demostrado sus cualidades, su valor y su tenacidad. Habíamos ganado el derecho de ser conscientes de nuestra superioridad [militar] sin tener no obstante el de despreciar a nuestros adversarios.
>
> ISAAC RABIN, *Memorias.*

Diecinueve años después de la derrota árabe de 1948-1949 frente al incipiente Israel, y alentado por la popularidad de la que disfrutaba desde el conflicto de Suez (1956), Nasser deseaba reanudar las hostilidades.

Ante un adversario hebreo en posesión de un territorio exiguo, confinado entre fronteras recortadas y desfavorables desde el punto de vista geoestratégico (alturas cisjordanas, Golán...) y cuyos efectivos movilizables eran teóricamente muy débiles, la operación en principio podía contar con el apoyo de los Estados árabes limítrofes con su enemigo —Siria y Jordania— y con el soporte técnico y logístico del aliado soviético. Por su parte, Israel ya no estaba tan próximo a Francia, y aún no se había aliado con Estados Unidos.

El 19 de mayo de 1967 Nasser exigió y consiguió la evacuación de los Cascos Azules destinados en el Sinaí oriental desde 1957 y después estableció el bloqueo del estrecho de Tirán, vetando así a

los navíos israelíes el acceso al mar Rojo. Finalmente, el día 30 quedó sellada en firme una alianza militar entre los ejércitos de Siria, Jordania y Egipto; Jordania se puso incluso a las órdenes de Egipto.

El 1 de junio, el primer ministro israelí Levi Eshkol, que hasta aquel momento había sido partidario de la paz, nombró a Moshé Dayán* ministro de Defensa, cediendo a la presión del ejército y de la opinión pública. Tal postura suponía un cambio decisivo, porque se sabía que el vencedor de la campaña de Suez era favorable a un ataque preventivo. En su opinión era demasiado peligroso esperar a la ofensiva árabe: por una parte, un ataque simultáneo desde el norte (Siria), el este (Jordania) y el sur (Egipto) supondría el envío de un número considerable de tropas a los tres frentes; por otra parte, el «talle de avispa» que formaban los 14 kilómetros de anchura entre la frontera jordana y el mar corría el peligro de quedar muy pronto

seccionado —y con él todo el país—; por último, la economía no iba a poder soportar una movilización de hombres excesivamente larga, aun en el caso de que simplemente se mantuviese la presión árabe.

Mientras que los ejércitos coaligados se mantenían en pie de guerra en las fronteras y las radios árabes hacían llamamientos a la destrucción de Israel, el Tsahal lanzó una ofensiva de gran envergadura. Se trataba en primer lugar de neutralizar la amenaza más peligrosa: el ejército egipcio.

El 5 de junio, al amanecer, el conjunto de la flota aérea de Israel —dotada especialmente de los Vautour, Mirage 3 y otros Super Mystère de fabricación francesa— bombardeó en tierra los aeródromos egipcios. Cegados por el sol del amanecer y desconcertados por el efecto sorpresa y la precisión de los lanzamientos, los militares egipcios no fueron capaces de replicar eficazmente: en escasos minutos Egipto había perdido la casi totalidad de sus aparatos y, por tanto, lo mejor de sus fuerzas. Los israelíes, seguros ya de dominar el espacio aéreo y de la inoperancia de los aliados de Egipto —que, embebidos de propaganda triunfalista por los generales egipcios, no intervinieron y se limitaron a descargar tiros de artillería esporádicos—, improvisaron una ofensiva relámpago terrestre a través del Sinaí. Tres columnas blindadas, activamente apoyadas por una aviación intacta y utilizada al límite de su capacidad, arrollaron las posiciones defensivas de Egipto y se precipitaron hacia el canal de Suez y la punta meridional del Sinaí (Sharm el Sheikh), vía Al-Aris (norte), Abu-Agheila (centro) y Kuntilla (centro-sur).

Nasser, engañado por sus generales, creía estar ganando cuando en realidad sufría una verdadera derrota: en cinco días la península estaba completamente controlada por Israel, cuyos soldados acamparon en la orilla oriental del estratégico canal.

Entre tanto, ante la penetración de sus tropas y la inminencia de un éxito en el sur, Dayán había transferido una parte de los efectivos a los frentes este y norte. El 7 de junio efectuó un ataque sobre Cisjordania, cuyas alturas conquistó rápidamente, y sobre la parte oriental de Jerusalén, bajo control jordano desde 1948. En la Ciudad Vieja, encerrada en sus murallas, que datan de la época de

Solimán el Magnífico y albergan los Santos Lugares, se desarrollaron encarnizados combates. El 9 de junio la ciudad de David, así como toda la orilla occidental de Jordania (West Bank), estaban en manos del Tsahal, que detuvo su avance en el río.

Finalmente, en el norte, Dayán, después de despejar sus dudas por el carácter arriesgado de la operación y las exigencias de alto el fuego de Moscú, ordenó la conquista de la meseta del Golán, macizo volcánico que domina el lago Tiberíades y el «dedo de Galilea», desde cuyas alturas los sirios martilleaban a cañonazos los pueblos israelíes del valle. Habida cuenta del carácter excepcionalmente abrupto de las laderas, el Estado Mayor sirio no se había preocupado de reforzar los contrafuertes septentrionales de la meseta, limitándose a hostigar con artillería y armamento automático los lugares civiles que bordeaban el lago.

Cuando los vehículos blindados fueron divisados en la meseta, ya era demasiado tarde para frenarlos. Las fuerzas terrestres, apoyadas en todo momento por una aviación omnipresente y cualitativamente superior a la siria, se internaron rápidamente a lo largo de los 1.000 kilómetros cuadrados del Golán. Menos de cuarenta y ocho horas después del inicio de la ofensiva, el jefe del Estado Mayor Isaac Rabin estableció sus puestos avanzados del monte Hermón (2.400 metros de altura) en la confluencia del Yarmuk y del Jordán, sobre una línea de crestas formada por pitones basálticos que dominan el valle que conduce a Damasco. La capital siria sólo estaba a 45 kilómetros: en dos días de combate la situación geoestratégica, que se

mantenía estable desde hacía dos decenios, había dado un giro de ciento ochenta grados en detrimento de Siria.

El alto el fuego impuesto simultáneamente por Moscú y Washington se decretó el 11 de junio por la mañana. En contra de lo que cabía esperar, Israel había vencido a la primera fuerza militar del Oriente Próximo y a dos de sus aliados, y cuadruplicado la superficie territorial bajo su control (Sinaí, Jerusalén, Cisjordania, Gaza, Golán), al tiempo que establecía unas posiciones en el frente mucho más cómodas de defender que las anteriores. En cuanto a las pérdidas, se estimaban en menos de 700 contra 27.000 del lado árabe.

Desde un punto de vista puramente estratégico, el Estado Mayor israelí había dominado de principio a fin. El armamento utilizado por ambos contendientes fue, tanto en cantidad como en eficacia, bastante equivalente: francés e inglés en el caso de Israel, y soviético del lado árabe. Estos últimos disponían además, sobre el papel, de una clara ventaja numérica, de la cual nunca se aprovecharon, como tampoco supieron valerse de la baza más peligrosa para su enemigo común, que era precisamente su alianza en tres frentes bien distintos.

La audacia, en particular en el Sinaí y en el Golán, y, sobre todo, el uso combinado —y utilizado como fulgurante fuerza de penetración *(Blitzkrieg)*— de aviones y vehículos blindados constituyeron —junto con el necesario efecto sorpresa de los primeros instantes de la batalla— las principales herramientas para la victoria. Conviene añadir el diferente grado de motivación que reinaba entre los soldados israelíes, condenados a vencer o, en el mejor de los casos, perder la soberanía de su Estado, y sus oponentes árabes, igualmente valerosos, pero seguros de que, incluso en caso de derrota, la situación anterior a la guerra se mantendría.

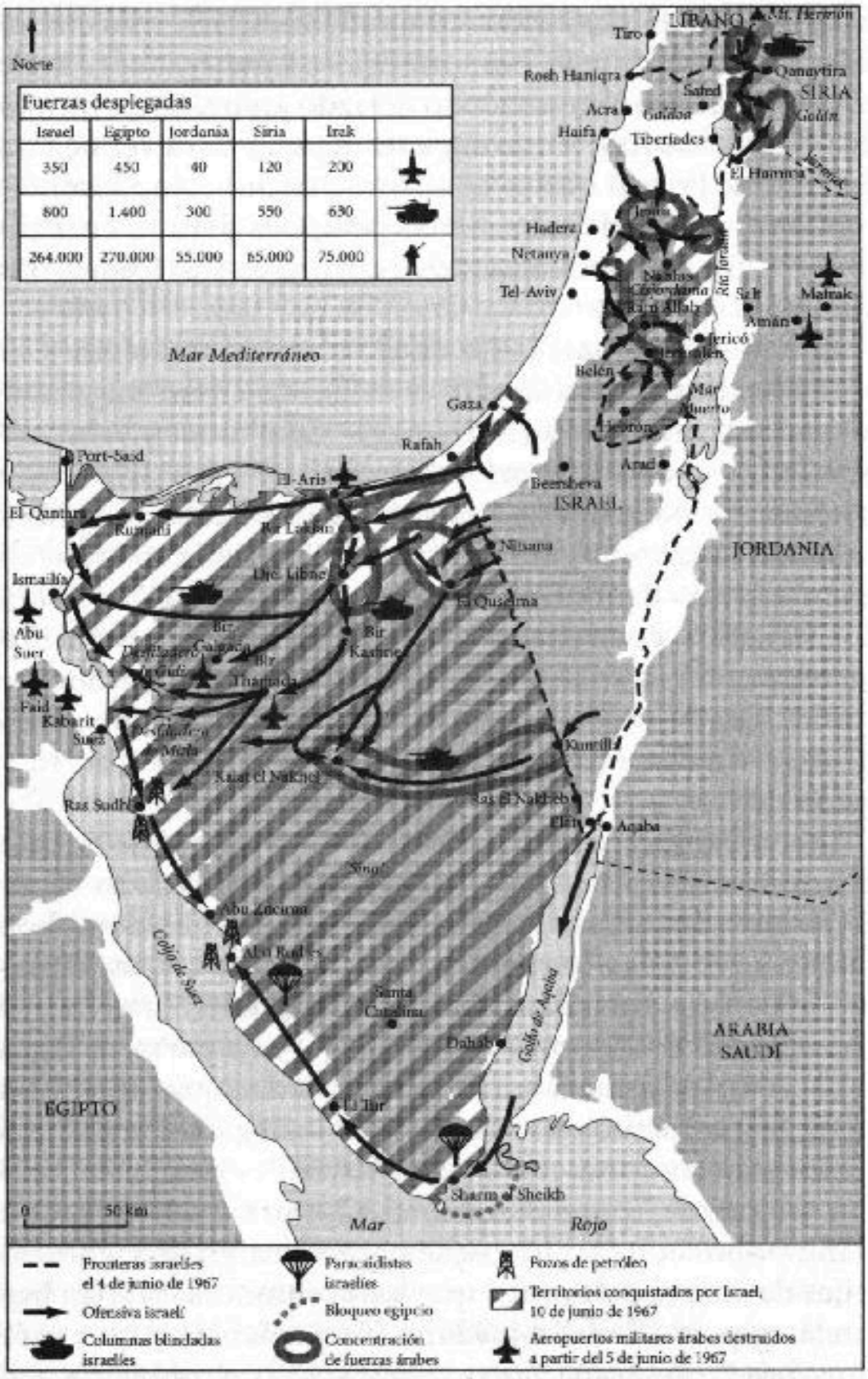
Sin embargo, y pese a que esta victoria militar de Israel es una de las más aplastantes de la historia —teniendo en cuenta la relación de fuerzas inicial, la diferencia considerable en cuanto a pérdidas, la rapidez y amplitud de la conquista—, con la euforia del

triunfo inesperado quedó enmascarada una realidad mucho más compleja. Por una parte, el Tsahal había adquirido una fama de invencibilidad que desembocó en un relajamiento en la doctrina estratégica de su Estado Mayor —cuyas consecuencias se harían evidentes en 1973, con motivo de la guerra del Yom Kippur*—; por otra, en el plano político, Israel tuvo que hacerse cargo de cientos de miles de árabes palestinos que hasta entonces estaban bajo tutela egipcia (Gaza) o jordana (Cisjordania) y que, unos años más tarde, acabarían constituyendo un problema político especialmente serio.

Más de treinta y tres años después de la Guerra de los Seis Días, la lección que se extrajo de la contienda desde el punto de vista militar sigue vigente y sus consecuencias políticas apenas han comenzado a diluirse.

Bibliografía

HUSSEIN DE JORDANIA, *Ma «Guerre» avec Israël* Albin Michel, Paris, 1968. LE MIRE, H., *Tsahal, histoire de Varmée d'Israël*, Plon, Paris, 1986.
RABIN, I., *Mémoires,* Buchet-Chastel, Paris, 1995.



Ofensiva israelí durante la Guerra de los Seis Días

Guerra del Yom Kippur (6-24 de octubre de 1973)

> Hay dos cuestiones que me gustaría subrayar inmediatamente. La primera es que hemos ganado la Guerra del Yom Kippur, y que estoy convencida de que, en lo más profundo de su corazón, los dirigentes políticos y militares tanto de Siria como de Egipto saben muy bien que han sufrido una nueva derrota, pese a su ventaja inicial. La otra es que el mundo en general y los enemigos de Israel en particular deberían meterse en la cabeza que las circunstancias que costaron la vida a más de 2.500 israelíes caídos en estos combates no volverán a producirse nunca más.
>
> GOLDA MEIR, *Mi vida*.

Solamente seis años separaron la Guerra de los Seis Días* de la llamada del Yom Kippur (o «de octubre»), y los adversarios —con excepción de Jordania, que no se implicó directamente en el segundo conflicto— eran idénticos. Pero en ese lapso de tiempo se habían producido tres circunstancias que jugaban a favor de los árabes y en detrimento de los israelíes.

En primer lugar, estos últimos habían descuidado la doctrina estratégica que tanto éxito les había proporcionado en 1956 y 1967: por razones políticas y por exceso de confianza, los sucesivos gobiernos israelíes se habían aferrado a un *statu quo* que, en definitiva, les privaba de ventajas como la movilidad, la rapidez ofensiva, y el consiguiente efecto sorpresa, o la posibilidad permanente de utilizar el binomio aviones-vehículos blindados. Por el contrario, la línea Bar-Lev establecida a lo largo de la orilla oriental del canal de Suez era estática, al igual que el dispositivo de fortines e instalaciones civiles construidos en el Golán y que en teoría era capaz de frenar, e incluso abortar, una hipotética ofensiva siria.

Además, la supremacía aérea, la mejor baza de Israel, estaba sufriendo duros golpes. No es que los aviones árabes (que por otra parte intervinieron bastante poco) fueran cualitativamente superiores a los de su adversario, pero por primera vez el uso de las

baterías de misiles aire-tierra iba a dificultar seriamente la libertad de maniobra y la eficacia de los aparatos israelíes. Además, los carros de combate israelíes se iban a encontrar con una novedad por tierra: miles de misiles anticarro SAGGER, ligeros, manejables y terriblemente eficaces contra los mejores blindajes.

En definitiva, que la audacia y la iniciativa, al menos durante los primeros días de la guerra, habían cambiado de bando. El soldado de infantería egipcio de 1973 ya no era aquel apacible campesino que abandonaba hogar y trabajo por un combate incierto y poco estimulante; el oficial era ya un profesional de la guerra y no aquel terrateniente altivo que iba siempre detrás de sus soldados y que a veces incluso les golpeaba. Todos eran conscientes de que luchaban para reconquistar una tierra perdida. Los ejércitos árabes, instruidos por los soviéticos, se habían transformado totalmente en unos años. En el bando contrario, todos creyeron en la reputación del Tsahal como ejército invencible, y tal suposición alimentó la certeza de que los árabes

jamás osarían volver a hacerle frente. Israel se durmió en los laureles que adquirió durante los Seis Días; el despertar iba a ser doloroso.

El 6 de octubre, a las dos de la tarde, mientras el Estado hebreo permanecía inmerso en el ayuno del Kippur y los reservistas estaban diseminados por todas las sinagogas del país, las divisiones blindadas sirias ascendieron por las laderas orientales del Golán y la infantería egipcia cruzó el canal de Suez. El Estado Mayor israelí, sorprendido por el alcance de la ofensiva pese a estar enterado de ella desde esa mañana gracias a los informes militares, replicó subestimando los adelantos técnicos y la combatividad de los asaltantes: las escasas fuerzas blindadas que quedaron como apoyo de los fortines sucumbieron rápidamente ante los SAGGER, y la aviación sufrió cuantiosas pérdidas frente a los misiles SAM-2,3 y 6. En la línea del frente, y en espera del refuerzo de los reservistas, las escasas unidades combatientes tuvieron que resistir durante más de treinta y seis horas a un enemigo enormemente superior en número. De modo que en la mañana del 8 de octubre, la situación en el Golán era de las más críticas que había sufrido Israel, hasta el punto de que la jefa de gobierno Golda Meir y el ministro de Defensa Moshé Dayán* temieron durante un tiempo por la supervivencia del Estado.

Cuando finalmente el contingente de los reservistas llegó al frente, los sirios habían conquistado anchas porciones de la meseta, pero al precio de pérdidas sin precedentes y sin que hubiesen llegado a cruzarla para alcanzar Galilea. Entonces los israelíes volvieron a tomar la iniciativa y, lentamente, consiguieron expulsar a los sirios del Golán y situar la línea del frente aproximadamente a 20 kilómetros de Damasco.

En el Sinaí, donde los egipcios habían conservado su amplia cabeza de puente sin haber conseguido, no obstante, llegar hasta los desfiladeros estratégicos de Gidi y Mitla, el Tsahal pasó a la ofensiva el 15 de octubre, después de haber recibido numerosos refuerzos procedentes del norte, tras haber reconquistado el Golán. Gracias a una audaz maniobra cuyo objetivo era aislar a los ejércitos egipcios II y III, el general Ariel Sharon —desobedeciendo las órdenes del Estado Mayor— consiguió infiltrarse en una brecha

del terreno y cruzar el Canal de Suez. En los dos días siguientes, el Tsahal envió varios centenares de vehículos blindados a la orilla africana (y, por tanto, occidental) y, con un movimiento envolvente, destruyó las baterías de misiles SAM y rodeó al III Ejército egipcio, que se había quedado en la otra orilla. Éste pronto quedó extenuado por la sed y amenazó con capitular.

Finalmente, el 24 de octubre, cediendo a la presión de la ONU, se decretó un alto el fuego y se entablaron rápidamente negociaciones en el Sinaí, en el kilómetro 101.

En el plano estrictamente militar, una de las conclusiones que se extrajeron de la cuarta guerra árabe-israelí fue que la ventaja casi siempre estuvo del lado del defensor frente al atacante: la guerra-relámpago a la israelí, incluso cuando el Tsahal pasó nuevamente a la ofensiva, fracasó a causa de los misiles árabes. Además, la duración del conflicto y la cantidad de efectivos implicados se tradujeron en pérdidas por ambos bandos mucho más graves que en ocasiones anteriores.

Sin embargo, y al margen de aspectos puramente militares, la guerra del Yom Kippur fue el típico modelo de conflicto político y económico. Los israelíes, al fin y a la postre vencedores indiscutibles sobre el terreno, salieron de esta batalla con una amarga impresión de derrota; su confianza ciega quedó tocada, y sus bajas fueron mucho más elevadas que las sufridas en sus dos anteriores conflictos (casi 3.000 muertos). Para Egipto y Siria se trataba menos de destruir Israel (Sadat al menos no lo creía) que de vengar la humillación de 1967 y desbloquear una situación política paralizada. Estos Estados encontraron en la Liga Árabe (y en el bloque

árabe-africano-comunista en el plano diplomático) una aliada de peso: el 17 de octubre, esto es, en plena guerra, los países de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) decidieron penalizar a Occidente por su apoyo real o supuesto a Israel. Consecuencia de esta actitud fue la primera crisis del petróleo, que derivó en una crisis económica de largo alcance.

En cuanto a los Estados Unidos y la Unión Soviética, se jugaron su credibilidad en el asunto abasteciendo a sus respectivos aliados mediante gigantescos puentes aéreos.

Epilogo lejano de este conflicto: precisamente cinco años después de su comienzo, Jerusalén y El Cairo llegaron a un definitivo acuerdo de paz que suponía la cesión al Egipto de Anuar el-Sadat de toda la península del Sinaí por parte del primer ministro hebreo Menahem Begin.

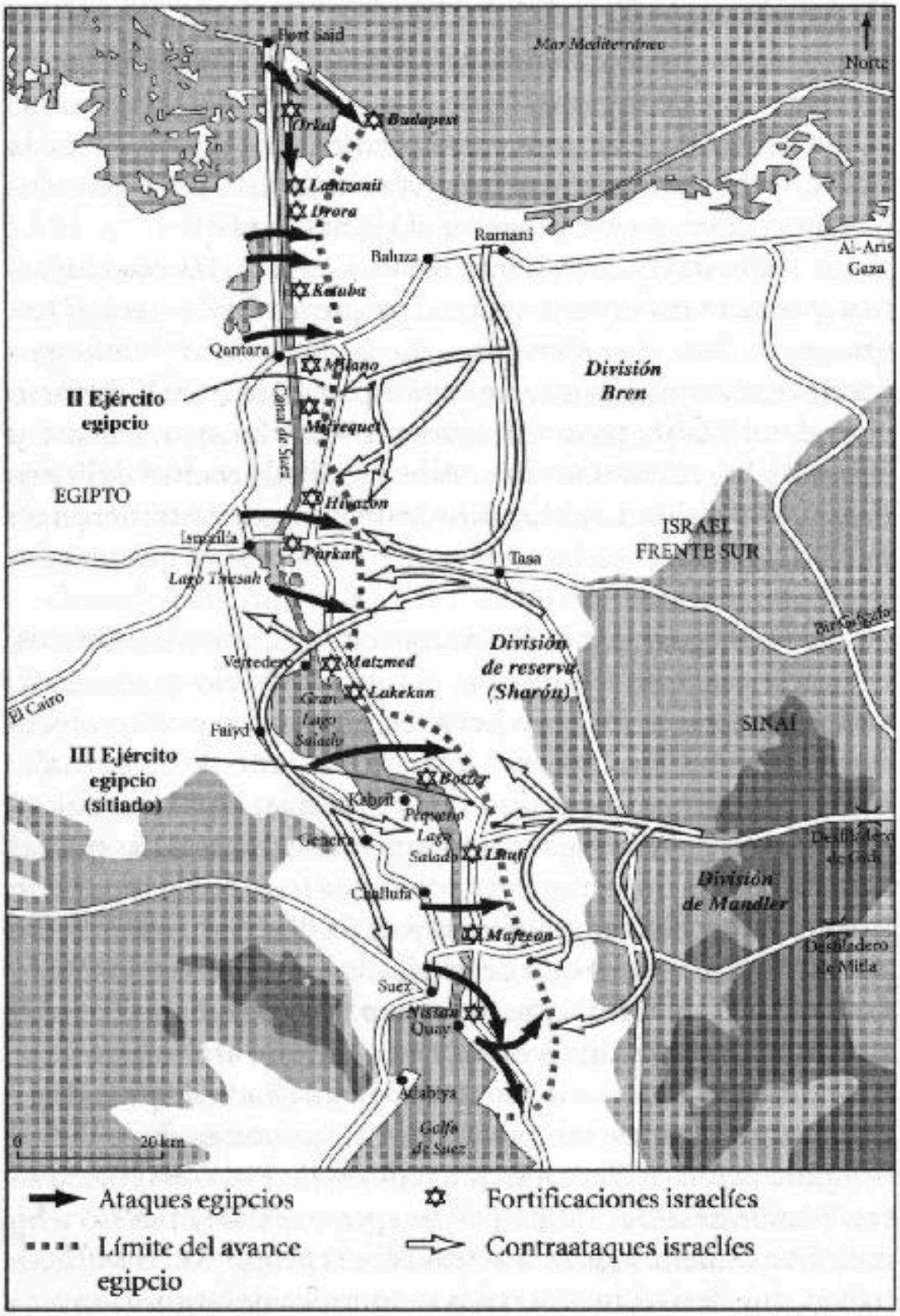
Bibliografía

CREVELD, M. VAN, *Tsahal. Histoire critique de la force israélienne de défense*, Éditions du Rocher, Monaco, 1998.

DEROGY, J. y GURGAND, J.-N., *Israel, la muerte enfrente*, AQ Ediciones, Madrid, 1976. LAQUEUR, W., *La Vraie Guerre du Kippour,* Calmann-Lévy, Paris, 1974.

RAZOUX, P., *La Guerre israélo-arabe de 1973*, Economica, Paris, 1999.

SHARON, A., *Warrior. An Autobiography,* Simon & Schuster, Nueva York, 1990.



Cerco del III Ejército egipcio por los israelíes en el frente sur (Guerra del Yom Kippur)

Índice

Introducción 7

LOS HOMBRES

Sun Tsé (siglo VI o V a.C.) 13
Jenofonte (c. 430-c. 355 a.C.) 18
Alejandro Magno (356-323 a.C.) 21
Aníbal (247-183 a.C.) 24
Julio César (101-44 a.C.) 28
Gengis Khan (c. 1165-1227) 32
Bertrand du Guesclin (c. 1320-1380) 36
Tamerlán (1336-1405) 39
Sébastien Le Prestre de Vauban (1633-1707) 42
Federico el Grande (1712-1786) 45
Napoleón Bonaparte (1769-1821) 49
Arthur Wellesley, duque de Wellington (1769-1852). 55
Simón Bolívar (1783-1830) 58
Carl von Clausewitz (1780-1831) 61
Ferdinand Foch (1851-1929) 65
Thomas Edward Lawrence (1888-1935) 68
Mao Tse-tung (Mao Zedong) (1893-1976) 72
Charles de Gaulle (1890-1970) 75
Adolf Hitler (1889-1945) 79
Moshé Dayán (1915-1981) 82

LAS BATALLAS

Maratón (490 a.C.) 86
Gaugamela (octubre del 331 a.C.) 88
Alesia (agosto-septiembre del 52 a.C.) 92
Masada (primavera del 73 o 74 d.C.) 95
Los Campos Cataláunicos (20 de junio del 451) 99
Roncesvalles (15 de agosto del 778) 102
Azincourt (25 de octubre de 1415) 104
Caída de Constantinopla (abril-mayo de 1453). 107

Marignano (13-14 de septiembre de 1515) y Pavía (24 de febrero de 1525) 110
Lepanto (7 de octubre de 1571) 113
Trafalgar (21 de octubre de 1805) 116
Austerlitz (2 de diciembre de 1805) 119
Jena y Auerstädt (14 de octubre de 1806) 123

Waterloo (18 de junio de 1815) 126
Gettysburg (1-3 de julio de 1863) 130
Sadowa (3 de julio de 1866) 132
Sedán (2 de septiembre de 1870) 135
Los Dardanelos (marzo-diciembre de 1915) 139
Verdún (febrero-diciembre de 1916) 143
La batalla de Inglaterra (julio de 1940-mayo de 1941) 147
Midway (4-5 de junio de 1942) 151
El-Alamein (octubre-noviembre de 1942) 153
Stalingrado (agosto de 1942-febrero de 1943) 157
Iwo Jima y Okinawa (febrero-junio de 1945) 160
Guerra de los Seis Días (5-11 de junio de 1967) 163
Guerra del Yom Kippur (6-24 de octubre de 1973) 167

[Contracubierta]:

Ordenado cronológica y temáticamente («Los hombres» y «Las batallas»), EL ARTE DE LA GUERRA propone un resumen del pensamiento estratégico y de su aplicación en los campos de batalla desde los primeros enfrentamientos importantes conocidos en la Antigüedad hasta los de nuestra era, a través de un conjunto de cuarenta y seis ESTRATEGAS Y BATALLAS. Dotada de un cumplido aparato de índices y referencias cruzadas, así como de abundantes mapas y croquis, esta obra de FRÉDÉRIC ENCEL está orientada a servir de herramienta de consulta, pero también hará las delicias de todos aquellos lectores interesados en las sutilezas tácticas y estratégicas que, desde Sun Tsé, Alejandro o Aníbal, hasta De Gaulle y Moshé Dayán, y desde Maratón o Alesia hasta las grandes batallas de las dos Guerras Mundiales y de los conflictos

árabe-israelíes, han marcado no sólo el pensamiento militar, sino también el curso de la Historia.